

IDAD AU
CCIÓN GE

PANEGYRIQUE
DE
J. ATOURDE

BX4654

L3

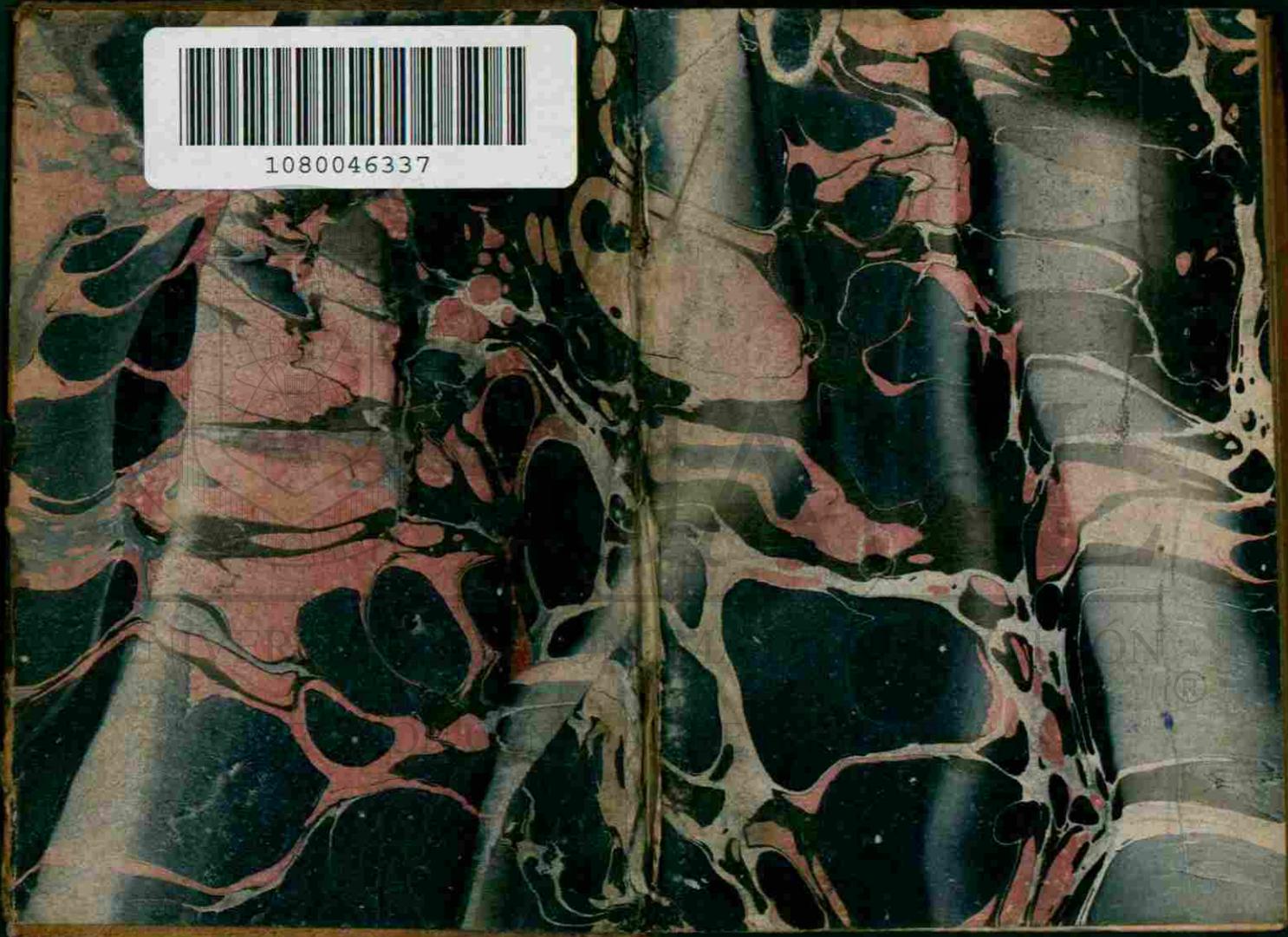
V.1

C.1

135799



1080046337



E#2 C#H3

4-18-88
BIBLIOTECA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
R-53-



SERMONES PANEGÍRICOS

DE

MR. SANTIAGO FRANCISCO RENÉ

DE LATOURDUPIN,

Abad Comendatario de la Abadía de Nuestra Señora de Ambournai, Vicario general de Riez, Predicador ordinario del Rey, y de la Academia de las Ciencias y Bellas Letras de Nanci:

TRADUCIDOS DEL FRANCÉS

POR

D. TORQUATO TORIO DE LA RIVA,
Escritor de los Privilegios de Indias, Revisor de Letras antiguas por S. M. y Oficial del Archivo del Excelentísimo Señor Marqués de Astorga, Conde de Altamira, &c.

SEGUNDA IMPRESION

CORREGIDA Y ENMENDADA.

TOMO I.



MADRID M.DCC.XCVI.

En la Imprenta de la Viuda de Ibarra

Con las licencias necesarias.

38087

BX4654

L3

V.1



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

135799

EL TRADUCTOR.

3

No todos los Sermones Panegíricos que publicó en Francia el famoso *Latourdupin* se comprenden en esta traduccion. Faltan en ella el de San Chaumont, y el del Bienaventurado Idesbaldo, con otros dos que de intento hemos omitido; porque aunque sus virtudes puedan muy bien servir de exemplo á los fieles, nunca llegará tal vez el caso de que se tengan que pronunciar sus elogios en España, como que no les reza en ella la Iglesia, ni hay hermandades erigidas baxo de su nombre. Ademas de que, los quarenta y dos Panegíricos que contienen los quatro tomos que publicamos (1), son suficientes para servir de norte y guia á los nuevos Oradores; y otro tanto mas, en quanto de los Santos á quienes en ellos se elogia, no habrá quizás uno que no logre ser titular de alguna Religion, Congregacion ó Iglesia de las que hay en cada provincia de España. En una palabra, los héroes, cuyas glorias se ensalzan en esta obra, son todos ellos venerados en nuestra Península con particularidad.

La

(1) Al fin de la obra hemos añadido el Discurso que pronunció *Latourdupin* quando se le recibió por Académico de Ciencias y Bellas Letras de la Real de Nanci; pues como en él trata de los conocimientos que debe tener un Orador Sagrado, y cita algunos excelentes modelos, creimos desde luego agradaría no poco tenerle unido á estos Panegíricos.

La primera vez que se publicó en Francia, fué á mediados del siglo presente, en el que ya se veían libertinos, ateístas y materialistas, contra cuyas falsas creencias era preciso se encendiese mas y mas, como lo hizo, el zelo de nuestro autor, valiéndose para ello de las armas que siempre ha usado la Iglesia, que son la verdadera predicacion del Evangelio, y la razonable persuasion que el exemplo de los héroes christianos hace á qualquier entendimiento que no esté pervertido. Y aunque en nuestra España no sean necesarios semejantes modelos para pelear contra los libertinos, incrédulos y demas alumnos de las falsas creencias, los juzgamos muy á propósito para enseñar la verdad, y hacer creíbles al pueblo christiano los motivos de credibilidad de nuestra Religion santa.

La utilidad que se nos seguirá de su publicacion, solo lo podrá decir el que conozca el primor con que reunió su autor lo mas grande y augusto de nuestra sagrada Religion, y lo bien que por la mayor parte lo manifestó copiado en las vidas de los héroes á quienes elogia, para que haciendo palpables en la conducta de los hombres las verdades divinas, que para nuestra instruccion nos propone el Evangelio, no hallemos excusa para dexar de abrazarle, ni en la perversidad de los tiempos presentes, ni en nuestras propias pasiones.

Estoy firmemente persuadido, que los sabios y zelosos Predicadores de nuestra España alabarán el mérito de esta obra, tan preciosa por su erudicion y piedad, y se compla-

ce-

cerán al ver lo bien que combate los principales vicios y abusos del mundo, oponiéndoles el exemplo de los Santos, y obligando, digámoslo así, á los pecadores con razones eficacisimas, apoyadas en sólidos fundamentos, á renunciar la culpa en que están encenagados, y volverse al Dios de las misericordias que los sufre.

Sin embargo de que aun á los que acabo de citar les traerá cuenta valerse de los excelentes Panegíricos de *Lutourdopin*, por las reflexiones nada comunes, y la mucha doctrina que encierran; no hemos trabajado principalmente en su abono esta traduccion. Aquellos que entran á la predicacion, ó no salen formados para tan alto ministerio, necesitan tomar por modelo á un buen autor, despues de saber el manejo é inteligencia de la sagrada Escritura, santos Padres y Concilios, con algo mas de los primeros principios de la Oratoria Eclesiástica, si no se quieren ver expuestos á cada paso, ó á la irrision de los malignos, ó á no poder hacer con sus sermones el fruto que debieran. En favor de estos ha sido el objeto de nuestro trabajo.

El estilo del original es claro, sencillo y nervioso; y aunque es difícil conservar todas estas gracias en la traduccion, hemos procurado hacerlo en lo posible, para que no pierda el singular mérito que, en sentir de los mejores Oradores, tiene una obra, que contemplamos sumamente necesaria en nuestra España, no solo para todos los ministros del Evangelio, sino para el comun de los fieles, que es

A 3

quien

sale una eloqüente voz , que al paso que nos dice fué el honor del sacerdocio , el apóstol de la corte , y el ornamento de su siglo , nos asegura tambien , que por su silencio fué el apoyo y defensa de la Religion. *Silui.*

Aquel silencio invencible que exigen de los ministros de la confesion las leyes divinas y humanas , fué para *Juan Nepomuceno* el feliz principio de su muerte ; será el eterno origen de su gloria , y debe ser tambien el principal asunto de su elogio. Durante su vida le impuso la Religion este deber , el qual le grangeó despues un gran mérito en la Iglesia (1). En efecto , baxo esta idea es , segun parece , que singularmente le propone como modelo á los ministros de Jesu-Christo , como reparador á los fieles , como testimonio á los hereges , y como prueba de la inviolable confesion á los incrédulos ; y baxo este punto de vista es como tambien intento yo representárosle.

Juan Nepomuceno es el imitador de Jeremías por su zelo , de Juan Bautista por su firmeza , y de Cipriano por su constancia. Por su silencio no es comparable mas que consigo mismo. *Silui.*

La predicacion le dispuso para sí. *Punto primero.*

El martirio fué su recompensa. *Punto segundo. Ave Maria.*

(1) *Invictum silentium.* Orat. de San Juan Nepom. in Off. Rom. Brev.

PRIMERA PARTE.

Desde el principio de la Iglesia se vieron apóstoles y mártires que emplearon en defensa de la Religion los poderosos encantos de la eloqüencia , y la fuerza victoriosa del razonamiento. De esta suerte consiguieron los primeros triunfos de la fe los Pablos , los Justinos , y los Ireneos. *Juan Nepomuceno* debia emplear nuevas armas y nuevos géneros de argumentos en defensa del Christianismo ; esto es , el silencio. *Silui.* Pero su silencio no fué , por decirlo así , sino el fin y la conclusion de un apostolado anunciado por los talentos mas prodigiosos , cimentado por los trabajos mas útiles , é ilustrado por el mas generoso desinterés.

Si el secreto de la confesion no tuviera por defensor mas que á un hombre respetable por su santidad , sin serlo por sus luces , admiraría su silencio , pero no solicitaría una irresistible demostracion contra los enemigos de la confesion. La sangre de aquel nuevo mártir , no disminuiría la fuerza de sus preocupaciones ; creerían no ver en su constancia mas que el efecto de un zelo inflexible. Su muerte les parecería , por su conciencia engañosa , el justo castigo de un vasallo rebelde á las órdenes del príncipe , y aun quando tributáran elogios á su fe , se los negarian á su erudicion. La virtud edifica : la ciencia instruye.

Pero ¿qual es el héroe christiano de quien yo me atrevo á asegurar , que su silencio es un

un irrefragable testimonio en favor del secreto de la confesion? Nada ménos es que uno de aquellos raros ingenios, con cuyos sublimes talentos se sostiene é ilustra universalmente la santidad. Si él hubiera visto nacer los errores que se difundieron contra el Sacramento de la Penitencia, hubiera sido su terror y su mas terrible azote. Hubiera demostrado, tanto con su lengua, como con su pluma, que el secreto de la confesion es otro tanto mas inviolable, quanto ella en sí es de sagrada: y que oponerse contra qualesquiera de estos dos puntos de la Religion, es oponerse igualmente á la fe de los apóstoles, de la Iglesia, de los padres, de los concilios, y de todos los tiempos.

Apénas nació, quando unas señales misteriosas indicaron á la Bohemia el tesoro que encerraba (1). ¡O maravillosa brillantez, que rodeas la cuna de *Juan Nepomuceno*! tú eres una señal nada equivocada de las vivas y persuasivas luces que esparcirá bien presto en las ciudades y en la corte, en la carrera de las ciencias, en la cátedra de la verdad, en el tribunal de la penitencia, y, en suma, por quantas partes se exercite su zeloso ministerio: pero ¿por donde no se exercitará?

Nacido *Juan Nepomuceno* en el seno de la indigencia, no habia recibido de sus padres mas que la fe y la piedad; mas aquellos hombres destinados por la Providencia para ser los

(1) *Hymni in honor. B. Joan. Nep.* Estos Hymnos fueron compuestos de orden de la Reyna.

los oráculos de su siglo, no permanecen mucho tiempo desconocidos. La superioridad de sus talentos, suple comunmente en ellos la baxeza de su nacimiento. La reputacion que adquieren, es otro tanto mas lisongera, en quanto no la deben sino á la gloria de su mérito.

Como que ya empezaba la Bohemia á no sentir aquellos desgraciados tiempos en que no se cultivaban las artes, y se hallaban las ciencias sin maestros, y los ingenios sin emulacion; quando las tinieblas de la ignorancia se fueron disipando insensiblemente, y se atrevia ya el espíritu á hacer nuevos ensayos. Interesados el império y la Religion en la restauracion de las bellas artes, proporcionaban asilos favorables donde se procuraban formar talentos capaces de hacer revivir la eloqüencia, la filosofia, la jurisprudencia, la teología, el espíritu, el gusto y el sentimiento.

Carlos IV. (1), apoyo de la Iglesia, restaurador de las ciencias, y amigo y modelo de los sabios, acababa de instituir aquella célebre Universidad, en la que Praga veía formarse tantos maestros hábiles, quantos las ciencias cuentan entre sus héroes, el império entre sus sabios y la Iglesia entre sus apóstoles. ¿Quántos nombres famosos merecerian aquí ser elogiados, si no fuera porque les borra y obscurece á todos el de *Juan Nepomuceno*, aun mas ilustre que ellos?

En efecto, se presenta en aquella floreciente

(1) *Hist. gen. de Alem.* por Barge, Chan. Reg. de Santa Genov.

te academia, y su facilidad y comprehension, parecia que la anunciaban desde luego uno de aquellos hombres privilegiados á quienes la Providencia reparte los dones de sabiduría y de inteligencia para honor de las ciencias, felicidad de los impérios, y gloria de la Iglesia.

Algunas veces quedan los talentos como obscurecidos, é ignorados de las gentes, por que ó bien les faltan ocasiones en que manifestarse, ó protectóres que los acrediten. A los de *Juan Nepomuceno* les favorecieron circunstancias apreciables. ¡Qué esperanza no dan á la Religión sus primeros sucesos!

Yo me propongo en este dia hablaros de aquel que fué el principio de la gloria: dia en que concurre con sus rivales, los confunde y asombra. ¡O vosotros, á quienes la Universidad de Praga respeta como á oráculos! ¿Dudais aún si vuestro discípulo es ya, ó no vuestro maestro? Su vasta, brillante, sólida y universal erudicion os obliga á confesar, que aquel que aprende con vuestras lecciones, y baxo vuestros cuidados, es todavía mas capaz que vosotros mismos para instruir á los demas. En Praga se sabia entónces apreciar y respetar los talentos sin envidiarlos. El pueblo, pues, oye con admiracion sus discursos, y los sabios exclaman, que todo les sorprende y asombra en *Juan Nepomuceno*. Si, hermanos míos, en todo lo que ven en él, admiran la penetracion de su entendimiento, la elevacion de su ingenio, la precision de su discurso y la extension de su memoria. Todo el

mun-

mundo sabe, que el orador, el juriconsulto, el filósofo, el teólogo se prestan mutuamente las gracias de la eloqüencia, la autoridad de las leyes, la fuerza del razonamiento y la inmensidad de la erudicion. Pero por lo que hace á nuestro Héroe se puede decir, que solo ignoraba lo que el hombre no debe saber.

Es lástima que á vista de una reputacion tan justamente adquirida, no se confien los intereses de la Religión al zelo de un hombre instruido, que junta á sus luces todas las virtudes:: ¡O gran Dios! Abrid el santuario de vuestra Iglesia á aquel que aun no es mas que la edificacion y la esperanza; pero que será pronto el recurso y el apoyo de ella.

Tales son las miras que generalmente tenia la Bohemia para con *Juan Nepomuceno*. Solamente él era el que ignoraba lo que valia, y lo que justamente debia prometerse. Indigno, á su parecer, de aspirar al sacerdocio, suplicó al cielo con fervorosas oraciones para que le iluminase; y con el mas profundo recogimiento pidió, le guiasse y le diese una conveniente resolucion. Oye el cielo sus quejas, y él se creyó escuchar la voz decisiva de Dios en la del Arzobispo de Praga. Cede, en fin, y su único objeto no era ya otro desde este dia, que el de llenar fielmente su vocacion, ya que con tanto temor la habia abrazado. Mas ¿qué le falta para llenarla con la mayor perfeccion? Desde luego podemos conocer ya por sus talentos con quanta autoridad defenderá las sagradas leyes del Sacramento de la Penitencia;

y que el inviolable secreto de la confesion (1), está asegurado por un hombre capaz de probar con principios sólidos, que debe su origen á los tiempos apostólicos, y que desde la cuna de la Iglesia hasta el décimo quarto siglo, tuvo por enemigo al libertinage, á la heregia y á la impiedad. La doctrina que *Juan Nepomuceno* se atreverá á defender, con peligro de su vida, es la religion de los Padres, cuyo sentido ha procurado estudiar cuidadosamente; la fe de los concilios, cuyas decisiones ha profundizado con escrupulosidad, y la creencia de la Iglesia, cuyas leyes se ha propuesto constantemente seguir. Sus talentos justifican la causa de su martirio, y su predicacion le proporcionó los motivos para él.

Si, oyentes míos, quando reflexiono sobre los trabajos de *Juan Nepomuceno*, y sobre su zelo, juzgo poder decir con verdad, que sus acciones prometen un ministro incapaz de sacrificar su obligacion á sus intereses, su religion á la política, Dios al César. La santa libertad con que predicó el Evangelio, es como garante de la invencible firmeza con que hablará, discurrirá y sufrirá por mantener las inviolables máximas del Sacramento de la Penitencia.

Al misterio de la palabra, es al que el cielo le llamó desde luego. Pero ¿donde? En Praga, á quien sus desórdenes hacen aun mas famosa que sus riquezas. A la frente de aquellos, que rivales de sus sucesos en la carrera

(1) Langlet du Fresnoi. *Trat. del secreto de la confes.*

de las ciencias, llegaron á ser las primeras conquistas de su zelo en la del apostolado.

Antes de *Juan Nepomuceno* tenian dos oradores christianos (1) como divididos entre si los pareceres de la Bohemia. Su reputacion se hallaba aun enteramente en su auge. Por todas partes se hablaba de los aplausos que habian recibido; pero ninguno decia de las conversiones que habian executado. En el uno se alababa la elevacion de su ingenio: en el otro la delicadeza. La sublimidad del primero, habia arrebatado los espíritus: el segundo por el sentimiento, habia movido los corazones. Se recordaba con admiracion la fuerza magestuosa de Melicio, y no se podia olvidar el placer con que se dexaban arrastrar de las dulces insinuaciones de Conrado. Aunque con diversos talentos, se habian hecho ambos, con zelo igual, respetar en la corte y en la ciudad, servido á la Religion, y honrado al ministerio. En una palabra, la ciudad de Praga habia hecho justicia á aquellos célebres oradores; pero la faltaba un apóstol. Apareció, en fin, *Juan Nepomuceno* con este carácter, y acabó lo que sus predecesores habian empezado. Aquellos habian encantado los espíritus: este los persuadia. Aquellos habian hecho tomar interés al corazon: este le movía. Mas natural que eloquente, empleaba menos arte, y recogia mas fruto, confesando Praga desde la primera vez, que las lágrimas de los penitentes

(1) El *Ab. Ballet* en el Panegírico de San Juan Nepomuceno, part. 1.

tes son las que únicamente deben hacer el elogio del predicador.

¡Qué no duráran aquellas instrucciones vivas y penetrantes que pronunciaba con entusiasmo profético, y llevaban el terror y el espanto hasta dentro de las conciencias mas tranquilas! ¡Ah! Si el furor de la heregía las habia respetado, tambien veremos nosotros como por medio de ellas se descubre la Religion con aquella fuerza y aquella unción, que hacen gustar del ministro, y respetar al ministerio.

Así, pues, no se limitaba á los sentimientos de una admiracion estéril el fruto de sus discursos. Al mismo tiempo que admiraban, aprovechaban. Así sucedía á los sabios, sin que el pueblo dexase tambien de cobrar afecto é instruirse. No hay duda de que el orador encanta; el teólogo convence; el apóstol mueve, y el santo convierte. ¿El santo? ¿Qué es lo que he dicho? ¿No es este el nombre que solamente daba la voz común á *Juan Nepomuceno*? Si. Esta es la señal con que nos le da á conocer la ilustre clerecia de que es individuo: esta con la que le distingue el Arzobispo de Praga, cuya confianza se grangeó enteramente; y esta con la que le diferenciaban hasta los mismos grandes, de quienes era el oráculo.

Yo, pues, coloco á *Juan Nepomuceno* en la corte, como entre el mas brillante y crítico teatro de su apotolado. En la corte digo, centro del luxo, império del libertinage, reyno de las pasiones, asilo de la lisonja, escuela de la política. En la corte, donde se ve mucha ambicion y poca piedad, mucha ansia por los

ho-

honores y grande indiferencia por la religion: en la corte, donde muchas veces es preciso hacerse incrédulo para llegar á ser hipócrita; y, en fin, en donde aquellos que aman la verdad no la siguen siempre, y rara vez permiten que otros la digan. ¡Qué mansion aquella para un hombre codicioso de los intereses de la gloria! ¡Qué espectáculo para un Acháb y un Elías, para un Heródes y un Juan Bautista!:: El deseo de oír á *Juan Nepomuceno* habia sido demasiado grande para que no estuviesen de su parte todas las atenciones, y para que no atraxese ácia sí todas las voluntades. Pero esto no le bastaba aún. La reforma de las costumbres era el único objeto de sus deseos. Emprehendióla, pues, con ánimo superior; y en medio de la corte, donde se aprende muchas veces tambien á ser apóstol, estudió su carácter hasta que lo consiguó. Descubria los vicios, y los atacaba: observaba los escándalos, y los combatia: advertia las intrigas, y las ponía de manifesto: notaba la falsedad, y la confundia: conocia la hipocresía, y quitándola la mascarilla, la dexaba al descubierto; y, en fin, observaba la irreligion, y la combatia y arruinaba. Muy necesario era este zelo tan atrevido como intrépido en aquella corte. Puede que las mas licenciosas no hayan tenido jamas mayor necesidad de un apóstol semejante que la de Wenceslao.

Pero ¡qué nombre acabo de pronunciar! Aún se avergüenza la Bohemia de haber visto su corona sobre la cabeza de un príncipe tan

Tom. I.

B

po-

poco acreedor á semejante dignidad! ¿Se me acusará de haber faltado al respeto que debo á los potentados, si pinto á Wenceslao con los mas feos y horribles colores? Yo me persuado que en la corte de un Rey (1), que es el terror de sus enemigos, la admiración de sus aliados, el padre de sus vasallos y el protector de la Religion, puedo muy bien desahogarme sobre la desgraciada suerte de un reyno gobernado en otros tiempos por un Monarca que hizo revivir los siglos de Achâb y de Neron. Al principio, pues, se mostró aquel príncipe virtuoso, aunque por fuerza, y siempre dió á entender que era vicioso por naturaleza. Fantástico en sus ideas, singular en sus proyectos, sospechoso sin motivo, locamente desconfiado, furioso en extremo, tímido por naturaleza, y fogoso, bárbaro é inhumano á cada momento. Entregado sin vergüenza á los mayores excesos de la desenvoltura. Dueño cruel, esposo inquieto, emperador insolente, rey débil, y, en una palabra, mal christiano, es como nos representa la historia á aquel príncipe que al principio fué el panegirista, y despues el perseguidor de *Juan Nepomuceno*.

Dirigid vos, ó Dios mio, dirigid el zelo de vuestro ministro. Dadle de una vez aquella fuerza y prudencia, que á un mismo tiempo saben instruir, reprehender, corregir y hacerse respetar::: Persuadios, pues, que la presencia del príncipe no autoriza perjudiciales atenciones; y que *Juan Nepomuceno* jamas imita-

(1) Luis XV.

tará á aquellos apóstoles cortesanos, políticos y aduladores, que por un abominable respeto á los soberanos, son infieles á su ministerio. La Religion se resentiría, por decirlo así, al ver confiados sus intereses al zelo de un hombre tan poco digno de sostenerlos. *Juan Nepomuceno* se atreverá á hablar con aquella noble libertad que el *Evangelio* encarga. Nada teme, porque nada espera. Hace conocer las obligaciones, censura las costumbres, encarga quanto debe encargar. La Religion á todos nos aconseja unas mismas verdades.

Puede muy bien decir con David: Sí Señor: hasta en la corte de los reyes no me avergonzaré de dar testimonio de vuestras leyes santas. *Loquebar de testimoniis tuis in conspectu regum, & non confundebat* (1). Habla con respeto, pero sin artificio. *Loquebar, & non confundebat*. La persuasión, la lisonja, la política y la falsedad, le suministrarán asuntos interesantes para sus instrucciones, y serán el justo objeto de sus anatémas. Aun declamará con mas fuerza y energía contra la irreligion, cuyo monstruo no era entónces tan comun como en nuestros dias, en los que por desgracia abunda demasiado. ¿Quantas veces se le oyó decir, que la incredulidad en los grandes es el mayor escándalo? ¿que su exemplo es un verdadero castigo? ¿que son otro tanto mas dañosos en quanto están mas autorizados; y, en fin, que á proporcion de la educacion é instruccion que reciben, son otro tanto menos

(1) Psal. 118. v. 46.



nos disimulables? A las pasiones del corazón, decia muchas veces, es á las que deben su nacimiento los extravíos del espíritu. Por lo regular se empieza á ser impío quando se ha dexado de ser virtuoso.

¡Oh! ¡y quanto celebrára yo tener la eloqüencia de *Juan Nepomuceno* para expresarme con toda su energia, y con toda la fuerza de sus razonamientos! Es verdad que el hombre puede de muchos modos reconocerse, acusarse y condenarse. Pero Wenceslao nos le podemos figurar en la persona de Saúl, que estando siempre agitado é inquieto, nunca dexó de ser desgraciado. No así tan expresa y determinadamente al cortesano; porque á este le podemos representar de otras mil maneras, que el hábil orador sabe discurrir con tanto zelo como arte. Amán es un espejo en donde puede mirarse el ambicioso; Pilatos lo es para el político; Absalón para el ingrato. A todos se les puede pintar sin que nadie se ofenda. Y como lo executaba así nuestro Santo, todos aprendian, admiraban, reflexionaban y aprovechaban. Wenceslao mismo no podia resistirse á la impresion poderosa que hacian sobre él los discursos y exemplos de un apóstol á quien respetaba y estimaba infinito. La verdad tiene caminos tan particulares, que admiran é infunden terror á la insensibilidad y á la estupidez misma: siendo tal la excelencia y elevación de la virtud, que no pudiéndose defender el vicio se ve en precision de rendirla vasallage.

A vista de lo dicho, ¿no podré yo pregun-

ta-

taros muy bien, si empezais á descubrir en *Juan Nepomuceno* un Santo capaz de sacrificarse por el secreto de la confesion? ¿No decís allá dentro de vosotros mismos á cada paso de su apostolado, que un hombre que sostenia la verdad con tanto empeño, no podia serla traidor, ni abandonarla jamas por respetos humanos? ¿No decís, que precisamente se habia de resistir á las abominables empresas de un príncipe sin religion, y que le habia de condenar sus mas vergonzosos excesos? La santidad dispone para el apostolado. El apostolado ofrece el martirio.

Incapaz de ceder al temor *Juan Nepomuceno*, ¿como habia de caer en la tentacion de ceder al interés? ¡Ah! por las singulares muestras de su desinterés podemos juzgar, si el falso brillo de los honores, el seductor amontonamiento de las riquezas y la esperanza de las grandezas humanas, serian jamas capaces de mudar su corazón.

Establecido en la corte, consideraba muy bien el derecho que podia tener para pretender las mejores plazas eclesiásticas, y las dignidades mas lisonjeras á una alma ambiciosa que no fuese como la suya. No necesitaba mas que desearlas para conseguirlas.

Pero aquellos que son mas acreedores á ellas, únicamente saben merecerlas, temerlas y desecharlas. Para elevarlos á los honores, el obstáculo mas difícil que hay que vencer es su modestia. Mientras que aquellos viles esclavos de la ambicion pagan muchas veces con la ingratitud los beneficios que se les conce-

B3 den;

den ; los santos les reconocen por el mero hecho de ofrecérseles , aun quando no les acepten.

En *Juan Nepomuceno* observó Bohemia este prodigio , siendo sus imitadores otro tanto mas apreciables quanto mas raros. No haré mencion de los diferentes asuntos en que se empleaba su zelo , multiplicándoles y reproduciéndoles á cada paso sin cansarse jamas de ellos. El solo daba salida , digámoslo así , á muchas cosas opuestas , las quales apénas podian desempeñar muchos apóstoles juntos. En la cátedra de la verdad empezaban sus discursos á hacer sus conversiones , y en el tribunal de la penitencia las acababan y consolidaban sus consejos. El predicador severo ahuyenta á los pecadores : el prudente director los asegura y atrae. El uno siembra : el otro recoge. Aquel forma christianos dignos de la Religion : éste conduce santos acreedores de la gloria. *Juan Nepomuceno* era á un mismo tiempo el alma de la clerecia , el pacificador de las turbulencias , la luz de los pueblos y la guia de las almas especialmente consagradas á Dios. El era todo para todos para ganarles á todos para Jesu-Christo. *Omnibus omnia factus* (1).

Entre las conciencias que dirigia , tenía una que le llevaba su atencion , y le grangeaba la estimacion y la confianza pública. Hablo de Juana de Baviera , hija de Alberto de Baviera , conde de Hainault y de Holanda , es-

(1) I. Cor. cap. 9. v. 22.

posa de Wenceslao , y emperatriz-reyna de Bohemia , princesa digna del trono mucho mas por sus sentimientos que por su cuna. La bondad parecia serla innata ; pero ella hacia siempre experimentar sus útiles efectos con discernimiento y sin parcialidad. La dulzura formaba su carácter : mas sabía igualmente hacerse amar que obedecer. Conocia todo el precio de una piedad sabia y luminosa , y jamas daba oidos á las ilusiones de la falsa piedad. Caritativa y llena de compasion , se deleytaba en prodigar beneficios , y procuraba se ignorase la mano que los repartia. Postrada humildemente á los pies del trono , casi se olvidaba de que era reyna por acordarse únicamente de que era christiana. Concedia á la Iglesia su proteccion , la sostenia por medio de sus liberalidades , la consolaba , edificaba y casi la admiraba con sus exemplos. Hasta la envidia misma confesaba , que aun quando ella no hubiera sido por su sangre la primera princesa de sus estados , se la hubiera reputado por tal por sus virtudes. En una palabra , para concluir con su retrato y elogio , el modelo que tenemos á la vista (1) , es la imagen fiel de la que acabo de retrataros.

Un conjunto de tantas qualidades dichosamente reunidas , parece no dexan ya que hacer al zelo y á la prudencia de *Juan Nepomuceno*. Solamente debia atemperar su resplandeciente fama para aumentar el mérito. Depositario de los secretos de la princesa , sabio

B 4 mo-

(1) La Reyna.

moderador de sus acciones, guía luminosa de su conciencia y hábil en perfeccionar sus sentimientos, apuraba los motivos, consagraba el fervor, santificaba el heroísmo, y sorprendida de admiración y de respeto toda la corte, no acertaba á decir, si era la reyna ó el que la dirigía quien se aventajaba en la práctica de todas las virtudes que el Evangelio encarga. Por decontado confesaban todos uniformemente, que á ninguna otra cosa pertenecen los santos que á la santidad; y que á la de *Juan Nepomuceno* no la faltaba mas que el premio y las recompensas de la Iglesia.

No desmentía la princesa este juicio común y uniforme; y así pensaba en premiar como correspondía á un mérito generalmente aplaudido. Buscó la ocasion, se la presentó y se resolvió á ejecutarlo. Vaca el obispado de Leitomeritz y todos están por *Juan Nepomuceno*. Como Wenceslao no lo ignoraba, lo eligió para él. Todo el mundo aplaudió semejante eleccion. Los ambiciosos solamente eran los que murmuraban de ella, pretextando no le hacia digno de esta gracia su nacimiento, sin reflexionar lo acreedor que á ella le hacian sus virtudes y talentos. Pero me engaño en lo que digo. Uno tan solamente fué el que se opuso á las deliberaciones de Wenceslao, advirtiéndole en el apóstol de Praga disposiciones muy débiles para sostener el trabajo del obispado. *Juan Nepomuceno* mismo fué este. En vano pretextaba el emperador para obligar á su modestia los intereses de la Religion y las necesidades de la Iglesia: el humilde apóstol

se resistía con sumisión y reusaba con firmeza. En fin, condescendió el príncipe con sus súplicas y sus llantos; pero no fué sino para prepararle muy en breve una tentacion aun mas poderosa. Esta le proporcionó nuevos triunfos á *Nepomuceno*.

Por muerte del Prevoste de Wischeradt acababa de vacar una de las plazas (1) mas apetecibles de la presentacion del rey: no pedía trabajo alguno y tenia grandes privilegios, inmensas riquezas y honores singulares. ¡Quántas intrigas y monopolios se experimentaron en esta ocasion para que recayese la gracia del príncipe sobre uno de aquellos hombres de la primera gerarquía, y del mas ilustre nacimiento de la corte! todos pedian, todos deseaban y ninguno dexaba de esperar:::

En vano moveis, hombres ambiciosos, en vano moveis los mas poderosos resortes de la política: inútilmente empleais para conseguirlo todo vuestro favor y proteccion. Los honores de la Iglesia no son para los ambiciosos. Por el mero hecho de atreveros á pedirles no debeis jamas obtenerles.

Quando toda la corte se interesaba por la provision de esta plaza, y quando discurría á quién de los sugetos mas ilustres y poderosos se concedería, se vió un hombre que, aunque destituido de toda proteccion, hablaba el mérito por él y la inclinacion de Wenceslao: este, pues, era *Juan Nepomuceno*. Pero
joh

(1) El emplen hereditario de Chanciller estaba unido á la Prevostía de Wischeradt.

¡oh príncipe! Tú no consultas mas que á la reputacion y á los sucesos de este piadoso ministro sin haberlo hecho con su corazon. No esperes vencerle , no. Ofrecele trabajos sin honores ni riquezas, y los aceptará: en esto sí que le darás gusto. Pero una plaza que todo se lo concede al amor propio y no dexa nada para su zelo , entibia su virtud. Reconocidísimo , pues , á los favores que su señor y monarca le concedia , no se detuvo en pedirle con el mas vivo encarecimiento y con una santa importunidad otro que para él era mas apreciable ; quiero decir , el que le juzgase por entónces aun ménos digno que ántes de tantos beneficios, y le admitiese la renuncia de ellos.

Si le quereis ver unido á la corte , es menester que le presentéis una dignidad conforme á su zelo y desinterés : una dignidad , que no le conceda otro derecho que el de ser útil á la Religion , al príncipe , al pueblo , y sobre todo á los desgraciados : una dignidad , en fin , en la qual , sin que él mismo dexé de ser pobre , pueda ser el protector de la indigencia y el padre de los miserables. En este caso se satisfarán sus deseos. Mas como Dios estaba escuchándolo , no tardaron mucho en cumplirsele ; y como si de exprofeso se hubiera consultado á su voluntad , se le presentó de allí á pocos dias la plaza de Limosnero de Wenceslao , que era para él la mas lisonjera. Concediósela aquel príncipe inmediatamente, como que sabia muy bien el acierto con que caminaba. Esto sí que fué premiar á *Juan Nepo-*

pomuceno , como apetecia. Era recompensar á un apóstol como apóstol , y á un santo como santo.

Concluyamos , pues , con decir , que un hombre de este carácter era muy á propósito para defender el secreto de la confesion : su desinterés era una señal nada equívoca de su constancia.

No espere el mundo conquistar por medios injustos á un ministro de Jesu-Christo que aborrece los bienes de la tierra. *Juan Nepomuceno* , no admite honores sin peligro : quando este sea en ellos inseparable los deseará. ¿Cómo habia de comprar á costa de manchar su conciencia y de sacrificar su virtud una fortuna , que por quantas partes se considere la miraba con el mayor desprecio y horror? Nada ménos que eso : jamas le hará infiel á sus obligaciones cosa alguna de este mundo. Su singular zelo , siempre firme y desinteresado , le defiende contra la injuriosa sospecha de una fragilidad indigna de él y de su ministerio. La conducta que ha tenido manifiesta la que tendrá. La corte ha hallado en *Juan Nepomuceno* un apóstol , pronto le verá mártir , y el mártir del silencio. *Silui.*

SEGUNDA PARTE.

La misma Religion que encarga á sus ministros combatan desde la cátedra de la verdad contra el crimen y el desorden , les manda igualmente , que guarden un perpetuo silencio acerca de las culpas y delitos que se les

les confien en el tribunal de la penitencia. Si ellos tienen derecho para corregir á los pecadores, carecen de él para comprometerles, descubrirles y hacerles traicion. La obligacion que tienen los ministros de guardar á los fieles un secreto inviolable, es el único motivo, ó, quando ménos, el mas poderoso de la confianza de éstos. En efecto ¿que conseqüencias tan fatales se seguirían de la infraccion de ésta sábia ley solamente capaz de dulcificar la dura necesidad de ser uno mismo su acusador, y confesar á otros las fragilidades, vicios y culpas, que muchas veces quisiera poder ocultar aun á sí mismo?

Por la defensa de esta ley tan necesaria á la sociedad, tan conforme á la razon, tan sagrada á la Iglesia, y tan digna de la Religion, es por lo que *Juan Nepomuceno* se encerró, digámoslo así, en un silencio vencedor de las promesas, de las amenazas, de las persecuciones y de la muerte misma. *Silui*. Profundicemos la causa, fixemos la época, y veamos las conseqüencias de su martirio, precedido de las pruebas mas difíciles, acompañado de las circunstancias mas interesantes, y coronado con la gloria mas singular. Si jamas hubo santo mas propio para defender el secreto de la confesion, tampoco le hubo nunca que lo hiciese con mas sabiduría, con mayor ánimo, ni con mejor suceso.

Aun quando el secreto de la confesion (1)

no

(1) *Langlet du Fresnoi*, el citado *Trat. del Secreto de la conf.*

no fuese una ley del *Evangélio*, hubiera encontrado en la *Religion natural* una autoridad poderosa, y una seguridad, cuyo honor solamente formase una indispensable obligacion, y fuese el garante del secreto. Confiado éste á la discrecion de un amigo, es un sagrado: el divulgarle, un enorme delito. La razon misma nos enseña, que si somos los dueños absolutos de nuestros propios secretos, no lo somos de los de los demas. Este es un depósito religioso á donde no es permitido llegar (1). Así, pues, el *christianismo* no ha hecho mas que perfeccionar esta religion ó derecho de la naturaleza, con especialidad por lo que toca al *Sacramento de la Penitencia*.

Bien podria yo citar sobre este dogma tan invariable la unánime doctrina, y las sagradas expresiones de los *Basilios*, de los *Ámbrosios*, de los *Chrisóstomos*, de los *Agustinos*, de los *Leones* y de los *Bernardos*, diciéndoos con los unos, que esta ley que tan rigurosamente observan, la recibieron de los apóstoles: *Apostolicam regulam*. Con los otros, que guardan el silencio que los santos Padres les enseñaron con su exemplo: *Patres veterunt*. Con éstos, que el secreto de la confesion no se confia tanto al ministro, quanto al mismo Dios, que es á quien el ministro representa: *Non hominibus, sed Deo*. Con aquellos, que el hombre en el tribunal de la penitencia oye como si no oyera, y sabe como si no supie-

(1) *Mr. Loebon*, *Trat. del Secret. de la conf.* p. 1.

piera: *Scientes nesciunt*; y con todos ellos, que el mas ligero indicio es una indiscrecion, toda indiscrecion un crimen, todo crimen un sacrilegio, y que los mas afrentosos suplicios no bastan para castigar tan monstruosa prevencion.

A esta máxima del secreto de la confesion, universalmente respetada, nunca hubo tirano que se atreviese á combatirla, ni jamas suministró víctimas á la fe (1). Este es un nuevo camino que va á abrir la sangre de un nuevo mártir. Si la gloria de San Esteban consiste en haber sido el primer mártir del cristianismo, la de Juan Nepomuceno consistirá en haber sido el primero y, hasta el presente, el único mártir del secreto de la confesion.

Ya hacia mucho tiempo que era el único objeto de la corte: hacia respetar en sí la Religion, y reynar la virtud. La de la emperatriz, cuya conciencia dirigia, obligaba á ser respetada hasta de los mismos incrédulos. Parecia que con ella habian revivido las Helenas, las Clotildes y las Isabeles, quando repentinamente sorprendió no sé que astro fatal á la pecaminosa imaginacion de Wenceslao. Su ternura por la reyna era sincera, pero inquieta. Apoderóse de él una loca sospecha, é ingenioso en atormentarse, concibió su espíritu ciertas chíméricas ideas que le agitaban y despedazaban. Una duda igualmente injuriosa á la princesa que importuna á él mismo, per-

(1) El P. de Marne, Jesuita, Vida de San Juan Nepomuceno.

perturbaba su razon, casi nunca acorde consigo mismo. ¡Quan temible es un espíritu borrascoso! ¡Quántos monstruos le espantan! ¡Quántas pesadumbres se adquiere! La ciega locura no escucha ya la reflexion: la Religion misma no es un dique capaz para detener sus violentos excesos y sus horribles resoluciones. ¿Que hará Wenceslao tristemente entregado á la injusta pasion que le tiraniza? Pretender exigir de Juan Nepomuceno luces suficientes, y obligar á que le revele los secretos de que la emperatriz le ha hecho depositario en el tribunal de la Penitencia. ¡Qué proyecto! ¿Cómo se manifestará su primera idea?

En vano intentaba preparar al virtuoso ministro con un lenguaje sutil, y encubierto para favorecer sus detestables designios. Juan Nepomuceno penetraba el delicado punto que Wenceslao rehusaba tocar. ¡Cielos! ¿Qué es lo que acabo de oír? Solamente la idea de esta confesion sacrilega, que se propone exigir de él, le estremece y aterra::: Pero aun le faltan que sufrir otros combates. Explicase Wenceslao: manda, y quiere ser obedecido. La relacion que pide le parece esencial á su política, á su gloria, á su felicidad y á su Religion misma. Es rey, y nada se le debe resistir. Un vasallo que no executa las órdenes del principe, es rebelde. Es menester hablar, ó esperar las conseqüencias mas lastimosas. Así como sabe recompensar como rey magnífico é inagotable en sus beneficios, sabe tambien castigar como rey irritado é implacable en sus venganzas. La complacencia todo lo de-

debe esperar de él; pero la obstinacion lo debe todo temer.

¡Qué prueba para un ministro de Jesu-Christo que no fuese de la virtud de *Juan Nepomuceno*! Bien sabia éste á qué exceso puede llegar una ciega pasion reconcentrada en sus ideas, y engañada en sus esperanzas. Desde luego advertia las sangrientas escenas que se seguirian á una negacion constante::: ¡O imágenes horribles! ¡No le hagais decaer ni desanimar! Siempre conviene oponerse á la voluntad del monarca, quando, de condescender con ella, se incurre en una infidelidad. Nunca debe olvidarse un vasallo de que lo es; pero debe acordarse siempre de que es christiano. ¡Ah príncipe, exclamaba él, que no puedo obedeceros! Mi respeto, mi zelo y mi amor á vuestra sagrada persona me harian sacrificar por vuestros intereses, por vuestra gloria y felicidad. Mandadme todo quanto la Religion no me prohíbe, y me hallaréis siempre fiel y obediente. Pero ¡ah! ¿qué es lo que queréis exígir de mi sumision? A mí no me es permitido revelar un secreto que no está en mí. Dios solamente es el que reserva su conocimiento. No ignorais vos las rigurosas leyes que la Religion me impone. ¡Ah! Si por una débil y sacrilega complacencia condescendiera con vuestros deseos: si yo executase vuestras órdenes: ¿qué luces os podria yo dar, aun en este caso, no obstante de que me arrojase á la temeridad de haceros una confesion tan pecaminosa? ¿Bastaria mi palabra para satisfaceros y dexaros tranquilo con la inocen-

cia, ó la culpa que yo os declarase? No: aunque yo os manifestase con fidelidad los conocimientos que he adquirido en el sagrado tribunal, no creeriais oirme la verdad en el sincero testimonio que os diese. En mi deposicion únicamente advertiriais mi delito, del que os horrorizariais como me sucede á mí mismo. Vos tendriais autoridad para perderme como justo juez de mi indiscrecion; y lo deberiais hacer por el honor del ministerio, por la seguridad del Sacramento, por la gloria de la Iglesia, por la tranquilidad de nuestro estado, y por mantener vuestras mismas leyes en su vigor. Debeis persuadiros, que el que es traidor á su fé, es capaz de serlo á su príncipe. Dios me impone la obligacion de que guarde silencio. Si en el dia juzgais esto en mí por un crimen, tiempo llegará en que talvez me lo tendréis por mérito.

¡Respuesta generosa, é intrépida firmeza de *Juan Nepomuceno*! ¿Qué impresion no debia de haber hecho en el ánimo de Wenceslao? La Religion misma es quien le hablaba por boca de aquel fiel ministro suyo. Pero ¡quán débil es, y que poco imperio tiene la voz de la Religion sobre un corazon que se deleyta con una ceguedad obstinada! Faraon se resistió á las sábias demostraciones de Moyses: Wenceslao oye con desprecio las humildes representaciones de *Juan Nepomuceno*. Un santo que no sabe ser político, está demas en su corte. Esta solo quiere esclavos sujetos á sus pasiones. *Juan Nepomuceno* se desentendiende de ellas, y por lo mismo es culpable, y será

castigado. Era menester seguir las máximas de los emperadores tiranos: Wenceslao no se avergonzará de imitarles. La libertad es el primer sacrificio que *Juan Nepomuceno* hizo por el secreto de la confesion.

¿Qué nombre daremos á su horrible mansion? Yo me figuro aquellos terribles calabozos en don le los Nerones y los Dioclecianos encerraban en otro tiempo á los discípulos de Jesu-Christo, y discurrían los mayores tormentos para hacerles abjurar y obligarles á que con sus propias manos incensasen á los ídolos que aborrecian. No era ya en la cátedra de la verdad donde *Juan Nepomuceno* enseñaba la Religión: era sí, en una estrecha mansion, impenetrable á los rayos del sol, donde la predicaba y defendía. En aquella todos aplaudian su zelo: en esta todo á porfia le intimida. Allí todo se humillaba á su virtud: aquí todo se reúne para hacerla caer. Pero no, hermanos míos, no temais de que calga: Su corazon es siempre el mismo; y aunque se le ataque, resistirá: aunque se le amenace, permanecerá tranquilo: aunque se le ruegue, será inflexible; y aunque se le presente el furioso poder del príncipe, conoce muy bien sus intenciones, respeta sus órdenes, y no teme su venganza. Su primera respuesta manifiesta su último modo de pensar.

Únicamente servirán para mayor resplandor de sus sentimientos los multiplicados asaltos que tiene que sufrir. Los antiguos tiranos empleaban todas las sutilezas de la política para hacer decaer á los christianos de su fe:
pa-

para vencer el silencio de *Juan Nepomuceno* se emplearán todos los ardidés y engaños posibles. Las pruebas mas difíciles ya precedieron á su martirio: con que no es extraño que le acompañen muy en breve las mas interesantes circunstancias.

Si el arte difícil de reynar pende, como quieren algunos, en saber disimular, ningun príncipe supo reynar mejor que Wenceslao. Perseguidor de la inocencia, parecia reconocer su injusticia y subsanarla de un modo admirable, al paso que no pensaba mas que en artuinarla. La venganza de los poderosos, es otro tanto mas terrible, en quanto la ejecutan con mayor encono y desesperacion. Ordena Wenceslao, que nuestro santo vuelva á la corte y á la Iglesia: le convida á su mesa, y le prepara con mil tiernas demostraciones de agrado. Qualquiera otro que no hubiese sido *Juan Nepomuceno* se hubiera dexado engañar con tales apariencias: pero este penetró el artificio y se supo eximir de él. Postróse á los pies del trono, y de acuerdo su corazon con su Religión, le hacen conocer muy bien lo que es su rey, y el respeto que le merece: pero tampoco se le escapa hasta donde se extienden aquellas vanas lisonjas de una amistad fingida. Es una calma indigna que amenaza la tempestad. Al parecer le hablaba el príncipe sin designio ni pasion alguna. La conversacion era indiferente: pero pronto dexó de serlo. Vuelve Wenceslao á sus primeras ideas, y se obstina en su terrible resolucion. Desde este mismo instante se manifestó con
C 2 frial-

frialdad en aquellas confianzas. Cesó la dulzura, se agitó la violencia, resaltó el encono y el furor, y, en fin, no se hablaba ya mas que de suplicios. Pero los santos no varían, porque como no mudan de principios no cambian de pensamientos. Lo que *Juan Nepomuceno* ha sufrido ya, es una señal de lo que está pronto á padecer. A las mismas solitudes que se le hacian, rehusaba con la propia firmeza. A las mismas amenazas con el propio teson.

Comunicáronse nuevas órdenes, y le quitaron de la presencia del monarca. Condúcese por segunda vez á aquella triste mansión destinada para castigar los delitos, y á *Juan Nepomuceno* no se le advertian sino virtudes.

San *Chrisóstomo* sintió infinito no haber visto á San Pablo en la cautividad y en las prisiones (1). La del apóstol se le figuraba un trono al arzobispo de Constantinopla, sus grillos y sus esposas un cetro, y el cautivo un rey. ¿Pero lo diré yo, christianos? Sí. La prision de *Juan Nepomuceno* me representa el mismo espectáculo. Yo siento no haberle visto, segun nos le da á conocer la historia, sordo á las súplicas, mudo en los tormentos, inmutable en las llamas, é invencible aun á pesar de la mas viva impresion que sobre su cuerpo abatido y aniquilado hacia un fuego siempre activo y aumentado á cada paso. En medio de este sufrimiento horroroso, me pres-

(1) Chrysost. De Laud. Div. Pauli.

ta la fe de *Juan Nepomuceno*, su prudencia y entereza, una idea tan grande, qual no puedo explicar de otro modo que con el silencio y la admiracion.

Esto es justamente lo que sucedia en toda la corte. Wenceslao solo era el que se resistía á ello. Siempre al odioso se le figura el mérito una criminalidad. ¿Pero no podrá bastar ninguna cosa para apaciguar á aquel príncipe injustamente airado? Determina la emperatriz ver como le puede hacer ceder (1). Le suplica y le ruega. Sus lágrimas, mas bien que sus palabras, le pedian lo que su corazon deseaba. Concédesele la libertad al siervo de Dios. Se presenta en la corte, pero como santo perseguido y siempre fiel á su ministerio, está enteramente resuelto á sufrir la muerte primero que dexar de defender con generosidad las sábias leyes del Sacramento de la Penitencia. Jamas daba á entender que temia la cólera del príncipe. Se observaba con admiracion que guardaba el mas profundo silencio á vista de los rigores de Wenceslao, y que únicamente hablaba del reconocimiento que debia á las gracias y beneficios del rey.

En efecto, bien podia haber dexado á sus llagas el cuidado de publicar tanto su gloria, quanto la deshonra y vergüenza del emperador: ¡Qué triunfo tan brillante para la Iglesia fué el de aquel dia en que *Juan Nepomuceno* la reparó con su predicacion como un

C 3

már-

(1) Vida de San Juan Nepom. por el citado Padre de Marné, Jesuita.

mártir escapado del suplicio, y, si me es permitido háblar así, vencedor de la muerte! ¡Ah pueblos que le escuchais! ¡Cuán santa y preciosa os parece en la boca de este hombre la Religión que acaba de sellar con su sangre! ¡qué apóstol mas eficaz y persuasivo para vosotros que esta misma sangre! ¡Cuán dicho-amente dispone al espíritu para creer y al corazón para aprovechar! Y ¡qué predicador mas eloqüente de la Religión, que un hombre que viene á ser su víctima? Si, christianos, estoy por decir, que ni los mártires predicaron con mas eficacia el Evangelio sobre los cadahalsos que Juan Nepomuceno lo hizo en los pulpitos de Praga al salir de la prision.

¡Ah! ¿Cómo es que él mismo viene á quitarnos el inocente placer que sentimos al oírle? ¿qué fin es el suyo, conociendo anticipadamente la suerte que ha de tener? Es cierto que no se le oculta á este nuevo Isaias; pero como que le oigo repetir aquellas tristes palabras que sorprenden y se apoderan de su consternado auditorio. El tiempo se acerca, y mi carrera se va á concluir. Dentro de poco, ni me oiréis, ni me veréis. *Fam non multa loquar vobiscum* (1).

Como apóstol de la fe, y como profeta arrobado en éxtasis, penetra la nube de la tempestad. La ve: se estremeció: ¡O cielos! Extinguid el terrible fuego que amenaza al trono, á la patria, al sacerdocio, á la Iglesia

(1) Joan. cap. 14. v. 30.

y á la Religión: No se le oculta el error que sale de Inglaterra, é inunda á la Bohemia: el espíritu de Wiclef se comunica y contagia al de Juan Hus y al de Gerónimo de Praga (1). Los sequaces de la mentira sorprenden ya la credulidad del pueblo: la heregía, aunque tímida al principio, se enardece desde luego con sus primeros sucesos, é intenta levantar el estandarte de la rebelion. Ya se esparce el sutil veneno. La novedad profana tiene sus apóstoles: no tardará en hallar protectores. Si la Iglesia la espanta, y el concilio de Constanza (2) intenta calmar la tempestad con el suplicio de los culpados, tambien arman sus cenizas para su defensa los malvados. Mas violento y universal el fuego, rompe todos los limites. ¡Que afrentosas rapiñas no se ofrecen al asombrado espíritu de Juan Nepomuceno, excitando al mismo tiempo sus lágrimas, y penetrando su corazón con el mas vivo sentimiento! Pensaba que ya se hallaba en el momento en que la Bohemia vería salir de su seno aquel formidable apoyo de los Husitas (3), aquel fogoso enemigo de la Iglesia y de sus defensores, aquel Ziska, cuyo famoso nombre y rápidas expediciones llevarán el terror y la desolacion por todas partes; trastornará los altares, arruinará los templos, sacrificará á los ministros de Jesu-

C 4 Chris-

(1) Diccion. de las sectas, armas, heregias, &c. por el P. Pinchinat, Franciscano, en 4. Artic. Wiclef.

(2) Hist. del concilio de Constanza por Lenfant.

(3) Hist. de la Guerra de los Husitas por el mismo Lenfant.

Christo, forzará las plazas, ganará batallas, disparará las armas imperiales, defenderá al error, tomará satisfaccion por la sangre de sus víctimas, y saqueará el santuario y sus heredades::: Dias de tristeza y de duelo para la Religion: de sangre y de carnicería para el estado; y dias, en fin, que el cielo irritado embia á la tierra para castigar sus crimines. Si; *Juan Nepomuceno* los vaticina, però no los verá (1). Aquellos dias tan lamentables no sucederán, sino quando él ya no subsista. Su muerte precederá á aquel diluvio de males. ¿Su muerte? Si, christianos, morirá. Sus juicios son demasiado fundados.

Aquella paz simulada y fingida solo sirvió para preparar una guerra mas sangrienta. El desatinado furor de *Wenceslao* llegó á ser su único consejo. No pudo hacer un prevaricador de *Juan Nepomuceno*, e intentó martirizarle. Llega con disgusto, mira con indignacion, y sus palabras amenazadoras descubren su última resolution. O hablar, ó morir: tal es la suerte que dexa á su eleccion (2). ¿Y el santo titubea? No: su silencio es su única respuesta. Esto es hecho. *Wenceslao* pronuncia la irrevocable sentencia. Ministros de mis venganzas, exclamó, apoderaos de ese delinquente. Que me quiten de mi vista las aguas del *Molnaw* (3) á un vasallo inobediente á mis ór-

(1) El citado de Marne, vida de San Juan Nepomuceno.

(2) *Act. Sanct. apud Bolland. 16. Mai.*

(3) Comunmente se dice el-Moldaw.

órdenes::: Pero ¡qué repentina turbacion es la que embarga sus sentidos sin escuchar á sus remordimientos! ¿Creerá acaso que, indignada la Bohemia, no reclamará á su bienhechor, á su apóstol y á su padre? Por de contado se lisonjea, de que las tinieblas de la noche favorecerán sus designios, é impedirán al mundo de que los conozca: como si el crimen que carece de testigos, no debiera esperar quien lo castigase. Llega la hora::: se executa la orden. Pero ¿qué es lo que veo? Aquello mismo que parece debia ocultar la iniquidad, la manifiesta. La misma voz que mandó á las aguas del Nilo respetasen la vida de *Moyse*, encarga á las de *Moldaw* respeten la santidad de *Juan Nepomuceno*::: (1). Un dia inesperado salió del seno de las aguas el cuerpo del santo mártir. Entre tanto que la tierra admira sus exemplos corona el cielo sus méritos. La Iglesia pierde un apóstol, però gana un protector. El martirio de *Juan Nepomuceno* se coronó por la gloria mas singular.

¡Que encadenacion de maravillosos hechos me sorprehende! Yo creo haberme transportado á los primeros siglos de la Iglesia. El sepulcro de nuestro santo causa admiracion en la Bohemia, y es un espectáculo tan interesante como aquellos que en otro tiempo ofrecieron al Universo admirado las famosas catacumbas de Roma, depositarias de tantos márt-

(1) *Act. Canonis. Sanct. Joan. Nep.*

mártires, y perpetuos lugares de su gloria y de su poder.

¡Que no me sea lícito multiplicar las ideas del mismo modo que se multiplican los prodigios por la intercesion de *Juan Nepomuceno*! Allí le veriais semejante á *Daniél*, conservar á la casta *Susana* (aunque á pesar de las ignominiosas acusaciones de la calumnia) su honor, su reputacion y su inocencia: bienes mucho mas preciosos que la misma vida. Allí su imagen, al modo que la sombra de *San Pedro*, sana las enfermedades, remedia las desgracias, rompe las cadenas, sosiega las tempestades y manda á la muerte.

A él es á quien la *Bohemia*, despues de tanto tiempo como hacia que la devoraba la sangrienta guerra de los *Husitas*, cree deber aquella admirable y decisiva victoria que terminó las turbaciones, extirpó el error, calmó el imperio y fixó el catolicismo en un reyno en donde la heregia, despues de haber adquirido discípulos para acreditarse, hubiera querido hacer maestros para sostenerse.

Pero todas estas descripciones por mas bien hechas que estén, no son bastantes para elogiar al mártir del secreto de la confesion. El cielo ha querido honrarle por medio de los milagros de justicia y de terror, los quales han brillado tanto sobre la Religion, como sobre su ministro. Acordaos sinó de aquellos multiplicados esfuerzos de la heregia, aunque insuficientes para obscurecer y ajar la gloria de *Juan Nepomuceno*, minorar su poder, desechar sus milagros, consumir sus ce-
ni-

nizas y aniquilar su culto. Yo veo que el error y la impiedad llevan hasta el templo del Señor sus meditados odios, venganzas y sacrilegios:: Y vosotros, ó santos altares, vosotros digo ¿no podeis contener las temerarias resoluciones del fanatismo? La heregia á ninguna cosa respeta. Triste silencio de los sepulcros, venerables cenizas de los príncipes, de los mártires y de los santos, vosotros suministras al deseo cruel de los *Husitas*, objetos dignos de su furor. Ellos creen que con un paso audaz y atrevido pueden hollar la tierra que encierra sus apreciables depósitos. Con el acero en la mano intentan penetrar en esos respetables abismos desde donde *Juan Nepomuceno* defiende á la *Bohemia* y á la Iglesia. Se atreven sí; pero á un mismo tiempo se manifiesta tambien el delito y la pena.

Aún os falta, príncipe desgraciado, otro castigo mayor en pago del reflexionado atentado que cometisteis en haber sacrificado á vuestras locas presunciones á *Juan Nepomuceno*. En vós se cumple el dicho del Profeta: la justicia triunfará hasta de los mismos reyes, y sus enemigos le llenarán de confusion. *Ipse de Regibus triumphabit, et Tyranni ridiculi ejus erunt* (1). La sangre del mártir y su triste recuerdo, parece que llevaban el espanto al alma inquieta de su perseguidor. Aborrecible á sus vasallos, menospreciado de los príncipes de Alemania, privado del im-
pé-

(1) Habac. I. v. 10.

pério (1) y lleno de remordimientos, murió Wenceslao, y con su imprevista falta pagó en la Bohemia, y tal vez en la otra vida, la injusta y premeditada muerte de *Juan Nepomuceno*.

Su sepulcro nos presenta dos diferentes aspectos. Enterrado Wenceslao en el de sus padres, vemos que permanece en el olvido. Si alguno se acuerda del tiempo en que reynó, no es para otra cosa que para lamentarse de los tristes horrores de su dominacion, y añadir á su nombre los desgraciados títulos que caracterizan la indolencia, la locura, el furor y la inhumanidad.

Desde las orillas del Moldaw se trasladó con respeto el cuerpo de *Juan Nepomuceno* á aquellos antiguos y venerables sepulcros en donde descansan las cenizas de tantos hombres grandes, que fueron la gloria de la Iglesia y los apóstoles de la Religion (2). Allí es visitado de los fieles, honrado de los grandes y respetado del universo.

Aun no había aprobado la Iglesia su culto, quando ya el reconocimiento de los pueblos se adelantaba á solicitarle como á oráculo solemne, cuya confianza y piedad acreditaron lo bien fundadas que estaban en sus continuados prodigios. Entre ellos existe todavía uno muy singular, qual es la lengua de *Juan Nepomuceno*. Esta, aunque muda, pro-

(1) Hist. del Imper. por *Heir.*

(2) *Hymni in hon. sancti Joan. Nep.* Hist. de la guerra de los Husitas por el citado *Lenfant*, tom. I.

pronuncia una sentencia que consagra la causa de sus sufrimientos y el motivo de su martirio, determinando, en fin, el modo de sentir de la Iglesia. *Lingua ejus loquetur judicium* (1).

Esta lengua, pues, á quien no pudieron hacer infiel las promesas, fué la prueba de las amenazas, de los tormentos y de la muerte. Esta lengua siempre incorruptible entre los descarnados huesos de un cuerpo casi reducido á ceniza, triunfa del tiempo, como triunfó de las persecuciones. Los suplicios no pudieron vencerla: el tiempo no ha podido corromperla. Ella subsiste para deshonra de Wenceslao, desesperacion de la heregia y gloria de la Iglesia; testificando por todo el mundo el secreto de la confesion, animando el zelo de los ministros, fortificando á los fieles, destruyendo las acusaciones del error, y anonadando las blasfemias de la impiedad. Subsiste, en fin, y aquel continuo milagro que la Iglesia testifica (2) y admira la Bohemia, prueba evidentemente, como seguro é incontrastable, que el mismo Dios que estableció la Religion, la conserva. *Lingua ejus loquetur judicium*.

De aquí proviene esa comun veneracion por la memoria de *Juan Nepomuceno*. Mas esta no se limitó precisamente á la Bohemia. La Alemania, Italia, España, Polonia y Flandes concurren como á porfia, para dar las mas

(1) Ps. 36. v. 30.

(2) *Bulla Canoniz. Sancti Joan. Nep.*

brillantes pruebas del amor y del zelo de este santo mártir.

Del mismo modo que vemos á nuestros difuntos monarcas representados en esas grandes plazas, donde parece que aun están respirando en medio de sus pueblos, de quienes fueron ó sus conquistadores, ó sus padres ó defensores; así tambien nos representan á Juan Nepomuceno una infinidad de imágenes respetables, tanto en las ciudades, como en la corte y en los pueblos, á quienes mantuvo en su reputacion, defendió sus intereses y aseguró su felicidad::

Vuestras virtudes y vuestra gloria, ó santo admirable, no se ignoran en Francia. Contais en ella zelosos individuos que forman una piadosa y sabia Compañía (1), tan formidable á los hereges, quanto útil á la Iglesia. Nuestros guerreros capitanes, no ménos virtuosos que valientes, nos enseñaron (2) con quanto zelo os invocaban en la Bohemia, teatro de vuestro apostolado y de su valor; pero el establecimiento de vuestro culto en esta corte, estaba reservado á la piedad de una augusta reyna (3), cuya persona es un perfecto modelo que nos enseña el modo de honrar á los santos por la imitacion de sus obras: puesta á los pies del trono nos instruye, y, por decirlo así, nos avergüenza. Encarga, que

(1) Los Jesuitas.

(2) En la Guerra de Bohemia.

(3) Cofradía establecida en la Iglesia de dichos Padres Recoletos de Versailles.

celebrémos vuestras virtudes, sin permitir que publiquemos las suyas. Procurarémos admirarlas; y nuestro silencio, dictado por el respeto, imitará, á lo ménos en este punto, á aquel que vos consagrais á la Religion. Felices, si los exemplos que nos dais, juntos con los que hasta aqui nos habeis presentado, nos hacen fieles á nuestras obligaciones sobre la tierra, y dignos de poseer la misma corona en el cielo. Amen.



PANEGÍRICO

DE S. LUIS, REY DE FRANCIA:

PREDICADO

*En la capilla de Louvre, en presencia
de los Señores de la Academia
Francesa.*

*Justus, fortis & patiens. Justo, fuerte
y sufrido. Ps. 7. v. 12.*

A pocos santos y á pocos héroes pertenece la aplicacion de estos tres atributos reunidos. Los unos se immortalizaron por la justicia, los otros han asombrado al Universo con su valor; pero ¿quántos han merecido los elogios de la Religion misma por una constancia singular? Recorred, señores, los fastos del Mundo y los anales de la Iglesia, y apenas encontraréis en un solo hombre estos diferentes géneros de mérito, ni estos caracteres diversos de la santidad.

El santo y el monarca de quien pretendo hablar, es tal vez el único por quien yo pueda decir con seguridad, que la justicia, el

va.

de S. Luis, rey de Francia. 49

valor y la paciencia caracterizaron esencialmente tanto su reynado como su santidad. Si me atengo solamente á una de estas ideas, no queda mas que bosquejado el retrato del monarca, é imperfecto el elogio de su santidad. Solamente en *Luis* encuentro todos estos caracteres reunidos.

Tenia numerosos pueblos que gobernar, y la equidad era su norte. Poderosos enemigos contra quien combatir, y su valor menospreciaba los peligros. Terribles desgracias que sufrir, y su constancia superaba á todos los acontecimientos. Justo en el trono, atrevido en los combates, y libre y mas que rey en las prisiones, es como debo representaros á *San Luis*. Demos gracias á la Religion por tantas virtudes, pues que ella es la causa, el alma y la vida de su santidad. En una palabra, el reynado de *Luis* es el de la Religion.

Esta es la que ilumina su justicia, *justus*.

Ella la que consagra su valor, *fortis*.

Ella la que sostiene su paciencia, *patiens*.

AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

Dios quiere, que así como coloca á los reyes sobre el trono, reynen tambien para él y para sus vasallos. Quiere que sus continuos cuidados y su atenta vigilancia, se reparta entre los intereses de la Religion y la gloria del império: que hagan felices á sus pueblos con una sabia legislacion, y les edifiquen con el poderoso estímulo del buen exemplo; y, en

Tom. I.

D

fin,

fin, quiere que la justicia sea siempre la regla severa de sus acciones y de sus sentimientos.

No hagamos cuenta de aquellos primeros años en que formado *Luis* por la piedad, estudió las estrechas obligaciones de los reyes á que el prudente zelo de una reyna política y virtuosa le obligó para que conociese y supiese defender sus derechos como monarca, para combatir á sus enemigos como héroe, y para someterse á la Religión como christiano. Así es como se le debe representar sobre el trono.

Luis VIII., á quien la Francia colocaría entre sus mas ilustres reyes sino hubiese dominado entre dos príncipes incomparables: *Luis VIII.* digo, quando murió, dexó á su hijo un gran reyno que gobernar, y muchas mayores reflexiones que hacer. En efecto, ¿quántas no ofrecería al espíritu de aquel jóven monarca el sepulcro de un padre á quien él mismo habia visto subir al trono, vencer y morir?:: Este espectáculo recordaba á *Luis* la inestabilidad y la nada de las grandezas humanas. El cumplimiento de sus obligaciones era el único objeto que le ocupaba. Cetro, corona, autoridad, independencía, todo desaparecía á su vista: solo miraba y atendía á Dios y á su pueblo; y así se resolvió con generosidad á consagrarse en gloria del uno, y declararse por los intereses del otro. Así lo prometió al pie del altar. Pero ¿será fiel á sus promesas? Sí señores. *Luis* no gobernará sino para hacer reynar la justicia, con la que

que hará felices á sus vasallos, y se agradecerá la confianza de las naciones extrangeras: *justus.*

Dios es el Señor de los reyes y de los imperios, y á él es á quien los príncipes deben el primero y único homenaje de su autoridad. Pero si encarga la subordinacion de sus estados ácia los reyes, tambien manda á estos que les guarden sus derechos. En esto consiste la justicia real. Guiado *Luis* por las leyes de semejante justicia, jamas cederá lo que sabe no debe ceder. Las personas mas poderosas y respetables, no conseguirán nada de su inflexible firmeza. Aunque es rey, es christiano. Su virtud le impone la obligacion de mantener contra las pretensiones mas fuertes los enagenables derechos de la corona.

En vano emplea Gregorio IX. la autoridad (1), Inocencio IV. las súplicas y Clemente IV. la persuasion con el ánimo de sujetar á *Luis* á las cosas que solo tienen relacion con la política sin interesarse en ellas la Religión (2). Una tímida y débil piedad hubiera creído no debia hacer otra cosa que obedecer; pero la piedad sólida y juiciosa de nuestro Santo, distingue con precision dos potestades, que aquellos que fueron gefes ó cabezas de la Iglesia no parece separaban jamas. Sabe lo que debe á los soberanos Pontífices, Vicarios de Jesu-Christo: se declara siempre por su firme apoyo y defensor; pero tam-

(1) Hist. de Francia por Daniel, Mézerai.

(2) Vida de los SS. Baillet.

tampoco ignora lo que se debe á sí mismo, y lo que debe al pueblo que el cielo le ha confiado para gobernar. Como Christiano, jamas dará lugar á que se sospeche sobre el respeto que le merece la santa Sede. Como rey, nunca aguantará el que se le disminuya su autoridad. Los príncipes son responsables á Dios de quanto poder han recibido.

Zeloso Luis en guardar sus legítimos derechos, sacrificaba aquellos que le parecian dudosos::: ¡Qué rey aquel que, como este, es juez en su propia causa! Disputábasele el condado de Dammartin; pero no se producian contra él sino títulos informes y sin fuerza alguna. Agobiado el Consejo con los asuntos, se enteraba mal de este negocio, y nada resolvía. ¿Bastará á Luis esta determinacion? No; el oráculo decisivo para él es su conciencia. Se recela de la legitimidad de sus derechos; y como le parecen fundadas sus sospechas, esto basta para pronunciar contra sí mismo. ¡O noble desinterés! ¡Singular delicadeza! Su reynado ofrece mil variedades preciosas. Entre ellas hay una que admiró á la Europa entera.

Las continuas disensiones entre Federico II. y los soberanos Pontífices, fueron causa de que recayesen sobre este príncipe las excomuniones del Vaticano. A sus vasallos se les relevó del juramento de fidelidad. Federico mismo fué depuesto (1), y ofreció Ro-

(1) Los Papas se creían con derecho para obrar de aquel modo.

ma el império al Conde de Artois. La decisión de Luis, era la que debia consolidar este grande trastorno. Federico acababa de ofenderle en la persona de dos prelados Franceses. Parecia que vengándose de esta accion, no hacia mas que defender á la Iglesia. Por otra parte, se le ofrecia el império para un hermano; y á vista de esto ¿podrá mudar de pensamiento? No señores: ántes bien lo rehusó; y aunque la política y la ambicion no escuchasen mas que á la voz del interes, seguia Luis únicamente la ley de la equidad: se compadecia de las desgracias de uno de los mayores príncipes de la Europa, y no sabia aprovecharse de sus despojos. En otros príncipes hubiera sido un escollo esta tentacion. ¡Cuán pocos hay que se adviertan movidos de tan delicado y noble desinterés! Luis sí que le llevará hasta el heroísmo.

Yo le contemplo penetrado del mas profundo respeto al acordarse de Felipe Augusto; pero con mucha atencion para no dexarse alucinar con las brillantes conquistas de aquel monarca, ni dexar tampoco de penetrar sus motivos. Advertia que estos es-tribaban mas bien sobre la política humana que sobre la exácta justicia. Por lo mismo no titubeó, y como conocia los abusos solo le costaba repararlos un instante de reflexion. Por uno de estos rasgos de justicia y de interés se vió la Inglaterra poseedora de muchas provincias, que con las armas no se atrevia á reconquistar. ¡Tú serás siempre, ó política christiana y admirable, tú serás siem-

pre el ornamento y más firme apoyo de los tronos, y sobre quien se fundará la felicidad de los pueblos!

¿Quántos obstáculos tuvo *Luis* que vencer para asegurarlos esta felicidad? Un diluvio de males inundaba á la Francia. El monstruo cruel de la usura oprimia á aquellos á quienes parecia que aumentaba ó disminuía arbitrariamente su ruina. Las calamidades de los pueblos habían llegado á ser los recursos de la avaricia. El duelo y el desafío, condenado por el Evangelio, estaba permitido por costumbre. Por un efecto de barbarie concurrían muchos á engrandecer la cruel locura de estos combates, y la venganza estaba conceptuada como una obligación y como un heroísmo. Para colmo del horror y de aquella humana desvergüenza, tenia este furor homicida sus espectadores, sus aplausos y sus recompensas. Los grandes tenían sobre sus vasallos un despotismo y una tiranía detestable. Los depositarios de la autoridad real, juzgaban que por ser poderosos podían ser exáctores. La justicia se veía en poder de unos magistrados sin talentos, á quienes la venalidad de los empleos habia introducido en la magistratura. La blasfemia, que irrita á la magestad de Dios, se lisonjeaba con audacia de poder irritar y provocar impunemente á la justicia del príncipe.

Era menester toda la autoridad real para desarraigar semejantes abusos tolerados, permitidos y establecidos. *Luis* la empleó. Desde el trono mismo se pronunciaban formidables,

pe-

pero oportunos edictos, y con el mismo zelo que se dictaban las leyes se hacian observar.

Se proscribió y exterminó la devoradora é insaciable usura. Prohibióse el desafío como hijo insensato de las falsas leyes del honor. La moderacion del príncipe confundía la tiranía de los grandes: los cohechos y las estafas mas secretas se conocian y se castigaban: se deponia á los iniquos jueces: el santuario de la justicia no se abria sino al mérito. Este solamente era el que colocaba á los hombres instruidos, integros é incorruptibles, quales deben ser los que deciden de los bienes, del honor, y de la vida de los demas hombres. La blasfemia altera y estremece; pero las amenazas la espantan, y los rigurosos castigos la aniquilan (1). La Francia, pues, habia llegado ya por este medio á ser mas fecunda en virtudes que lo fué en vicios.

La destruccion de estos resucitó de nuevo los talentos. El que florezcan las ciencias, es gloria de los reyes é interés de los imperios. El modo de que florezcan es el de que haya emulacion. Los talentos se crean en algun modo quando se les recompensa. La justicia exige, que los príncipes coronen al mérito. Pero ¡quánto discernimiento se necesita para distinguirle y apreciarle! ¡Quán dificultoso es el colocar siempre con acierto á los hombres para que puedan servir á la Religion y al Estado, y exponerse tambien por

D 4

ellos

(1) A un ciudadano de París se le quitó la lengua.

ellos á sufrir y padecer! Este perfecto discernimiento es el que formará siempre la gloria de *Luis*. Y si no ¿quiénes son los cortesanos que se acercan al trono? Yo veo á un hombre á quien los talentos, la modestia y la piedad le grangearon el mas alto favor: un hombre aun en nuestros días célebre por la fama que desde su establecimiento ha mantenido la sabia casa (1) de la que, gracias á los beneficios de *Luis*, fué el fundador. Tal es Roberto de *Sorbona* (2).

Veo á otros dos, que mas ilustres que por su ciencia, lo fueron por su santidad: el uno de un talento grande y sublime, que con oportunidad esparcia sobre los vasallos mas estúpidos la erudicion y la abundancia: el otro de un singular espíritu para introducir hasta entre los hombres mas duros la mocion del alma y del sentimiento. El primero fué santo Thomas de Aquino (3), humilde discípulo de Domingo de Guzman; pero con especialidad respetado como el Aguila de la Teología, el Angel de las Escuelas y el Agustín del siglo XIII. El segundo (4) San Buenaventura, discípulo primeramente de Francisco de Asís, y despues la gloria del episcopado, el ornamento de la púrpura Romana

(1) La casa de la Sorbona.

(2) Hist. de Francia por el presidente *Hénault*, hablando de Luis XIII.

(3) Vida de Santo Thomas de Aquino por el *P. Touron*, Jacobino, ó Dominico.

(4) Vida de San Buenaventura por el *P. Boule*, Franciscano.

na y el Basilio del Occidente. Ambos, además de la reputacion que les grangeó su mérito, formaban las delicias de la corte, se atraían la admiracion de *Luis*, lograban su confianza, y, en una palabra, eran sus compañeros y amigos.

Yo no me admiro de que un reinado como el de este príncipe lo sea el del gusto de las artes y de los ingenios. La emulacion estimula á nobles empresas; la esperanza hace adelantar y animar al ingenio::: Pero ¿adónde voy á parar con mi idea? Hablar, señores, de vuestro gusto, de vuestro ingenio y de vuestra ciencia, es hablar de vosotros mismos. ¿Quánto no os podiais prometer de *Luis*? Vosotros no le hubiérais hecho desear tanto aquella perfecta historia (1) que buscó en vano, y verdaderamente no halló hasta despues de su muerte. Entre vosotros habia un *Joinville*, cuyas obras y sus héroes se distinguen á porfia con el sello de la inmortalidad.

Esta, señores, pertenece mas bien á las virtudes que á los talentos. *Luis* conservó estos por medio de sus beneficios, y animó á aquellas con sus exemplos. En él encuentra su apoyo la justicia violada, un defensor la inocencia oprimida, y el vicio un enemigo que lo devora. Ahora bien: ¿es esto ser señor, juez ó padre? ¿Qué nombre daremos á un príncipe que convida por si mismo á sus

(1) Hist. de San Luis por *La Chaire*. El Señor *Joinville* no escribió hasta despues de la muerte de S. Luis.

vasallos á que lo exijan todo de su justicia? En un bosque (1) inmediato á la corte, estableció un tribunal en donde siempre proveía con bondad, escuchaba sin preocupacion y decidía sin tardanza. ¡ Dichosos los pueblos que sujetan sus intereses á las determinaciones de un príncipe el mas justo y entendido! Pero ¿con qué título es menester que nos produzcamos? Con el de los vasallos. ¿Con qué empeños y con qué protectores hemos de esforzar nuestras súplicas? Con el derecho y la razon. Su desgracia misma le hacia á qualquiera recomendable, y su confianza era una especie de mérito. *Luis* determina con conocimiento y con grandeza; concede como rey. Pero ¿se excusa á ello? No por cierto. Es juez sabio é instruido, que consuela como padre tierno y compasivo, y hace amar hasta sus mismas incondescendencias.

Inteligenciado exáctamente de los derechos de sus pueblos, no lo estaba ménos de sus miserias. Exercía una justicia, que parecia no ser tal por la liberalidad. Un rey debe únicamente para usar de ella, emplear su autoridad para proteger la indigencia, sus cuidados para aliviarla y sus tesoros para socorrerla. Lo que en los demas hombres sería una obra de caridad, es una equidad obligatoria en un monarca. Baxo el reynado de *Luis*, no se oyen aquellas quejas, de que el trono es inaccesible á los sentimientos; que la corte ignora las desgracias de los pueblos,

(1) El Bosque de Vincennes.

blos, y que, en medio de la felicidad, se olvidan de la suerte de los desgraciados. En su reynado se conocen las necesidades y los infelices dexan de serlo; las lágrimas del príncipe se mezclan con las de su pueblo, y todo quanto les hace sufrir la miseria, se lo hace padecer á él mismo su gran corazon. Pero ¿qué digo yo? ¿Acaso tuvo motivo de conocer las necesidades? No por cierto: es muy ingenioso en prevenirlas; y sus miras se extienden sobre todo quanto hay en su reyno. Como un astro favorable produce la abundancia en medio de la esterilidad: nada se escapa á su liberal y magnífica caridad. ¡Que no pudiera agotar la fuente de tantas miserias! Sus deseos sobrepujaban á su poder. Las desgracias que ocasionaba el tiempo, le ocupaban é interesaban quanto podia su zelo: sus beneficios pasaron de edad en edad hasta nosotros, y subsisten en el dia sin temor de que sean sepultados sino con la ruina del Mundo. Vosotros, ó monumentos augustos é inmortales, vosotros seréis siempre el clarín que publique la fama de su corazon, manifestando á todo el mundo los que ha erigido por todas partes la caridad de *Luis* (1).

Un príncipe semejante precisamente habia de causar las delicias de sus vasallos. Amado *Luis*, y digno de serlo, se atraía por sus virtudes aquellos corazones á quienes no siempre el poder sujeta á los reyes. ¡Qué pruebas

(1) El Hospital-Dios de Bernon, llamado de los trescientos, &c.

bas de amor tan brillantes le dieron sus pueblos! El los vió durante su menor edad acumular prodigios de zelo y de valor para librarle de las empresas de sus enemigos, que se habian armado con el fin de quitarle el cetro y la vida (1). Les vió consternados y abatidos quando descendió del trono al sepulcro (2). Pero ¡qué ideas son las que se me representan! ¡O dias tristes! ¿Acaso, señores, no os acordais de lo que vió *San Luis*, y á nosotros no se nos oculta? Los mismos peligros, las mismas inquietudes, las mismas miras (3). ¡Cuán vivo es el dolor quando la ternura es sincera! ¡Y cuán justos los temores y los espantos quando en un señor y monarca se advierte perder á un padre! Guiados los príncipes por la justicia, reynan mas bien sobre los corazones de sus vasallos que aun sobre sus personas.

Pero si *Luis* causa la felicidad de sus pueblos por su equidad, tambien llega á ser por ella el árbitro de las naciones extrangeras. Delante de su trono, como en presencia de un tribunal universal, se presentaban los mayores intereses que dividian los impérios.

A él es á quien apeló Inocencio IV. y Federico II., el rey de Navarra, y la reyna de Chipre, los condes de Flandes y de Hainault. Los tronos mas opuestos convenian uni-

(1) Los habitantes de París durante las primeras guerras de San Luis.

(2) Enfermedad de San Luis en Pontoise.

(3) Enfermedad de Luis XV. en Metz.

formemente en la admiracion que les causaba los sentimientos de *Luis*, cuya justicia no podian resistir.

¿Y se opondrá á los mismos sentimientos esa nacion rival de la Francia, aunque muy obligada á estimarla? Hablo de la Inglaterra. Esta se hallaba gobernada por un príncipe indolente, tímido, irresoluto, zeloso de su autoridad, muy fácil para exponerla, tirano para recuperarla, dexando solo de serlo quando, aun sin conocerlo, la tenia mas bien perdida: motivos por que se habian manifestado muchos descontentos. Estos, pues, llegaron á ser muy en breve rebeldes (1) en Inglaterra. Acometido Henrique III. por una liga opuesta de conjurados, se veía imposibilitado de extinguirla. Aunque tenia ácia sí vasallos fieles, tambien experimentaba la desgracia de ser contrarios los grandes que se habian rebelado::: Al frente de los conjurados estaba el conde de Leycestre (2), cuyo mérito era igual á su ambicion: como Francés descontento, Inglés connaturalizado, ingenio superior, gran guerrero, y aun mayor politico, se atrevia á emprehenderlo todo, porque todo creia conseguirlo.

El estandarte de la rebelion se habia tremolado por una parte para defender los privilegios y libertades, y por otra para restringirles y aniquilarles. Todo animaba el fue-

(1) Historia del Parlam. de Inglaterra por *Mr. Raynal*.

(2) Hijo de Simon, conde de Mowfort.

go de la discordia, y vaticinaba las escenas mas sangrientas:: Levántase una voz de paz y de quietud; porque la Providencia siempre vela en la seguridad de los impérios y por la gloria de los santos. Determinase que *Luis* sea el árbitro de los reyes y de los pueblos: la elección manifestaba su justicia: sus oráculos lo probaban. Reconoce la Francia quantos poderosos tenia la Inglaterra (1); y el mismo Henrique III. acude á *Luis* para consultarle como á un nuevo Salomon. Toda la Europa fixó sus ojos en este gran monarca como sobre un prodigio de los mas singulares que hasta allí se habian visto (2). Preséntase *Luis* y sentencia; pero como rey y como santo: como rey, porque le inspira la sabiduría: como santo, porque tiene á la conciencia por su única guía, á la Religion por su regla, á la buena fé por su política, á la equidad por su ley y por su interés á la felicidad de todo el Mundo: *Judicabit orbem terræ in æquitatæ* (3).

De este modo hace la Religion que brille la justicia de *Luis*, *justus*. Pero despues de haberla admirado sobre el trono, es necesario que la sigamos en los combates. Ella es la que consagra su valor, *fortis*.

(1) A excepcion del conde de Leycestre.

(2) Hist. de la Iglesia Galicana por el Padre *Brumoy*, Jesuita.

(3) Ps. 95. v. últ.

SEGUNDA PARTE.

Yo no sé ciertamente en que se fundan aquellos hombres que desde luego nos presentan á *Luis* como uno de los santos mas grandes para no hacer lo mismo en quanto á los monarcas. ¿Acaso han reflexionado jamas sobre su reynado? Si lo hubieran hecho así, desde luego hubieran comprehendido, que los prodigios de humildad, de fe y de penitencia, no impiden á los de la grandeza de alma; de valor y de intrepidez. La Religion no aprueba á un monarca guerrero por ambicion, y vencedor sin humanidad; pero sí á un rey á quien únicamente conduce la equidad á los combates, y que por su moderacion obliga á sus mismos enemigos á celebrar sus victorias: á un rey, que coronado por estas con la gloria y el aplauso, jamas se olvide de que todo se lo debe á Dios, cuyo Señor le autoriza y le sostiene en semejantes empresas al mismo tiempo que le sirve de guía en la Religion. El valor decide el heroismo: la santidad le consagra.

Luis es el padre de sus vasallos y el terror de sus enemigos. Aquellos contra quienes va á combatir lo son del estado y de la Religion. El no es semejante á los conquistadores fogosos, que siempre deseosos de derramar la sangre de sus mismos hermanos, no se dexan ver sino para desgracia de los pueblos y destruccion de los impérios. Nuestro Santo encerraba en sí todas las virtudes de un hé-

héroe, pero desconocia los vicios que á estos les son inseparables: *fortis*.

Muchas veces aunque los reyes sean pacíficos naturalmente, se ven obligados por justicia á ser guerreros: en este caso, quien les arma es el mismo Dios. Las batallas que dan son justas por el motivo que los anima á ello: ni son responsables á la sangre que derraman, aunque lo sea el crimen de sus enemigos.

La temprana muerte de los reyes es siempre una fatal desgracia para los impérios. En uno de estos fatales momentos es en el que justamente subió *Luis* al trono, aun siendo niño.

El rey no parece serlo quando goza de una edad tierna, ni casi se teme el menospreciar su autoridad. Se suponen descontentos con él, llegan á ser razones los pretextos, se forman las ligas y se manifiesta el ódio. Para los vasallos poderosos, y con especialidad para los soberanos, siempre es un yugo aborrecible la obediencia. Desde luego se resiste á obedecer el que se cree poder mandar. Todos se conjuraban contra *Luis*, y con especialidad los condes de Bolonia y de Bretaña, el uno por ambicion y el otro por interés. El conde de Flandes por ódio, y el de la Marca por política: los condes de Provenza y de Tolosa, el uno movido del exemplo, y el otro por una venganza injusta é implacable: el conde de Champaña, tanto por su inquietud como por su inconstancia, pero siempre por su flaqueza y debilidad; y la

la Inglaterra, en fin, por gusto, sugestion y rivalidad.

¡Uniros soberbios enemigos de la Francia y del rey: uniros en buen hora! ¡Ya veo que vosotros intentais probar, si *Luis* es capaz de mantener el cetro: si sabe reynar y vencer! Obligadle á salir á campaña, y véreis como la admiracion y el terror que os cause le permiten adelantar sus pasos. En efecto, Bellema observó con asombro asaltados sus muros. La impenetrable Bellema dexó de serlo, y aquel nombre ostentoso que formaba la confianza de los principes coligados, da muy bien á entender lo que se debe esperar de un rey, cuyos primeros ensayos son prodigios de valor y de firmeza. La victoria seguia los mismos pasos que los Generales de *Luis*, ó por mejor decir, no hacia mas que respetar sus órdenes. Dispone el que se encaminen á Normandia, por causa de las revoluciones que allí se notaban, é inmediatamente se apacigua todo y se sujeta á su obediencia. Irritados los rebeldes por la derrota que sufrieron, premeditaron aumentar sus fuerzas y alianzas. Tentativas inútiles: la presencia de *Luis* basta para confundirles y abatirles (1) á imitacion de un trueno formidable. Llegó, pues, á Champaña, y se entrega Troyes: se dexa ver, y la armada enemiga desaparece. Las provincias y las ciudades no gozaban de su presencia sino para aclamarle por su vencedor.

Tum. I.

E

Des-

(1) Manuscrito sobre la menor edad de S. Luis, compuesto por *Monsieur* el primer *Delfin*.

Desde luego me persuado, señores, que se os figurará no ser este el Santo de quien os hablo. Quando se adelanta un monarca de victoria en victoria, como que da motivo á preguntar: ¿Si es él aquel rey piadoso, humilde y penitente? Sí: ese mismo es. Sin perder nada de su virtud mantiene *Luis* sus derechos. Si la Religion que le dirige y gobierna muda los ejercicios de su santidad, no lo hace así con los sentimientos de su corazon. Segun conviene á las circunstancias, le hace orar ó combatir; buscar la gloria ó huir de ella; deleytarse en el recogimiento ó meterse entre el estrépito de las armas; substituir el broquel al silicio, del mismo modo que supo ocultar este baxo de la púrpura, y, en fin, tan pronto héroe como christiano favorecido con una particular inteligencia. Hasta en medio de los horrores del combate acompañaba á *Luis* la piedad: su humildad realzaba la brillantez de sus victorias, y su espíritu siempre era el de penitencia. Para colmo de su gloria procuró hacer á los pies del trono un ofrecimiento solemne á Dios, como arbitro y único en los acontecimientos. A este propósito os podría yo mostrar aquellas manos que acababan de lanzar las tropas enemigas, empleadas en echar los primeros fundamentos de dos augustas Basílicas (1), inmortales monumentos de la piedad y del reconocimiento. Os podría hacer observar aquel príncipe, que siendo tan

(1) La Abadía de *Royumont*, y la Iglesia de Santa Catalina de la *Couture*.

tan zeloso de su corona, la ofrece humildemente (1) delante de la de Jesu-Christo. Podría:: Pero me detienen nuevas maravillas. El vencedor de Fontenay nos anuncia el de Taillebourg. La eloqüencia y la admiracion desaparecen al oír este nombre. Y ¿cómo se nos manifestará un fenómeno militar semejante, quando solo la antigua Roma le vió como único exemplo? Renovándole *Luis*. En efecto, él solo en las orillas de la Charanta se atrevió á atacar un puente ardorosamente defendido: sostiene el choque, fuerza las trincheras, sorprehede, dispersa, aterra, y no dexa al rey de Inglaterra otro recurso que la huida: *Luis* le persigue con teson, le alcanza y le derrota:: Si yo celebrára la gloria de un héroe profano, diria que encerraba en sí el valor de un soldado, la sabiduría de un capitan, la experiencia consumada, el golpe de vista y la prudencia de un General. Pero *Luis* sobrepuja á todos estos triunfos y les colma con su generosidad.

No es como vengador inhumano del modo que usa de sus ventajas. Ofrece la paz á sus enemigos humillados y sin defensa, y el perdón á los rebeldes atemorizados y sin recursos. Enseña al Universo con edificacion, que si es grande para vencer á los príncipes y á los reyes, aun lo es mas para vencerse á sí mismo. La conducta y el valor determinan la victoria, la moderacion y la clemencia cautivan los corazones.

E 2

¿Pen-

(1) Recepcion de la corona de espinas.

¿Pensais acaso que el valor de *Luis* conseguirá adormecerse en una profunda paz? No por cierto: aun se le presentan empresas dignas de su corazon: la Religion gime oprimida, y le llama en su socorro.

Ya hacia mas de un siglo que la heregia de los Albigenses infestaba á la Francia. El Languedoc, teatro del error, habia visto desde luego enervarse con acierto á aquella serpiente artificiosa y elevarse con audacia; predicar la independencia, favorecer el libertinage, reproducir el Manichéismo, resistir á las juntas de los concilios (1), adquirirse protectores, presentar combates, conseguir victorias, sufrir derrotas, experimentar su ruina y renacer sus cenizas. Inútilmente habia armado Inocencio III. á los Moysés y á los Josués del mundo christiano (2): la heregia, aunque vencida, no estaba destruida enteramente. Como ménos poderosa, tomó mas encono y furor. El fanatismo la remediaba las desgracias y vicisitudes de las armas. Se juzgaba otro tanto mas cierta de rebelarse, extenderse y perpetuarse, en quanto tenia falsos devotos por discipulos, sabios preocupados por apóstoles, y ambiciosos príncipes por protectores. El que sobresalía entónces entre ellos era el conde de Tolosa: formaba su cabeza, y era el alma y el recurso del error.

A *Luis* estaba reservada la gloria de dar los últimos golpes á los soberbios defensores de

(1) Concilio de Etran en 1179.

(2) Santo Domingo, y Simon conde de Monfort.

de la heregia Albigense. Ya hacia mucho tiempo que esta oponia ley á ley, levantaba altar contra altar, insultaba á la Iglesia y amenazaba al trono. La heregia es tanto enemiga del estado como de la Religion:: Parte *Luis* contra ella, y una formidable armada manifiesta el golpe decisivo que la va á dar. Entra en aquella inquieta provincia, que era el centro del fanatismo: destruye los terraplenes, y se le entregan las ciudades y villas, ó son obligadas á ello. Ya de aquellos antiguos trofeos de la heregia no quedaban mas que miserables despojos. Aunque no se li-songee de dar á sus victimas el glorioso título de mártires, no por eso dexarán de salir nuevos defensores:: Gimiendo aún, pero abatida, venia ya casi á espirar la heregia á los pies del trono. Y de este modo, humillado, confundido y penitente, reconoció en *Luis* el conde de Tolosa un señor y un vencedor.

Las empresas del monarca contra los hereges daban á entender muy bien las que meditaba contra los infieles. Aquí se aumentaban las atenciones: la crítica disponia sus objeciones, la política sus razonamientos, la impiedad sus blasfemias, y el zelo tímido sus tristes gemidos y sollozos. Aquí parece que los panegiristas de *Luis* claman por unas empresas consagradas por el tiempo y autorizadas por la Religion, aunque condenadas en el tribunal de la prudencia humana.

A Dios no le agrada que en perjuicio de las virtudes respete yo las preocupaciones. Yo

debo hacer el elogio de *Luis* para vuestra edificacion y para su gloria. ¿Deberé ocultaros, que afligida la Religion le imponia la obligacion de hacer una guerra de que hasta los mismos Sarracenos le habian dado tantas veces exemplo? ¿No sabeis ya, que hechos dueños de la Palestina los enemigos del nombre christiano habian reparado sus pérdidas, y no nos habian dexado de nuestras antigas conquistas sino la memoria de haberlas perdido? En este caso, era preciso dexar á los sucesores del Saladino la facilidad de acabar impunemente lo que aquel rápido conquistador no habia hecho mas que empezar, aunque con muchas ventajas. Era menester dexar que los ambiciosos Sultanes de Egipto y de Babilonia atacasen, combatesen y venciesen á los príncipes christianos del Oriente. Era indispensable que dexase *Luis* de abandonar á aquellos desgraciados príncipes y á su Religion con ellos; y que dexase entre las cadenas de los infieles á un pueblo de christianos, expuestos siempre á la desgraciada suerte de abjurar la fe, ó perder la vida. Pero ¿qué importa que el Mahometismo reyne sobre el Calvario? ¿Qué importa que el Musulman insulte vencedor á la sangre de Jesu-Christo? ¿Qué lenguaje! ¡qué objetos tan tiernos y compasivos! Estos no debian ser para un corazon christiano. ¡Ah! Para nuestros dias estaba reservado el debilitar el mérito de una empresa, cuyo objeto principal era el de sostener á los príncipes aliados, preservar de la esclavi-

itud á las tristes porciones del pueblo, que apenas gozaba de una sombra de libertad, y combatir á los enemigos, resueltos á defender la Religion atacada: esto prueba muy patentemente, que entónces habia mas fe y mas piedad, al paso que hoy se pretende tener mas política. Se pretende en efecto; pero ¡qué error!

En vano se esfuerzan algunos ingenios especulativos en persuadir que aquellas guerras de Religion han acarreado las mayores miserias al estado. ¡Si reflexionaran sobre la historia de nuestra monarquía, tal vez mirarian como obra de la política mas fina la que achacan ser hija de un zelo mal entendido. El haberse atraído con su exemplo en las guerras ultramarinas á los príncipes y vasallos de la corona: humillado y vencido á los que, aunque poderosos, eran envidiosos é inquietos, y se rebelaban por el mas ligero descontento, ¿no es esto asegurar el reposo de la Francia, y haber mirado por los intereses de la Religion? Bien se vió, que para subvenir á los inmensos gastos que pedian las guerras de la tierra Santa, vendian los unos las posesiones, y los otros las enagenaban, siendo una parte de ellas agregada á la corona. Pero ¿era aquel el modo mejor de asegurar el trono y debilitar aquellas potencias subalternas? El suceso aoreditó la empresa. Aquellos príncipes libres del naufragio, del contagio y de la muerte, traxeron de Egipto y de Tunez los mismos pensamientos, aunque no el mismo poder, para

renovar sus antiguas facciones; y la Francia tranquila dexó de temer á sus mayores enemigos encerrados en su seno. A la empresa de las Cruzadas, pues, y al zelo de *San Luis*, es á quien en algun modo se puede achacar el restablecimiento de la autoridad real: autoridad que así como *Luis XI.* supo acrecentar y afirmar, supo tambien *Luis* el Grande ensalzar hasta el punto en que la vemos: autoridad justa, legítima y respetable, que hace la felicidad de los pueblos, sin la qual viene á ser el Reynado una anarquía llena de turbaciones y de confusion, y por consecuencia necesaria de desolacion y de carnicería.

Aquello que el zelo y el amor dispone con reflexion, lo executa desde luego el valor con buen suceso. Ya dexó *Luis* á su pueblo. Pero yo me engaño: otra persona igual á él vigila por la seguridad de Francia. Blanca hara por la sabiduría de su gobierno, que siempre tenga presente á *Luis* su pueblo, y no le dexen de temer nunca sus enemigos. Ya conducia la mar sobre sí aquella preciosa flota, que era la esperanza y el recurso de la Religion. ¡Quiera Dios que un viento favorable encamine al puerto con rapidez el modelo de los reyes y defensor de la divinidad! Ya se descubrian las costas de Africa, y parecia que se divisaba al enemigo (1). Como que se hacia este mas formidable por el zelo y la actividad de *Luis*. Ruega el christiano,

(1) Joinville.

manda el rey, exhorta el apóstol, y el héroe trata y se ocupa en meditar. Ansioso nuestro santo por ser mártir ó vencedor, se entró en medio de los peligros de la mar, y marchó contra los enemigos. Aunque le rodeaban mil peligros, ninguno le asombraba. Su fe le servia de defensa, y atacaba y penetraba por medio de numerosos batallones. Comunicóse su valor á su armada, y con su exemplo formó otros tantos héroes quantos eran los soldados que tenia. ¿Quién habia de temer los peligros, quando el mejor de los reyes los deseaba? A la verdad que qualquiera se juzgaba feliz siguiendo sus pasos hasta la victoria ó hasta la muerte.

No estuvo dudoso por mucho tiempo el combate. Todo cedió á su esfuerzo. *Damieta*, que era la llave de *Egypto*: *Damieta*, digo, aquella famosa ciudad por la opinada resistencia que hizo contra los ataques del célebre *Juan de Briena*, se admiró al verse en un mismo dia la plaza y defensa mas fuerte del Mahometismo; y la primera conquista de los Christianos.

¡Con quanta piedad santifica y celebra *Luis* la victoria que acaba de conseguir! *Damieta* me representó la imagen de *Roma*, no de aquella *Roma* profana que veía conducir á sus héroes en triunfo sobre un carro en medio de las esclavas y encadenadas naciones, sino de esta *Roma* que ve con admiracion enarbolada la Cruz sobre el Capitolio, y erigidos templos al verdadero Dios con los destrozos de los que estuvieron consagrados

á los idolos::: ¡O Luis! ¡ó sagrada Religion!
 ¿Es este un rey? ¿Es un apóstol? Sí: *Luis*
 es rey, porque tiene la magestad de tal.
Luis es apóstol, porque tiene su amor y
 su zelo. Como defensor de la Cruz, le hace
 que alcance toda la gloria del triunfo. A
 colocarla va en aquellos templos que en otras
 edades pertenecieron::: Cesa, culto impío, ces-
 sa, que ya es tiempo de destruir tu império.
 Habla, pues, *Luis*, y todo se muda: se pu-
 rifican los templos, renace el Christianismo
 y Jesu-Christo es el Dios á quien adora. Da-
 mieta. ¡Qué mejor conformidad y semejanza
 que la que hay entre estos hermosos dias y
 aquellos que brillaban al principio de la Igle-
 sia! No turbaron ni hicieron decaer mas á la
 idolatría los primeros sucesos de los apósto-
 les, que lo que se turbó y decayó el Maho-
 metismo por las primeras expediciones que el
 valor de *Luis* hizo contar por famosas en
 Egypto.

No serán estas solamente las que haga;
 porque los vencedores no aspiran mas que á
 multiplicar sus conquistas al paso que los
 vencidos cuidan solo de reparar sus pérdi-
 das. Vuélvense á juntar los Sarracenos dis-
 persos, y esto hace que *Luis* consiga nuevos
 triunfos. Pasa el Tanis, entra en las llanuras
 de la Masura, exhorta, anima, amenaza,
 y atendiendo á todas partes, él solo es
 suficiente para todo. ¿Se ve cubierto por los
 Sarracenos su hermano el conde de Anjou?
 Pues inmediatamente acude *Luis* á su socorro,
 y le liberta. El solo contra un trozo de ene-

enemigos, y por encima de un monton de
 cadáveres, les embiste con firmeza é intrepidez,
 les sorprende, penetra por entre ellos
 y los derrota. Habiendo ganado dos batallas,
 extendió por Egypto la consternacion y el
 espanto. Siguese á esto una victoria y la to-
 ma del Cayro. Cede Alexandria, se rinde
 Jerusalem y la Religion triunfa::: ¡O ines-
 crutables juicios de Dios! *Luis* pelea por el
 cielo, y este va á combatir contra *Luis*. ¡Pero
 ah! Sus desgracias le serán útiles. A inmortalizar
 su gloria van y á consumir su santidad.
 Con ménos experiencia no hubiera sido
Luis tan grande. Sus victorias le hubieran
 hecho únicamente comparable con los Con-
 quistadores; pero sus desgracias le realzan,
 digámoslo así, sobre sí mismo. La Religion
 ha consagrado su valor. *Fortis*. Ella misma es
 la que ha de sostener su paciencia. *Patiens*.

TERCERA PARTE.

La justicia fué quien hizo á *Luis* el padre
 de sus vasallos. Por su valor fué el terror
 de sus enemigos. Su paciencia formó el elo-
 gio de la Religion. Considerándole como rey
 en las prisiones, y como héroe al espirar, le
 manifestaremos del mejor modo posible, pa-
 ra que con estos últimos lineamientos se descubran
 mas bien los sentimientos de su corazón. *Patiens*.

Aquellos que nacen en la miseria, no perciben
 toda la amargura de las desgracias. Aunque
 siempre es sensible la adversidad, se les

les hace esta mucho mas pequeña , como que no tienen que sostener aquel lastimoso contraste de la memoria en quanto á lo que eran y lo que són. Se puede decir , que la desgracia es la mitad mas llevadera quando aquel que la padece puede recordarse de los infortunios que sufrió ántes de la felicidad de que goza.

Pero ¡qué prueba es tan brillante para un rey poderoso y victorioso la de verse caer desde la mas alta gloria y grandeza en un abismo de humillaciones y desdichas! Y ¿qual es el primer golpe sensible con que empieza esta cadena de acontecimientos desgraciados? La muerte de un hermano. ¡Qué prueba de sufrimiento! El conde de Artois recibió órdenes de Luis ; y aunque era el primer vasallo , debía obedecer , porque al fin siempre era vasallo del rey. La sumision de este era exemplar , y su conducta un modelo para toda la armada. Miéntras que , como tan hábil en aprovechar sus primeras victorias , disponia otras nuevas , por medio de sus sabias y acertadas providencias , se apresuró con imprudencia el conde de Artois , no solo á hacerle perder sus ventajas , sino tambien sus esperanzas mismas. Manda y dispone el rey , y no sabe su hermano poner en execucion sus órdenes. Relévale de ellas con reflexion ; y el conde de Artois no escucha sino á su valor. El primero advierte los defectos sin temer del peligro : el segundo corre precipitado ácia estos , y no conoce su falta hasta que es irreparable. Por una parte dirige la pru-

prudencia una marcha segura y capaz de sorprehender al enemigo , en cuyo punto consistia el haberle vencido : por otra de nada duda la temeridad : siempre cree marchar con seguridad quando camina ácia la gloria ; pero el enemigo , á quien piensa perseguir , se reune , le rodea y le rechaza , y la Masura que debía ser la conquista de Luis , llegó á ser el sepulcro del conde de Artois.

A un mismo tiempo que la victoria perdió Luis á su hermano : lloraba á vista de esta desgracia. No creáis , señores , que la voz de la Religion ahoga los sentimientos de la sangre. Por mas que el activo Filósofo afecte recibir con indiferencia las mayores desgracias , siempre es permitido al christiano enternecido aquellos justos desahogos de la naturaleza que en nada impiden el adorar los designios del Altísimo. Otras desgracias mayores le preparaba este á nuestro Santo. Mas ¿si le volveré á ver expuesto en medio de los crimines y delitos de su armada? ¡Propio es sin duda de la justicia divina , sorprehender y castigar á los christianos , que por la licencia de sus costumbres deshonoran el christianismo (1); y tambien á aquellos que manifestaban con demasiada claridad á los sorprehendidos Mahometanos , que los que se decian defensores del Evangelio dexaban de ser sus discipulos. Quiera Dios por medio de esta serie de tribulaciones acabar de acrisolar la virtud de Luis.

Con-

(1) Hist. de S. Luis, lib. 8. *Le Châize.*

Conjurados los elementos para destruirle, parece que convidaban á los Sarracenos con la victoria que deseaban. La armada christiana respiraba un ayre contagioso; engruesada la corriente del Nilo con los muchos cadáveres que en ella se echaban, se salia de madre, é infestadas sus aguas corrompian los alimentos: de este modo fueron cundiendo las enfermedades y haciendo la muerte horribles estragos. ¡Circunstancias demasiado favorables para los enemigos del nombre christiano! Volvió, por fin, á nacer su esperanza, que es la que hace emprender todas las cosas. ¡Ay de mí, pues veo que no les faltarán medios para conseguirlas! Ellos atacan á un príncipe contra el qual pelean ya los elementos, las enfermedades y la muerte. Dertotóse, para decirlo de una vez, la armada de *Luis*, quien solo y sin defensa alguna, fué acometido y aprisionado, y se vió entregado al poder de sus enemigos, y despues preso y encarcelado.

Tal es el fruto de sus victorias: tal la recompensa de sus virtudes. ¿Acaso era menester dexar un reyno floreciente para ir á buscar á países extrangeros dueños tiranos y vencedores? ¿Era preciso que un apóstol, despues de haber erigido trofeos á la fe, acabase de este modo para lograr el martirio? No es extraño, christianos oyentes, porque al fin ese éra su destino. Pero ¿qué idea tan diversa se debe formar de un monarca, que habiendo nacido para ser protector de la Religion viniese á ser su víctima? ¿Qué idea,

en

en fin, de un gran rey y de un gran santo? No señores: no concedais nada á la piedad. *Luis* solo merece en su cautiverio sentimientos de admiracion. Ayudado de la fe, sabe sacar mil felicidades de sus trabajos y de sus mismas pérdidas. Pero ¿qué digo yo? ¿Cuál es lo que *Luis* ha perdido? Nada; porque veo que todo lo encuentra en su Dios.

Aquel mismo Dios, á quien con tanta confianza invocaba, le tenia preparada la libertad, el poder y la corona:: Mayor rey me parece *Luis* en su cautividad que sobre el trono: si en este se hacia amar, en aquella se hacia respetar. En Francia imponia, como justificado, leyes á sus vasallos; en Egipto, por su firmeza, daba leyes á sus enemigos. Vestido con la púrpura encantaba por su moderacion, y en las prisiones admiraba por su constancia. Allá habia perdonado su clemencia á los vasallos rebeldes; acá le hacia resistir su fe á los príncipes vencedores. En el discurso de estos sucesos, no habian advertido en *Luis* los Sarracenos sino un guerrero famoso, capaz de disputarles la victoria, ni otra cosa mas que su valor y su bondad; pero despues de su derrota confiesan, que aun triunfó de ellos, y que en su persona reconocian un príncipe que sobrepujaba á los héroes. Si *Luis* hubiera continuado con sus victorias, solo hubiera tomado ciudades y conquistado reynos; mas estando prisionero y cautivo, señoreó, digámoslo así, á los espíritus, reynando sobre los corazones. En Damietta habia tenido que repartir sus lauros entre

tre

tre sus generales y soldados; pero en la Masura á nadie se advertia grande sino á él, cuya grandeza solo se la debia á la Religion.

Esta es la que le hace adorar y justificar la divina Providencia, y á quien los Sarracenos se atrevian á insultar irritados con sus sucesos. Esta la que le hace desechar con desprecio las indecorosas é indecentes condiciones que se atrevió á proponerle el jóven Mohadam (1): ¡Qué cautivo tan prodigioso, que obliga á que sus dueños y señores sigan sus pensamientos! Pero ¿qué digo yo? ¿Sus señores? ¡Ah! *Luis* no conoce otro señor que á Dios. Le hablan de rescate y se resiste á condescender, como que eran unos preliminares que su conciencia, su honor y su estado no le permitian ratificar. Se intentaba exigir de él un juramento horrible, pero con solo su indignacion manifestaba su resistencia. Ofrece el rescate de su armada; mas ¿á quién dexa garante de sus promesas? A su palabra. Los pérfidos Emiros manchan sus parricidas manos con la sangre de su príncipe: creen que á vista de este horroroso espectáculo, harán titubear la constancia de *Luis*: este los reprehende su delito: en una palabra, le propusieron que escogiese entre la abnegacion de la fe, ó la muerte. Pero ¡ah! exclamó él: todo el mundo puede mandar sobre mi vida: ninguno sobre mi fe.

En efecto, ninguna cosa le pudo intimidar. Su prision era un tribunal desde lo alto, del

(1) Sultan de Egypto.

del qual protegía á la Religion con su modo de portarse, y la predicaba con sus exemplos. *Labore usque ad vincula* (1). ¡Que no pudiera yo hacer un millar de discursos que se me previenen! vosotros admiraréis, sin duda, aquél noble desinterés con que despreció la corona que sus enemigos, lisonjeándose de poder ser sus vasallos, ofrecieron con presteza á sus pies. ¡Que virtud aquella que sabe merecer los impérios y rehusarlos! El es otro tanto mas grande y respetable, en quanto se hace insensible á los justos elogios que los Sarracenos le prodigaron, diciéndoles con una santa y laudable fiereza, que no se aprovecharia de ningun modo de su libertad, sino para socorrer á los príncipes christianos, librar los cautivos, fortificar las ciudades, levantar tropas, reparar sus pérdidas y defender la fé; y que ellos no dexarian de ser su enemigos miéntras que lo fuesen de Jesus Christo y de su Religion.

En fin, logra *Luis* su libertad. La política apresura su marcha: mas la Religion le detiene. Segunda vez fué cautivado: ¡Ah! no consentirá su corazon en dexar á sus vasallos entre las cadenas porque las suyas se rompan. El no saldrá de ellas hasta haberles arrancado de los horrores de la cautividad: Dixa á Egypto, y segunda vez desea ver alborotados los mares. Segunda vez respetan los vientos su virtud. La Francia le vuelve á ver; pero ¡ah! que no lo conseguirá, ni vol-

Ter. I.

F ve-

(1) II. Timoth. 2. v. 9.

verá á poseerle, sino para perderle de nuevo, y para perderle para siempre. El cielo le encaminó á Tunez.

El Africa, donde brillaba el christianismo con tanta magestad en el tiempo de Tertuliano y de Agustino (1), llegó á ser la primera conquista del Mahometismo y despues su centro. El reyno de Tunez tenia por soberano en el décimo tercio siglo á un príncipe que miraba como su apoyo la religion de Mahoma, y se lisongea igualmente de contar algun dia la de Jesu-Christo entre sus discípulos. ¡Qué motivos tan poderosos se presentaban para atacarle! Los inmensos socorros que administraba á los Sultanes de Egypto: la proteccion que daba á los Sarracenos de Marruecos y de España: los obstáculos que ponía por la mar á las empresas de Francia, de Inglaterra y de Sicilia; y las apresuradas marchas que habia hecho contra la fe católica, no eran, segun él decia, otra cosa que un favorable pretexto para dar colorido á su mudanza. En efecto, tal le ofrecian la toma de sus ciudades, y el decaimiento de su trono: la necesidad de sacrificar su Religion á la tranquilidad de sus estados, á la felicidad de sus vasallos, y á la divinidad reconocida por el Christianismo (2): Aquel príncipe artificioso, parecia que trataba de acuerdo con *Luis*. Las inteligencias secretas de dos reyes, dan á entender que

son

(1) Hist. Eclesiást. de *Fleury*.
(2) Joinville.

son seguros garantes del suceso. Atacar á aquel monarca era atraer al Evangelio una conquista esencial y fácil, ó, á lo ménos, castigar la falsedad y reserva de un pérfido soberano.

Formóse el proyecto, y se executó. ¡Cuánta prudencia hace *Luis* que dichosamente se hermanen los intereses de la Francia con los de la Religion! Jamas olvidó lo que debia á sus vasallos: atento siempre á sus necesidades, dexaba por cabeza de su reyno á dos hombres (1), tan propios para hacer respetar su autoridad, como incapaces de abusar de ella.

Desde luego aplaudió y patrocinó el cielo una empresa que él mismo le habia inspirado. Llega *Luis*, y cae Cartago baxo el imperio de sus armas victoriosas. Los enemigos buscan en la huida su remedio. Se entregan, y, libertando á los cautivos christianos, se abre francamente la puerta de Tunez (1). ¡Generosa empresa! Pero ¡qué noche tan espantosa es la que va á seguirse á tan claro y precioso dia! Los reyes y los pueblos se habian sujetado y sometido; pero los elementos aún se declaraban contra *Luis*. Esparce el cielo sobre la tierra sus malignas influencias. ¿Si os pintaré yo, y os haré ver, aquel ayre y aquellas aguas corrompidas, aquellas arenas que con su ardor dan una nueva actividad al contagio, aquella desolacion

F 2

(1) El Abad de San Dionisio, y el conde de Neule.
(2) Joinville.

cion esparcida por toda la armada, y, en fin, aquellos vivos espectros que representaban por todas partes la imágen de la muerte?

¿Dónde habia de encontrar yo pinturas que tanto sorprendieran, y que bastasen para caracterizar la constancia de *Luis*? Olvidase de que es rey por acordarse únicamente de que es hombre, y de que es christiano. Por sus caritativos cuidados, y como un prodigio de humanidad, prolongó la vida de unos, y por sus tiernas exhortaciones santificó la muerte de otros. El solo es mártir del zelo, y á quien nada le interesaba la vida:: ¡Ah! La sentencia estaba dada, y debia consumarse bien pronto el sacrificio.

El mismo *Luis* se siente tocado interiormente. Un veneno mortal se esparce por sus venas:: ¡Qué desgracias le están reservadas para ántes de morir! No es bastante el que vea perecer á su lado sus mas valientes capitanes y su mas brillante nobleza. Una victima aun mas preciosa para el estado, mas querida de *Luis*, su hijo, en fin, el conde de Nevers, caerá y expirará delante de sus ojos. ¡Qué golpe para un padre que estaba él mismo á punto de expirar! ¡Ah! Esto es casi morir dos veces. Pero no: la Religion siempre triunfa de la naturaleza. Firme *Luis*, constante é invencible, se sujeta á los rigurosos decretos de la Providencia. Sacrifica generosamente á su hijo, y se ofrece despues á sí mismo. Determina y fixa el cielo sus ideas; y si es cierto que aún pensaba él en las cosas de la tierra, era por formar un

un príncipe digno de que le sucediese (1). Sus últimos dias les consagró á este importante cuidado. Con su trémula mano escribió las mas sólidas instrucciones; y de su boca (que breve cerrará para siempre) salieron oráculos políticos y religiosos.

Tendido sobre el lecho de la muerte aun se le presentaban maravillosos objetos á que atender. Echa su vista, casi extinguida, por las riberas de la mar, y percibe una flota numerosa que viene hendiendo sus olas:: Su hermano el conde de Anjou, á quien la victoria habia puesto recientemente sobre el trono de Sicilia, venia á socorrerle.

Figuraos vosotros dos armadas que muy en breve no deben de componer sino una. ¡Qué oposicion! La una ignora la situacion de *Luis* (2), y cree que con acercarse á él se aproxima á la victoria. La otra se imagina ya verle expirar, y cree perder con él todas sus esperanzas. Mil demostraciones de alegría, ayudadas del eco de los instrumentos de guerra sobre la mar, anuncian el tiempo de una próxima funcion, y la destruccion del Mahometismo. El triste silencio que reynaba sobre la costa, demostraba con demasiada certeza el golpe fatal que amenazaba á la Francia y á la Religion. Resalta la alegría sobre las embarcaciones del rey de Sicilia, y todo se anima con la idea del suceso: se ve á Tunez, y se cree ver á *Luis*;

F 3

es-

(1) Hist. de S. Luis. *La Chaire*.(2) Hist. de S. Luis por dicho *La Chaire*.

esperando que muy en breve triunfase el Evangelio entre los infieles. Baxo el pabellon de este habia un torrente de lágrimas, acompañado de una consternacion general, por no haber recurso alguno para conseguir que la Religion conservase un defensor semejante. En fin, púsose *Luis* á las puertas de la muerte.

¡Cuán sensible debía esta representársele en semejante ocasion! ¡Ya es inútil aquel poderoso socorro, con cuyo auxilio esperaba humillar á los sectarios de Mahoma! ¡Muere, y estos subsisten! ¡Muere, y se le escapa el martirio de su vista y de sus deseos! ¡Qué ideas tan crueles precedieron á su agonía! ¡Ah! Nunca se hubieran excusado los tiranos para traspasarle su corazon.

Llega el rey de Sicilia á este tiempo (1). ¡Qué espectáculo! En lugar de regocijo y aclamacion, se encuentra con el espanto y el horror en el campo. Adelántase apresuradamente ácia las tiendas del rey. El primer objeto que se le presenta á su vista es *Luis*, pero muerto::: Confundido y arrebatado aquel príncipe de un vivo y penetrante dolor, abraza con ternura y respeto el precioso cuerpo del santo rey, le baña con sus lágrimas y repite mil veces los nombres de hermano y de señor. Sus lágrimas mas bien que sus palabras manifestaban la sinceridad de sus pesares y sentimientos.

Ex-

(1) Hist. de Francia por Mézerai, tratando de Felipe el Atrevido.

Extendiéronse estos á todos los corazones. ¡Qué tristeza en la Francia! Ella perdió á su padre. ¡Qué duelo en la Iglesia! Ella perdió su apóstol y su defensor. Pero consolaos reyno dichoso: consolaos, que con las sagradas reliquias de *Luis* os conduce Felipe el Atrevido la prenda mas segura de vuestra gloria y de vuestra felicidad.

La tristeza y los pesares se cambiaron desde este punto en veneracion, y las lágrimas en confianza. Ya no se lloraba por el rey, pues se invocaba al santo. La Francia rogaba á *Luis* como á su protector, y nuestros reyes estudiaban en él como en su modelo. Su sepulcro es la escuela donde todos los monarcas deben instruirse. ¡Dichosas las naciones que fuesen gobernadas por príncipes imitadores de los exemplos y virtudes de *San Luis*!

Por lo que á vosotros toca, christianos oyentes, imitad en este príncipe las virtudes que podais. La equidad corresponde á todos los estados. Esta virtud es tan propia de los ciudadanos como de los reyes, y del hombre como del christiano: *Justus* (1). Es menester ánimo para vencer las pasiones: los enemigos de la salvacion son mas temibles que los del império, *fortis*. ¿Qué hombre habrá que pueda lisonjearse estar libre de las desgracias? Estas pueden ser la perdicion y el escolló de los pecadores, la prueba de los justos

F 4

tos

(1) Psalm. 7.

tos y su consuelo. Su paciencia invencible corona su heroísmo y su santidad. *Patiens*. Tal es la sólida moral que nos predica el exemplo de *San Luis*. Si vosotros la practicáis con fidelidad sobre la tierra, participaréis de la gloria de que él goza en el cielo. Amen.



PANEGÍRICO

DE SAN BERNARDO,

primer Abad de Claraval, y Doctor de la Iglesia:

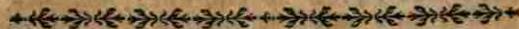
PREDICADO

En la de los Reverendos Padres Fevillans de la calle de S. Honorato; en la de la Abadía real de Pantbemon, y en la del Colegio de los Bernardinos.

Spiritus intelligentiae, sanctus, unicus, multiplex. Espíritu de inteligencia, santo, único y multiplicado. *Sap. 7. v. 22.*

Si me atreveré yo á aplicar al espíritu de un hombre un angusto carácter, que única y esencialmente corresponde al espíritu de Dios? Espíritu de santidad, que es la fuente y el fruto de todas las gracias: *Sanctus*. Espíritu único, que no es comparable sino á sí mismo: *Unicus*. Espíritu multiplicado, que encier-

tos y su consuelo. Su paciencia invencible corona su heroísmo y su santidad. *Patiens*. Tal es la sólida moral que nos predica el exemplo de *San Luis*. Si vosotros la practicáis con fidelidad sobre la tierra, participaréis de la gloria de que él goza en el cielo. Amen.



PANEGÍRICO

DE SAN BERNARDO,

primer Abad de Claraval, y Doctor
de la Iglesia:

PREDICADO

*En la de los Reverendos Padres Fevil-
llans de la calle de S. Honorato; en la
de la Abadía real de Pantbemon, y en
la del Colegio de los Bernardinos.*

*Spiritus intelligentiae, sanctus, unicus,
multiplex.* Espíritu de inteligencia,
santo, único y multiplicado. *Sap. 7.
v. 22.*

Si me atreveré yo á aplicar al espíritu de un hombre un angusto carácter, que única y esencialmente corresponde al espíritu de Dios? Espíritu de santidad, que es la fuente y el fruto de todas las gracias: *Sanctus*. Espíritu único, que no es comparable sino á sí mismo: *Unicus*. Espíritu multiplicado, que en-
cier-

cierra toda especie de espíritus: *Multiplex*. Esta es la ingeniosa interpretación que da el mismo *San Bernardo* á las palabras de Salomón (1). Interpretación en la que hace ver sin duda la imágen de sus virtudes, de su ciencia, de sus trabajos, de su autoridad, de sus victorias y de sus prodigios.

En todo es admirable, singular y único: *Spiritus unicus*. Si: *Bernardo* es hombre único. Único por el conjunto de mil qualidades opuestas al parecer, y que tal vez no se han encontrado jamas reunidas sino en él solo; y único por la autoridad que aquellas qualidades brillantes le conceden sobre los monarcas, sobre los pontífices y sobre el Mundo entero.

En un solo hombre parece que se comprehenden muchos: *Spiritus multiplex*. Por quantas partes se le considere se ve el hombre de Dios y el Santo. *Spiritus intelligentiæ, sanctus*.

Bernardo, hombre único por los rasgos singulares que caracterizan su santidad.

Bernardo, hombre único por la autoridad universal á que le hace acreedor su santidad.

Estos son los dos puntos de apoyo sobre los cuales me he propuesto compendiar su carácter, y ceñir el plan de su elogio. Tú eres (1) la cabeza de una Orden de la que *San Bernardo* fué individuo. Éste la edificó con los exemplos que tú ahora renuevas: se hi-

(1) Bern. Serm. in fest. Pentecost.

(2) El Abad del Cister que estaba oficiando la Misa.

hizo memorable por su zelo, en el que tú le imitas: fué uno de los primeros Padres, y tú eres el padre de aquellos que lo son tambien por sí mismos baxo de tu autoridad: eres padre mas bien por tu ternura, que por tus derechos y autoridad; y si el empleo que ocupas estuviera vacante, todos unánimemente te le ofrecieran de nuevo. AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

Hay algunos hombres extraordinarios que se diferencian otro tanto de los demas por su ingenio y carácter, quanto por su nombre. Tal es como os voy á representar á *San Bernardo*. Sabio sin estudio, apóstol solitario, penitente y justo:: Por lo mismo os le he anunciado como un hombre único, pues son únicos los rasgos que caracterizan su santidad. *Spiritus intelligentiæ, sanctus, unicus*.

El hombre único no debe parecerse á los de su tiempo: debe ser todo lo contrario. Al acabarse el undécimo siglo y principiarse el duodécimo habia acrecentado la licencia de las armas (y con especialidad en Francia) los abusos y los escándalos. A la sombra del vicio acreditado se habian esparcido las tinieblas de la ignorancia. Esta habia producido por una parte la superstición, y por otra la impiedad. Como era el siglo mas bárbaro, era tambien el mas irreligioso.

En medio de estas tinieblas apareció *Bernardo*, y lo llenó de luz y resplandor. Como de

de ingenio vasto, fácil, reflexivo, noble é insinuativo, levantó las ciencias del sepulcro que parecia encubrirlas. Trabajaba mucho en su restauracion miéntras que algunos espíritus presuntuosos se atrevían por otra parte á usurparle la gloria y el título de Mecenas de las bellas artes; empleando ademas contra la Religion sus perniciosos talentos, al paso que *Bernardo* se empeñaba en defenderla, tanto con el ardor de su zelo, como con la fuerza de sus discursos.

Para apreciar la singularidad de estos no hago mas que abrir y reconocer sus escritos. En ellos veo expresiones escogidas, reflexiones profundas y retratos animados, que son las qualidades que les distinguen y hacen tan apreciables. Hasta en la simplicidad y sencillez del estilo, reyna en ellos la elevacion, la nobleza y la magestad. Allí se encuentra la erudicion de un sabio, y la piedad de un santo. Entre los pasages tomados de la sagrada Escritura, se hallan sembradas la riqueza y la hermosura de la mas sublime eloqüencia. Son una encadenacion de pruebas, de pensamientos, y de pasages escogidos y tomados de Moyses, de David, de Salomon, de Jeremías y de San Pablo; pero ¡qué pruebas tan brillantes! ¡Qué pensamientos tan enérgicos! ¡Qué admirables sus pinturas y descripciones! Por todas partes manifiesta *Bernardo* talentos superiores, únicos y variados.

Aquí es un Teólogo sólido que descubre con exáctitud y precision los dificultosos dogmas

mas de la gracia y de la libertad (1): y puede decirse, que se apoderó de la pluma del mismo S. Agustin.

Allí es un Filósofo juicioso, que descubre con arte los sutiles errores y equivocaciones de la falsa filosofia, desmenuzándoles y destruyéndoles á un mismo tiempo (2). Parece al ver sus obras en esta parte, que se leen los doctos escritos de San Justino.

Aquí presenta *Bernardo* como intérprete fecundo, y en el tiempo mas interesante, las verdades mas obscuras (3). San Gerónimo no dió mas luces sobre los sagrados libros.

Allí como predicador zeloso pinta con viveza el vicio y sus engañosos encantos: la ilusion que á estos acompaña, las consecuencias que se les siguen, y los remordimientos que les atormentan. En una palabra, *Bernardo* tiene la eloqüencia, y el rápido y ardoroso fuego de San Juan Chrisóstomo.

El es el último de los Padres de la Iglesia (4), y quien á todos les reproduce. Así sucede en lo que toca á San Gregorio Nacianceno por su victoriosa fuerza en el razonamiento; á San Leon por la magestad y pompa de las expresiones, y á San Gregorio el Magno por la explicacion natural de la moral (5). El tiene el espíritu de todos los Santos Doctores, y para todo no tiene á nadie

(1) Bern. trat. de la Gracia, y del libre albedrío.

(2) Bern. adv. *Abail.*

(3) Bern. trat. de *Trinit.*

(4) *Præf. in vit. S. Bern.*

(5) Mr. el Abad Auselme *Paneg. de S. Bern.*

die mas que á sí propio. Tampoco tuvo *Bernardo* en sus obras modelo alguno á quien imitar.

En efecto ¿qué cosa hay mas inimitable que sus cartas (1)? Ellas tienen el singular mérito de juntar á la gracia en el decir las reglas de la mas sana política, y el espíritu mas puro de la Religion. En ellas llama *Bernardo* con dulzura á la oveja que huye de la obligacion de que se aparta: por ellas alcanza con sus fulminantes excomuniones á los novadores obstinados: por ellas se instruye á los reyes con aquella firmeza evangélica que inspira el zelo sin faltar al respeto: todo es espíritu, piedad y sentimiento: espíritu en su *Apología del Orden del Cistér*: piedad en su discurso sobre la *mudanza de costumbres*; y sentimiento en su explicacion del *Cántico de los Cánticos*. Pero en su tratado del *Amor de Dios* (2), obra la mejor y mas bien cimentada de quantas han salido de la pluma de *Bernardo*, ¿no se encuentra tambien un sentimiento que arrebatara los sentidos? ¿Qué obra aquella! En ella se lee, que el motivo del amor de Dios, es Dios. ¡Idea sublime! Que la medida de este amor, es un amor sin medida. ¡Admirable decision! En una palabra, las inimitables producciones de *Bernardo*, llevan por todas partes el sello del fue-

(1) *Epist. ad Henr. I. Epist. ad Gilbert. Epist. ad Lud. Reg. Epist. ad Innocent. Epist. ad Theob. Epist. ad Lothar. Epist. ad Suger. Epist. ad Petr. Clun.*

(2) *Trat. de dilig. Deo.*

go del amor en que él mismo estaba abrasado.

¿Y qué? El engrandecedor del amor divino ¿es ménos elevado y de ménos aceptación quando se hace el Panegirista de María (1)? ¿Qué elogios tan repetidos, y cuánta fuerza en todos ellos! ¿Qué eloqüencia! Debe notarse para gloria de *San Bernardo*, que el Doctor mas devoto de María, fué el que se declaró mas severo contra sus falsos imitadores. La verdadera ciencia no da lugar á los abusos. A estos les condena la de *Bernardo* (2): ella resplandece en todas las obras con que enriquece á la Iglesia, como una ciencia natural y sublime, elegante y concisa, dulce y persuasiva, particular y universal.

Ciencia sobre todos los elogios, que siempre se hizo acreedora de la admiracion de los sabios. Los Norbertos, Malachías, Hugos de San Victor y los Pedros de Cluni la colmaron de alabanzas en el duodécimo siglo. El tiempo se sucede uno á otro, y la gloria de *Bernardo* se perpetúa. Si la Iglesia recoge con respeto en sus escritos el espíritu de *Bernardo*, lo concilios inmortalizan aquellos mismos escritos con los mayores elogios. Santo Thomas de Aquino, Buenaventura, Belarmino y Baronio, no cesan de consultarles al paso que creen no comprehenderles: Aun quando la Iglesia no hubiera colocado á *Bernar-*

(1) *Bern. Serm. Super Missus est.*

(2) *Bern. Epist. ad Canon. Lud.*

nardo en la clase de sus mayores santos, le hubieran hecho lugar sus obras como el mas grande de los mayores ingenios.

Hasta la misma heregia se ve obligada á dar el testimonio ménos equívoco de esta proposicion. Los Luteros (1), Melantones y Calvinos (2) aplauden unánimemente la doctrina de *Bernardo*, sin embargo de que encuentran en ella su condenacion.

A no consultar, pues, los escritos de este santo ¿cómo se ha de conocer lo que es? Es un Doctor justamente colocado entre aquellos hombres, que son el apoyo, los árbitros y los héroes de la Religion. Es el ribal de los Atanasios, de los Basilios y de los Ambrosios. Pero baxo este aspecto se podria confundir con los demas sabios Doctores, porque no haria otra cosa que parecer un Padre mas en la Iglesia, que habia venido despues de los otros, y con los mismos talentos y ciencia. Luego ¿qual es el mérito que á él solo le corresponde? Yo os lo diré. Aquel hombre tan profundo y tan sabio, es un sabio sin estudio, su ciencia es una ciencia infusa y divina. Ved ahí lo que no pertenece sino á *Bernardo*; y ved ahí por que os le he propuesto como hombre único. *Spiritus unicus.*

¿Se creería esto á no haberlo él mismo asegurado? La soledad era la escuela en que

(1) *Bernardus omnes Ecclesie Doctores vincit.* Luther.
(2) *Bernardus ita loquitur, ut veritas ipse loqui videatur.* Calvinus.

sus talentos se manifestaban, su espíritu se ejercitaba y su ingenio resplandecia. La piedad era la luz que le iluminaba: la oracion la fuente de sus luces: la cruz el libro en que leia: el Espíritu Santo el que le iluminaba; y Dios solamente era su maestro. *Deus magister.*

En efecto, al principio de sus dias, y quando aun no habia podido adquirir aquellos útiles conocimientos, que son el muy tardo fruto de la aplicacion, se habia ya formado *Bernardo* en la ciencia de los santos, baxo la direccion de Esteban, modelo y gefe del Cistér. Cistér en donde se reproduca el fervor de la antigua Tebayda; pero que parecia que él mismo debia causar la ruina: Cistér á quien el mundo admiraba sorprendido, pero sin imitarle: allí fué, ó Dios mio, allí fué adonde vuestra gracia conduxo en la aurora de su razon al mas vasto, aunque ménos cultivado ingenio de la Borgofia: allí fué adonde vuestra sabiduria esparció sobre *Bernardo* aquellos rasgos de luz que le hicieron el oráculo de su siglo por su ciencia, por su retiro y por su predicacion.

Yo confieso, hermanos míos, que se confunden y trastornan mis ideas al ver las diferentes ocupaciones de *Bernardo*. Apenas pudo lograr vivir sepultado en el mundo. Solitario por eleccion y por vocacion apóstol, hasta el mismo *Bernardo* se admira al ver los diferentes géneros de ocupaciones en que se empleaba; y vosotros mismos os admiraríais tambien, si no supierais que el carácter de

Bernardo es el de ser siempre un hombre único. *Unicus.*

Yo pensaba hacerlos observar el principio de su fervor en el retiro del Cistér. Pero me lo impide el ver que el Angel del Señor conduce á otras regiones á aquel nuevo Tobías. Y ¿dónde le encamina? A un horroroso desierto, donde se atrinchera el delinquente como en un asilo favorable, en donde le sirve de muralla el corazon de las rocas inaccesibles. A Claraval, lugar horroroso, pero donde no se tardará mucho en levantar por el zelo de *Bernardo* los fundamentos de una nueva y preciosísima colonia para la Iglesia. Las lecciones y los ejemplos de *Bernardo* dispondrán allí Antonios para el desierto, Atanasios para el obispado, Leones para la tiara y Santos para el cielo. ¡O Claraval! En tí es donde yo pondría la vista para *Bernardo*, si este no tuviera que atender mas que á un solo ministerio. Mas ¿á cuántos diversos empleos está destinado?

Uno de sus panegiristas dice, que es un hombre enteramente para el mundo y enteramente para sí. *Totus omnium, totus suus* (1). Esta es justamente la pintura de su vida. *Bernardo* todo enteramente para el mundo. *Totus omnium.*

Casi al mismo tiempo admiraba Claraval la sabiduría de su gobierno, París la fuerza de su eloquencia, Rheims la extension de sus luces, Tolosa el ardor de su zelo, Milán el res-

(1) *In vit. S. Bern.*

resplandor de sus milagros, Roma la constancia de su heroísmo, y toda la Iglesia su generoso desinterés. Como un relámpago pasó tres veces á Alemania, recorrió la Francia, atravesó los Alpes y penetró la Italia. Corre de Oriente á Occidente, y está siempre pronto para ir adonde los intereses de la Religión le llaman. Pacificador de turbulencias, restaurador de la disciplina, y consejero de los Papas. Cada uno de estos titulos indica en *Bernardo* algun rasgo particular de su apostolado. *Totus omnium.*

Este, pues, le exercitó especialmente con dos hombres dignos de ser por sí mismos los apóstoles del Universo: el uno fué *Pedró* el venerable: el otro el Abad *Sugeto*: ambos eran muy á propósito para manejar los mas delicados negocios. El primero mas sabio; pero el segundo mas politico. El uno mas célebre en la Iglesia; el otro mucho mas en el estado: aquel respetado por los monarcas como merecia serlo; este depositario de su confianza como que no abusaba de ella. Pero el Venerable gobernaba el órden de Cluni con una sabiduría que hacia admirar al Universo. Sin embargo, lo mismo fué echar *Bernardo* sobre Cluni aquella severa vista con que descubria manchadas hasta las virtudes, que advertir en el superior una indulgencia perjudicial, que inmediatamente se atrevió á vituperarla. Consagrado *Sugero* á la Iglesia por inclinacion, y dedicado al estado por sus empleos, servia con igual desinterés al sacerdocio que al imperio. No obstante esto,

le parecía á *Bernardo* percibir en el ministerio del príncipe un luxo y una magnificencia que no debía permitirse á un ministro del altar. Determinó advertírsele , reprehendérselo , y aun condenárselo. Y ¿quál fué el dichoso fruto de su zelo y trabajo? Pedro el venerable os lo dirá por sus sucesos : Sugero por su penitencia.

A aquellas primeras victorias se siguieron inmediatamente otras mas decisivas y esenciales. Estas fueron las que consiguió sobre los horrores de su siglo , contra quienes *Bernardo* se declaró y triunfó.

Olvidadas y casi abandonadas las ciencias mucho tiempo hacia , acababan de renacer en Francia de un modo admirable. La escasez de los sabios que se hallaban , engrandecía la autoridad y el mérito de los que habia. Encaminado todo el mundo á disipar las tinieblas de la ignorancia , consultaba con respeto á los ingenios capaces de ilustrarle. Algunos hombres , á quienes la preocupacion honra con el título de espíritus fuertes , se presentaron como filósofos. Pero ¡ah! que quando ellos erigen un trono á la razon con mano tímida trastornan el imperio de la fé con mano atrevida. El abuso de los talentos es el origen de todos los errores.

Bernardo les desentraña , aunque se presentan ocultos baxo de mil modos. Tan pronto nobles como sublimes aquellos indignos filósofos penetraban de un rápido vuelo hasta las mansiones celestiales , y tenian por su gefe y cabeza á Gilberto de la Poiree. Inquietos ya

y atrevidos , encendian por todas partes el fuego de la discordia , y tenian por guia á Arnaldo de Bresa : ya crueles y sanguinarios , se deleytaban con la mortandad y la carnicería , teniendo por defensor á Henrique de Tolosa : y ya , en fin , delicados y sutiles inspiraban preocupaciones y engaños , baxo el aparente pretexto de destruir los errores , siendo su protector Abelardo. Aquellos maestros del error y de la mentira , se dirigian todos , aunque por diferente rumbo , al único fin de destruir la Religion.

El mérito habia elevado á Gilberto de la Poiree al episcopado. Aun no se conocerian en él mas que sus talentos y virtudes , si no se hubiera deslizado en los errores. Era tan singular en su conducta como en sus ideas : severo por gusto y sin hipocresía : sabio por principios ; pero se perjudicaba á su honor en no seguir sino aquellos que se habia formado á si mismo. En un sínodo diocesano se introduxo ya el mortal veneno de su doctrina. La Iglesia , dice *San Bernardo* , veía con horror hablar á uno de sus Pontífices de la simplicidad de Dios , con un artificio estudiado , y persuadir el error por autoridad. *De simplicitate Dei non simpliciter sentiens.* ¡Funesto origen de una nueva heregia! ¿quién podrá arrancar sus profundas raices? Convócase un concilio en Reims : presidele el soberano Pontífice , y le confían á *Bernardo* el exámen y la decision. Aunque justamente sospechoso el prelado , no temió comparecer en él : *Bernardo* le arguye , le combate , le ater-

ra y le confunde. En vano se interesa el mundo preocupado por la venganza de un humillado Pontífice, y la ignorancia y la pasión tachan á *Bernardo* de un zelo vivo, impetuoso é inflexible. Explicase la Iglesia, y arruínase la heregia por su mismo autor: ¡qué exemplo tan admirable de sumision! ¿Cuál es lo que debe admirar mas, la victoria que consigue *Bernardo* de Gilberto de la Poiree, ó la que aquel principe desengañado, convertido y penitente consiguió sobre sí mismo? Pero algunos mas culpables, aunque no tan sabios como el obispo de Poitiers, quales fueron Arnaldo de Bresa y Henrique de Tolosa, prepararon á *Bernardo* un nuevo motivo de gloria y nuevos triunfos á la Iglesia. El primero era diestro, sagaz é insinuativo: el segundo atrevido y temerario: la doctrina de ambos pastores y sus costumbres se armaron contra la Iglesia. La autoridad de Arnaldo de Bresa exige de la clerecía unas virtudes que, por demasiado rigurosas y excesivas, dexarian de serlo: Henrique de Tolosa ni sabe respetar la virtud en los demas, ni practicarla por sí mismo. En el uno es menester confundir la hipocresía y la impiedad: en el otro la impiedad y la apostasía.

¡Qué poderosas armas opondrá *Bernardo* á aquellos dos hombres tan ciegos! Pintará al primero como rayo exterminador de la paz, enemigo de Jesu-Christo y autor de los cismas (1). Bresa, exclamaba nuestro Santo, les pro-

(1) Bern. Epist. 17.

produxo, la Francia los arrojó, y Roma los detestó. Aquel hombre era un objeto de horror para toda la Iglesia. Sentencia, por fin, *Bernardo*: se humilla Arnaldo, y espira el cisma.

¡Pero tú, presuntuoso y vano Henrique de Tolosa, tú serás perseguido hasta sobre el trono de tu gloria, porque has, dice *San Bernardo*, derribado los altares, demolido los templos é inmolado los ministros de Jesu-Christo! ¿Por cuántas partes se derramó su error? ¡Ah! Las Iglesias se vieron sin pueblos, los pueblos sin pastores, y los pastores sin autoridad. Habla *Bernardo* (1), y todo se cambia. Ya no hay profanaciones, no hay sacrilegios, ni hay victimas que sacrificar. Admirado Henrique, no advierte en Tolosa mas que menosprecios (2). De este modo cayeron tambien en otro tiempo á los vencedores golpes de San German los restos del paganismo, que aun no se habian extinguido en Inglaterra.

Acababa de perecer un monstruo y faltaba disipar un encanto. ¡Ah! ¿qué encanto mas seductor que aquel que el atractivo Abelardo usaba para dominar sobre los espiritus? Abelardo era conocido por sus talentos, por sus ilusiones, y, tal vez, mas conocido por sus fragilidades. De espíritu vivo, sublime, penetrante y delicado: curioso en sus indagaciones, sutil en sus discursos y hábil para

G 4

unir

(1) Bern. Epist. 240.

(2) Bern. Sermon. in Cant.

unir las gracias de la eloqüencia con la profundidad de la erudicion. ¡La lástima es, que casi siempre produce la ciencia en un Filósofo el orgullo! La reputacion es causa de la temeridad, y la presuncion arrastra á peligrosos extravíos. Enardecido Abelardo con sus sucesos, se levantó hasta contra la divinidad. Intentó sujetar á las reglas equivocadas del razonamiento un misterio en donde no es permitido profundizar, sino con una fe respetuosa: intentó divisar la unidad, y diferenciar lo que no es susceptible de ninguna diferencia. La metafisica es muchas veces abundante en extravíos (1). ¡Qué hombre, dice *San Bernardo*! Un nuevo Arrio quando habla de la Trinidad: un Nestorio quando trata de la Encarnacion: un Pelagio quando sondea los abismos de la gracia; y como tan consumado en el arte difícil de dominar los espiritus, sabe lograr admiraciones, granjearse amigos, atraerse discípulos, y acreditarse por medio de varios apologistas (2). ¿Quién podia prometerse aterrar á aquel audaz y atrevido ingenio, lleno de aclamaciones públicas? El encontrará, señores, un vencedor á quien respetar: este vencedor es *San Bernardo*. Intenta Abelardo justificar sus errados sentimientos, y les multiplica. Apela con este motivo á Roma, y Roma le condena: se promete hallar mas favorable el juicio y la decision de un concilio: convócase éste, y *Bernar-*

(1) Bern. *Epist. ad Innoc.*
 (2) Bern. *de Errorib. Abail.*

cardo es el alma y el principal sugeto de los que á él concurren. Desentráñase el sistema de aquel Filósofo, que era el oráculo del Mundo, y se le demuestra el error. Decide el concilio; y Abelardo pronuncia contra sí mismo su sentencia. ¡Qué gloria para *Bernardo*! Pero la mayor está en que su triunfo se ratificó por su enemigo, precisado á callar, en que este le perdonó, y, en fin, en que se hizo su amigo y su apologista.

Aquí, hermanos míos, debería yo hacer mil descripciones para que las oyéseis con admiracion. Pero en el elogio de *Bernardo* se escapan muchas circunstancias que en otro ménos abundante en maravillas serian muy interesantes. No obstante, es menester que sepais, que él reconcilió á los habitantes de Nápoles con los de Pisa: hizo la paz entre el Arzobispo de Rheims y su pueblo: entre *Conrado*, Duque de Suabia y el Emperador *Lotario*: que se presentó en el concilio de Pisa como uno de los mayores ornamentos de la Iglesia de Francia: que fué en tiempo de calamidad el recurso de los infelices á expensas de sus mismos discípulos, cuyo prodigioso número era la obra de su zelo: que::: Imaginémos todo lo que puede hacer un zelo universal y una caridad invencible: imaginémos trabajos multiplicados á cada instante, obstáculos siempre continuos, triunfos milagrosos sin cesar, y habrémos formado la idea de un grande apóstol; pero aun no la tendremos suficiente de lo que corresponde á *Bernardo*. Lo que mas sorprende y ad.

admira en él, no es el que como apóstol se entregase á todos los trabajos, *totus omnium*: es sí, la soledad con que, á pesar de su predicacion, siempre estaba metido dentro de sí mismo: *totus suus*.

¡O Claraval! Tú serás siempre el centro en donde su corazon permanecerá. Y en caso de que su zelo le obligue á transitar y ausentarse de tí, porque la Iglesia le confie sus mas delicados intereses, ¿quánto le cuesta á su corazon el dexar su amada soledad? La dexa por fuerza, pero tambien vuelve á entrar apresuradamente en ella con gusto. Mas yo me engaño: hasta en el bullicio del Mundo es un perfecto contemplativo: un solitario (1): solitario entre los papas que le admiran, entre los reyes que le buscan y entre los sabios que le consultan: solitario en medio de los hereges á quienes combate, de los libertinos á quienes reprehende, y de los impíos á quienes confunde. Entre los borrascosos negocios de la Iglesia y del Mundo está siempre solo consigo mismo; porque él se dice siempre, con un humilde recuerdo de su conciencia, que es solitario y que no debe dexar de serlo. *Totus suus*.

Juzguemos, pues, de sus sentimientos por sus palabras. Quántas veces repetia: ¡ó dulce, ó tranquila soledad que haces amanecer para mí dias tan afortunados! *O beata solitudo!*

(1) *Solitudinem cordis sibi ipsi efficiens, & se cum solitudinem circumferens, ubique solus erat. In vita S. Bern.*

tudo! Tú sola causas mis delicias: fuera de tí me busco y me hallo á la sombra de tus florestas: allí vivo feliz y contento: gozo de lo que inútilmente quisiera disfrutar entre los hijos del siglo: esto es, de un reposo sin turbacion, de un mundo sin vicios, de un Dios todo mio. *O beata solitudo! ó sola beatitudo!*

En estos éxtasis religiosos parece que la soledad hace desaparecer en *Bernardo* el apostolado. Tal es su carácter. Cada virtud parece que es en él única y sola. Es un *Samuel* por la prudencia, un *Matatías* por el zelo, un *David* por la penitencia. Pero si en esta imita *Bernardo* á *David*, no le ha imitado así en sus extravíos: *Bernardo* es penitente y justo. Es siempre un hombre único por los singulares rasgos que caracterizan su santidad: *unicus*.

Y vosotros, superiores respetables, que caminais por las huellas de *Bernardo* en los diferentes lugares que santificó por sus exemplos: vosotros, hijos ilustres del Cister, de la Ferte, de Pontigne, de Claraval y de Morimond: vosotros, mejor que yo, sois el retrato de sus virtudes á quienes imitais. En él nos hareis considerar una penitencia ingeniosa en sus piadosas delicadezas: una penitencia sostenida en medio de los mayores obstáculos que se la pueden oponer: una penitencia diaria y de cada instante; y una penitencia, en fin, con la que en el lecho de la muerte engrandeció los últimos esfuerzos, y de la que encierran sus siempre inmorta-

tales escritos preciosísimas lecciones y documentos.

¡Bernardo penitente! ¿Si se eclipsará este astro algun día? ¿Por qué crímenes, por qué fragilidades, y por qué olvidos tiene que atormentarse y castigarse? La Borgofia le habia visto nacer en el seno de la piedad, y era mas querido á su vista que la gloria de sus mayores. Aun ignoraba su corazon los pensamientos de la naturaleza corrompida, y ya era su cuerpo la victima de la cruz y del sufrimiento evangélico. ¡O hermosura seductora; ó percedero ídolo, ó nueva Bethsabé, que habias sorprendido su atencion sin fixarla, y que costaste lágrimas á sus ojos, turbaciones á su espíritu, y remordimientos á su corazon! ¡Quién es el que sabe vengarse, como él lo hizo, de una tentacion repentina con un largo arrepentimiento! Tú, estanque helado, en el que expiaba, no digo yo un deseo lascivo, sino el temor de ser permitida una mirada indiscreta: tú serviste primeramente de instrumento para extinguir un crimen en el que no tenia culpa el que se castigaba. A *San Bernardo* solo era á quien pertenecia enseñar al Mundo aquel nuevo género de penitencia.

Pero el asilo mas famoso de la que él sufría era el mismo Claraval. Un trabajo penoso y continuo era su ocupacion, y por él se cultivaba la tierra con inutilidad. Su vestido era un horroroso silicio, y con él le parecia que se hacia insensible á los rigores del tiempo. Un sueño muchas veces interrumpi-

pido, y siempre lleno de dolores, era su reposo, y éste descanso tan penoso le daba nuevas fuerzas. Un pan rociado con sus lágrimas, y sazonado con la ceniza y la amargura, era su alimento, y éste alimento insípido tenia para él quanto gusto y delicadeza tenia para los Israelitas el maná en el desierto.

Dos soberanos Pontífices quisieron ser testigos de este edificativo espectáculo, y ambos fueron sus admiradores. Aseguraron que la virtud de *Bernardo* era mucho mayor que su reputacion.

¡Quanto me deleyto al pasar mi imaginacion por los prodigios de este nuevo Juan Bautista! Todo me recuerda el desierto de *Egypto*: el espíritu de *Pacomio* y de *Hilarion*. La mansion que ofrece el monasterio de *Claraval*, es un valle profundo, rodeado de montañas escarpadas y cubierto de árboles sombríos, una mansion lúgubre colocada en un estrecho terreno, levantada por mano de los solitarios, en donde todo respira fervor, ayuno y penitencia. ¡Que hombres llaman allí mi atencion! ¡Ah discípulos de *Bernardo*! Si yo intentára pintar la penitencia, formarían las vidas de vuestros primeros modelos todos los lineamientos: por todas partes se miran pálidos y descarnados: cuerpos estenuados y abatidos: la virtud misma parece que habita en aquellos penosos retiros, de quien es *Bernardo* el ornamento mas precioso: él solo une en sí todos los caracteres de santidad que se advierten separadamente-

mente en sus discípulos: ¡Y aun cree *Bernardo* que falta á su estado! Hace por una excesiva humildad que le llamen la chîmera de su siglo. *Chimara mei sæculi*. Como que se siente el perdonarle aquellas expresiones que le dicta su modestia, porque él solamente es el juez experto y prevenido contra la exácta regularidad de su conducta.

¡O *Bernardo*, se dice él á sí mismo! ¿Qué motivo es el que has tenido para abrazar el retiro, máxime quando hasta ahora no lo has habitado? *Bernardo ad quid venisti?* Tus trabajos no tienen parte con tu estado. Averguénzate de tus extravíos. El Mundo se enfiaga en tenerte por un prodigio de ciencia y de piedad. No, *Bernardo*, tú no eres sino un prodigio de flaqueza, y de descarrío. *Non sum talis, qualis putas.*

Así habla la humildad. El Mundo admira las virtudes y la gloria de *Bernardo*. A este le irrita contra sí mismo la importuna imagen de aquella misma gloria. Se llena de reprehensiones al ver que jamas ha sido lo que debia ser. *Monstruosa vita mea*. Con lágrimas de penitencia suplica á la divina misericordia se digne hacerle mas fiel á su estado. ¡Como si no lo fuera en hallarse donde el cielo le llamaba!

Bernardo condena hasta sus mismas virtudes, y nosotros, hermanos míos, nos perdonamos hasta nuestros vicios. ¡Qué oposicion esta! Yo hago ver en él un sabio sin estudio, un apóstol solitario, y un penitente justo. ¿Acaso no es un hombre único por los sin-

singulares rasgos que caracterizan su santidad? *Spiritus intelligentiæ, sanctus, unicus*. Si por cierto; pero tambien es un hombre único por la autoridad universal que su santidad le merece. *Spiritus unicus, multiplex.*

SEGUNDA PARTE.

¡Cuán respetable es la autoridad quando no se debe mas que á la superioridad de los talentos, á la importancia de los servicios y al resplandor de la virtud! A las virtudes de que á todo el Mundo da exemplo: á los talentos que consagra á la Religion; y á los servicios que hace á la Iglesia, es á quienes debe *Bernardo* la singular autoridad que exerce sobre los pontífices, sobre los monarcas y sobre el Mundo entero. Y ¿qué es lo que viene á ser *Bernardo*? Un religioso, un vasallo, un particular. ¡Qué espectáculo tan admirable, señores, es el que va á llamar aquí vuestra atencion! Un religioso que manda á los prelados de la Iglesia, un vasallo que reprehende á los soberanos, y un particular que, por decirlo así, da leyes al Universo. La vida de *Bernardo*, pues, os ofrecerá una prueba sensible, y tal vez única, del mas resplandeciente testimonio que jamas se ha visto dar por el Mundo á la santidad. *Spiritus intelligentiæ, sanctus, unicus, multiplex.*

Aquellos hombres á quienes la Providencia destina en la Iglesia para ser la admiracion y la luz de su siglo, no están mucho tiempo

el terror de los unos y el defensor de los otros. *Nunc terror, nunc vindex.* Los diversos intereses de la Iglesia le darán á conocer, y arreglará la determinacion que deba tomar.

El Arzobispo de Sens se preocupa. La preocupacion le encamina á la injusticia, la injusticia degenera en furor. *Bernardo* condena inmediatamente, y sin disfraz á aquel furioso prelado. ¡Deleytarse un prelado con la turbulencia y la confusion! ¡Sacrificar la amistad y la Religion por el odio y el interés! ¡O escándalo abominable, exclama *Bernardo!* Este es un prelado indigno de serlo: la Iglesia debe interesarse en su castigo. Ved aquí el censor juicioso. *Nunc terror.*

Mas por otra parte embistió la calumnia á un virtuoso é irreprehensible pontífice. *Othon*, obispo de Troyes, combatió y destruyó el vicio. Confundido este, arma vengadores. Roma se ve llena de quejas y de murmuraciones. Unos testigos sobornados suponen crímenes que no hay; y unos jueces interesados condenan al pretendido delinquent. *Bernardo* marcha inmediatamente á Roma; y como un panegirista eloquente del perseguido obispo, hace triunfar la inocencia. Aquellos que se lisonjaban de perder á su enemigo, se pierden á sí mismos. Ved aquí el firme apoyo del episcopado. *Nunc vindex.*

Gerardo, obispo de Angulema, como espíritu ambicioso, político y vindicativo, se levanta contra Roma, corrompe á los pueblos y optime á la clerecía. *Bernardo* solo crea de-

deber á aquel pontífice, que no sabia respetarse á sí mismo, unas leves atenciones; inmediatamente solicita y suplica por él con eficacia: ¿se irrita el espíritu del error con estos obstáculos? Rues *Bernardo* emprende amenazarle y horrorizarle: tiembla, dice, desgraciado pontífice rebelde: el último día de tu vida va á descubrir muy en breve el último de tus delitos. Llega la hora señalada, se cumple el vaticinio y cae la victima: ved ahí el rayo que extermina el vicio. *Nunc terror.*

Además de esto, cuántos cuidados y cuántos trabajos se le multiplican á *Bernardo* por sostener á *Aluise*, obispo de Arras (1), contra los intentos de un mal clérigo subalterno? ¿Qué sabiduría para hacer conocer al soberano pontífice la calumnia entre la verdad? Por él se descubre la mentira y tiene defensores la justicia: ved aquí el hombre que obliga, si me es permitido hablar así, á que el Universo haga al episcopado los honores que se merece. *Nunc vindex.*

Y ¿confesare yo, que es un gran mérito en *Bernardo* el prescribir leyes á aquella potencia que solo las recibe del cielo? A la verdad que él es un trono augusto de donde emanan los oráculos que el Universo reverencia con razon sumisa; pero donde las pretensiones no son siempre distinguidas de los derechos. Y á tí, trono superior en

(1) Bern. Epist. 327. roquido sol á coldenq

el gobierno espiritual á todos los del Mundo! ¿quién será el mortal que se atreva á hacerte oír el lenguaje de la libertad evangélica? *Bernardo*: los únicos: is. xlii. 22. & c.

No presumamos que su zelo es capaz de apartarse de la entera sumisión que debe al Vicario de Jesu-Christo: Un zelo indiscreto siempre es reprehensible. La Tiara no le impide á *Bernardo* el hacerlo: este dirige sus instrucciones á la cabeza de la Iglesia, pero salen de una sabiduría reflexiva y penetrante. Tienen su origen en una autoridad que el mismo sumo pontífice ha concedido. Se sabe que en aquel pontífice observaba respetuosamente *Bernardo* tanto á su padre como á su hijo. Si la cabeza de la Iglesia hace desaparecer á los ojos del Universo al discípulo de Claraval siempre es preciso este último título al reconocimiento de Eugenio. Infruido este en la esencia de *Bernardo*, siempre se delejtará de nuevo en recibir de él los consejos, las lecciones, y hasta las reprehensiones mismas. Este es el privilegio de un santo. No te valgas tú, ciego error, de este privilegio: solo es para *Bernardo*. La conducta de este por lo que hace á Eugenio III. nunca justificará la de Lutero por lo que corresponde á Leon X.

Acordaos además, hermanos míos, que siempre fue *Bernardo*, ya el hijo mas dócil, ya el mas ardiente defensor de la Iglesia; *Ecclia. fulgentium*: acordaos tambien, que salió mil veces de su querida soledad para animar á los pueblos, á los obispos, á los cardenales y á los

los reyes, y para respetar al primero de los pontífices. Si las cenizas de *Bernardo* pudieran animarse, los repetirían lo que en otro tiempo decia á las ciudades, á las provincias y á los reynos: resistir aquella suprema potestad en el gobierno de las almas, es resistirse al mismo Jesu-Christo: (1).

Era necesario, christianos oyentes, daros esta favorable idea de *Bernardo*, para hacerlos conocer el espíritu con que dirigió al papa Eugenio el admirable libro de la consideracion.

Libro inmortal por cierto! Era preciso una lengua mas eloquente que la mia para manifestaros el plan de su debido mérito. Allí sabe *Bernardo*, por medio de una prudencia consumada, reunir el elogio y la instruccion: allí, con un golpe delicado é ingenioso, ensalza las prerogativas inalienables del estado sin disminuir las austéras obligaciones que exige: allí se ve, que, como panegirista sin adulacion y crítico sin acrimonia, no indica al soberano pontífice los exemplos que debe al Mundo christiano, sino despues de haberle hecho ver la obediencia que el Mundo christiano le debe (2). Tú eres, le dice, la gloria del sacerdocio: nos manifiestas la primacia de Abel, el orden de Melchisedec, la dignidad de Aaron, la judicatura de Samuel, el poder de Pedro, y la uncion de Jesu-Christo. Tales son tus títulos, y tales

(1) Bern. Epist. 131.

(2) Bern. lib. 4. de Consider. ad Eug. Pont. Max.

tus prerogativas. Esto es lo que el Universo respeta en tí: esto lo que espera. Pero reconoce tus obligaciones: hacértelas conocer, es hacer que te conozcas, y obligarte á que las cumplas. Tú eres hombre sobre los demas hombres. No te hagan olvidar jamas los pomposos faustos que te rodean que eres el apoyo de la justicia, la imagen de la piedad y el defensor de la fe. Como sucesor de los apóstoles, debes hacer revivir su noble simplicidad. Tu regla es el Evangelio, Pedro tu modelo. Piensa que eres sucesor de este y no de Constantino. De este modo al paso que eres el primero de los pontífices por la superioridad de tu empleo, lo serás tambien por la superioridad de tus virtudes.

La autoridad que exerce *Bernardo* sobre los príncipes de la Iglesia, la exerce tambien sobre los de la tierra. ¡O admirable y singular circunstancia la de reprehender un vasallo á sus soberanos! Ella es la que justamente le concede el título de hombre único, sobre el qual he pensado yo fundar todo el elogio de *Bernardo* en esta segunda parte. *Unicus, multiplex.*

Yo no sé por que fatalidad viene á ser muchas veces el trono de los reyes una muralla inaccesible á la verdad. Los dueños del Universo están acostumbrados á que se les aplauda hasta la embriaguez vergonzosa de las mas viles pasiones. Casi extrangera en las cortes, duda la libertad evangélica producirse en ellas sin el socorro de las atenciones. ¡Suerte fatal de los príncipes la de en-

encontrar rara vez en el zelo de un apóstol, incapaz de fingimiento, un contrapeso á las tentaciones siempre vivas que ruedan al rededor del trono! Este apóstol tan pocas veces visto en la corte le encontrará en *Bernardo*.

Este santo, pues, se atreverá á anunciar el Evangelio en toda su severidad á las magestades de la tierra: el arte detestable de fingir, es un arte que él ignora: aquella terrible palabra que temen los grandes el oirla, y muchas veces perjudica el predicarla, se la intima *Bernardo*: instruíos, *erudimini* (1), instruíos, les dice este á los príncipes de su tiempo, y tanto á los extrangeros quanto á aquellos de quienes es vasallo.

Luis el Gordo formaba las delicias de su pueblo por su dulzura y bondad: su piedad se hallaba exenta de la hipocresia, y su política consistia en no conocerla: tan sabio como valiente, no temia los peligros: sabia acometerlos sin temeridad. Pero ¿si lo diré yo? Todas aquellas qualidades se habian obscurecido en él por medio de unas horribles tinieblas. Usurpador de los bienes consagrados al santuario, juzga con demasiado rigor de dos prelados, cuya penitencia solamente fué la causa de su desgracia: olvidando igualmente aquel monarca lo que debia á la Iglesia y lo que se debia á sí mismo.

Bernardo le atrae con respeto á las primitivas leyes del trono que trastorna. La Iglesia,

H 4

sia,

(1) Ps. 2. v. 10.

sia, le dice, reclama sus derechos y tu justicia: á ti mismo se queja de tí: tú debes ser su apoyo. Y ¿podrás llegar á ser su enemigo? ¿Te resistes? ¡O dueño y señor mio! ¡O rey mio! Perdona á tu vasallo. Este no tiene que presentaros sino exemplos de terror (1). No se le escapó tampoco á Bernardo la memoria de lo venidero: advierte, le decía, en la persona de tu hijo la venganza del cielo que te amenaza. Felipe, heredero de la corona y esperanza de tu reyno, morirá. El es un Dios: temed sus amenazas.

Erudimini.

Aquel que habla sin ficcion á su soberano príncipe, ¿no lo hará mas bien con los que sean sus amigos? Mucho tiempo hacia que la amistad habia unido á Bernardo con Thibaud, conde de Champaña. Este príncipe abandonó el luxo de la corte en vista de los consejos del Abad de Claraval, y llegó á ser un exemplo de zelo y de piedad. Pero ¡ah! ¿De qué no es capaz un malvado interés? Bernardo advertía en su amigo los abominables procederes de un riguroso exáctor. La amistad le concedia muchos derechos de quienes felizmente se sabia aprovechar (2). Le hacia ver, que si insistia en retener los bienes que no le pertenecian podia quitarle Dios aquellos que le correspondiesen. Inútiles demostraciones. El conde todo lo pro-

(1) Bern. Epist. ad Lud. Grof. Gall. Reg.

(2) Bern. Epist. 37. 38. 39. ad Theobald. Camp. Comit.

mete y nada cumple. Hace Bernardo nuevas tentativas. Yo, le dice, temo ofenderte con un zelo importuno; pero temo mucho mas ofender á Dios con un criminal disimulo: aunque otros príncipes sorprenden la credulidad de sus vasallos con engañosas promesas, bien sé que para tí una promesa es un juramento, y una mentira un perjurio. Los príncipes deben imitar al Dios de la verdad de quien ellos son la imagen. *Erudimini.*

El mismo zelo que empeña á Bernardo en condenar los vicios del padre, le determina á reglar la conducta del hijo. Todo quanto el ministerio evangélico puede emplear con la dignidad y la fuerza, lo emplea Bernardo en persuadir al conde Henrique, á quien Dios ha puesto en la tierra sobre los demas hombres para que sea el terror de la iniquidad, el remunerador de la virtud y el padre de los desgraciados; siendo indigno de su estado, como él le decía, no llenar tales obligaciones (1).

¿Quién se atrevió jamas á faltar con tanto descaro á estos deberes como el desgraciado Duque de Anjon? Altivo y soberbio, se le figuraba que su nacimiento le concedia el privilegio de no tomar consejo mas que de sus preocupaciones y pasiones desarregladas. Amenazábanle las excomuniones de la Iglesia; pero él las menospreciaba acarreadose con esto un detestable honor. ¡O príncipe,

(1) Bern. Epist. 379.

le dice *Bernardo*! ¿Cuál es la seguridad que tienes? Tú lo puedes todo y te atreves con todo. Pero aquel por quien reynan los reyes, les advierte tambien que no son mas que polvo. Son un triste escollo donde viene á estrellarse toda grandeza, y, en fin, la muerte, que es la que tú no tardarás en experimentar.

¿Y por lo que hace á tí, imperioso Duque de Aquitania? Tú que eres la cabeza, el apoyo y el recurso de una espantosa heregia: tú aprenderás de *Bernardo*, no á morir, sino á avergonzarte de tu depravada vida. El te trazará el quadro á cuya vista te estremecerás: por él conocerás, que los vicios de los príncipes juntan á sí aquel veneno sutil que se comunica con demasiada rapidez, é impide dificultosamente que ellos solo se pierdan.

Nunca hubo soberano mas á propósito para perder sus vasallos y deshonar al trono que Rogel rey de Sicilia. Este monarca creía, como otro Absalon, encaminarse á la victoria, y por ella perpetuar un cisma, del qual se declaró protector. ¿Qué cosa habrá que detenga su curso impetuoso? Se le presenta *Bernardo*, y le asegura, que el cielo no protegerá proyectos iníquos: sin embargo, le dice, del ardor que infundes á tus numerosas tropas, no triunfarás: desde luego te profetizo tu derrota: puede que ella sea el motivo de tu arrepentimiento.

En todas ocasiones será *Bernardo* el mismo, porque siempre le animan los propios mo-

motivos: esto es, la gloria de la Religion, la paz de los impérios y la felicidad del Universo: parece que tiene en sus manos el corazon de todos los potentados.

Sin salir de este reyno, hermanos míos, se os ofrece un memorable exemplo de esta verdad: *Bernardo* renueva en la corte de Luis el Joven la imagen de un Natan en la de David. Luis el Joven era atrevido en sus empresas; pero muchas veces desgraciado porque eran injustas, sostenidas con poca firmeza y nunca conducidas con prudencia: armado aquel legítimo monarca contra el conde de Champaña, no sabe contenerse dentro de aquellos limites que la moderación prescribe á todos los hombres, y con especialidad á los príncipes. Conducido por las alas de la victoria, se adelanta hasta Vitry. ¡O Vitry! Nombre fatal para su gloria y para su religion! Yo quisiera, señores, apartar de vosotros el horror que causa esta sangrienta expedcion: quisiera dulcificar la relacion de las vexaciones mas indignas, y no hacer memoria en la cátedra de la verdad de muchísimas víctimas inmoladas, muchos templos violados, muchos altares destruidos, muchas vírgenes llenas de temor y arrantadas del santuario entregadas á la violencia de la desenfrenada tropa: La inhumanidad, el sacrilegio y la muerte son objetos que debe conservar la historia fiel, y borrar su desgraciado recuerdo la eloqüencia sagrada.

¡O Dios de los exércitos! ¡quán terribles son vuestras venganzas quando os persuade
la

la adulacion, que defiende vuestra autoridad la venganza, y la declara como una gloriosa obligacion! ¿Pues qué? ¿acaso estará siempre á los pies del trono cautivada y enmudecida la verdad? ¡O Bernardo! Bernardo, señores, lleva hasta él los anatemas de la Religión menospreciada. Asegura á Luis, que no era digno de la victoria, supuesto que no sabia perdonar: hasta en el corazon del monarca se abre un llano y anchuroso camino. Le hace oír la lastimosa voz de una sangre derramada por una excesiva crueldad. Yo te hablo, le dice con un valor inexplicable, de tu delito, porque con razon temo tu salvacion: *Acriter laquor, acriter timeo* (1). Exhortó Bernardo al monarca y este reflexiona. Insiste aquel y este se muda (2). Admirada la Francia, respeta un nuevo Ambrosio en el primero: edificada, admira un nuevo Teodosio en el segundo.

Era menester, christianos oyentes, nombrar á todos los potentados de la Europa para hacerlo de todos los príncipes de quienes era Bernardo el consejero, la guia y el oráculo. Pero se reducen aun á ménos palabras su zelo y vuestras atenciones. El Mundo entero es el teatro en donde le conceden sus virtudes el derecho de prescribir leyes. *Spiritus unicus, multiplex*.

No hay mal mas funesto que un cisma de quantos puede temer la Iglesia. Al represen-

(1) Bern. *Epist. ad Lud. junior. Gall. Reg.*

(2) Bern. *Epist. ad Lud. Reg. Franc.*

tarseme, pues, semejante desgracia, como que veo vacilar al mundo christiano en una peligrosa incertidumbre. Dos pretendientes á la Tiara dividen los pueblos, separan á la clerecía, gañan á las potestades y esparcen por toda la Europa las primeras llamas de un fuego que no se podria extinguir sino con arroyos de sangre.

El virtuoso y tierno Inocencio II. fué colocado sobre el trono de San Pedro, sin artificio y sin maquinacion alguna. Al mismo tiempo se removía al ambicioso Anacleto, que se mantenía en él por medio de las intrigas de la política. Ambos promulgaban leyes, aunque con mas razon el uno que buen suceso el otro. El legitimo Pontífice tiene su apoyo en el desinterés, pero débil: el usurpador en sus alogistas mercenarios, pero poderosos. Inocencio II. tiene de su parte á la Iglesia, á sus virtudes y á las persecuciones: al soberbio Anacleto favorecen sus pretensiones el crédito, la rebelion y la violencia. Puesto el mérito de una parte y las pasiones de otra, arman á Roma contra Roma, y á la Iglesia contra la Iglesia. Mas ¿á quién será concedido consolidar la paz en el mundo, turbada por una detestable faccion? Esa será la obra y la gloria de Bernardo. Será el oráculo á quien la Iglesia se apresure á consultar: *Religionis arbiter*. Que sentencie, y se verá que el Pontífice á quien nombre será al que todo el Mundo reconozca y se someta. Estampes fue la ciudad en donde los preladós y los príncipes juntos formaron un con-

cilio, en el que confíaron á la prudencia de *Bernardo* los intereses de la Religión. Decide éste, y se coloca la tiara en las sienes de Inocencio.

Sube, ó Pontífice, escógilo por Dios, sube al trono de la Iglesia. En vano agotarán los diques de su inmenso crédito, aquella infinidad de seducciones que te se oponían; en vano se esforzarán para cautivar los corazones por medio de un desmedido interés. *Bernardo* sabrá consolidar la obra del Señor; someterá á la Francia sin obstáculos; á la Alemania á pesar de sus pretextos; á la Inglaterra á pesar de sus relaciones; y á la Sicilia la obligará por un brillante prodigio: aterrará al Duque de Guyena, y confundirá á toda la Aquitania con un golpe atrevido, mas resplandeciente aún que un verdadero milagro (1). Persuadirá á Roma y á toda la Italia con el encanto vencedor de la eloquencia. Se confunde el orgullo, respira la Iglesia y Anacleto perece. Victor le sucede, pero muy en breve se pone á los pies de Inocencio y ofrece la autoridad usurpada. Disipase la nube, apaciguase la tempestad y aparece el sosiego. Ya no hay mas que un solo rebaño y un solo pastor. A *Bernardo*, á *Bernardo* solo es á quien Inocencio debe su corona, la Iglesia su cabeza y el Universo su tranquilidad. Un hombre solo es el árbitro á quien se confía la suerte de la Religión, y por quien ella triunfa. *Religionis arbiter.*

(1) Con la sagrada Hóstia en las manos.

A aquellos mismos príncipes á quienes acaba *Bernardo* de unir entre sí mismos, forma el ánimo de unirles contra los enemigos del Christianismo. ¿Quién de vosotros ignora la causa de las guerras santas, y toda la fuerza que contra *Bernardo* se conjuró? Es tal la injusticia de nuestro siglo que no duda en decidir con sus vagos clamores, que la conducta de *Bernardo* no es susceptible de una apología. ¿De una apología? ¿Pues acaso *Bernardo* tiene necesidad de ella? Conoce su tiempo y advertireis fácilmente, que los pretendidos temerarios pasos de *Bernardo* y su zelo, indeciblemente acusado de indiscreto, son dignos de alabanza.

¿Necesito yo acaso hacer ver la deplorable situación en que entónces se hallaba la Iglesia de Oriente? ¡Ah! Que ya habia llegado aquel dichoso tiempo en que humillados los Sarracenos, veían multiplicar á los christianos sus rápidas conquistas, y extender su formidable poder en la Palestina. El mas terrible poder decae y se arruina quando no está sostenido por la union y por la concordia. A vista de las turbaciones que dividían á los príncipes christianos, se apresuraban los infieles para reparar sus pérdidas. A su frente marchaba el Sultan de Alepo, guerrero, atrevido, político, sabio, héroe y conquistador. Cada dia caían baxo de sus armas victoriosas las mas importantes plazas. Con sus conquistas habia hecho perder la Religión al Conde de Anjou, que era su apoyo y su defensor. Un monarca jóven y sin

sin experiencia, qual era Balduino III. acababa de subir al trono de Jerusalem. El Mahometismo triunfaba en el tiempo mismo en que debiera prometerse su ruina.

Esta pintura, señores, es verdaderamente fiel: si os interesa debéis empezar advirtiendo, cuán fundado es el zelo con que *Bernardo* anima á los príncipes christianos para excitarles á que vayan sin dilación á socorrer la Religión oprimida. A estos motivos tan poderosos se podrian añadir tambien los tiernos convites y amonestaciones del rey de Jerusalem, las reiteradas súplicas de los reyes de Antioquia, las respetables órdenes del soberano Pontífice, los ardientes deseos de Luis el Joven, y el apresurado y piadoso zelo del Emperador Conrado. Tales eran en aquel tiempo las autoridades que obligaban á *Bernardo* á hablar y discurrir. Medita, habla y persuade por sus virtudes y milagros: por sus milagros da á conocer á la Francia la voluntad del cielo. Armase este reyno, y le imita Alemania. ¡O gran Dios! Favoreced un zelo que no tiene otro objeto que el de vuestra gloria. Y vosotros, héroes magnánimos que peleais baxo los estandartes de la fe, estad firmemente persuadidos, que si vuestras armas deben de aterrar á los enemigos del Christianismo, vuestras virtudes les deben confundir.

Ya resplandecen los prodigios de valor: el paso por las aguas del Meandro da á conocer la intrepidez de los Franceses, espasme el terror entre los Sarracenos, y justifica

las esperanzas de la Religión: todo aplaude la sabia conducta de *Bernardo*: él es el profeta de su siglo, y aun lo seria á vuestra vista; pretendidos espíritus fuertes, si hubiesen coronado su obra algunos sostenidos sucesos. Pero ¡ó impenetrables juicios de la Providencia! Aún combate Israel, é Israel es vencido. Al presente juzgarémos á *Bernardo*, no como el motivo de la empresa, sino como el arárgico fin del acontecimiento. Acaso, pues, dirá alguno, ¿son estos aquellos brillantes sucesos con que habia lisonjeado al mundo christiano? ¡Mundo injusto! suspende, suspende tus inconsideradas murmuraciones. *Bernardo* animó á los pueblos al combate: estas era su obligacion: facultades tenia para ello. Pero ¿habia prometido la victoria á los combatientes? Tú eres el que se la aseguras, mundo profano: yo lo creo. Mas aun quando él los hubiese con seguridad ofrecido el suceso, le ofreceria porque creyese que armados los pueblos por la Religión, estaban obligados á hacerlo, y eran por consiguiente dignos de la victoria. ¿Por qué se le ha de hacer responsable de un desgraciado acontecimiento que jamas se hubiera verificado si se hubiese consultado á su prudencia, seguido sus consejos, é imitado sus virtudes? Acusémosle, acusémosle mas bien á la perfidia de los aliados, á la poca inteligencia de las armadas, á la temeridad de los generales, á la floxedad del soldado, y á las abominaciones de los christianos: esta sí que fué la única causa de nuestros males, y esta

será siempre una completa justificación para *Bernardo*. La falta de nuestros antepasados no es suya, ni suyos son tampoco sus crímenes. Pero ¿qué digo yo? ¿Acaso no defenderán ellos siempre su conducta y su gloria?

La de nuestro santo sale mas resplandeciente desde el seno de sus pretendidas humillaciones: se sostiene hasta en la obscuridad de su sepulcro. Y ya, hermanos míos, que he mentado el sepulcro de *Bernardo*, permitidme, despues de haber referido una vida tan preciosa, detener vuestra consideracion por un momento sobre un objeto lúgubre. A apagarse va el fuego de la Iglesia Galicana; pero sobre el lecho de la muerte aun atrae el zelo vivo y dichosamente inquieto de *Bernardo* sus fugitivas fuerzas para asegurar defensores á la Religion: sus ojos, á quienes casi ha cerrado ya la muerte, se abren aún á vista del deplorable estado de la Iglesia turbada por los cismas, atacada por la heresia, abandonada por los christianos y acometida por los infieles: aun le falta una moribunda mirada, qual es la de dexar á la fe sin manchas, á los christianos sin vicios y á la Iglesia sin enemigos. ¡Oh! exclamaba él: ¡Quién me lograra la dicha de ver renacer las heróycas virtudes del antiguo christianismo! *Quis mihi dabit videre pristinum Eplesia: dies!* Sí, Dios mio, yo das quisiera ver y morir: Asi lo dixo, y espiró.

Espiró aquel hombre único, tanto por los singulares rasgos que caracterizan su santidad,

dad, quanto por la autoridad universal á que por ésta misma es acreedor. *Spiritus intelligentia, sanctus, unicus, multiplex*. Espiró aquel hombre sabio sin estudio, apóstol solitario, penitente y justo. ¡Ah christianos! ¡quántas virtudes se ofrecen á vuestra imitacion!

Sabios del mundo, aprended de *Bernardo*, que la oracion es la fuente de la verdadera ciencia. Es su doctrina.

Hombres apostólicos, aprended de *Bernardo*, que debeis siempre hacer de vuestro corazon una verdadera soledad. Esta fué su conducta.

Christianos, qualesquiera que seais, aprended de *Bernardo*, que la penitencia debe ser vuestra herencia y vuestros únicos bienes. Esta era su máxima.

Sobre ella fué sobre quien constantemente se arregló la santidad de *Bernardo*. Santidad recompensada en la tierra por la autoridad que gozó sobre los pastores, sobre los monarcas y sobre el mundo entero. Santidad recompensada en el cielo, hermanos míos, en donde os espera la misma corona, si, como *Bernardo*, la sabeis merecer. Así sea.

PANEGÍRICO

DE SANTO TOMAS DE AQUINO,
del orden de Predicadores, y Doctor
de la Iglesia:

PREDICADO

*El día de su fiesta en la Iglesia de Pa-
dres Dominicos del arrabal de San Ger-
man, y en la de los de la calle de San
Santiago (1).*

*De fructu operum tuorum satiabitur ter-
ra. La tierra se saciará del fruto de
tus obras. Ps. 103. v. 13.*

No siempre se consagran á la inmortalidad las obras de los hombres; ni tampoco debe lisongearse el ingenio que las produce de que atraerá con ellas la atención de todos los de su tiempo. Los universales y permanentes sucesos, son otro tanto mas raros,

(1) Este Panegirico le pronunció Lotourdupin delante del Príncipe de Colonna, Nuncio Apostólico.

ros, quanto los dichosos fenómenos que los causan.

¿Quáles son, pues, aquellas obras tan apreciables que, á pesar de la injuria de los tiempos, se han conservado siempre en el Mundo con una igual reputacion y con un fruto siempre permanente? *De fructu operum tuorum satiabitur terra.*

Baxo de estos angustos y únicos caracteres distinguia en otro tiempo *Santo Tomás de Aquino* á la Religion christiana, cuya divinidad demostró. Su humildad no le dió lugar para conocer que aquellas palabras le podrían ser aplicadas á él mismo, y que esta gloriosa aplicacion seria confirmada con el voto de los sabios, la autoridad de los soberanos Pontífices, y las decisiones de los concilios.

La divina Providencia presentó á *Tomas de Aquino* en el XIII. siglo para aterrar á todos aquellos monstruos que el libertinage, el error y la impiedad habian producido. Es brillante en su aurora, y en su medio día despidе un resplandor que sorprende y admira, dexando al mismo tiempo con los últimos rayos de su sol, que extiende sobre la Iglesia, una luz que penetra las sombras de su sepulcro, y permanecerá sobre la tierra hasta aquel mismo instante en que se encierre y se pierda en el abismo de la eternidad. *De fructu operum tuorum satiabitur terra.*

Delante de él todo el mundo calla por respeto, y habla por el reconocimiento que le debe.

Todo el mundo calla para recibir la doc-

trina de Santo Tomas de Aquino. Punto primero.

Todo el mundo habla para alabar la doctrina de Santo Tomas de Aquino. Punto segundo.

Este elogio, señor (1), precisamente os ha de interesar mucho. En él se hablará de un nacimiento casi tan célebre como el vuestro: de los principes soberanos, cuya confianza mereceis: de la corte de nuestros reyes, en donde os atraeis las voluntades de todos: de la púrpura Romana, que por vuestro medio será hereditaria en vuestra casa; y de la Religion, cuyos intereses os confia con otra tanta mayor seguridad, en quanto sabe que los encomienda á la virtud misma.

AVE MARIA.

PUNTO PRIMERO.

Quando el Espíritu Santo nos quiso dar en la sagrada Escritura una idea sublime del mas famoso conquistador, de quien nos habla la historia profana, no hace memoria de sus inmensos designios, de sus multiplicadas expediciones, ni de sus maravillosas victorias. Con una sola pincelada, digámoslo así, nos manifiesta su retrato y su elogio. Delante de él, dice, todo el mundo calla admirado. *Siluit terra in conspectu ejus* (2).

Yo me valgo de la misma imagen para

(1) Dicho Principe Colonna, Nuncio del Papa.

(2) I. Máchab. 3.

delinear el retrato de Tomas de Aquino. Me parece que la tierra permanece silenciosa para recibir la doctrina que él enseña.

El retiro y la soledad calla para recibirla, como que está sacada de las fuentes mas puras.

Las escuelas callan para recibir una doctrina que se distingue con las señales mas maravillosas.

El mundo calla para recibir una doctrina consagrada por el uso mas santo.

Y, en fin, calla la Iglesia para recibir una doctrina descubierta y entresacada de las obras mas útiles. *Siluit terra in conspectu ejus*.

I. Se presentó un hombre en la Iglesia con la piedad de un solitario, el zelo de un apóstol, la sabiduría de un patriarca y la luz de un Taumaturgo. Instruyó á los justos, reprehendió á los pecadores, confundió á los hereges, extirpó la impiedad y admiró al Universo. Su espíritu permanece despues de su muerte sobre la tierra; y esta ve con edificacion que se reproduce el maestro en sus discípulos, y se representa el orden de Santo Domingo en Domingo mismo. Este orden célebre, aunque todavía en sus principios, se distinguia con unos hombres que eran el azote del vicio, el apoyo de la Iglesia, y el modelo de todas las virtudes: tal fué un Juan Teutónico, el mas humilde de los Religiosos y el mas sabio de los superiores: un Pedro de Verona, terror de la heregía y mártir de la verdad; y un Jacinto, orá-

eulo del Christianismo en Europa; y vencedor del Mahometismo en Asia.

A esta tierra de bendicion es á la que la Providencia conduxo á *Tomas de Aquino*. El monte Casino fué para él lo que en otro tiempo para Samuel el tabernáculo de Silo, sirviéndole de preparacion al ministerio mas santo. Desde luego empezaron á brotar en el órden de Santo Domingo los primeros frutos de su doctrina, la que, como he dicho, tomó de las fuentes mas puras.

En la carrera de las ciencias se adelantó como un gigante; pero en su rápido curso le guiaba la sabiduria, iluminaba la gracia y detenía la fe.

En sus escritos hará ver, que la oracion es la llave de la erudicion: que la ciencia debe, al modo que la luz, descender del cielo sobre la tierra: que la santidad de las acciones deben preceder á la instruccion de la doctrina: *Præus vita quam doctrina* (1). Quantas leyes prescribe en sus obras, las ratificará desde luego con sus exemplos. Prostrado delante de tus altares, ó Dios mio, advierto, que si él tiene el mérito de consagrarnos su corazon, te dignas tú tambien de iluminar su entendimiento. San Pablo adquirió sus conocimientos en el tercer cielo; San Juan en el seno del Salvador; San Agustin en las sagradas Escrituras; pero *Tomas de Aquino* en las llagas de Jesu-Christo, á los pies

(1) Thom. Lect. in c. 5. Matth.

pies de la cruz y en el fervor de la contemplacion.

Con esta aprendió á conocer á Dios, al mundo y á si mismo. A Dios para adorarle: al mundo para menospreciarle; y á si mismo para sacrificarse.

¿Qué era lo que Dios queria exigir de los hombres encargados de su educacion? Orad, reflexionad, jóven Moysés, y se presentarán muy en breve á la luz de vuestra fe todas las perfecciones del Sér supremo: aquellas perfecciones que describiréis con tanta fuerza y elegancia.

¿Qué es lo que el mundo os decia á vista de las turbaciones que dividian al sacerdocio y al império? Orad y reflexionad, y verá vuestra razon muy en breve, que no es otra cosa el mundo que un teatro sangriento de las humanas palabras. Atacado Gregorio hasta sobre el mismo trono de la Iglesia: Federico II. siempre desgraciado á pesar de su poder y de sus victorias: los príncipes christianos tan pronto unidos por la politica como divididos por el interés: las armas triunfantes y despues vencidas; y, en fin, estas revoluciones tan grandes os harán conocer la consecuencia que tan sólidamente establecéis en vuestras obras; esto es, que el mundo no es acreedor á mantener un corazon christiano.

Pero ¡ay de mí! ¿quién soy yo, deciais en lo interior de vuestra conciencia al acordaros que la sangre de los Príncipes de la Lombardia era la que corria por vuestras venas,

nas, y que vuestra casa estaba unida con todas las coronas de la Europa? Orad y reflexionad, y os convenceréis de que no es otra cosa un gran hombre que una grande vanidad; y que la sangre mas augusta é ilustrada está contagiada con la lepra del pecado. Orad y reflexionad, y quando aquellos hombres carnales y malvados vengán á penetrar los designios de la Providencia para con vosotros, tendréis poderosas armas para inutilizar sus esfuerzos. No será capaz de seduciros una tierna madre: la resistiréis. Unos hermanos jactanciosos y faciles de prometerse lo que intentan, no podran deteneros vuestra intencion: les confundiréis y haréis ver lo contrario de lo que pretenden. No será posible de que os arrastren ácia sus ideas unas hermanas insinuantes y persuasivas: las persuadiréis y convenceréis. Perderéis la libertad sin que decaiga el ánimo y el valor; y despues de haber sido la víctima de una tiranía doméstica, os sacará vencedor de todos los combates el mártir de la vocacion; porque el Dios á quien habeis invocado no os abandonará, y porque sabrá daros aquella voz eficaz que derriba los cedros, consume las llamas, documenta los espíritus y une las voluntades. Los respetos de la sangre y de la carne son muy débiles quando se les oponen con tanta firmeza como ingenio los poderosos motivos de la Religion.

Más ¿si pensaréis que no juntó *Tomas de Aquino* al exercicio de la contemplacion el del estudio? Sí, hermanos míos. Bien pronto

se

se les oirá decir á sus discípulos, que el estudio de la Religion es el mas interesante y ventajoso, sirviéndoles de prueba su propia experiencia. Poseer quanto conviene para demostrar la divinidad del Christianismo, y seguir el sentido genuino de la sagrada Escritura, será su primero y único cuidado. Sin duda el espíritu mismo con que se produce acerca de ésta, le presta su inteligencia. ¡Quántas riquezas descubre! ¡O divina Religion! Quando emplee aquel caudal en defender vuestros derechos, nadie se admirará de ver que se apropia el espíritu de David, de Jeremías, de Ezequiel, de San Pablo y de San Juan; y casi se llegará á dudar, si se debe poner al profundo comentador al lado de sus inimitables modelos.

¡Qué claridad se advierte en una doctrina sacada de fuentes tan puras, y explicada por boca de un hombre que acaba de sacrificar todas quantas ventajas le prometia en el mundo su nacimiento, por el deseo de santificarse en el retiro!

Apénas se vió en él á *Tomas de Aquino*, quando ya puso la orden de Santo Domingo en su persona sus mas bien fundadas esperanzas. Su erudicion inspiraba el respeto. Aun sus superiores permanecian en el silencio para admirarle, sus maestros para escucharle y sus hermanos para imitarle.

Citósele ante Inocencio IV. para que hiciese ver la fuerza y validacion de lo que se le habia contradicho. Aquellos mismos contra quienes habia sido, no se atrevían á ex-

pli-

plícarse en su presencia sobre los motivos y la causa que habia tenido para ello; persuadidos al mismo tiempo de tal modo, que para apoyar su sentir, unir sus intereses y triunfar de todos, no tuvo *Tomas de Aquino* necesidad mas que de sí mismo. Delante de él todos callaban para recibir sus determinaciones, al modo que en otro tiempo escuchaban Faraon y Nabucodonosor, con el mas profundo silencio, las sabias expresiones de Josef y de Daniel:: ¿Y qué sucede quando desde el retiro pasa á las escuelas? Callan estas para recibir una doctrina, la qual se las dió á conocer por las señales mas prodigiosas. *Siluit terra in conspectu ejus.*

II. Las escuelas mas famosas por las ciencias, no son siempre las mas favorables para la celebridad de los sabios. Los mejores talentos encuentran en ellas enemigos porque hallan concurrentes. El ingenio siempre es respetable, mas no siempre respetado. Así le sucedió á *Tomas de Aquino*. No haremos mencion de él mientras estuvo en la universidad de Nápolés; porque sus primeros ensayos, no manifestaban otra cosa que unas buenas esperanzas, como que delante de él dexaban de hablar por oírle los árbitros de la eloqüencia y los oráculos de la filosofía. Los grandes ingenios se hicieron para grandes empresas.

La obediencia llevó á París á *Tomas de Aquino*. Bien sabia esta corte, que las primeras lecciones que tuvo en Colonia habian sido la primera época de su gloriosa fama. Por
nues-

nuestro héroe derogaban los maestros de Israel las sabias leyes que se habian impuesto; y olvidándose de su juventud, no hacian caso mas que del mérito, encargándole que las enseñase en una edad en que los demas hombres se ven precisados aun á aprender. El modo de animar á los talentos es el de concederles privilegios. Empieza *Tomas de Aquino* su enseñanza pública, y con ella el imperioso ascenso de su erudición. Se puede decir, que hizo renacer á la filosofía, dió una nueva forma á la teología y un nuevo ser á todas las ciencias. Por esta razon concurrían de todas las partes de Europa para oírle en clase de discípulos. Quando hablaba todos enmudecian, y hasta en el tribunal le concedian los jueces el derecho de pronunciar sobre los asuntos mas delicados que se ventilaban.

Por entónces se hallaban divididas las opiniones acerca de los accidentes Eucarísticos. Disputa abstracta por cierto. Aumentábanse las dificultades á vista de las muchas y poderosas razones con que procuraba cada partido hacer ver la probabilidad de sus sentimientos. Confiase á *Tomas de Aquino* la honrosa y delicada empresa de fixar la creencia universal. Escribe y juzga, e inmediatamente se destruyen los falsos sistemas. Desde aquel tiempo se recibieron ya sus decisiones en las escuelas con la misma veneracion que lo habian de ser en los concilios.

En las aulas de Bolonia y de Roma, del mismo modo que en las de Paris y Colonia,

se velan respetar unánimemente con su doctrina las lecciones de la sabiduría y de la verdad. ¡Qué doctrina! ¡Quién será capaz de bosquejar los singulares caracteres que la distinguen!

La estabilidad de los principios y la claridad en los razonamientos, y la utilidad en las consecuencias, son los únicos distintivos con que reconoce *Tomas de Aquino* á los Padres de la Iglesia y su doctrina. La misma señal advierte en la de este santo Doctor. Doctrina de *Tomas de Aquino*, doctrina invariable en sus principios, que contiene por todas partes la misma moral: *Stabilitas*. Doctrina luminosa en sus razonamientos, como que no dexa ninguna duda ni dificultad: *Claritas*. Doctrina útil, como que añade el mérito de una inmensa erudicion al privilegio de un uso universal: *Utilitas* (1); y doctrina, en fin, tan sublime como sólida. ¡Qué tanta elevacion y profundidad se advierte en ella quando explica por una parte la creacion de los espíritus celestiales, su naturaleza, sus propiedades y sus operaciones (2); y por otra la grandeza y la miseria del hombre, sus crímenes y recursos (3).

No hay que hacer: la doctrina de *Tomas de Aquino* es una doctrina con la que se descubren y sostienen las verdades por una combinada encadenacion de principios y de con-

(1) Thom. in c. 5. Matth.

(2) Thom. de Angel.

(3) Thom. Summ. Part. prim. q. 1. art. 1.

señuencias capaces de convencer á los mas incredulos. Allí se encuentran, como dice Sixto de Siena, reunidas á porfia la brevedad y la abundancia; la sutileza de las ideas, y la exáctitud de las decisiones. En los escritos de *Tomas de Aquino* se hacen susceptibles de union las questões que hasta entónces no se habian tratado por su gran dificultad. Formaban un conjunto de verdades otro tanto mas admirables, en quanto en el décimo-tercio siglo se ignoraban generalmente con este espíritu de precision y de exáctitud. La doctrina de *Tomas de Aquino* es una doctrina en donde brilla la verdad sin alguna mezcla de error. Sus principios son ciertos, y sus sentimientos ortodoxos; y así como jamas no han sido tachados sus escritos, así tambien no ha sido nunca manchada su reputacion. La doctrina de *Tomas de Aquino*, es una doctrina que reúne en sí toda especie de mérito: en ella parece que pasa los límites de la humana inteligencia, y se escapa del contagio de la ignorancia que es comun entre los hombres. Su ingenio se adapta á toda clase de erudicion.

La doctrina de *Tomas de Aquino* es una doctrina conocida por las mas singulares señales: quando ella se presenta en las escuelas, permanecen estas en silencio para recibirla; y quando aparece en el mundo, calla este igualmente para recibir una doctrina consagrada por el mas santo uso: *Siluit terra in conspectu ejus.*

III. Yo no sé por que fatal desgracia son

son en algunas ocasiones los grandes talentos tan perjudiciales á la sociedad como á la Religión. Esto consiste en que muchas veces se atreve la erudición con asuntos que la deshonran en el teatro del mundo. Se parecen los talentos á aquellos conquistadores, cuyas victorias son causa de la felicidad ó desgracia de los imperios. Quando se abusa de ellas con un modo irreprehensible, sirven de otras tantas desgracias; pero se las puede mirar como unos verdaderos beneficios, quando se consagran por medio de un uso tan santo siempre como útil.

Como se estableció en el mundo por medio de este laudable uso el precioso talento y reputacion de *Tomas de Aquino*, no tuvo inconveniente en callar para recibir con una respetuosa atención las verdades que le anunciaban. Habla, ó inmediatamente cesan los escándalos, y se derriban los ídolos del corazón. Paris mismo ve, que á sus antiguos desórdenes se siguen unas nuevas costumbres. Habla, y como apóstol vencedor hasta con su misma familia, inspira á su madre el espíritu de penitencia: el zelo de la Religión á sus hermanos: el amor á bretirlo á una de sus hermanas, y á la otra un deseo eficaz de vivir en el mundo sin mezclarse con sus vicios. Habla, y á los milagros que acontecen en el orden de la salvacion, suceden igualmente otros en el orden de la naturaleza. En la capital del mundo christiano recibe una nueva hemorróisa el especial favor de la salud y de la conversion. ¡ Ah! ¡ Qué

tas se deberían obrar por medio de los discursos extrahidos del Evangelio y apoyados con el exemplo! El apóstol que practica con fidelidad lo que enseña con su eloquencia, no dexa al vicio confundido otro recurso que el silencio, la deshonra ó el arrepentimiento.

Del mismo modo que *Tomas de Aquino* emplea sus talentos en la reforma de las costumbres les consagra en el engrandecimiento del culto. Ya hacia mucho tiempo que el zelo y la piedad solicitaban en la corte Romana el establecimiento de una solemne fiesta para honrar el adorable cuerpo de Jesu-Christo en la Eucaristía. Yo no sé por que motivo se habia suspendido hasta entonces su execucion. Emplea *Tomas de Aquino* su crédito y eloquencia en persuadir las ventajas y la necesidad de esta institucion, y lo consigue. Mándale Urbano IV. que componga el oficio que ha de cantar la Iglesia en el dia de la solemnidad que solicita. Escribe, se acaba la obra y se instituye la fiesta. ¡ Acabóse la obra! Obra incomparable, en donde dicta la piedad, los pensamientos, inventa el reconocimiento las expresiones, y, en fin, en donde parece que el divino amor se pinta á sí mismo (1). ¡ O David! ¿ No te persuades al oír el language de *Tomas de Aquino* que es el tuyo mismo? Jamas se vieron mas bien conciliadas la precision del dogma con la doctrina de las cos-

Tom. I.
(1) Opusc. 57.

K
tum-

tumbres, ni las riquezas del ingenio con las efusiones del sentimiento.

Más sin embargo de todo esto, importaría muy poco el que *Tomas de Aquino* hubiese concurrido por su parte al embellecimiento del culto, si no hubiera acudido igualmente á la ruina de la supersticion. Acababa un autor anónimo de componer y esparcir un miserable y perjudicialísimo libro con el título del *Evangélio eterno*. Su distintivo era un tejido de máximas escandalosas y de horrores palpables. Una comparacion indecente entre Jesu-Christo y un Entusiasta (1), y una chímérica perfeccion levantada sobre la ruina del espíritu Evangélico era el sistema ó la locura de aquel miserable escritor, tan digno de menosprecio, como sus escritos de censura. A vista de esto, toma *Tomas de Aquino* por su cuenta al autor y á la obra. Con mejor suceso del que todos se prometian forma una ruina destructora, que, por medio del espíritu de la sabiduría, derriba al de la supersticion, y venga con una superioridad de razon, de luces y de autoridad á Jesu-Christo, á los apóstoles y al Evangélio. Todo el Universo recibió sus decisiones como otras tantas leyes que motivaron los anatémas del concilio de Arlés.

Con la fama de este suceso, llegó el nombre de *Tomas de Aquino* á la corte de San Luis. Los sabios muchas veces, aunque respetados en el santuario de las ciencias, están

(1) El Abad Joachin.

tán como desconocidos en la corte de los reyes; pero en tiempo de San Luis era muy diferente; porque los talentos y las virtudes acogidas á la sombra del trono estaban como sobre el trono mismo. ¿Y qué uso os parece que hará *Tomas de Aquino*, tanto de su ciencia, como del singular aprecio que le muestra el monarca? El aprovecharse de todo esto para imprimir hasta en el corazon del príncipe instrucciones saludables, sabios consejos y libertad evangélica. Puesto á la mesa del santo rey, siempre se le veía humilde y recogido; pero ¡ah! ¿Qué es lo que yo digo? ¿Acaso no parece olvidarse del honor que recibe y ocuparse enteramente con los objetos que pueden ser interesantes á la Religión? *Conclusum est contra Manichæos* (1). Aquel discurso contra los Manichæos, es invencible, como decia él con una enagenacion tan grande de sus potencias, que aun no advirtió que el monarca lo percibía, pero que desde luego notó en su semblante el placer que le causaba y el gusto con que le perdonaba el éxtasis á que el zelo le habia arrebatado. ¡Perdonarle! Sí; yo me valgo de una expresion que San Luis nos da á entender desde lo mas alto del cielo. Si señores: Luis aplaudió la dichosa inadvertencia de *Tomas de Aquino*. Por lo mismo mandó, que para que aquellas expresiones y argumentos no se borrasen de la memoria, se escribiesen

K 2

(1) Vida de Santo Tomas de Aquino por el Padre Touron.

sen en los fastos de su império: queriendo que adviertan en todos tiempos, que así como supo un rey respetar la Religion, sabe tambien respetar las ocupaciones de los que la defienden.

Así, pues, calla el Mundo para recibir una doctrina consagrada por el uso mas santo: digo el Mundo, aunque mas bien debiera decir toda la Iglesia. Esta calla para recibir una doctrina descubierta en las obras mas útiles: *Siluit terra in conspectu ejus.*

IV. *Lo que he aprendido sin artificio lo comunicaré sin empacho alguno*, decia el mas sabio de los reyes (1). La sabiduría es un tesoro infinito para todos los hombres. En ella se manifiesta un espíritu de inteligencia, santo en sus operaciones, único en sus conocimientos, multiplicado en sus efectos, un espíritu que encierra en sí todos, todos los espíritus.

¿Son, hermanos míos, de Salomon las palabras que acabais de oír? ó por mejor decir, ¿he indicado yo baxo este emblema la verdad y utilidad de las obras con que *Tomas de Aquino* enriqueció á la Iglesia? Obras en las quales manifiesta el conocido modo de sentir de los Padres que le precedieron, y con la que se abre una nueva y singular carrera por donde estos no anduvieron jamas. De aquel inagotable tesoro salen nuevas y antiguas riquezas: *Profert de Thesauvo suo nova, & vetera* (2).

Ri-

(1) Sap. cap. 7. v. 13.

(2) Matth. 13. 52.

Riquezas antiguas: *Profert vetera.* ¿Lo quereis ver apologista de la Religion con Tertuliano y San Agustín? Pues leed, meditad y profundizad en su Suma contra los gentiles. Allí vereis como la autoridad de la sagrada Escritura, las luces de la razon y los sentimientos mismos de los filósofos, conducen todos á las criaturas por medio de un unánime, aunque diferente testimonio al conocimiento del Criador. En ellas se encuentra establecida inviolablemente su existencia, sólidamente defendida su unidad, y su providencia sabiamente justificada (1).

Si pedís que siguiendo á San Atanasio y á San Hilario demuestre la divinidad de Jesu-Christo, estended la vista con atencion sobre la tercera parte de la misma obra. En ella descubre *Tomas de Aquino*, con aquella solidez que únicamente es propia de él, las promesas de los profetas, y el cumplimiento de las profecías: la necesidad que tenia el Mundo de un libertador, y las señales de este justificadas en Jesu-Christo. La santidad de sus exemplos, el poder de su doctrina, la autenticidad de sus milagros, la eficacia de sus méritos, la utilidad de sus Sacramentos y la gloria de su sacerdocio: en ella se presenta la eternidad de su reyno para humillar á la razon, consolidar la fe y mostrar á todos los mortales en el Hombre-Dios un modelo, un padre, un maestro, una víctima

R 3

(1) *Summ. Theolog. advers. Gent. prim. part.*

ma y un remunerador digno de ser amado y adorado (1).

Es con San Juan Chrisóstomo un orador consumado. A imitación de San Gerónimo interpreta las sagradas Escrituras, y testifica sus comentarios con los Evangelios (2): comentarios que encierran en sí todo quanto dicen de sublime y edificativo los intérpretes de la Iglesia Griega y Latina (3). Explica la fe de los misterios al modo que lo hizo San Leon, executándolo con el de la Encarnacion con una sublimidad sin igual: el de la Trinidad (4) con una claridad sin comparacion: el de la Redencion contra los gentiles: el de la Resurreccion contra los judíos; y, en fin, todos los misterios contra todos los incrédulos. Como Teólogo ¿quáles son las verdades de la fe que, á imitacion de San Gregorio Nacianceno, se le escapan á sus sabias discusiones? Moralista como San Ambrosio y San Gregorio el Magno, junta en su *Secunda secundæ* (5) quantos puede consultar la conciencia, y quantos puntos puede haber para determinar las acciones. Esta es la fuente de donde sacan todas las escuelas sus sentimientos, sus luces todos los Doctores, y todos los Casuistas sus decisiones. Es, digámoslo así, el Christianismo práctico interpretado con todas sus leyes.

(1) *Summ. 3. part.*

(2) *Comment. in. Evang.*

(3) *Catena aurea.*

(4) *De Trinit.*

(5) *Summ. Theolog.*

Pero ¡quántas son las nuevas riquezas que junta á las antiguas por medio de su ingenio fecundo! *Profert nova*. Antes de él, no era otra cosa la Lógica que una obscuridad de tinieblas, mas él la ilumina. Como único físico en su tiempo, en el que esta ciencia no era otra cosa que un caos, vaticina aquellos dias felices en los que por medio de unos sabios Académicos se debian indagar los secretos de la naturaleza, y con sus útiles descubrimientos, estender, si me es permitido hablar así, los límites del entendimiento humano (1).

Riquezas nuevas: *Profert nova*. Y ¿qué sucede quando la Iglesia Griega se valió de las expresiones que algunos de sus Padres emplearon para apoyar su cisma? Combida el soberano Pontifice á *Tomas de Aquino* para ver la certeza de aquellas expresiones que se habian supuesto: examina este, decide y demuestra sin contradiccion alguna, que los Atanasios, los Basilio, los Chrisóstomos y los Gregorios Naciancenos jamas habian producido los sentimientos erróneos que se atrevieron á imputarles la ignorancia ó la malicia (2).

Riquezas nuevas. *Profert nova*. Yo coloco en este lugar las respuestas de Santo Tomas (3) á todo género de personas, y sobre toda clase de cuestiones. Aquella obra en

(1) *Comment. in Arist.*

(2) *Opusc. 1. contr. error. Græc.*

(3) *Opusc. 281. 50. 27.*

donde fixa la creacion del Mundo y profundiza el sistema de su pretendida eternidad: sus admirables comentarios sobre el Maestro de las Sentencias (1), obra que se mira como un prodigio, y que no tiene exemplo hasta ahora en el mundo teológico. La explicacion é inteligencia del profeta Isaías (2), detuvo é intimidó en otro tiempo la pluma de San Agustin; pero *Santo Tomas* desempeñó este asunto con tan inimitable facilidad, que admiró á todos los de aquel tiempo. En ella reyna una sublimidad tan milagrosa, que hasta el mismo Isaías la confesaria por tal. El es, dice San Antonino, el primero que comentó el literal sentido de aquel libro de Job, cuyo sentido moral y espiritual habia manifestado y desentrañado San Gregorio el Magno (3). Antes de *Santo Tomas* habia tenido el rey Profeta comentadores ingeniosos y profundos; pero les excede nuestro santo en la explicacion de los Psalmos (4). Tanto al leer su obra como á David, parece que este libro es mas bien un Evangelio que una profecía: *Evangelium non prophetia*.

No es *Tomas de Aquino* el primero que en la carrera de la teología se distinguió con obras útiles y aplaudidas: pero sí lo es en haber formado y executado el proyecto de juntar en una misma obra un cuerpo de doctrina, que, por la encadenacion de los prin-

(1) *Comment. in Magistr. Sentent.*

(2) *Comment. in Isai. Propb.*

(3) *Comment. libr. Job.*

(4) *Explic. in Psalm.*

cipios, por el órden de las materias y por la conexion de las pruebas, presenta el quadro de la Religion católica y christiana; combate todas las supersticiones paganas, destruye todos los sistemas de la impiedad, desmenuza todos los sofismas del error (1): Infinitos escritos de este género se han presentado por el espacio de casi cinco siglos á esta parte, y ninguno ha podido igualar á la obra que compuso *Tomas de Aquino*. Este formó varios discípulos, y no temia ningun vencedor, ni á ningun rival.

¡Quánto celebraría yo, hermanos míos, poder llevar vuestra consideracion al tiempo en que vivió *Tomas de Aquino*, y hacer que fueseis testigos de la impresion tan viva que causaron en todos los ánimos aquellas infinitas obras de las que solo he nombrado una pequeña parte! Lo mismo fué presentarse al público que toda la Iglesia, con un admirable silencio, estimuló á todo el Universo á que las meditase, las profundizase y las hiciese tan preciosas por su uso, como lo son por su mérito. Se presentan al público, y los religiosos las leen para instruirse, los párrocos para guiarse, los obispos para conciliarse, y los soberanos Pontífices para decidir y determinar. Se presentan al público, y la prueba decisiva del respeto con que han sido recibidas, es la de que la Iglesia parece que no escucha otra voz que la de *Tomas de Aquino* para anunciar las verdades de la Religion, apo-

(1) *Summ. Theolog.*

apoyar sus dogmas, defender sus misterios, confundir á sus enemigos y corresponder á su divinidad. *Tomas de Aquino*, pues, es al mismo tiempo que el Angel del retiro, el Angel de las Escuelas, el Angel del Mundo, y el Angel de la Iglesia. En el retiro edifica, en las escuelas enseña, en el Mundo profetiza, en la Iglesia decide, y por todas partes se estudian sus exemplos con una atencion igual y cuidadosa; se escuchan sus lecciones, se veneran sus oráculos y se accede á sus pareceres. Pero si todo el Mundo calla para recibir la doctrina de *Tomas de Aquino*, tambien habla para aplaudirla y ensalzarla.

SEGUNDA PARTE.

Si en un mismo hombre se junta el resplandor de las virtudes al del ingenio, no puede ménos, despues de haberse atraído la atencion universal, de que todas las voluntades se unan siempre á él. El Mundo entero se está callando para recibir la doctrina de *Tomas de Aquino*, y esto consiste en la admiracion y respeto que le causá: todo el Mundo habla para aplaudir y ensalzar esta misma doctrina, lo que es efecto de la reflexion y del reconocimiento: *Laudis ejus plena est terra* (1).

Habla el retiro y la soledad para anunciar el mérito de una doctrina tan modesta, que no admite ser elogiada.

Ha-

(1) Habac. 3. 3.

Hablan las Escuelas para establecer y afirmar la reputacion de una doctrina preciosa, que da honor á sus estudios.

Habla el Mundo para asegurar el feliz suceso de una sólida doctrina, que le instruye y hace ver sus obligaciones.

Habla la Iglesia para consagrar la autoridad de una doctrina inmortal, que la hace triunfar de todos sus enemigos.

Un ingenio como el de *Tomas de Aquino*, jamas pretende la admiracion ni los elogios.

I. Los talentos buscan la ocasion de producirse quando tienen la ambicion por objeto, y se deleytan con el desvio de los elogios y de las atenciones humanas quando el desinterés es su única regla.

Perdonad que os diga, hermanos míos, que desde aquellos primeros dias en que *Tomas de Aquino* se entregó al silencio del retiro, parece tan ingenioso, que no dexa escapar el mas leve indicio de aquella erudicion profana que proporciona á la Religion tantos recursos. Esta es una luz que se oculta baxo el medio celemin. Se puede decir, que prohibió á sus labios faltasen al secreto de su corazon, y mandó á su inteligencia que se contuviese dentro de los límites que eran mas bien propios de ella que de la ignorancia agena.

¿Y vosotros, ó rivales suyos en la carrera de las ciencias, vosotros pensais triunfar de la lentitud de sus progresos, y formais sospechas injuriosas contra sus alcances? ¡Ah! ¡vuestra ilusion y engaño lisongea de-

li-

licadamente á su modestia! ¡El os dexaría siempre en vuestro error si pudiese! Aunque no experimente de vosotros mas que la censura y la irrisión, no haya miedo de que pretenda exigiros alabanzas ni consentimientos. El es un juez mas iluminado é inteligente que vosotros, y penetra esas tramas de la envidia.

Alberto el Grande, aquel ingenio sólido, brillante, universal, temible á la herégia, útil para la verdad, querido de los reyes, honrado de los soberanos Pontífices, consultado de los concilios, colmado de gloria, y siempre excediéndose á ella misma por sus virtudes; Alberto el Grande, pone sobre *Tomas de Aquino* aquella vista discernitiva, hecha á conocer y penetrar el ingenio en medio de las obscuras sombras que se le ocultan á la advertencia de los demas. Este discípulo, exclamaba él, sin embargo de la incapacidad que injustamente se le atribuye, es un maestro consumado que hará bien pronto resonar sus doctas lecciones en todo el Universo. *Talem dabit in doctrinâ mugitum, quod in toto mundo sonabit* (1). La prediccion se cumplió. Aquellos talentos que se ocultaban entre las tinieblas de la humildad, se manifestaron á la voz de la obediencia. El reconocido mérito de *Tomas de Aquino* se extendió por quantas partes habia discípulos de santo Domingo. Ya se le tenia como á otro Eliseo para reemplazar á un nuevo Elías.

Pe-

(1) Bolland. p. 682. n. 13.

Pero miéntras pasaba la gloria de *Tomas de Aquino* de region á region, se mantenía insensible á su reputacion, desdefiando la gustosa complacencia que los sucesos de sus felices talentos le proporcionaban. Por una parte se habia condenado á los ejercicios mas humildes; por otra impuesto la obligacion de obedecer el indiscreto mandato de un hombre que no tenia derecho alguno para imponerle ningun precepto. ¡Ay hermanos míos! ¡Y quán respetable es la erudicion quando produce semejantes sentimientos! Los talentos ensalzados por la modestia deben tener otros tantos panegiristas quantos son los hombres.

En efecto: no penseis que los panegiristas de *Tomas de Aquino* se limitan precisamente al órden de santo Domingo. No, no por cierto: sus talentos son alabados: con igual empeño y honor que por esta, por los discípulos de Berito que le buscan; por los de Bernardo, que le consultan; por los de Norberto que le preconizan; y por los de Francisco de Asís que fueron testigos y rivales de sus sucesos::: Desde la soledad de todos estos diferentes retiros, salen mil testimonios gloriosos que se reunen para conseguir de los soberanos Pontífices el que colouen á *Tomas de Aquino* en las mas eminentes dignidades de la Iglesia. Urbano IV. intentó condecorarle con la púrpura Romana. Clemente IV. quiso honrarle con la silla de Nápoles. Pero ¡ah cabezas visibles de la Iglesia! Vosotros no consultais mas que los in-

te-

tereses de la Religion, y no haceis cuenta de la humildad y del desinterés de *Tomas de Aquino*. Reusa con generosidad la oferta de Urbano IV., y esto mismo hace que aquel Papa se declare por su amigo y protector. Se opone á los designios de Clemente IV. con tan respetuosa firmeza, que no habia visto aquel Pontífice otra igual sino en San Buenaventura.

Buenaventura digo, que fué el apoyo de su orden por la prudencia, su propagador por el zelo, su honor por la ciencia, su defensa por los escritos y su modelo por la santidad: de corazon tan perfecto, como superior ingenio: serafin por su favor, apóstol por sus trabajos, mártir por su penitencia; y, en fin, el primero de su orden por su mérito y el último por su humildad:: En otro tiempo no impidió la rivalidad de los talentos la tierna amistad de San Basilio y de San Gregorio Nacianceno; ni tampoco impidió despues la union y confianza de *Tomas de Aquino* y de Buenaventura. Aquel advierte en algun modo el precioso oráculo que era San Buenaventura entre los mas famosos Santos Doctores de la Iglesia; y éste se declara por el mas sincero admirador de *Tomas de Aquino*, y por su mas eloquente panegirista. Parece que con cederle sus derechos le aclamaba por su vencedor:: Los santos solo entienden de honrar al mérito y no enviadirle::

El zelo de todas las Ordenes Religiosas por la doctrina de *Tomas de Aquino* en el dé-

cimo tercio siglo, era una infalible señal del respeto que conservarían en todos tiempos por esta misma doctrina, tanto las antiguas Ordenes, como las nuevas Congregaciones. Yo no haré cuenta entre los zelosos defensores de las obras de *Tomas de Aquino* de los Antoninos, de los Vicentes Ferreres, de los Cayetanos, ni de todos los discipulos de Santo Domingo. Estos es natural que se interesen por la gloria de los héroes, baxo de cuyas banderas militan. Lo que me admira es, que entre las Ordenes Religiosas no haya una que dexé de seguir y sostener la doctrina de *Tomas de Aquino*. Ella encontró entre los discipulos de Pedro Nolasco (1) un santo apoloquista, qual fué Pedro Paschal, y por su sabio comentador al célebre Zumel. Aquellos hombres á quienes guiaban en la teología mística los exemplos y las lecciones de Santa Teresa (2), no conocieron en la escolástica otro maestro que *Santo Tomas*. Y á vosotras, brillantes Congregaciones (3), que baxo el amparo de San Agustín y de Santa Genoveva edificais á la Francia y á toda la Iglesia, os anima el mismo espíritu:: En el mismo lugar podriamos colocar á los discipulos de Francisco de Paula (4), de Felipe Benicio (5); y con especialidad á esta sabia Con-

(1) La Merced.

(2) Los Carmelitas Descalzos.

(3) Los Can. Reg. de la Cong. de Francia.

(4) Los Minimós.

(5) Los Servitas.

Congregacion (1), quien por sus inmensas obras ha dado á conocer el nombre de San Mauro hasta en los climas en donde tal vez el de San Benito aún es desconocido. ¿Y quién ignorará el sabio precepto que en sus principios impuso San Ignacio á la Compañía, de enseñar constantemente la doctrina de *Santo Tomás*? Por dos ocasiones encargaron los generales de esta educanda Compañía el cumplimiento de la orden que les prescribió su santo fundador (2) á vista de los rápidos progresos que hacia en todas quantas regiones bañia el Sol con su luz.

¿Y qué veneracion no han manifestado á la doctrina de *Santo Tomás* Felipe de Neri, Carlos Borromeo, Francisco de Sales, Pico de la Mirándula, Basarion, Baronio, Belarmino, Aguirre, Pallavicini, Bossuet, Henrique VIII. antes de su apostasia, y Erasmo, que, aunque siempre ansioso de alabanzas, quando se trataba de *Santo Tomás*, se deleytaba en prodigarlas?

No es ya desde el centro del retiro desde donde salen tantos favores y alabanzas. Las escuelas mas florecientes hablan con el fin de establecer la reputacion de una preciosa doctrina que honra sus estudios: *Laudis ejus plena est terra.*

II. ¡O nombres inmortales los que dan á *Tomas de Aquino* de comun acuerdo todas las es-

(1) La Congregacion de San Mauro.

(2) Vida de San Ignacio por Bouhours, Claudio Acuña, Mucio Vitelleschi.

escuelas! ¡Ah, y qué eloqüentemente anuncian su mérito! A vista de la primera luz que despide su doctrina, como que parece que todas se apresuran á porfia para llamarle el *Angel de las Escuelas*, el *Doctor Angélico* y el *Aguila de la teología*; siendo tan breve en estos distintos nombres la expresion del reconocimiento, como el homenaje de la sumision; pero siempre la prueba del respeto.

Si, la expresion del reconocimiento digo: Por que ¿quién ignorará la mezcla de partidos que ácia la mitad del décimo tercio siglo tenia dividida en bandos en la Universidad de París á la Clerencia secular y regular? En vano interpusieron su autoridad los soberanos Pontífices, y en vano salían del trono mismo oráculos de paz: levantáronse muchas nubes, soplaron los vientos á aquella recia tempestad, y empezó á despedir rayos de sí. ¡O santo Dios! Tú eres un buen testigo de que *Tomas de Aquino* no pone desde luego otro remedio á tantos males, que el silencio, la humildad y la oracion para sosegar los clamores y las imputaciones de sus adversarios: Su alma tranquila era la mejor y mas fuerte apologia de su conducta y de su profesion, quando de repente se declaró un formidable enemigo; qual lo era Guillermo de San Amor, cuyo nombre bastaba solamente para acreditar sus desvarios. Sus talentos eran bien conocidos, pero aun mucho mas sus preocupaciones. Aquel preocupado sabio, pues, hizo extender sus *Peligros de los últimos tiempos*: obra en la qual

se emplean los mas feos colores para pintar á algunos hombres célebres, y usurparles los respetos públicos, que él no se hacia digno de sobrellevar.

El aguantar una ofensa particular, dice *Santo Tomas*, es una de las obligaciones que tenemos. En este caso es la paciencia un mérito: *In propriis injuriis esse patientem, laudabile est*; pero quando en la injuria pública sufre la gloria de Dios, sería un delito el disimularla. Entónces la indiferencia vendría á ser una impiedad: *Injurias autem Dei dissimulare nimis opium est* (1). Apoyado en este sólido principio, se valió *Tomas* de aquella poderosa pluma tan á propósito para imponer silencio á la impostura, y borrar hasta el último quilate del escándalo. Por medio de poderosas razones, destruye los fútiles reparos de su agresor (2). Habla toda la Iglesia en favor de las órdenes injustamente atacadas, y todas ellas triunfan. Ninguno hay que pueda resistirse á las persuasivas armas de que se vale *Tomas de Aquino*: *Non erat qui resisteret ei*. Decae la fermentacion, únense los espíritus, y se solicitan los intereses. Un solo hombre fixa con su moderacion en la mas alterada Universidad una paz constante, y que el Sacerdocio y el imperio no habian podido conseguir por mas que lo habian intentado: *Fecit pacem super terram*. Y á vista de esto, ¿quién no se ha de ad-

(1) Thom. 2. 2. q. 108. art. 3. ad 1.

(2) Opusc. 19.

mirar, si en aquellas escuelas, que deben el pacifico uso de sus exercicios y funciones á *Tomas de Aquino*, no le honran con mil demostraciones de reconocimiento, y con otras luces y límites que con los mismos que tiene el Mundo? *Quoad usque nominatum est nomen gloriae ejus usque ad extremum terrae* (1).

A la voz general del reconocimiento con que se corresponde á la reputacion de *Tomas de Aquino*, se juntan los homenages que le tributa la sumision de infinitos discipulos. Infinitos, pues, son en número los que publican en todas las escuelas, que no hay doctrina como la de *Santo Tomas* para honrar á los estudios.

Yo hablo de aquella sobre la presciencia, ó anticipado conocimiento de las cosas de Dios, sobre la predestinacion de los santos y sobre la eficacia de la gracia. ¡Con cuánta superior inteligencia no entra, pues, á tratar de estos misteriosos abismos! La ciencia de Dios, dice, es su esencia misma. De sí mismo es de quien saca sus conocimientos: conocimientos infinitos, infalibles é invariables, porque él es Dios: ved ahí el principio de *Santo Tomas*: principio luminoso y triunfante, que le sirve como de llave para toda su doctrina. La ciencia de Dios es una ciencia infinita, infalible é invariable: luego no puede ser tomada ni sacada de las criaturas. Estas son limitadas, engañosas y que varían. La ciencia de Dios no puede ser

(1) 1. Mach. 14.

tomada ni sacada sino de la esencia de Dios mismo y de sus decretos: luego es menester reconocer decretos predeterminados y eficaces socorros por su misma naturaleza.

Yo, hermanos míos, expongo el sistema de *Santo Tomas* y de su escuela. Dios no quiere que como indiscreto censor me meta á hablar contra las opiniones opuestas á este sistema. Solo digo, que respeto lo que no está en mi mano el decidir.

La doctrina de *Santo Tomas* sobre la presciencia de Dios, es el fundamento de la que nos da sobre la predestinacion de los santos. La voluntad de Dios, exclama él, es la regla de su proceder. Dios, pues, es el primero que decide por sí mismo de la salvacion de los hombres (1). A su gratuito amor, y solamente á su bondad, deben los elegidos la eleccion que ha hecho de ellos ántes del nacimiento de todos los siglos. El hombre nada presenta á Dios que no sea suyo. El uso de la gracia es tambien un don de su misericordia: *Ipius usus gratiæ est à Deo*. Las virtudes practicadas con el socorro de la gracia, son del mismo modo que la gracia misma, los efectos y las consecuencias de la predestinacion. Luego esta no puede ser efecto de los méritos (2).

Pero ¿qué es lo que digo? Yo debo declarar con San Pablo, San Agustin y *Santo Tomas*: ¡O profundidad! Las llaves del abismo

(1) 1. p. q. 23. art. 5. ad 3.

(2) In cap. 9. ep. ad Rom. Lect. 3.

están entre las manos del Todo Poderoso. Bien pudiera decirse ¿quién podrá prometerse el comprenderlo? ¿Y quién percibir la maravillosa union de la gracia con la libertad? De esta union, que es tan difícil de tratar, da *Tomas de Aquino* la idea mas exácta. Yo abro sus sabios escritos, y veo en ellos, que todos los caminos de la gracia, desde el primer paso de la salvacion hasta que se consigue la gloria, son una fiel execucion de los decretos de la predestinacion. El consentimiento que da la voluntad á la inspiracion divina, es siempre el efecto de la gracia. La gracia, pues, es eficaz por sí misma y por su propia naturaleza. Todo se hace con la voluntad, y todo viene de la gracia. Por medio de esta operacion admirable no impide la eficacia de la gracia los derechos de la libertad; esto es, de aquella libertad de indiferencia, que hace al hombre dueño de sus acciones. Aunque de ningun modo se resista, siempre se puede resistir á la gracia eficaz. Esta convida, digámoslo así, agrada y atrae dulcemente aplicando la voluntad con eficacia, y haciéndola amar siempre con ardor todo el bien que hace practicar sin necesidad.

He aquí el sistema de *Santo Tomas*: sistema autorizado con el dictámen de la Iglesia, y acreditado con los aplausos de las escuelas católicas. Sí, todas las escuelas hablan para hacer ver la pureza de una doctrina que da honor á sus estudios.

Habla, y habla esta escuela de la Uni-

versidad de París, que es la madre de las demas, y se alaba con razon de haber con-
tado á *Santo Tomas* entre sus discipulos y
maestros. Hablan aquellas famosas Universi-
dades de Salamanca y Alcalá. Su célebre
reputacion á nadie la deben mas que al con-
stante cuidado que han tenido de formar sa-
bios instruidos por los principios de *Santo
Tomas*, con que les han enseñado. Hablan
aquellas memorables Universidades de Lo-
vaina, Douai, Bolonia, Nápoles, Padua y
Turin. Las unas tienen por su guia á *Tomas
de Aquino*, las otras por su protector, y to-
das por su modelo. Y vosotras desgraciadas
Universidades de Oxford y de Cambridge,
vosotras tan famosas en otros tiempos ¿quán
fieles fuisteis á la doctrina de *Santo Tomas*?
¡Ah! El mismo cisma que os hizo abjurar la
fe de la Iglesia, os hizo abjurar tambien
aquellos sentimientos de veneracion que ha-
biais confesado al Angel de vuestras escue-
las, y al astro que presidia é ilustraba vues-
tros estudios. Y tú decantada Universidad de
Tolosa, tú hablas en el dia tambien hacién-
dote digna de todos los elogios y poseyendo
la fe, las cenizas y el espíritu de *Santo To-
mas*. Santo Domingo fué en otro tiempo tu
apóstol por una singular gracia; pero *Santo
Tomas de Aquino* será en todos tiempos tu orá-
culo: Oráculo de las escuelas y del Mun-
do entero igualmente: *Laudis ejus plena est*

III. No siempre adquieren los sabios los
votos y alabanzas de todo el Mundo. Muchas

ve-

veces aplaude este con prodigalidad á los ta-
lentos agradables, quando apénas se digna
honrar á los útiles. Alaba con una especie
de entusiasmo al mérito que consigue agra-
darle, al paso que no lo hace sino con una
fria indiferencia con el mérito que se aplica
á instruirle. Tal vez puede ser que *Tomas de
Aquino* sea el único entre los Doctores de la
Iglesia, cuyas instrucciones hayan sido reci-
bidas y alabadas unánimemente de todo el
Mundo, asegurando de este modo para siem-
pre un feliz suceso.

Las instrucciones de *Tomas de Aquino* com-
prehenden á todos los estados, á todos los
hombres y á todos los tiempos. Se las repre-
senta baxo el emblema de un Sol que por
todas partes ilumina. Precioso simbolo por
cierto para caracterizar el mérito universal
de su doctrina: *Sol illuminans per omnia res-
pexit* (1). En las instrucciones de *Tomas de
Aquino* encontrarán los reyes y los monarcas
reglas ciertas para que reyne con ellos so-
bre el trono la Religion (2). Y vosotros, mi-
nistros del Señor, vosotros sacáis de ellas
aquella máxima invariable que debeis imitar
para conseguir el feliz suceso de vuestros
discursos. Por ellas es ¡ó Pontífices de la
Iglesia! por donde os hace ver, que sois res-
ponsables por vuestro ministerio á Dios y á
los hombres (3). Por ellas enseña á los sabios

L 4

el

(1) Eccli. 42. v. 16.

(2) De Regim. Princ. opusc. 17.

(3) 3. p. 9. 41. art. 1. ad 1.

el christiano uso de las ciencias, á los solitarios lo que exige de ellas la soledad, á las vírgenes á lo que están obligadas por su virginidad, y á los penitentes lo que les pide la penitencia (1). ¿Acaso habrá quien me pueda citar alguna de las obligaciones sobre la qual no haya dado la mas oportuna instrucción su ardiente zelo? Si se mira por lo que hace á Dios (2), se verá lo que dice sobre el amor, la adoracion y el temor. Si por lo que hace al próximo, la educacion, el exemplo y la limosna. Si por lo que mira á nosotros mismos, el huir del pecado, la necesidad del arrepentimiento y el cuidado de la salvacion. Y, en fin, si por lo que toca á la Iglesia (3), la sumision al dogma, la fidelidad en su disciplina y el respeto de la tradicion. Acabaria con todas las descripciones de la moral, y aun me quedaria por decir de la doctrina de *Tomas de Aquino* mas de lo que habia dicho. Quantas obligaciones impone al Mundo el Evangelio, otras tantas explica *Tomas de Aquino* en sus obras: *Sol illuminans per omnia respexit.*

Y una doctrina tan del todo instructiva, ¿cómo habia de dexar de ser generalmente aplaudida? Yo veo confesar á los Rabinos mas famosos de la Sinagoga, que el sólido y consejente ingenio de *Tomas de Aquino* les encaminó á la creencia de Jesu-Christo, que

(1) 4. Sent. q. 1. art. in corp.

(2) 2. 2. q. 188. aa 8. cap.

(3) Opusc. 181.

fué el verdadero Mesias, y á la profesion de su fe. Veo decir á Pablo de Burgos, judío en España; á du Perron, Calvinista en Francia, y á Teovaldo Thamer, Luterano en Alemania, que las obras de *Tomas de Aquino* excitaron en ellos las primeras sospechas sobre sus errores, y les manifestaron con claridad los primeros pasos de la verdadera fe.

Cárlos I. rey de Nápoles, se gloriaba de tener á *Tomas de Aquino* en sus estados, y le colmó por medio de su amistad de honores y beneficios, sin dexar de aprovecharse de sus lecciones: Si yo conozco, decia la Condesa de Flandes Adelaida de Borgonia, si yo conozco, decia aquella princesa tan célebre por sus virtudes, las obligaciones de mi estado, se lo debo á *Tomas de Aquino*. Mas si no temiera hacerme insufrible, añadiria yo á todos estos favores los delicados y brillantes elogios que dan á *Santo Tomas Hugues*, segundo rey de Chipre, y Miguel Paleólogo, Emperador de Oriente; y con los que en diferentes tiempos le han favorecido, Laurencio de Medicis, y Gena Patriarca de Constantinopla; y en nuestros dias Armando, Príncipe de Conti y Luis Duque de Orleans.

Y el sabio Grocio ¿con cuánto respeto habla de *Santo Tomas*? Seguramente que al verlo que dice, nadie juzgará que es un sectario de Calvino, sino un discípulo de santo Domingo. Pero antes de Grocio habia dado Bucero á la doctrina de *Santo Tomas* un testimonio aun mucho mas decisivo y auténtico.

Aquel

Aquel hombre tan famoso por la viveza de su ingenio, como por la inconstancia de su carácter, tan pronto Católico, como Lutero; y, en fin, judío, mantiene por la doctrina de *Santo Tomas* tan invencible y ventajosa idea, que hasta en medio del error le reprehende su apostasía. Por todas partes reconoce que le quita la victoria. Sí, decía él con un despecho furioso, sí, yo volvería á la Iglesia sino tuviera una muralla que me es imposible salvar. Solo *Tomas de Aquino* detiene mis designios. Yo no tengo armas que oponer á los golpes que descargan sus obras: *Tolle Thomam, & Ecclesiam dissipabo.*

Tal es, dice un crítico sabio, la autoridad de *Santo Tomas*, que se ha proclamado y respetado generalmente desde un polo á otro, encontrando apologistas hasta en las naciones mas bárbaras (1).

Pero ¿cómo no ha de aprobar el Mundo esta doctrina, si hasta el mismo Jesu-Christo lo ha hecho? Callén los hombres, respecto de que habla el maestro de todos. *Benè scripsisti de me, Thoma* (2). *Tomas* bien has escrito de mí: tú no solamente has escrito bien una obra, sino todas las que has hecho: *benè scripsisti*: tú has escrito sobre todo con una fuerza milagrosa, quando has empleado tus talentos en probar mi existencia, en mani-

(1) *Ejus auctoritas invaluat, & fuit diffusa ubique terrarum cum cultu & reverentiâ, etiam ad barbaras Gentes.* Bolland. p. 714. n. 83.

(2) *Brev. Rom. 7. Mart. sui orbem esse vincens*

festar mi bondad, en pintar mi justicia y en demostrar mi poder: *benè scripsisti de me*: ¿Cuál será, pues, tu recompensa? *Quam ergo mercedem accipies?* Ninguna, replicó él, ninguna, Señor, sino á vos mismo. *Non aliam nisi te, Domine.*

No tardarán mucho en cumplirse sus deseos. Recibe orden *Tomas de Aquino* de Gregorio X. para ir al segundo concilio general de Leon. ¡O inescrutables juicios de Dios! Al punto mismo en que mas bien debía iluminar el Sol á la Iglesia, se queda desamparada con su eclipse: Obedece á las órdenes superiores; y con un vivo sentimiento de los de Nápoles y muchas lágrimas de su familia, parte de aquella ciudad y llega á Fosanueva. Pero ¡ah! que sus tristes ojos, sus extenuadas fuerzas y su moribunda voz no dan á entender otra cosa á los conternados discípulos de San Bernardo, que el fatal golpe que amenaza á la Religion. Sin embargo, su ingenio le vemos descripto en la explicacion del Cántico de los Cánticos (1), libro el mas misterioso y sublime. Instruye, pues, ora y espira. Espiró, en fin, aquel nuevo Esdras por su zelo, aquel nuevo Elías por sus éxtasis, y aquel nuevo Agustin por su ciencia.

IV. Sí señores, *Tomas de Aquino* fué un nuevo Agustin por su ciencia. Los mismos soberanos Pontífices nos suministran la idea de este paralelo. Esto es lo que se saca, por de-

(1) Explicacion del Cántico de los Cánticos.

decirlo así, del parecer de la Iglesia acerca de la doctrina de un Santo, que con ella la hace triunfar de todos sus enemigos: *Laudis ejus plena est terra.*

Si señores, vuelvo á decir, un Agustín era *Tomas de Aquino*. ¡O qué maestro! ¡o qué discípulo! Ambos tuvieron, aunque en diferentes siglos, el mismo zelo y los propios sucesos. Los obispos ponen su principal cuidado en defender la verdad: mas la cabeza de estos le pone en segundo lugar la interpretación del Evangelio. Agustín fué llamado al segundo concilio de Efeso (1) por el Emperador Teodosio; y el soberano Pontífice ya hemos visto que mandó ir á *Tomas de Aquino* al concilio de Leon. Ambos dexaron á la posteridad, con una doctrina casi semejante, monumentos siempre permanentes de su erudición. Dan los mismos principios para establecer las propias verdades. Su rumbo fué diferente, aunque se parece en el fundamento de sus sistemas. En la doctrina de la gracia, todas las pruebas, objeciones y respuestas del uno, son las pruebas, objeciones y respuestas del otro. En todas partes se ve obligado el Angel de las Escuelas á hablar y escribir como habla y escribe el Doctor de la Gracia. Agustín es el Pablo del quinto siglo: *Tomas de Aquino* es el Agustín del décimo tercio.

Uno y otro suministraron á la Iglesia victoriosas armas, con las que serán siempre ven-

(1) Aquel concilio fué un conciliábulo.

vencidas todas las heregías é impiedades. En las obras de *Santo Tomas* encuentran otros tantos golpes mortales como palabras. Quando habla de la existencia de Dios; desbarata al atheismo: quando escribe sobre la unidad de Dios; aterra á la idolatría; y quando descubre y desentraña las profecías; confunde al judaismo. ¿Y qué diremos de la humanidad que confesó en Jesu-Christo? Con ella refuta á Marcion y á Eutichés. ¿Que quando demuestra su divinidad? Entonces aterra á Arrio y Socino. Y, en fin, quando hace ver la infalibilidad de la Iglesia, espanta á Donato, á Macedonio, á Phocio y á las Iglesias Griega y Anglicana. Sus escritos sobre la libertad condenan á Manes; y los que hizo tocantes á la gracia, anatematizan á Pelagio. Defiende el culto de María contra los Albigenses; el de las imágenes contra los Iconoclastas; el de los santos contra los Husitas: las buenas obras contra Lutero: la Eucaristía contra Calvino y la verdadera espiritualidad contra Molinos. Solamente su obra contra Averroes, es una refutación invencible del Deísmo (1). De todo esto proviene la autoridad de *Santo Tomas de Aquino* en la Iglesia.

Su doctrina; dice Benedicto XIII. se ha hecho recomendable á todas las naciones católicas en el testimonio no interrumpido de los soberanos Pontífices; y se puede decir, que Clemente XII. se deleytó por analizar

(1) Thom. adv. Averroistas.

aquellos magníficos testimonios que nos hacen ver la gloria de *Tomas de Aquino* y la excelencia de sus obras.

Aun vivía este, y en quatro soberanos Pontífices (1) tenia ya otros tantos apologistas. Pero ¿quántos cuenta despues de su muerte?

El Doctor Angélico, pues, era para Inocencio V. otro San Pablo, cuyos oráculos consultaba: *Santo Tomas*, decía Benedicto XI., es mi guía y mi maestro. Juan XXII. le encareció sobre todos estos elogios. Despues de haber ensalzado las virtudes, la ciencia y las obras de *Tomas de Aquino*, añade, que ha hecho tantos milagros el santo Doctor como de artículos ha escrito: *Quot scripsit articulos, tot miracula fecit*. Estos elogios se han renovado por todos los Papas (2) hasta Pio V. Este Pontífice tan célebre por su zelo como por su santidad, coloca á *Santo Tomas de Aquino* entre los Doctores de la Iglesia. Todas las heregías, dice, se confunden con la fuerza y verdad de su doctrina:: Sixto V. aseguraba, que *Tomas de Aquino* era la gloria del órden, y el ornamento de la Iglesia universal. No fueron ménos brillantes las expresiones con que nos dió á entender esto mismo Clemente VIII. ¿Qué prueba mas convincente de la vasta erudicion con que se distinguia *Santo Tomas*, decía aquel Pontí-

(1) Alexandro IV. Urbano IV. Clemente IV. y Gregorio X.

(2) Clemente VI. Inocencio VI. Urbano V. Nicolas V. y Pio IV.

fice, que el gran número de libros que en tan poco tiempo compuso y sin ninguna sospecha de error sobre toda especie de materias? Paulo V. asegura, que los escritos de este santo sirven á la Iglesia Militante como de un escudo para rechazar las venenosas máximas de los hereges. Alexandro VII. dice, que con la doctrina de *Santo Tomas* están asegurados sus irrefragables dogmas: *In concussa tutissimaque dogmata*. Pero quien ha puesto el sello á la autoridad de esta constante tradicion es Benedicto XIV. por medio de un testimonio brillante, decisivo y único. ¡O Iglesia de mi Dios! ¿Con que tú has querido reconocer por medio de la unánime voz de tus primeros pastores, que la doctrina de *Tomas de Aquino* es la tuya propia?

Pero si del trono de la misma Iglesia dimanaban los mas honoríficos testimonios á la doctrina de *Santo Tomas*, tambien la son concedidos nuevos elogios en todos los concilios: así sucede con los de Leon, Florencia, Constantinopla y Trento. En este último se vió la suma de *Santo Tomas* colocada al lado de las sagradas Escrituras, por ser la confirmacion, ó el comentario de ellas:: Pero un singular motivo me detiene esta idea, y es demasiado glorioso á *Santo Tomas* para que yo le excluya de su panegirico. Ya iba á fulminar sus sentencias al concilio por medio de sus solemnes decretos, quando alzó la voz un obispo con el fin de manifestar, que el punto sobre el qual iba á recaer su determinacion, le parecia opuesto á la doc-

trina de *Santo Tomas*. Lo mismo fué oír tan respetable nombre, que se suspendieron los votos, y se consultó al oráculo que debía reunirlos. Su decision vino á ser la de todos. A vista de esto, no extrañaréis, hermanos míos, el que os diga, que aun despues de su muerte parece que se hallaba presente *Santo Tomas* en aquel concilio para afirmar en él por medio de su autoridad, tanto la fe del Evangelio, quanto la creencia de la Iglesia.

Todo el mundo, pues, ha permanecido en silencio para recibir la doctrina de *Tomas de Aquino*, al mismo tiempo que ha hablado toda la tierra para aplaudirla: *De fructu operum sanctorum satiabitur terra*. Ella es inmortal, tanto en el retiro, cuyo ornamento fué, quanto en las escuelas de quienes fué su oráculo: en el Mundo de quien fué el apóstol: en la Iglesia de quien fué el defensor: jamas ha dexado de conseguir triunfos á la Religion.

Y vosotros, espíritus fuertes, vosotros que, del mismo modo que á la Religion, le atacais en el dia con tanta indecencia, conocéis muy bien el nombre de *Tomas de Aquino*. No le podreis negar tanto el mérito de su ciencia, como el de su santidad. Sabio y santo se puede ser á un mismo tiempo. El Christianismo y la erudición se pueden conciliar muy bien. ¿Por qué achacais á vuestras luces el defecto de vuestra sumision? Las mismas tuvo *Santo Tomas* que vosotros, y creyó en esta santa Religion que profesamos. Eso

es

es lo que os condena. ¡ Ah! Si viviera aquel grande hombre en el dia, y substituyera mi lugar, ¿con cuántas sólidas reflexiones os lo demostraría? Vosotros, os diré yo por de contado, sois otro tanto mas culpables en no creerla, en quanto tenéis mayores luces para profundizar los motivos de la fe. Y si en efecto los profundizais ¿quál es vuestra ceguedad para oponerles siempre una escandalosa rebelion? Emplead, emplead vuestras luces en conocer la Religion. Quanto mas bien la conozcáis, mas bien la respetaréis: Pero aun no es esto bastante: es menester que la practiquéis. Purificad vuestros talentos con el exercicio de las virtudes que prescribe la Religion. Ellas son las que honrarán vuestra sabiduría: ellas las que aumentarán el resplandor de vuestra reputacion, y os conducirán, en fin, á la vida inmortal, por la que es tan justo trabajemos para que todos la consigamos como lo deseo.



car la elevación de vuestro espíritu; y á una corte brillante, de quien sois todas las delicias, el de engrandecer la generosidad de vuestro corazón. Solamente diré, como ministro del Evangelio, que por los sentimientos de Religión que teneis, prestais un nuevo resplandor á vuestro augusto nacimiento. A la verdad, que ninguno es grande sino por la virtud. AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

En las sagradas Escrituras es donde busco los privilegios, que al mismo tiempo que distinguen á *Juan Bautista*, forman su gloria. Privilegio en el acontecimiento de un nacimiento milagroso: privilegio en el conocimiento de los misterios mas ocultos; y privilegio, en fin, en el testimonio que Jesu-Christo le da.

El primer privilegio de *Juan Bautista*, es el de su milagroso nacimiento. Si es cierto que este es un presagio de lo que se ha de llegar á ser algun dia, y de que por la grandeza presente se nos permite juzgar de la futura; ¿qué conseqüencias tan prodigiosas son las que nos anuncian las primeras maravillas que precedieron y acompañaron á su nacimiento? Hagan en buenhora ostentacion de su nobleza los hijos de los príncipes, y alaben la sangre de que proceden, que *Juan Bautista* tiene mas gloriosas ventajas.

Los hijos de aquellos nacen entre el oro y la púrpura. El resplandor que les rodea, da

da á entender el papel tan grande que muy en breve han de hacer en el teatro del mundo. Las alabanzas les buscan, el respeto se les anticipa, los placeres y diversiones les esperan. El pueblo les contempla felices, porque parecen serlo. ¿Pero lo son? Nada ménos que eso. En medio de su mayor gloria, se levanta una espesa nube que obscurece su lustre; é hijos, como nosotros, de un padre prevaricador, no les libra el trono del golpe de la desgracia. Ellos bien pueden ser virtuosos por inclinacion, pero tambien son culpables como nosotros por castigo: aun no son grandes á la vista del mundo, quando ya son criminales á los ojos de Dios. La iniquidad precede así en ellos como en nosotros al nacimiento; y si la sangre les pone sobre nosotros, el pecado les hace nuestros semejantes.

No sucede así con *Juan Bautista*. Ninguna cosa se opone á su gloria. Los primeros dias de su vida son unos dias de claridad. Apenas abre los ojos á la luz, quando cierra el corazón al vicio. Su nacimiento es la destrucción del crimen y el triunfo de la virtud. Aun diré mas, estaba muerto al pecado antes de vivir en el Mundo. Aun no habia formado la naturaleza un hombre, y ya habia hecho un santo la gracia.

Es un nuevo Jeremías á quien llama el Señor desde el vientre de su madre; pero superior á aquel Profeta, corresponde á la voz que le llama. Aun no podia pronunciar con su lengua las palabras, y ya se hacia enten-

tender por medio de las señales. *Exultavit infans in utero* (1).

Yo no haré mención de la esterilidad de Elisabeth. El nacimiento del Precursor debía disponer el del Mesías. Era menester que un prodigio atraxese otro, y que naciese Juan Bautista de una madre estéril para disponer al Mundo á que viesse nacer al Salvador de una Madre Virgen. Asi lo siente San Ambrosio.

Nada diré acerca del misterioso silencio de Zacharias. *Permansit mutus* (2). Zacharias perdió el habla milagrosamente, y milagrosamente la recobró. Dudó para conocer despues mas bien. La Providencia le habia destinado para que fuese el primer panegirista de un misterio, ya que habia sido tambien el primer testigo. Asi se explica San Gregorio el Grande.

En efecto, amatece el dia y nace este niño que tantos suspiros ha costado. Este niño, anunciado á presencia del Arca y de los altares al tiempo del sacrificio. Admirados los pueblos de semejantes maravillas preguntan á porfia: ¿ Quál será la gloria de este niño algun dia? ¿ quál el resplandor de este sol en su medio dia, si es tan brillante en su aurora? *Quis putas puer iste erit* (3).

Yo podria responderles con San Pedro Crisólogo, que tendrá el fervor, la ciencia, la

(1) Luc. I. 41.

(2) Luc. I. 22.

(3) Luc. I. 66.

la sabiduría y la pureza de los Angeles. *Par Angelis*. Con San Agustin, que será tan grande y tan perfecto, que le tendrán por el mismo Jesu-Christo. *Tam magnus, ut posset Christus putari*. Con San Bernardo, que tendrá mas lucés que los Evangelistas, mas zelo que los Apóstoles, mas firmeza que los Martires, y, en una palabra, que no se podrá comparar sino consigo mismo.

Mas no: para celebrar la gloria de Juan Bautista, no es necesario que nos valgamos de otra cosa que de las palabras de Zacharias. Este se arrebató fuera de sí mismo. *Repletus est Spiritu Sancto* (1). Su espíritu se eleva sobre las tinieblas de las cosas futuras. Explica muy por menor la grandeza de Juan Bautista: *Propbetavit* (2). Asegura á todo el Mundo, que será el Profeta del Altísimo, y que enseñará á los pueblos la ciencia de la salvacion. *Ad dandum scientiam salutis plebi ejus* (3). Idea otro tanto mas natural, quanto al privilegio de un milagroso nacimiento debia añadir el conocimiento de los mas ocultos misterios.

San Bernardo le distingue con esta bella señal: Juan Bautista, es el primero que tuvo un completo conocimiento del reyno celestial. Antes de él, añade este Santo Padre, habian recibido los hombres insignes favores de Dios; pero el conocimiento del reyno celestial,

M4

no

(1) Luc. I. 67.

(2) Idem. Ibidem.

(3) Luc. I. 77.

no se les concedió sino imperfectamente á sus débiles luces.

¿Qué hombres fueron tan grandes Moisés, Josué y Elias! Todo lo podían: todo lo conocían; pero ellos ignoraron lo que fue el reyno celestial, ó, por lo ménos, no nos lo dieron á entender. *Regni caelorum memoria, nec nominatur, nec auditur* (1).

Pero ¿qué digo yo, continúa San Bernardo? Desde el principio del Mundo busco, y no encuentro, entre los Jueces, Profetas y Patriarcas uno solo que hubiese hecho mención de este misterio ántes de Juan Bautista. Todo mi trabajo acerca de este punto ha sido en vano. Juan Bautista fué el primero que le conoció é hizo conocer. El primero que hizo oír aquellas magníficas y consoladoras palabras: haced penitencia, porque el reyno de los cielos se acerca.

Aquel Dios á quien no conocéis y está en medio de vosotros, es un Dios de paz y de misericordia. *Medius autem vestrum stetit, quem vos nescitis* (2). Si, el crimen excita su cólera, y la penitencia mueve sus gracias. El reyno que promete, no es ménos la recompensa del penitente que del justo.

Si la suerte de Juan Bautista os ha parecido hasta aquí tan gloriosa ¿quánto mejor os parecerán los conocimientos que ninguno otro ha tenido para sobrepujar á los Doctores de la Ley antigua, instruir á los de la nue-

(1) Bern. Serm. de priv. S. Joan. Bapt.

(2) Joann. I. 26

nueva, y, al mismo tiempo que era hombre, penetrar hasta la divinidad? Sí: hasta la divinidad penetró. ¿Qué cosa hubo en Dios tan oculta y tan secreta, que no entendiese y explicase?

Como mas ilustrado y mejor instruido que los Apóstoles, no mira él á Jesu-Christo como un conquistador de la tierra, ni como un príncipe temible que debe reducir en polvo el trono de sus contrarios, apoderarse de su corona y establecer un reyno temporal, sometiendo á sus leyes al Universo; sino que le mira y nos le anuncia como hijo de Dios, y Dios mismo, como eterno y nacido en tiempo, como impecable y cargado con los pecados de los hombres. *Ipse est, qui post me venturus est, qui ante me factus est* (1).

Pero lo que llama de nuevo mi atención, es la particularidad de haber sido un verdadero misterio en la Religion christiana. El encierra en sí todos los demas que hay en ella. Los profetas le conocieron ya, quando á los hombres no se les habia concedido esta gracia, y sin embargo le conocieron imperfectamente. Los christianos le reverencian, y no pueden comprehenderle. Quanto mas procuran descubrirle, mas obscuro é impenetrable les parece. Este es un laberinto en donde la razon se pierde, si la fe no la ilumina.

Juan Bautista es el primero para quien este misterio parece dexa de serlo. Este abis-

(1) Joan. I. 27.

mo de tinieblas, en donde se pierde y confunde el entendimiento humano, se le presenta claro y sensible.

A mí se me figura que vuestro espíritu os conduce ya á las riberas del Jordan. Ya os parecerá que estais viendo al hijo de Dios á los pies de *Juan Bautista*: pero ¡qué espectáculo! Aquel padre celestial despide su voz diciendo: ved ahí, ahí teneis á mi hijo querido: ese hijo es el único objeto de mis complacencias. El Espíritu Santo desciende en figura de paloma:: ¡Qué conocimientos! ¡qué favores! ¡Ah! Concedid, pues, lo que yo no puedo explicar. Las palabras faltan á los conceptos. Un hombre bautiza á un Dios; y este hombre ve y conoce lo más secreto y lo más misterioso que hay en el orden de la gracia. Yo aseguro, que aun quando hubiera hecho el elogio de muchos Santos, no habria comenzado aun el de *Juan Bautista*. Para hacer dignamente el de su gloria, es preciso servirme de las palabras del mismo Jesu-Christo. Este Señor, pues, le da el testimonio ménos equívoco y más glorioso.

El tener de su parte la aprobacion de los hombres, es una ventaja que no siempre la produce el mérito. Los hombres se pueden engañar en el juicio que forman de los demás. Muchas veces sucede que el ménos acreedor es el que tiene más panegiristas.

No sucede lo propio con el testimonio que da Jesu-Christo, porque la grandeza de la virtud gobierna siempre la de sus elogios. ¿Qué elogio, ni qué parecer más sin-

cero y glorioso que el de la misma verdad?

Los que pudieron juntar quanto tiene el arte de maravilloso para formar el retrato de *Juan Bautista*, fueron San Ambrosio, San Agustín y San Chrisóstomo. Nada de quantos títulos pomposos, de quantas imágenes brillantes y de quantos pensamientos sublimes hay, nada falta á la perfeccion de sus pinturas. Pero ¿acaso han ensalzado aquellos grandes hombres la gloria de *Juan Bautista*? No, christianos oyentes: el fuego de la imaginacion solo pudo subministrarles unos rasgos nobles y magníficos; pero no le pudo ponderar, ni encarecer su eloquencia con otro elogio que con aquel que, aunque más simple y sencillo, no por eso fuese ménos enérgico. Solo una palabra de Jesu-Christo contiene la multitud de sus pensamientos. Quanto dixerón de más admirable, no es otra cosa que una mera explicacion del más perfecto panegirico.

Vosotros habeis estado en el desierto, decia el Salvador del Mundo á los pueblos que le seguian, y habeis visto á *Juan Bautista*. ¿Corresponde su virtud á su reputacion? *Quid existis in desertum videre* (1)? ¿Es acaso alguna débil planta, á quien un ligero viento agita y tuerce? *Arundinem vento agitatam* (2)? ¿Un hombre semejante á aquellos á quienes tiranizan las pasiones y se sepultan cobardemente en el centro de una vergon-

(1) Matth. II. 7.

(2) Matth. II. v. 7.

gonzosa ociosidad? ¿Quántas son las maravillas que os han admirado? *Quid existis videre* (1)? ¿Encontraréis acaso alguna profeta como él? *Prophetam*? Por mas grande que sea vuestra idea, nunca corresponderá al mérito de *Juan Bautista*. Este es superior á los Profetas por la excelencia de su vocacion, por la singularidad de su ministerio, por la infinidad de sus virtudes y por mil circunstancias que tiene, y ninguno otro las posee. *Plus quam Prophetam* (2). Si, superior á los Profetas. Pero aun digo poco. Entre los hombres, no hay ninguno que pueda ser comparado con él. La gloria que los otros tienen repartida entre sí, se halla reunida en él solo. *Non surrexit inter natos mulierum major Joanne Baptista*.

Si se me representa la fé de un Abraham, la penitencia de un David, la sabiduría de un Salomon, la intrepidez de un Matatías, y la constancia de un Eleázaro, confesaré desde luego, que aquellos hombres han sido unos prodigios; pero tampoco podré ménos de decir, que *Juan Bautista* excedió otro tanto á todos ellos, quanto ellos excedieron á los demas hombres. *Non surrexit inter natos mulierum major Joanne Baptista* (3).

¡Qué gloria, la de haber tenido á Jesu-Christo por panegirista! ¡Qué mérito, el de

(1) Matth. II. v. 9.

(2) Ibid. 9.

(3) Matth. II. II.

haberse hecho digno de ello! La fidelidad con que *Juan Bautista* corresponde á sus privilegios, es la parte que nos resta.

SEGUNDA PARTE.

Para corresponder *Juan Bautista* á sus privilegios, era menester que fuese un exemplo de humildad, de zelo y de constancia. Por su humildad, corresponde al milagro de su nacimiento; por su zelo, á la extension de sus conocimientos, y por su constancia á los testimonios que le dió Jesu-Christo.

Yo desde luego establezco su mérito sobre la humildad mas profunda. Atendamos á sus primeros dias y verémos, que como superior á las flaquezas de la infancia y dueño de su corazon, sin conocer aun los primeros movimientos de él, se excede á su razon, triunfa de la naturaleza, y forma y executa el mas heróyco designio.

El huir del Mundo por necesidad, despues de haberse unido á él por flaqueza, es muchas veces una ambicion refinada. Se toma la mascarilla de la virtud por la virtud misma.

La conducta de *Juan Bautista* me representa otra escena muy diversa. El dexar al Mundo, ménos es por olvidarle, que por no conocerle: ménos por evitar la persecucion, que por apartarse de los honores. En efecto, sigámosle entre los horrores de su desierto. *Erat in desertis* (1). La humildad es quien

(1) Luc. I. 80.

quien le conduxo á él, y quien le sostiene. El deciros, christianos oyentes, que se impuso la vida mas austérra, que no interrumpió la continuacion de sus ayunos, sino con el mas insípido alimento; y que expuesto á la vicisitud é inclemencia de las estaciones, tenia cubierto su cuerpo con un vestido que formaba su suplicio, sería proponeros un exemplo capaz á confundiros; pero en su penitencia, aun hay un mérito mayor y mas puro que el de la penitencia misma. Sí, hermanos míos, por mas libre y austérra que pueda ser, no me admira tanto como la humildad que le acompaña. La humildad que le quita del trato y conocimiento de los hombres, le da un mérito, cuyo precio solamente Dios le conoce.

PERO QUANTO MAS INGENIOSA ES LA HUMILDAD PARA VIOLENTARSE, OTRO TANTO MAS ATENTOS SON LOS HOMBRES PARA DESCUBRIRLA. El nombre de *Juan Bautista* se percibió hasta en la obscuridad de su desierto. En las montañas de Judéa resonaban ya sus alabanzas. Sus virtudes admiraban á la Sinagoga. Y se persuadían que era el Mesías prometido á Israel. Para informarse por él mismo de todo esto, se diputaron los mayores personajes que habia en aquel tiempo. *Tu qui es* (1)?

¡Quán dificultoso es el que permanezca la virtud á vista de unas señales tan lisongeras! *Juan Bautista* no tiene mas que hablar, porque, como árbitro de su suerte, solo su pala-

(1) Joann. I. 19.

bra basta para ensalzarle al colmo de la gloria. En el concepto de los hombres era tenido por un Dios, y en boca de Dios era el mas grande de los hombres. Pero ¿qué es lo que le dicta la humildad?

Decir que no era el Mesías, era hacer justicia á la verdad. *Non sum* (1)! Decir lo contrario, sería un verdadero delito. Yo no tendré por virtud el haber desengañado á los pueblos crédulos. En efecto, decir lo que uno no es quando no es lo que se le atribuye, es obligacion que todo el Mundo tiene; pero no por eso se forma ningun mérito.

Mas tenerse uno por ménos de lo que es, despreciarse, abatirse y anonadarse, por decirlo así, en el sentimiento de su humildad, esto es un prodigio, y lo que justamente admiro yo en *Juan Bautista*. El es el Angel del Señor: el vinculo que une á la nueva y antigua Ley: el espejo de la penitencia: el ornamento de la soledad; y el modelo de todas las virtudes. Quando se considera á sí mismo, le parece no tener ninguno de estos méritos y virtudes. Se le figura que no es otra cosa, que una voz débil, que no dexa por donde se estiende señal alguna; y una voz, que no lo es sino mientras dexa de serlo. *Ego vox* (2).

¡O, exclamaría yo, y quán pronto se dexará oír en medio del bullicio de la corte! ¡ó voz temible! ¡quánta pesadumbre vas á causar

(1) Joann. I. 21.

(2) Joann. I. 22.

sar á los malvados y delinquentes! *Juan Bautista*, debía ser admirable en su zelo despues de haber sido singular en su humildad.

¿Cómo estaba, pues, la Judéa quando se propuso reformarla? Gozaba de una profunda paz, como que estaba sometida á las leyes de los Césares. Pero una paz como aquella, no viene á ser otra cosa muchas veces que un fecundo origen de vicios y de desdichas. La depravacion de las costumbres era general por toda ella. Ignorancia en los unos y supersticion en los otros. El pueblo grosero, se empeñaba en el mal, porque no conocia el bien. Los grandes se habían hecho afeminados y luxuriosos, entregándose con otra tanta mayor libertad á sus pasiones, en quanto no habia ninguno que los reprehendiese. Decaído aquel primer esplendor de la Sinagoga, no tenia ya otra cosa respetable sino el nombre. El templo era el teatro donde se traficaba; y la mentira resonaba hasta en la cátedra de Moisés. Unos ministros interesados, y unos doctores hipócritas, triunfaban de la credulidad de los pueblos. En lugar de oponerse á tan horribles desórdenes, eran ellos sus primeros autores y daban el exemplo mas escandaloso.

¿Qué remedio, pues, para tantos males? El zelo de *Juan Bautista*. Zelo vehemente y lleno de fuerza, que persuade y atrae ácia sí á quantos le oyen; y zelo, en fin, lleno de amor divino, que empeña y arrastra á todos los pueblos al desierto. Apenas se oye la voz de *Juan Bautista* quando van con preci-

cipitacion á ponerse baxo el yugo de su obediencia. Los espantosos precipicios que cercan su retiro, son obstáculos muy débiles para el deseo que tenian de oírle. Jerusalén, pues, y toda la Judéa entera le siguen y le admiran. Nadie se puede resistir á sus órdenes, y se procura estudiar su voluntad. Las preocupaciones del entendimiento son destruidas, y los pensamientos del corazón desarraigados. Por la conversion de los pueblos se vió precisado á presentarse en la corte.

Aquella donde entónces residia Herodes, era mas bien que nunca el centro del vicio. En ella se vieron, digámoslo así, separados por las leyes dos corazones que se unieron por medio de un fuego criminal. Habiéndose olvidado aquel príncipe de lo que se debía á sí mismo, olvidó tambien lo que debía á sus vasallos. Sus desenfrenados deseos, eran la regla de su conducta; y como lisongeaba á sus pasiones un respetuoso silencio, se creía autorizado para satisfacerlas. Triunfaba la lascivia, y la verdad no se atrevia á dexarse ver.

Sin embargo, ella se manifestará, hermanos míos, por mas tiempo que haya estado cautiva, y se hará oír hasta en el trono. Desde el silencio del desierto, entendió *Juan Bautista* la deplorable situacion de la corte, é inmediatamente se trasladó á ella y se presentó delante del príncipe. ¡Qué cosa tan admirable! Yo veo aquí un ministro zeloso, que no sabe disimular lo que piensa. Allí un morisca, que, esclavo de sus pasiones, se deleyta en ver que se las alaban. Aquí el

rayo de la mentira ; y allí el enemigo de la verdad. ¡Qué extraños acontecimientos no se seguirán al verse *Juan Bautista* en presencia de Herodes !

Me parece que estoy viendo á nuestro Santo , que imitando á aquellos antiguos profetas penetra con intrepidez por entre la numerosa tropa de los guardas de la casa de Herodes , y que fixando su vista en él , le hace escuchar con una voz firme aquellas temibles palabras: «El fuego del amor que os une á la muger »de vuestro hermano , es un fuego criminal y »delinquente. Mi respeto os agraviaría , y pa- »recería ser demasiado flaco si no me atrevie- »ra á deciroslo.»

Tal es el language de una santa libertad: language , por desgracia , muy desconocido. Ya no existen aquellos tiempos en que se acostumbraba hablar sin fingimiento , reprehender sin acrimonia y condenar sin temor. Siempre se advierten los mismos vicios , pero no el mismo zelo. ¿Quántos Herodes hay en el mundo? ¿Quán pocos *Juan Bautistas*? Poquisimos imitadores hay de su zelo y aun ménos de su constancia.

Esta es entre todas las virtudes la mas rara y apreciable. Una sola prueba suya basta para abatir el ánimo mas grande. El corazón de nuestro héroe , excede á los mayores encarecimientos. Ninguna cosa le intimida. Desde luego prometió á Dios , que jamás igualaría el rigor de las persecuciones á la constancia de su valor.

Pero ¿á qué descripcion tan triste me con-
du-

duce sin sentir este asunto? Resalta el odio triunfa la venganza y se determina Herodes á dar contra *Juan Bautista*. Hace que se apoderen de él , y que le sepulsen entre los horrores de un oscuro calabozo. Llena de oprobrios la inocencia , le condena Herodes sin mas causa que la de no haber querido oír de su boca la verdad. Se advierte el crimen sobre el trono , y la virtud entre cadenas. *Juanes... in vinculis* (1). ¡Qué cosas tan opuestas!

Pero venid conmigo á aquella obscura mansion y contemplaréis un hombre libre á pesar de sus prisiones. Estas las convierte en una cátedra de verdad. Como que se me figura oír su voz , que exclama desde aquella tenebrosa caberna , y dice á Herodes : ¡O príncipe! Dexad ese ilícito y detestable comercio. Romped , romped los lazos que os atan , y abandonad esa vergonzosa pasión que os hace amar lo que prohiben y menosprecian todas las leyes. *Non licet* (2). Jamas me harán adular estas fuertes cadenas ; ni seré traidor á la verdad por vuestra indigna flaqueza. Vos sois dueño de mi cuerpo , pero no de mi espíritu. Mis prisiones forman mis delicias : mi cautividad constituye mi gloria , ó por mejor decir , ¿ cómo he de ser yo cautivo , quando tengo la libertad de instruiros? No , no hay que dudar : mas firme será mi zelo en persuadiros , que ingenioso vuestro furor en perseguirme. *Non licet*.

¡Heróyca é invencible constancia! Ella

N 2 triun-

(1) Matth. II. 2.

(2) Matth. 6. 12.

triunfará hasta de la misma muerte::: Llega, por fin, el instante que Herodias esperaba, como muy favorable á su venganza. Celebró Herodes con brillantez el día de su nacimiento, y dispuso para ello un suntuoso festin. Con siguió agradarle en él la hija de Herodias por la suma ligereza y destreza delicada que manifestó en un bayle. Quando se ama á una persona todo quanto ella hace encanta y admira: Herodes se creyó dichoso en ofrecerla lo que le pidiese. *Pete à me, quod vis, & dabo tibi* (1). Aun la mitad de su reyno le parecía poca cosa para corresponder como debia á unas gracias que le encantaban. *Licet dimidium regni mei* (2).

Aprovéchate, cruel Herodias, de una ocasion que te proporciona la imprudencia. Decida tu fatal consejo la recompensa de un talento seductor; y sea víctima de tu ambicion el objeto de tu odio. Pon, pon el colmo á tus desaciertos con la muerte de *Juan Bautista*.

Pronuncia Herodias la fatal sentencia á nombre de su hija. Pero ¿qué fatalidad es la que obliga á Herodes á esta imprevista determinacion? El gusta de oirla, aunque teme á *Juan Bautista*. *Libenter eam audiebat* (3). ¿Por qué se obligó con un juramento indiscreto? Bien quisiera retractarse de él, pero no se atreve: el remordimiento le detiene: el respeto humano le domina: el crimen le espanta; y el ser per-

(1) Marc. cap. 6. v. 22.

(2) Marc. 6. 23.

(3) Marc. 6. 20.

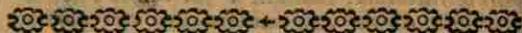
juro le intimida. Duda::: Y tal vez le hace temer su política una sublevacion del pœblo. Pero muy en breve se disipó este temor. Calla la conciencia, triunfa Herodias, cede Herodes. Dase la sentencia y se executa. En fin, muere *Juan Bautista*. *Decollavit eum* (1).

Apartad, christianos, apartad la vista del mas horroroso espectáculo. Dexad que el furor llegue á los últimos excesos. Dexad que la inhúmana Herodias se alabe de su victoria: mirad con horror aquellos ensangrentados cabellos, aquella extinguida vista, y aquel rostro pálido y desfigurado. Y dexadla, en fin, que se atrevá á insultar por una crueldad inaudita á su mismo enemigo, aun despues de muerto.

Mas aunque es tan funesto este exemplo, nos puede servir aquí de instruccion. Un delito es causa de otros infinitos. Por un objeto se sacrifican todos los demas. Las pasiones siempre tienen consecuencias peligrosas. Deleyta el deseo, arrastra el pensamiento, se cede, y perdiendo muchas veces á la inocencia, se dexa de ser dueño de su razon. Obligado por su modo de proceder, casi siempre se obra por complacencia y nunca por reflexion.

Instruidos ya del modo de obrar de Herodes, procurémos imitar á *Juan Bautista*, para que su gloria sea el objeto de nuestra admiracion; é imitemos su fidelidad, para que algun dia participémos de la corona de que goza él en la eterna bienaventuranza. Amen.

(1) Marc. 6. 27.



PANEGÍRICO

DE SAN BUENAVENTURA,
del Orden de San Francisco, Cardenal,
Obispo de Albano y Doctor
de la Iglesia:

PRONUNCIADO

*En la Iglesia de los Reverendos Padres
Observantes del Convento llamado
el Grande.*

Magnus in medio tui Sanctus. En medio
de vosotros teneis un gran Santo.
Isaias 12. v. 6.

Sixto IV. hacia conocer al mundo christiano con esta excelente señal las virtudes, ciencia y gloria de *San Buenaventura*. Aquel eloquente Pontifice, daba mil parabienes á la Iglesia por habernos favorecido con un Santo, un Religioso humilde (1), un zeloso apóstol,

(1) *Bull. Canonis. S. Bonav.*

tol, un Doctor célebre, el ornamento de una Orden respetable, el oráculo de las sabias escuelas, el honor de la púrpura Romana, el consejo de los reyes, el apoyo de los soberanos Pontífices, el alma de los concilios y el defensor de la Religion. Regocijaos, exclamaba él, ó Sion, y cantad cánticos de alegría, porque en medio de vosotros teneis un gran santo, un santo que es el modelo, el panegirista y el héroe del amor divino. *Magnus in medio tui Sanctus.*

El amor es el que con particularidad caracteriza y distingue á los Serafines (1). En el orden de la gerarquía celestial se les ha destinado el lugar mas preeminente, porque abrasados de la caridad, derraman el sagrado fuego por todos los corazones.

Esta es la doctrina del Seráfico Doctor. En ella encuentro su carácter y su elogio.

Abrasado *Buenaventura* del divino amor, junta á la erudicion rasgos únicos de santidad. *Sanctus. Punto primero.*

Abrasado *Buenaventura* del divino amor, junta á la erudicion rasgos únicos de gloria. *Magnus. Punto segundo. AVE MARIA.*

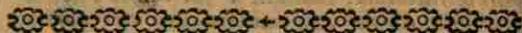
PRIMERA PARTE.

¡Cuán respetables son aquellos talentos á quienes consagra y dirige el divino amor! ¡Cuán útiles son! La caridad produce milagros. Ella es la que hace hermanar en nuestro Santo unos talentos superiores con una

N 4

tier-

(1) *Bonav. de Hierarb. Eccles.*



PANEGÍRICO

DE SAN BUENAVENTURA,
del Orden de San Francisco, Cardenal,
Obispo de Albano y Doctor
de la Iglesia:

PRONUNCIADO

*En la Iglesia de los Reverendos Padres
Observantes del Convento llamado
el Grande.*

Magnus in medio tui Sanctus. En medio
de vosotros teneis un gran Santo.
Isaiás 12. v. 6.

Sixto IV. hacia conocer al mundo christiano con esta excelente señal las virtudes, ciencia y gloria de *San Buenaventura*. Aquel eloquente Pontifice, daba mil parabienes á la Iglesia por habernos favorecido con un Santo, un Religioso humilde (1), un zeloso apóstol,

(1) *Bull. Canonis. S. Bonav.*

tol, un Doctor célebre, el ornamento de una Orden respetable, el oráculo de las sabias escuelas, el honor de la púrpura Romana, el consejo de los reyes, el apoyo de los soberanos Pontífices, el alma de los concilios y el defensor de la Religion. Regocijaos, exclamaba él, ó Sion, y cantad cánticos de alegría, porque en medio de vosotros teneis un gran santo, un santo que es el modelo, el panegirista y el héroe del amor divino. *Magnus in medio tui Sanctus.*

El amor es el que con particularidad caracteriza y distingue á los Serafines (1). En el orden de la gerarquía celestial se les ha destinado el lugar mas preeminente, porque abrasados de la caridad, derraman el sagrado fuego por todos los corazones.

Esta es la doctrina del Seráfico Doctor. En ella encuentro su carácter y su elogio.

Abrasado *Buenaventura* del divino amor, junta á la erudicion rasgos únicos de santidad. *Sanctus. Punto primero.*

Abrasado *Buenaventura* del divino amor, junta á la erudicion rasgos únicos de gloria. *Magnus. Punto segundo. AVE MARIA.*

PRIMERA PARTE.

¡Cuán respetables son aquellos talentos á quienes consagra y dirige el divino amor! ¡Cuán útiles son! La caridad produce milagros. Ella es la que hace hermanar en nuestro Santo unos talentos superiores con una

N 4

tier-

(1) *Bonav. de Hierarb. Eccles.*

tierna piedad: unos talentos universales con una fe cierta y segura; unos talentos aplaudidos con una profunda humildad, y, en fin, un sabio con un santo. *Sanctus.*

La Providencia siempre vela atenta por las necesidades é intereses de la Iglesia. Remedia las mayores pérdidas por medio de unos preciosos recursos. ¿Y qué sucede quando una de sus luces está en términos de apagarse? que una nueva luz empieza á brillar. El nacimiento de *Buenaventura*, pues, consuela á la Religión en la triste y próxima pérdida que va á sufrir con Francisco de Asís. Muere este y se manifiesta aquel. Recibe el uno en el Mundo los honores debidos á su santidad; y se instruye el otro en la ciencia de los santos. Desde luego pone la Italia en él todas sus miras; y los primeros elogios que ésta le concede, serán muy en breve ratificados, aun con mas esplendor, por el unánime consentimiento de la Francia. Divisase en ella *Buenaventura* y se estiende por todas partes su reputacion. Pero ¿en qué tiempo? ¿baxo de qué señores?

Ocupaba por entónces San Luis el trono de la Francia. Por medio de su proteccion favorecía los progresos de las artes, y con sus recompensas animaba la emulacion de los sabios. La Universidad de Paris era en aquel tiempo la mas famosa de la Europa. Por el zelo de Roberto de Sorbona acababa de nacer, digámoslo así, este establecimiento inmortal, que en brevísimos años llegó á ser el centro de la erudicion, el escudo de la fe y la antorcha de la Iglesia: establecimiento que por la nueva

for-

forma que le dió el Cardenal de Richelieu, logró aumentar su antigua celebridad. Alberto el Magno atraía entónces á ella de todas partes de Europa discípulos y admiradores. Entre los primeros se distinguía uno, que era tenido por hombre raro y único, de espíritu vivo, sólido y penetrante, y de un vasto, profundo y delicado ingenio. Una águila, que en su rápido vuelo no dexaba senda alguna. Tal era Santo Tomas de Aquino. Del mismo modo que la Orden de Santo Domingo le contaba entre sus ingenios como el mas propio para todas las ciencias, no carecía tampoco de igual dicha la de San Francisco. Alexandro de Halés juntaba á la sutileza de las ideas la profundidad del razonamiento: era un Teólogo exácto, zeloso por el bien de la Iglesia y de la Religión; y aunque muy ilustre por sus virtudes y talentos, lo fué mucho mas por haber tenido la gloria de haber formado á *San Buenaventura* del mismo modo que San Arsenio lo habia hecho con un hijo de Teodosio.

El darse á conocer en un siglo tan ilustrado, es un indicio de mérito: el distinguirse una prueba de lo mismo; y el penetrar y hacerse brillar entre todos, es privilegio de un mérito superior, qual fué el de *Buenaventura*. En efecto, ¡qué ingenio! Se puede decir, que era trascendental; y casi se dudaría, si estudiaba las ciencias que ignoraba, ó procuraba recordarse de las que poseía. *Omnia prospiciens* (1). Como ingenio luminoso descubria á

los

(1) Sap. 7. v. 23.

los demas con facilidad lo que él mismo habia aprendido sin trabajo. *Intelligibilis.*

No es ya un discípulo á quien Alexandro de Halés y Juan de la Rochelle instruían ó enseñaban, sino mas bien un maestro á quien respetaban, y un sucesor que se procuraban atraer. A mí se me representa á San Gerónimo quando dexó de escribir contra los Pelagianos, así que supo que San Agustin tomó contra ellos la defensa de la verdad.

Aquel que se dexa vér en el teatro del Mundo con un resplandor admirable, no tarda mucho en excitar contra sí la malignidad de los espectadores y las asechanzas de la envidia. Con dificultad agradan á todos los talentos sublimes. *Buenaventura* lo consiguió á costa de su erudicion, de la que se aprovechó todo el Universo. Semejante su espíritu á aquellas fuentes abundantes, que fertilizan con su riego las tierras mas áridas, sabía hacerse agradable con utilidad á todos los entendimientos, y comunicarles con sus propias luces las de la Religion. Yo necesitaría tanto de su alma como de su ingenio para daros una justa idea de sus documentos y lecciones (1).

¡Quánta energía se percibe en ellas quando establece la existencia del Sér supremo! Toda la naturaleza, y hasta el mismo sentimiento parece que reclaman á su autor. ¡Qué elevacion quando explica el elevado misterio del Hombre-Dios! Nadie dirá, sino que son los Profetas quienes hablan, los Evangelistas quienes

nes

(1) *Compendium Theologicae veritatis.*

nes lo refieren, los Apóstoles quienes lo atestiguan y los concilios quienes lo deciden. ¡Qué exactitud y precision en su *Compendio de Teología* (1)! Esta es la ciencia razonada de toda la Religion. ¡Qué claridad en las meditaciones interpretaciones con que adorna la doctrina del famoso maestro de las sentencias! Pedro Lombardo, parece que habia destinado su obra mas bien para los que eran sabios, que para los que aspiraban á serlo. Los sublimes ingenios eran los que pesaban su fuerza y hermosura; pero uno y otro se escapaba á la inteligencia de los entendimientos humildes. Antes que *Buenaventura* habian empezado otros esta concisa y sublime obra (2): pero al cotejar sus escritos con los de este Santo es preciso confesar, que supo perfeccionar lo que habian bosquejado, animar sus pensamientos, aclarar sus expresiones y esparcir sobre la erudicion mas difícil las delicadas gracias del sentimiento.

Este sentimiento, pues, afectuoso y persuasivo, intenta conseguir sus primeros sucesos en la cátedra de la verdad. La Francia se admiró al ver que un hombre formado en las ciencias abstractas, juntase aquellas vigorosas ideas, aquellas imágenes persuasivas, aquel rápido entusiasmo, aquel fuego y aquella uncion que no pertenecen sino á los consumados maestros de la eloqüencia. Quando el infierno dirige los pasos del pecador, se estreme-

ce

(1) *Breviloquium.*

(2) *Sententiae Sententiarum.*

ce (1). Pero ¿qué sucede quando se manifiesta á los justos el derecho que tienen á la gloria que ellos esperan? ¿Y quando á los grandes se les recuerda la muerte? tiemblan. Pero quando se turba, por decirlo así, el silencio de los sepulcros al ver que se llama á juicio á todos los mortales, se consterna uno y le parece que está en aquel dia delante del Señor. Se le figura que ya está sufriendo los golpes que descarga sobre él su severa mano. *Buenaventura* imita con su eloqüencia, quando habla delante del pueblo, la simplicidad de Amós (2). A presencia de los grandes del Mundo parece que se reviste de la magestad de Ezechiél. Y á los sabios les parece que oyen á San Pablo quando hablaba delante del Areópago.

Mas ¿para qué me canso en analizar unos discursos, de quien mas bien que yo podeis vosotros juzgar? A la vista de todos se conservan, con que leed y:::

Leed sus exhortaciones sobre la ley (3). Desde luego conoceréis que en ellas se explican los misterios sin sequedad, se exponen las obligaciones sin conclusion, y se representan las costumbres con otra tanta mayor certeza que prudencia.

Leed aquella sólida obra en donde se propuso nuestro Santo Doctor facilitar el trabajo y los sucesos de sus hermanos. Ella es, digámoslo así, la Biblia de los pobres (4). Todos aque-

(1) *Centiloquium, prima Pars.*

(2) *Serm. in Dominic.*

(3) *Serm. in accen precept.*

(4) *Biblia Pauperum.*

aquellos diferentes asuntos que deben tratarse en la cátedra de la verdad, se proponen allí con orden, y se enriquecen con exemplos, asseverados con pruebas sacadas de las costumbres y de las representaciones del Evangelio. Obra singular por cierto, incomparable y la primera en su género, á la que hasta ahora tiene *Buenaventura* la gloria de no haber otro llegado.

Bien podría dar aquí otras muchas pruebas de aquella superior erudicion que le caracteriza. Pero quien solo le conoce por su erudicion, no le conoce, como se suele decir, mas que á medias. Su mérito está en el de reunir al de sus superiores talentos una tierna piedad. Al paso que brilla la ciencia en sus escritos, se manifiesta la piedad en su modo de proceder. Casi puede decirse, que la sabiduria divina dirigió su entendimiento, y que el divino amor se encargó del cuidado de formar su corazon. Entra, pues, en la Orden de Francisco de Asis, y quando se advierte que viene á buscar modelos, se ve, que él es el que da exemplos. La piedad que inspira á los demas, es una palpable demostracion de la que á su corazon gobierna.

¡Quán eloqüente es esta piedad en los elogios que consagra á la de Maria (1)! ¡O Damasceno! ¡ó Bernardo (2)! Si desde la gloria que gozais conocéis los honores que sobre la tierra recibe la Madre de Dios ¡quán gustosos es-

(1) *Specul. B. Virg.*

(2) *Offic. compus.*

estaréis al ver que en los de *Buenaventura* revive el espíritu que tuvisteis en el Mundo (1)! Desde el mismo instante en que con vuestros pensamientos y expresiones empezó á honrar á aquella soberana Madre, se declaró por vuestro discípulo (2). ¡Ah! Si hubiéseis tenido el consuelo de tratarle, desde luego me persuado, que le hubiérais tomado por vuestro modelo y guía.

Y ¿de dónde sacó aquella piedad llena de unción? De los pies del tabernáculo. Delante del angusto Sacramento de la Eucaristía, se perfeccionaban sus luces y se purificaban sus sentimientos. El pan de vida le transformaba en un nuevo ser. Quanto mas se alimentaba con él, mas tierna era su piedad, y mas segura su fe. La pureza de esta es la que santificó la generosidad de sus talentos.

No en pocas ocasiones las grandes luces producen tristes descarríos. Muchas veces, quanto mas se adelanta en las ciencias, mas se pierde en la Religión. Es cierto que la erudición ha hecho los mayores servicios á la Iglesia; pero tambien lo es, de que la ha causado las desgracias mas terribles. Los talentos son apreciables, si se hace un buen uso de ellos; pero funestos, si se emplean sin estruendo las ventajas que proporcionan. En Cipriano, Atanasio é Hilario, fueron respetables por lo primero; pero perniciosos por lo segundo en Arrio, Pelagio y Nestorio. Es constante, como he-

(1) *Pralt. B. Virg.*

(2) *Laus B. V.*

hemos dicho, que segun el diferente uso que se hace de ellos, así causan las ventajas ó desventajas á nuestra Religión.

Si la fe de *Buenaventura* no hubiese sido sólida, segura é invariable, no elogiaríamos en el día delante de los altares la sublimidad de sus talentos. ¡Talentos, por cierto universales, en los cuales solamente me parece que revive todo el espíritu de los santos Doctores, y con especialidad el de San Agustin, San Gerónimo, San Gregorio y San Bernardo!

En otro tiempo se atrevió á decir un panegirista de S. Agustin, que lo que este Santo ignoraba faltaba á la Ley de Dios (1). ¿Temeré yo aplicar el mismo elogio á *Buenaventura*? ¿Qué cosa es la que él ignoró? ¿Cuál sobre la que no haya escrito? El descubre, como intérprete, el obscuro sentido de las profecías; distingue los consejos del precepto del Evangelio; explica las decisiones de los concilios y la creencia de la Iglesia. Su facilidad en aprender, le hace familiar la ciencia de todos los siglos y tiempos. Como controversista, ataca á la heregía y á las dificultades que ella inventa y opone. En quanto escribió acerca de la Trinidad, concluye y dexa sin recurso á la Iglesia Griega. Sus principios sobre la Eucaristía, son otras tantas anticipadas refutaciones del Calvinista. Sus pruebas y razonamientos confundirán y aterrarán en todos tiempos al Deísmo (2). Como teólogo, procuraba

es-

(1) Volusiano.

(2) *De reductione artium ad Theolog.*

estudiar y reducir todas las ciencias y artes á la ciencia mas útil y provechosa de la Religion.

Yo iba á mostrárosle versado en los conocimientos místicos, hábil para pintar el alma, que, por medio de una estática contemplacion, se ve á un mismo tiempo formada por la naturaleza, desfigurada por el pecado y restablecida por la gracia (1). Iba::: Pero no (2): yo dexo pasar por alto aquellos escritos, cuya profunda espiritualidad podria edificar sin instruir. Desde luego te excuso, ó Mundo profano, la relacion de una doctrina, de quien no conoces todo el precio que tiene por mas que te diga. Otros títulos mas admirables para *Buenaventura* son los que llamarán tu atención y respeto. Trescientas obras que salieron de su inagotable pluma manifiestan bastante la universalidad de su ingenio (3). Es de admirar que un hombre que con sus ocupaciones siempre nuevas compone casi la historia del décimo tercio siglo, haya podido enriquecer á la Iglesia con tantas obras, y tan igualmente dignas de la inmortalidad.

Los concilios declaran á favor de San Gerónimo, que ningun sabio habia profundizado tanto como él en la ciencia de la sagrada Escritura. ¿No hizo acaso lo mismo nuestro Santo? ¿Quién forma mejor que él las imágenes, penetra el sentido y usa de las expresiones

(1) *Soliloquium.*

(2) Teologia mística.

(3) Baillet. *Vida de S. Buenav.* 14. de Julio.

nes de la Escritura? Historiador como Moysés, pintor como Salomon, sublime como David, y tan sencillo y simple como los Evangelistas, logra usar en todas partes del language de los libros sagrados.

San Gregorio el Grande escribió la vida de San Benito: *Buenaventura* la de San Francisco; y entre estas dos obras no aciertan los sabios (1) á decidir cuál de ellas tenga mayor mérito (2). En la última se ve, que se describe la vida de San Francisco desde su cuna, en que empezaron á manifestarse sus prodigios, hasta el sepulcro en que se eternizaron. El apostolado y la legislatura, parece que concurren en ella á porfia para ensalzar la Religion. En ella se le advierte al héroe ya profeta, ya mártir, ya taumaturgo y siempre santo. Como hijo reconocido, no olvida nuestro Santo Doctor nada de lo que puede contribuir á la celebridad de su padre; pero su zelo circunspecto jamas concede á su Patriarca elogios que puedan debilitar la gloria de los demas legisladores. Respeta la virtud en todos los santos, porque los imita (3).

San Bernardo suministró unas reglas sólidas á los Religiosos (4): *Buenaventura* les dirigió las mas sabias instrucciones. Sus poderosos documentos conducen sucesivamente al hombre frágil á la virtud, al fervor al vir-

Tom. I.

O

tu-

(1) Leonard. de Arret.

(2) *Legenda Sancti Francisci.*

(3) *Specul. disciplin. ad novitios.*

(4) *De institutione novit.*

tuoso, y al que es fervoroso á la perfeccion (1).

Comparable por la variedad de sus talentos á las mas resplandecientes lumbreras de la Iglesia, no lo es ménos por la pureza de su fe. En el elogio de los sabios nos vemos algunas veces precisados á remontar un vuelo officioso sobre las opiniones casuales de los atrevidos sistemas y de los sutiles errores. Muchas veces se les hacen brillar los sucesos por unos medios prodigiosos.

Mas la Iglesia no puede reprehender á *Buenaventura* por este fatal abuso de los talentos. No señores: yo no tengo que defenderle sobre la mas leve sospecha en esta parte.

La austera verdad es la que dicta todas sus decisiones. Por mas que sean sus obras, nunca penetra los limites sagrados la presuntuosa razon; porque la fe se los tiene prescriptos al entendimiento humano. Prevenido sabiamente contra las novedades escandalosas, sabe su zelo atacarlas y defenderse de ellas. Su respeto á la Religion, iguala á su amor. Sus armas son las de la fe; la que se dexa conocer en su espíritu, en su sentimiento, en sus obras. En éstas el espíritu, los sentimientos en su corazón y las obras en su conducta. La caridad, que es la que gobierna sus acciones, es una guía incapaz de perderle.

El no incurrir en error alguno es obligacion de todo sabio: el corregir los errores de los demas, es el ministerio de un apóstol. A

es-

(1) *De profectu Religiosorum.*

este trábajoso cuidado están consagrados los primeros escritos de *Buenaventura*. En su tiempo reynaba una licencia escandalosa. Muchos sabios se apoyaban en la autoridad de los Santos Padres, para explicar el dogma é interpretar la moral; y no pocas veces se desafiaban de comprobar las autoridades de que se valían. De esta culpable inatencion, nacia las expresiones truncadas y las falsas citas; y mas de una vez errores atribuidos á los mas fieles defensores de la verdad (1). ¿Qué es lo que hizo nuestro Héroe para cortar este abuso? Aplicado á desentrañar el sentido de los santos Doctores en ellos mismos, y entresacó sus ideas: cotejó sus decisiones de diferentes modos; y de todos sus pensamientos reunidos, compuso un cuerpo de verdades incontrastables, que abraza todas las partes de la Religion. ¡Cuán difícil es engañarse y engañar á los demas, quando el primer maestro Dios, á quien se consulta, es el principio de toda verdad! Tal es el modo que tenia de gobernarse *Buenaventura*. Con él mismo es con quien yo atestiguo. Muchas veces, hermanos míos, se os ha traído á la memoria aquel día, en que chocado Tomas de Aquino por la doctrina de nuestro Santo, le suplicó, que no le ocultase aquellos sabios tratados que le suministraban tantas riquezas. Dignate, exclamaba aquel Angel de las Escuelas, de comunicarme ese importante secreto. ¡Cuánto aprovecharé yo con esas obras luminosas, cuyo precio conozco por

O 2

tus

(1) *Libri Praelex.*

tus sucesos!!! ¡Qué tesoro tan grande es el que descubre *Buenaventura*! ¡Quántos libros en uno solo! Ved, le dice, esta cruz. Ella es mi teología, mi predicador y toda mi erudición. Todo lo que yo sé es, que mi Dios está crucificado (1). *Non enim Judicavi me scire aliquid nisi Jesum-Christum, & hunc crucifixum.* En sus llagas busco mis ideas: de su sangre saco yo mis conocimientos, y en su corazón es donde yo formo mis sentimientos. *Buenaventura*, que era la luz de su siglo, publica que nada sabe, ó, por mejor decir, que la cruz es su libro. Pero si sabe, si aprende en Jesu-Christo, ¿qué otra cosa le queda que apetecer? Nada hay mas que saber::: Quanto menos procuran hacerse admirar los santos, otro tanto mas admirables son.

De este modo es como reunió el divino amor en *Buenaventura*, no solamente talentos universales con una fe cierta y segura; sino tambien aplaudidos y ensalzados con una humildad profunda.

Por lo regular en los talentos medianos, es la obscuridad su única herencia. Unas favorables circunstancias pueden desde luego atraerles admiradores interesados ó crédulos; pero no lo conseguirán por mucho tiempo de aquellos que están libres y despreocupados. El ingenio superior y universal, es el que únicamente tiene la ventaja de reunirles y obligarles. La admiración pronto se acaba, quando recae sobre los talentos vulgares. Al siguiente

(1) I. Cor. c. 2. v. 2.

te dia de sus sucesos suele venir muchas veces el de la época de su humilde decadencia. El império del espíritu es el que disputa con mayor ardor la vanidad, y el que con ménos facilidad la concede.

En *Buenaventura* todo contribuye á concederle este império tan lisongero para el amor propio. A su presencia desaparece la rivalidad de los talentos; y la envidia misma se ve precisada á aplaudirsele. En el décimo tercio siglo le honró la voz comun con los mismos títulos que creo debía aplicar en el siguiente á aquel respetable Chanciller de la universidad de Paris Mr. Gerson, hombre á la verdad que enseñó las ciencias con tanta reputación, que fué como el alma de los concilios de Pisa y de Constanza; y á cuya gloria se añade la que aun publican en el dia sus preciosos escritos. Yo no sé, decia aquel grande hombre, si se gloriará la universidad de Paris de haber salido de entre los sabios de sus escuelas alguno que pueda ser comparado con *Buenaventura* (1). Si se me preguntase, cuál de ellos me parecia mejor, respondería sin detención ni repugnancia, que este Santo. Preciosa decision por cierto, máxime quando conocia la merecida reputación de que gozan Pedro Lombardo, Alberto, Halés y Tomas de Aquino::: Unos talentos aplaudidos por un juez tan sabio como desinteresado, no pueden ser sospechosos sino á los ojos de la ignorancia, ó de la incredulidad (2).

O 3

En

(1) Gerson de *Exam Doctórum.*

(2) Mr. Pleuri en su *Historia Ecclesiástica*, y su plagiarío

En el tiempo de *Buenaventura* ninguno dexó de creer lo dicho. Apenas se presentó en el teatro de las ciencias, quando reconocidos sus talentos araxo ácia si las públicas aclamaciones. Mas al modo que sus sucesos le hacian el mas célebre, una ligera ojeada que se echase sobre sí mismo le bastaba para hacerse el mas humilde.

Su nombre habia llegado hasta la corte de Roma. Destínale esta para el Arzobispado de Yorck, una de las mas opulentas mitras de la Inglaterra. La ambicion de otro qualquiera se hubiera llenado de satisfaccion; pero para su humildad fué una verdadera desgracia. Sin embargo, ¡quántos motivos habia para determinarle á no dar oidos á esta austera virtud! Clemente IV. es, como soberano Pontífice, quien lo manda. La Inglaterra misma llama á *Buenaventura* en su socorro, y lo mira como á un Profeta que hace aparecer el cielo para extinguir el fuego de las guerras civiles, corregir la depravacion de las costumbres, separar los escándalos del santuario y procurar la felicidad á los pueblos. ¡Tentacion delicada! Pero ¿qué puede esta sobre un santo é inflexible corazon? Así que percibió nuestro Santo

rio el Abate Racine, dan una idea bastante indecorosa de las obras y de la ciencia de *San Buenaventura*. El segundo ha copiado servilmente al primero. Mr. el Abate Velli le hace mas justicia; y Mr. Baillet mismo, no reusa ni desconoce en *San Buenaventura* la profunda doctrina que aquellos dos primeros autores citados (respectado el primero por otra parte, y el segundo frivolamente decisivo) se atreven á disputarle.

to la eleccion, partió inmediatamente desde París á Roma, y postrado á los pies del Papa, le suplicó, que le admitiese su renuncia. Lo que consiguió con esto, fué el que se diesen nuevas órdenes contra su resistencia. Y á vista de esto ¿se atreverá segunda vez á desobedecer? Sí. Pero ¿con cuánto respeto suplica? ¿con cuánta firmeza representa? ¿con cuánta modestia gime? ¿con cuánta eloqüencia persuade? El soberano Pontífice se ve precisado á confesar, que no sabe lo que en *Buenaventura* le admira mas, si sus talentos, por los que merece todos los honores, ó su humildad, que es con la que los reusa. Esta virtud, pues, huye otro tanto mas de los grandes empleos, quanto la ambicion los solicita.

No solo se contentará con renunciar los honores, sino que tambien desistirá de sus derechos. Entre Tomas de Aquino y *Buenaventura* reynaba una santa amistad. Tenia todas las señales de tal, y era de la misma clase que la que habian formado David y Jonathás. Tú serás el primero, decia éste á aquel (1); y desde luego te cedo con gusto mis derechos: reyna, pues: *Regnabis*. El ocupar el segundo lugar en el império, es sumamente bueno, siempre que David ocupe el primero. *Ego ero tibi secundus*. Tales eran los sentimientos de nuestro Santo Doctor con respecto á Tomas de Aquino. Un titulo sin contradiccion, daba al discípulo de Francisco el derecho de ser recibido antes que el del Dominico entre los

O 4

Doc-

(1) I. Reg. 23. v. 17.

Doctores de la universidad de París; pero se desapropió de él (1). Tú me precederás, decia á su respetable amigo; y yo tendré á mucha dicha el seguirte. *Regnabis*. Mi corazon te da el lugar que merece tu virtud. El segundo es muy honroso quando ocupa Tomas de Aquino el primero. *Ego ero tibi secundus*. En vano lo rehusó y se resistió á ello el humilde Tomas; porque humilde igualmente *Buenaventura* le instó, rogó, obligó y consiguió el triunfo. Triunfo, digo, de su rival, ya de la vanidad de hombre, y ya de la virtud de un santo en sí mismo. El uno tiene el mérito de la renuncia y el otro el de la obediencia.

Advirtiéndolo la humildad qualquiera ocasion de exercitarse, ¿se escusará de las que favorablemente la presente la Providencia? ¡Ah, hermanos míos! los mismos principios, siempre inspiran á los santos los propios sentimientos.

La Iglesia lloraba entónces la pérdida de un Pontífice digno de sus atenciones: tal fué Clemente IV. orador eloqüente, profundo jurisculto, negociador pacífico, irreprehensible en sus costumbres, zeloso, prudente, desinteresado y humilde en la corte de S. Luis y sobre el trono de la Iglesia.

Ya se habian pasado tres años, quando se juntó el cónclave para nombrar el sucesor de Clemente IV. Pero como los ánimos estaban dis-

(1) Este derecho se fundaba en que *San Buenaventura* habia concluido su curso de Teología en París, y Santo Tomas de Aquino el suyo.

discordes, dexaron siempre indecisa la elección. Las necesidades de la Iglesia pedian un pronto socorro, como que decaían sus intereses al paso que se aumentaban sus enemigos. ¿Quién será el que logre la dicha de unir á los Cardenales y hacerles convenir en una misma cosa de modo que nada sea capaz de variar su dictámen? *Buenaventura* será aquel hombre dichoso que logre semejante fortuna. Que hable, y su voto decidirá el de todos los demas. En efecto, así lo va á hacer::: ¿Pero recaerá su elección sobre sí mismo? Demasiado humilde es para esto. ¿Decidirá á favor de alguno de aquellos Pontífices que le hacen el árbitro de su misma elección? A la verdad, que este es un tributo con que se debería corresponder al reconocimiento. Pero otro motivo mas poderoso es el que le anima. ¿Y cuál será este? El de la Religión. Su Orden, en fin, que ha dado tantos Gefes á la Iglesia ¿no podrá suministrarla á lo ménos un predicador tan famoso como Nicolas IV. un apóstol tan zeloso como Sixto IV., un sabio tan modesto como Alexandro V. y un carácter tan firme como el que tuvo Sixto V.? Sí, en efecto que puede; pero no es en la Orden de San Francisco en la que busca *Buenaventura* aquel sugeto que debe ser el hombre de Dios y de la Iglesia. Thibaut, Arcediano de Lieja, conocido entónces por su santidad, y cuyo zelo y prudencia daban á la Iglesia las mayores esperanzas: Gregorio X. en fin (baxo de cuyo nombre se conoció despues), es aquel á quien destina el cielo, señala *Buenaventura* y nombra
bra

bra inmediatamente el sagrado Colegio. ¡Elección juiciosa por cierto! Ella hará ver en todo tiempo, no solo el discernimiento de nuestro Santo, sino tambien su humildad.

Del modo que le hemos pintado, es como se presenta á la vista del admirado cónclave, manifestándose á sí tambien en sus escritos y en todo su modo de obrar. El hombre humilde por todas partes se reproduce. ¡Cuán admirable es ver aquella misma mano que acababa de colocar la tiara sobre la cabeza del soberano Pontífice, padecer aquellos contagiosos males como un nuevo *Lázaro*, de quienes todos hufan, y el que hasta de sí mismo se espantaba! Y vosotros ministros enviados por la cabeza de la Iglesia para honrar á *Buenaventura* con la púrpura Romana, ¿quál fué vuestra admiracion al hallarle ocupado en el ministerio mas vil (1), y al ver la indignencia que mostraba á la dignidad que le esperaba, valiéndose de mil excusas para retardar, ó por mejor decir, para hacer que no llegase el caso de recibirla? ¡Ah! Desde luego aseguro, christianos oyentes, que os habrá parecido menor el oráculo, que el héroe de la humildad:::

Humildad profunda unida á unos talentos aplaudidos: fe pura unida á unos talentos universales; y piedad tierna inseparable de unos talentos superiores, fueron los felices efectos del amor divino en el corazon de *Buenaventura*: en ellos es en los que estriba su santi-

(1) Estaba fregando los platos.

dad. *Sanctus*. Acabémos con decir, que el amor divino, fuente y origen de su santidad, lo es igualmente de su gloria. *Magnus*.

SEGUNDA PARTE.

El amor divino asegura una autoridad general á las obras de *Buenaventura*: un resplandor singular á su ministerio; y una inmortalidad á su reputacion, que parece no corresponde mas que á él solo. *Magnus*.

Lo que distingue sus escritos entre todos los de los santos Doctores, es lo unido y conciliado que está siempre el sentimiento con la erudicion (1). Es aquel tierno é insinuativo lenguaje, que enseña la ciencia al hombre piadoso, y la piedad al hombre sabio. Algunos tienen la facilidad de alucinar al entendimiento con la riqueza de las ideas; pero el singular talento de *Buenaventura*, es el de poner en todo quanto escribe el sello de la caridad en que está abrasado. Sus expresiones están llenas de fuego. Conducen al alma á la atencion, movimiento y penetracion de un impetuoso sentimiento, que la enmudece, la transporta y la amaestra. *Penetrat, transfigit* (2). Parece que la divinidad misma la ha encargado el cuidado de que la ame, comunicándola este inefable secreto.

¡Que no pudiera yo dar á mis palabras aquella unción y fuerza de que están llenas las

(1) Francisco Lamat. *Trat. in S. Bonav Opera*.

(2) *Ibid.*

diferentes obras que nuestro Santo consagra al amor divino (1)! Prestad, ó mortales, de qualquiera estado y condicion que seáis, prestad á mis reflexiones, decia él muchas veces, toda quanta atencion podais. Yo quisiera abrazar á todo el Universo con el fuego del santo amor. *Universos excito ad amorem* (2).

Pero al mismo tiempo que escribe y exhorta ¡qué entusiasmo tan maravilloso es el que le arrebatá! *Transfige dulcissime Domine Jesus, medullas animæ meæ* (3). ¡O Jesus! exclamaba, penetrad con las llamas de vuestro amor todo el poder de mi alma. Vos sois, Señor mio, mi esperanza, mi apoyo, mi refugio y mi tesoro. Vos solo debéis reynar sobre mi corazón: á vos únicamente le consagro para siempre. *Te solum diligam* (4)::: Vuelto en sí, desde luego exponia á los christianos los beneficios de Dios, y su ingratitud á este Señor. No dexareis de confesar conmigo, que todas las ideas de nuestro Santo son muy conformes á las que tuvieron los Santos Padres; pero que ademas da una nueva brillantez á sus pruebas, y una accion singular á su piedad (5). San Agustín es el que mejor piensa, San Bernardo el que mejor razona, San Anselmo el que mejor decide; pero *San Buenaventura* es el que mas bien interpreta, reflexiona y mueve. Los pensamientos que toma de los

(1) *Incendium amoris.*(2) *Prologus.*(3) *Prolog. stimul. amoris.*(4) *Oratio devotissima.*(5) *Amatorium.*

los demas, se hacen en él inimitables en affection y sentimiento.

Este, pues, interesa siempre á todos los hombres. De aquí procede el alto concepto que adquirió en el dominio de todos los corazones. Instruye y mueve: *Docendo movet* (1). Y á vista de esto ¿me deberé yo admirar de que ande su nombre de boca en boca, y que en las regiones mas distantes del Mundo christiano resuene su gloria?

El retiro de San Gerónimo era una nueva Tebayda adonde concurrían de todas partes para consultarle como á un oráculo. *Tanquam ad oraculum* (2). Pero *Buenaventura* ofrece á toda la christiandad el propio consuelo.

Entre sus admiradores habia uno que por su augusta inclinacion ácia nuestro Héroe se atraxo las atenciones de la Francia y de la Europa entera. Este fué San Luis, ornamento del trono, gloria de la Religion, remunerador de los sabios y amigo de los santos: príncipe á quien sus leyes colocan en el número de los hábiles; su valor en el de los héroes, y su constancia en el de los mártires; y príncipe, en fin, á quien teme el vicio, admira el mahometismo y estima la Iglesia; por quien se niega el favor á la ambicion y se concede al mérito; y, en una palabra, el que desprecia la adulacion, patrocina el zelo y anima las virtudes, tanto por sus exemplos, como por sus beneficios. Conoció San Luis las obras de *Bue-*

(1) *Brev. Rom. in Offic. S. Bonav. Lect. V.*(2) *In Offic. S. Hieron. Ibid.*

naventura, distinguió su valor; y por lo mucho que las alababa, dió á entender lo dignas que son de aprecio. ¡Con qué prontitud, pues, llamó á nuestro Santo á su corte, y le confió los mas secretos intereses de su reyno y de su conciencia! Comunícale Luis sus ideas; y éste consagra sus talentos en su servicio. Los escritos del Doctor arreglan la conducta del Monarca.

Baxo de los auspicios de este príncipe logró la Iglesia tener una obra, en la que nuestro Santo se excedió á sí mismo (1): obra que sin dificultad se puede llamar el triunfo del sentimiento; y, en una palabra, el *Oficio de la Pasion*. No hay que citarme ya los pomposos títulos que sobre los sepulcros de los monarcas están esculpidos: estos, como fruto de la vanidad, perecerán sin remedio (2). Las lágrimas con que *Buenaventura* riega el sepulcro de Jesu-Christo son inmortales: estos son frutos de la Religion y del amor, el qual lo sabe pintar todo y animarlo.

Trasládate, ó fecunda imaginacion de *Buenaventura*, trasládate á mis expresiones para representar contigo á Jesu-Christo sobre la cruz (3), como sobre un árbol misterioso, cuyas diferentes ramas son otros tantos renuevos de vida. Desde ella es desde donde Jesu-Christo manda como rey, instruye como legislador, pronuncia como juez, perdona como

(1) *Offic. de Passi. Domini.*

(2) *Laudissimus de Sanctâ Cruce,*

(3) *Lignum vitæ.*

mo padre, espira como Redentor y triunfa como Dios. Expresiones piadosas y eloqüentes á la verdad, cuyas imágenes están delineadas por el ingenio, y cuyos sentimientos están dictados por el corazon, aplaudidos y ensalzados por San Luis y por toda la corte.

Esta capital de aquel religioso príncipe, poseía otro prodigio de virtud en la *Bienaventurada Isabél*, fundadora de la Abadía de *Long-Champs*, digna hermana de aquel monarca por su virtud y por su zelo. Esta, pues, pensó dulcificar la rigorosa regla de Santa Clara. Patrocina Luis la empresa, apruébala Urbano IV., confirmala Alexandro IV., y nuestro Santo Doctor la escribe. A sus cuidados y vigilancia es á quien debe la Iglesia esta regla sabiamente interpretada, moderadamente severa, esparcida con tanta rapidez y perpetuada con tanta gloria. Todas sus obras están marcadas con el sello de la santidad, y por lo mismo defendidas felizmente con sus sucesos (1).

Estos, pues, no se encierran únicamente dentro de los límites de este reyno. Como á un nuevo Moysés todo Israel le consulta. Blanca de Francia acababa de dexar esta corte para subir al trono de España. La corona siempre ofrece mil escollos á la virtud, y la reyna se estremecía al verles. Mas ¿cómo podrá resistir al peligro de la lisonja que la rodea?

¿A

(1) La reyna Blanca, apellidada la Sabia, era hija de San Luis y esposa de Fernando, hijo mayor de Alfonso X. rey de España.

¿A quién volverá sus ojos? A *Buenaventura*. Y ¿quáles eran los saludables documentos que éste la daba? Baste que sea una reyna á quien instruye para que la piedad sea una piedad noble, y la caridad que la prescriba una caridad bien meditada (1). El la dió unos consejos dignos de estado, y la hizo formar unos sentimientos que correspondian á su causa. De este modo era como gobernaba en otro tiempo San Remigio á Santa Clotilde.

Acuden los Pontífices de la Iglesia á nuestro Santo (2), y les pone á su vista las estrechas obligaciones de su ministerio: les aconseja, que junten la dulzura á la firmeza, la piedad á la ciencia, la paciencia al valor y el exemplo al precepto. De esta suerte iba formando San Pablo en otro tiempo á Timoteo.

Las vírgenes consagradas al Señor al rededor de los altares, le convidaban para que las arreglase su fervor (3); y su piedad las presenta en las acciones de Jesu-Christo un fiel espejo en donde deben mirarse para arreglar sus costumbres. ¡O libro mas que humano! Gerson componía de él su lectura, Santa Teresa su modelo, Belarmino su estudio y San Francisco de Sales sus delicias. Así encaminaba San Ambrosio en otro tiempo á la Religión á aquellas vírgenes que eran dignas de este título.

¡Cuán glorioso es para *Buenaventura* esta su-

(1) *De Regimine anime.*

(2) *De Sex Alis Seraphim.*

(3) *Meditationes vite Christi.*

superioridad que su virtud le concede sobre todos los estados! Pero quanto mas asegura el divino amor la autoridad de sus obras, otro tanto aumenta el resplandor su ministerio.

Empieza á exercer este brillante ministerio al frente de su orden, y una ligera nube parecia que le amenazaba con una próxima tempestad. Juan de Parma era el que la conducia. Y aunque tan capaz para edificarla por su piedad; no tenia los talentos suficientes para gobernarla. Sus grandes y apreciables qualidades se habian obscurecido por una inflexible rigidez, mas propia para producir rebeldes espíritus, que para someterlos al penoso yugo de la obediencia. Alterado Alexandro IV. con las turbaciones que se suscitaban, se apresuraba en apaciguarlas. Sus ideas se veían patrocinadas por aquel mismo que, aunque involuntariamente, habia suscitado el fuego de la discordia. Juan de Parma se precavio por su dimision de un excesivo peligro. Señala sucesor y nombra á *Buenaventura*. A una eleccion tan acertada todos se unieron conformes, ratificándola el Papa, y felicitándose á si misma la Iglesia: solo nuestro Héroe es quien rehusa la eleccion, y se opone á ella con mil obstáculos. Pero en vano. Es menester obedecer. Su eleccion vino á ser para su Orden la época memorable de su tranquilidad, y, si me es permitido hablar así, de su renacimiento.

Si intentára manifestaros todas las maravillas de su Generalato, era menester delinearos el reyno de la dulzura, de la firmeza y de

todas las virtudes. La disciplina de su Orden no se alteró, como no fuese para recibir un nuevo vigor. El sol brilla mucho mas quando sale de entre las nubes que miéntras una tempestad pasagera le eclipsa su luz.

Por el prodigioso gobierno de este sabio conductor, renace todo y se muda. En algun modo parecia que sucedia así con las almas santas á quienes gobernaba (1). Su pueblo venia verdaderamente á ser un pueblo de Profetas, amigos de Dios y zelosos de su gloria. Por esta razon, movido Alexandro IV. de su admiracion decia, que era una guía y un norte enviado por el cielo, muy acreedor á gobernar una de las mayores porciones de la Iglesia (2). Y ¿quién mejor la podia regir que un hombre cuyos pasos se distinguen por un zelo prodigioso?

Yo he advertido, decia él reflexionando sobre el prodigioso curso de las cosas, aquello en que su santo fundador se habia empeñado: he observado, digámoslo así, que se hallaba un Angel como volando en todas las partes del Universo. *Vidi Angelum volantem* (3).

¿No es cierto que hace él mismo esta pintura? En efecto, miéntras duró su Generalato se le vió como un Angel de paz volar hasta Narbona, y, presidiendo su primer capítulo, establecer reglamentos, que aun se conservan en el dia. Se le vió tambien en Pisa, don-

(1) Sap. 7. v. 27.

(2) Pref. de Alex. IV. á S. Buenav.

(3) Buenav. Serm. de S. Francisco.

de puso su Orden baxo la proteccion de Maria, favorable presagio de sus buenos sucesos. Tambien gozó Roma de esta dicha, desde cuya capital del Mundo christiano se embiaron Religiosos á las naciones bárbaras para enarbolar en ellas la cruz de Jesu-Christo. Tampoco careció Paris de este beneficio, en donde por medio de los exercicios públicos se excitó la emulacion, crecieron los talentos y resucitó el fervor. *Vidi Angelum volantem* (1).

Por todas partes revivia el espíritu de San Francisco en los edificativos observadores de su regla. Esta, pues, era el fruto de una sabiduria consumada. Pero muchas veces interpretan, estienden ó disminuyen las ideas de sus mayores. Por desgracia quando creen seguir las intenciones de su legislador, suelen entregarse y dexarse arrastrar de sus propias opiniones.

¡Lastimosa diversidad de sentimientos! Advierte *Buenaventura* la causa de esta desgracia (2). Mas ¿por qué medios detuvo su curso? Peneñado del mas profundo respeto por las leyes que su santo Patriarca dictó, emprendió fixar su verdadero sentido, y exponerlas del modo mas fiel y exácto. ¡Cuán sabiamente combinadas están sus interpretaciones! Ninguna cosa se escapa á su penetracion. Sus escritos defienden con igual suceso tanto al padre como á los hijos. Al padre por la sabi-

P 2

(1) *Expositio in Regul. Fratris Minorum.*

(2) Determinaciones.

duria de sus constituciones; á los hijos por la regularidad de su conducta.

No ignorais vosotros, hermanos míos, la triste necesidad en que se vió nuestro Santo de publicar la apología de su Orden (1). Habiale atacado la calumnia y la envidia con acusaciones odiosas, viles menosprecios, declamaciones públicas, ódio sin fundamento y furia sin medida. Todo representaba una dolorosa pasión. Determina defender á sus acusados hermanos; pero ¿de qué suerte? Sin acrimonia ni animosidad. Contrápone la verdad á la calumnia, las atenciones á los menosprecios, la autoridad á las declamaciones, la caridad al ódio y á la envidia, y los escritos de sus contrarios con la regla de San Francisco. Se parecia á Tertuliano, que no oponia á los calumniadores del Evangelio mas que la doctrina y el Evangelio mismo.

¡Cuán laudable es la moderacion para respetar la reputacion de aquellos á quienes uno se ve precisado á combatir! El no nombrar á un enemigo conocido y separar christianamente la persona de las obras, es un exemplo que edifica y que mueve hasta á aquel mismo cuyas escandalosas producciones destruye *Buena-ventura*.

Gerardo de Abbeville, hombre sabio, pero preocupado, y teólogo profundo, aunque fogoso crítico, se levantó contra la Orden de San Francisco, degradando su zelo, sospechando de su pobreza, y disputándola sus

(1) *Liber Apologeticus.*

apóstoles y mártires. La defensa de la Religión contra esta depravada obra estaba reservada á nuestro Héroe. Su *Apologia de los Pobres* (1), es admirable por la erudición que comprehende; pero sobre todo por aquella pureza de intencion con que hace decaer de las preocupaciones injustas, confesar los verdaderos abusos y consigue su enmienda. Entre los desórdenes, dice, que se la atribuyen, hay algunos que merecen una justa indignacion, porque los hombres no son siempre perfectos. Ademas de que, el abuso que se haga de la regla, no recae ni estriba sobre la regla misma. La Religión siempre es santa, aunque tenga dentro de sí algunos discípulos prevaticadores.

Las imputaciones de Gerardo de Abbeville, no miraban á otra cosa que á excitar las de un hombre mas atrevido y determinado que él; quiero decir, las de Guillermo de San Amor, hombre de genio acalorado, amigo de disputas, artificioso en sus principios, poco fiel en sus descripciones, y tan incapaz de moderacion como de retractarse: famoso por sus talentos, por sus escritos, por sus preocupaciones, por sus desgracias, por sus protectores y por sus apologistas. Baxo de su nombre acababa entónces de salir á luz una obra interesante, porque era crítica. Esta clase de escritos siempre agrada á la perversidad. Su título era el de *Los peligros de los últimos tiempos*. En vano ofreció no usar de aplicaciones

(1) *Apologia Pauperum.*

injuriosas. Sus pinturas y descripciones contradecian sus ofertas:: Refútale *Buenaventura* (1): y con la ciencia mas vasta y la mas sólida justicia, demuestra el verdadero mérito y perfeccion de la pobreza de Jesu-Christo. Descúbrense los artificios: quitase la máscara á la iniquidad: salen del trono contra estos vicios oportunas providencias: fulmina tambien contra ellos sus excomuniones el Vaticano; y aquel enemigo de la pobreza Evangélica, va á llevar su resentimiento á un triste destierro, sin que fuese con él su arrepentimiento::

Pero yo me afano demasiado por considerar á *Buenaventura* mas útil aun para la Religion que para su Orden. Mucho tiempo hacia que se deseaba la reunion de la Iglesia Griega con la Latina; y jamas se habia podido conseguir (2). Los Emperadores de Oriente pedian un concilio, y le rehusaban (3). Los Patriarcas de Constantinopla tan breve descendian por política como rehusaban por interés á la paz general (4). De aqui provinieron aquellas sangrientas guerras que se suscitaron, aquellas concertadas revoluciones que asombraron, aquellos Emperadores que perecieron y aquellos usurpadores que dominaron (5). Balduino habia reynado muy poco para

(1) *De Paupertate Christi adversus magistrum Guilelmum.*

(2) *Histor. Eccles. Fleuri.*

(3) *Histor. Eccles. Comp. Racine.*

(4) *Histor. del Clisma de los Griegos. Mainbourg.*

(5) *Hist. Eccles. de Leon.*

ra executar los progresos pacíficos que habia concebido. Joanice se habia señalado por las muchas protestas y crueldades infames que habia cometido con mal efecto. Gregorio IX. habia hecho grandes tentativas sin conseguir casi nada. En fin, presentóse una ocasion favorable y aprovecharon de ella. Paleólogo ocupó el trono del imperio y Gregorio X. el de la Iglesia. Las miras del Emperador, y el zelo del soberano Pontífice, se encaminaban á reprehender á aquellos espiritus revoltosos. Negocióse la paz; y de resultas se convocó un concilio general en Leon.

Ya he llegado á tocar, christianos oyentes, el triunfo mas precioso de *Buenaventura*, quien estaba lleno de los encargos que se tomó por la Religion. Interesado el Papa en dar mas autoridad á la voz y á la doctrina del santo General, le elevó al Episcopado y le obligó á aceptar la púrpura Romana. Las dignidades siempre imprimen el respeto que no suelen tener los talentos.

Abrióse, pues, el concilio; y le presidió Gregorio X. A su lado nos coloca la historia á *Buenaventura*. ¡Qué espectáculo tan respetable! El rey de Aragon, los embaxadores de todas las cortes, los prelados de casi toda la christiandad, y quanto tiene el sacerdocio y el imperio con la investidura del mayor carácter, todo se hallaba junto en una misma ciudad: pero ¿sobre quién pusieron principalmente sus miras? Sobre nuestro Santo. Habla este y todo el mundo le escucha con fruto y admiracion. Levantaos, ó Jerusalem, dice:

ce: *Exurge Jerusalem*: levantaos y mirad ácia el Oriente: *Circumspice ad Orientem*; y desde éste al Occidente vereis dichosamente unidos á vuestros hijos (1). *Et vide collectos filios tuos ab Oriente usque ad Occidentem*.

¡Qué aplicaciones tan ingeniosas debe producir este discurso! Ninguna de ellas se le escapa al orador christiano. Con ellas persuade y mueve, de modo que hace saltar las lágrimas. Todo indica una próxima y permanente paz. Como que parece que deseaba el concilio oír por segunda vez la victoriosa eloqüencia de *Buenaventura*. La unidad de la fe, suministraba el razonado plan de su discurso. Ambas Iglesias aplaudian sus primeros sucesos. Acabad, santo apóstol, acabad esa importante obra. La Religion espera triunfar por vos. Llenad sus deseos y colmad sus esperanzas.

¿Sus esperanzas? ¡Ah! ¿Qué es lo que yo digo? ¡Qué voz tan triste es la que me viene á sorprehender! *Cecidit columna Christianitatis* (2). Cayó la columna de la christiandad. Murió *Buenaventura*: murió aquel cuya voz parece que estamos oyendo; aquel que era la gloria de su siglo y la admiracion del Universo: aquel que se sepultó baxo sus trofeos.

¡Qué triste revolución es la que acaeció en el concilio con este funesto acontecimiento! Gregorio X. llora á un amigo, que no se avergüenza de publicar por tal. Los Cardenales,

(1) Baruch. g. v. g.

(2) Gregor. X.

explican su doloroso sentimiento con mil suspiros. Hasta los mismos Griegos sienten la pérdida de un vencedor suyo en quien respetan unidos los talentos y las virtudes. A su Orden se la figura haber perecido con él. Y, en una palabra, en él solo cree haber perdido la Religion todos sus recursos. *Cecidit columna Christianitatis*. Aquí concluyó *Buenaventura* su ministerio. Pero si la brillantez de él habia interesado al Universo, tambien este asegura la inmortalidad á su reputacion.

La sabiduria, decia Salomon, eternizará mi nombre entre los pueblos. Los hombres consumados en el estudio de los mismos hombres me harán los mas distinguidos honores. Los potentados de la tierra reclamarán mis beneficios; y apresuradas las naciones implorarán mi proteccion (1). Mi poder resplandecerá en los tiempos mas peligrosos. Oráculo admirable! Nosotros le vamos á ver verificado muy en breve en nuestro Santo.

¿Quién, por mas eloqüente que sea, podrá significar el triste y pomposo acompañamiento de sus exéquias, y pintar énérgicamente las lágrimas que vierten sobre su cadáver, así el soberano Pontífice como los Cardenales y todo el concilio? Todos acompañaron hasta el sepulcro aquellas veneradas reliquias, y en esto mismo dieron á entender, no siguieron otro exemplo en los honores que le tributaron que el del concilio de Constantinopla quando se los hizo á San Melezo de An-

(1) Sap. 8.

Antioquia. Encargado, pues, el Cardenal de Ostia de su oracion fúnebre, le dió á conocer baxo el nombre de Jonathás, como quien dexaba dividido al Universo entre el sentimiento y la veneracion (1).

Pero ¿que podria añadir su panegirista á lo que habian ya dicho de él San Francisco, Santo Tomas y Alexandro de Halés? Será, como profetizaba San Francisco, el ornamento y el propagador de la Orden que yo acabo de instituir. Dexemos, pues, á un santo que trabaje para otro santo. *Sinamus sanctum pro sancto laborare.* ¡A un santo! Pues ¿quién es ese que le reconoce con estos rasgos? ¿Quién? El hombre mas capaz para juzgar de la santidad (2): el rayo asolador de la heregia: el terror de la impiedad, y el Angel de las Escuelas Santo Tomas de Aquino. Pero no: casi estoy para creer que no pecó Adán en *Buenaventura*. Este era el modo de sentir de Alexandro de Halés.

Sin embargo, es menester coronar estos gloriosos testimonios con los del cielo mismo. ¿Me quereis precisar á juntar en este elogio los infinitos prodigios que sucedieron? No: un santo como el que elogiamos en este dia, no tiene necesidad de milagros. Su santidad está confirmada por todo el Mundo; y para prueba de la Religion contra los incrédulos bastan

(1) El Cardenal de Ostia, Arzobispo de Leon y despues Papa, pronunció en el concilio la oracion fúnebre de *San Buenaventura*.

(2) Wading. Cronic.

tan su vida y sus escritos. Ademas de que, mil veces se ha excitado ya la admiracion con la descripcion de dos prodigiosas maravillas, que el Dios que está presente en esa Sagrada Hostia concedió á sus deseos. Mil veces se ha dicho, que en una peste general, mereció su conservacion la segunda ciudad de este reyno (1) al favor de nuestro Santo; y que reducido un príncipe de la sangre de nuestros reyes al mas triste cautiverio le mereció su libertad (2). Yo desde luego quiero mas bien remitir vuestra atencion á los sabios y aplaudidos oradores en recoger sus escritos y perpetuar su gloria, que no molestaros con mi desaliñado discurso.

Sixto V. puso el primer cuidado de su pontificado en hacer una edicion de las obras de *Buenaventura*. Mas no la concluyó; pero lo que este habia empezado con tanto afan, lo acabó Clemente VIII. con buen suceso.

¿Qué diré yo de estas obras inmortales quando Clemente IV. no hallaba con ellas comparacion (3)? ¿Qué diré al ver que Pio V. (4) fundó en Roma una academia para que se enseñase en ella, con preferencia á otra qualquiera, la doctrina de *Buenaventura*? ¿Que, al ver que San Antonino (5) encontró en los es-

(1) Leon afligida con la peste.

(2) Carlos de Orleans, padre de Luis XII. hecho prisionero por el rey de Inglaterra en la batalla de Acincourt á 25 de Octubre de 1425.

(3) Clemente IV.

(4) Pio V.

(5) San Antonino, Arzobispo de Florencia.

escritos de nuestro Héroe reunidos todos los talentos y todas las ciencias? En sentir de Be-larmino, tienen las obras del Seráfico Doctor el privilegio de ser útiles á un mismo tiempo para proporcionar la gloria de Dios, que la utilidad de los hombres. Pero Sixto de Si-na (1) nos asegura tambien, que la doctrina de nuestro Santo incluye tanto lo mas sutil y delicado de la teología, quanto lo mas afectuoso que tiene el sentimiento. Yo, decia San Francisco de Sales (2), me instruyo con Santo Tomas, y me edifico con *San Buenaventura*. Aprendia con el primero: amaba con el segundo; y se aprovechaba de los dos.

Ya me parece, que imitando á los defensores de la verdad, oigo decir á Bucero (3) como uno de los partidarios del error. Quitadme á Santo Tomas y yo destruiré á la Iglesia: *Tolle Thomam, & Ecclesiam dissipabo*. *Buenaventura*, decia Lutero (4), es un hombre grandísimo. *Bonaventura vir praeantissimus*. Ni me admiro tampoco de ver, que el concilio de Florencia busque en los escritos de este Santo la decision de los puntos mas dificultosos, y reconozca en su doctrina la de la Iglesia universal (5).

De estos pareceres tan conformes nace el vi-

(1) San Francisco de Sales. Véase el Panegirico de *San Buenaventura* por el Padre de la Colombiere.

(2) Bolland. *in sua vita*.

(3) Bucero. Véase la Vida de Santo Tomas de Aquino.

(4) Lutero. Diconario de los hombres ilustres por Mr. Lavocat, art. *Bonaventura*.

(5) Concilio de Florencia.

vigoroso interés que toman por su gloria Federico IV. Luis XI. y todos los potentados de la christiandad. En una palabra, el oráculo decisivo dimanó del trono apostólico. Sixto IV. satisface á la piedad de toda la Iglesia y llena sus propios deseos (1). El cielo, decia este Pontifice, ha comunicado á *Buenaventura* el don de la sabiduría, y él mismo la ha llenado de gloria. Parece que el Espíritu Santo se expresa por medio de su boca. Sus escritos, son la imágen de su vida. Los honores públicos, son debidos justamente á la santidad.

Pero ¡qué es lo que me admira! ¡qué nueva celebridad es la que percibo (2)! Vencedor Clovis de las naciones Germánicas, vino en otro tiempo á ofrecer sus laureles á los pies de los altares en la soberbia Basílica de Rheims. Y en una Basílica consagrada á Dios baxo la invocacion de *San Buenaventura*, vino Carlos VIII. á suplicar al cielo, que favoreciese sus armas, y colocase sobre sus sienes la corona de Nápoles, cuya conquista meditaba.

El mismo zelo y la misma piedad fué pasando de edad en edad. Ana de Austria tuvo siempre á nuestro Santo Doctor el mas profundo respeto (3); y si los discípulos de San Francisco poseen en esta capital algunos de sus sagrados huesos, á esta augusta reyna es á quien se lo deben.

(1) Bula de Canonizacion de San Buenaventura.

(2) Hist. de Francia por Mr. Velli.

(3) Vida de San Buenaventura por el P. Boulle, Franciscano.

Y vosotros, pueblos de Leon, ¿cuántos homenajes tributais á las demas preciosas reliquias que poseeis? Vosotros habeis inscrito su nombre en vuestros fastos al lado del de los inmortales Pothino é Ireneo vuestros apóstoles y protectores (1). Los tiempos, que todo lo destruyen, no han conseguido de vosotros sino hacer mas edificativa y permanente vuestra piedad. Pero ¡ah! ¡qué dias tan desgraciados! ¡qué dias tan llenos de inquietud y de disensiones, de impiedad y de carnicería aquellos que nos recuerda la memoria en que el Calvinismo triunfaba sobre la heredad de los apóstoles! Leon, aquella ciudad siempre fiel llegó á ser por fin la conquista del error (2). ¡O *Buenaventura!* ¡o sepulcro! ¡o sagradas reliquias! Guiadas por el odio, y movidos por el interés, llegan á poner los enemigos de la Iglesia sus sacrílegas manos sobre las cenizas de este esclarecido Doctor. En efecto, hermanos míos. Mas ¡qué gloria para él, ser despues de su muerte mártir de la Religion, ya que habia sido su defensor durante su vida! Los Cismáticos habian, despues de vencidos, respetado su santidad: Los hereges furiosos, ni aun respetan su memoria (3). Pero los sucesos de la heregia tienen sus límites. Leon se rindió á la Iglesia. *Buenaventura* recibió en aquella ciudad los mas resplandecientes honores; y su culto llegó á ser en ella casi sin igual.

Pa-

(1) S. Buenaventura es Patrono de la ciudad de Leon.

(2) Toma de esta ciudad por los Calvinistas.

(3) Las reliquias del Santo fueron arrojadas al Sena.

Para ensalzar, pues, la solemnidad de este culto, solo faltaba á nuestro santo ser colocado entre los Doctores de la Iglesia (1). Sixto V. no pudo desentenderse de los deseos que tenían sobre este particular los Pontífices, los reyes y los pueblos. Como veía que todas estas miras formaban, digámoslo así, otras tantas autoridades irrefragables, creyó, no con poco fundamento, que excitaban y advertian á la suya propia sobre lo que debía de hacer. Sentencia, en fin, á favor de nuestro Santo, y, desde aquel mismo punto, como que se apresuraba la Iglesia universal á declararle el mismo culto que á Santo Tomas de Aquino. Ambos son dignos de ocupar el propio lugar, pues que tuvieron la misma fe y erudicion, y lograron los mismos sucesos. La Iglesia respeta y reconoce á los dos igualmente. Ensalzar al uno sin hacerlo con el otro, sería hacer una conocida injusticia á las dos Órdenes santamente rivales. La de San Francisco es el mayor panegirista de Tomas de Aquino; y la de Santo Domingo de *Buenaventura*. De mucha gloria es para una y otra el haber producido dos Doctores tan respetables, y dos Santos tan grandes.

El carácter, pues, que distingue á *San Buenaventura* es el del divino amor. Este juntó en él talentos superiores y piedad tierna: talentos universales y fe segura: talentos aplaudidos con una humildad profunda. El amor concedió á sus obras una autoridad universal, á

su

(1) Bula de Sixto V. por la que coloca á San Buenaventura entre los Doctores de la Iglesia.

gios á la gloria de algun héroe mundano, que por medio, tal vez, de unos horrosos crímenes se ha abierto el camino de una inmortalidad vana y engañosa? ¿Vengo á presentar á vuestra consideracion una santidad formada en los primeros tiempos del Christianismo, y de la que solo ha pasado á nosotros una leve memoria y recordacion? No: no es á ninguna de estas cosas á quien yo debo tributar estos justos elogios y homenages: es á una virtud cierta, constante y notoria. Una admirable sentencia os hará ver la ninguna necesidad que tenemos de valernos de la de la primitiva Iglesia. *Ne dicas, quod priora tempora meliora fuere, quam nunc sunt.*

Mientras que el cielo y la tierra sentencian de comun acuerdo sobre el culto que se debe dar á la B. Juana Francisca Fremiot de Chantal, ¿de qué rasgos me valdré yo para caracterizar el heroísmo de su santidad? Los sabios han publicado su gloria, respetado los santos su piedad, los obispos recogido la memoria de sus acciones, los soberanos Pontífices han examinado sus milagros y su Orden eternizará su espíritu. De mas de un siglo á esta parte, todo el Mundo solicitaba para ella los honores permitidos por la Iglesia: honores que ciertamente la concedian ya todos los espíritus y corazones.

La Francia que la vió nacer: la Saboya que la vió triunfar: la Iglesia á quien embelleció con sus empresas: la Religion á quien defendió con su zelo: la tierra depositaria de sus cenizas; y el cielo en donde están corona-

dos

dos sus méritos y virtudes, son, Señoras, las eloquentes voces que publican la gloria de vuestra célebre Fundadora, en quien hemos visto revivir en los últimos tiempos del Catolicismo el espíritu de los primeros christianos.

Encargado de hacer todos estos elogios en uno solo, me habreis de perdonar que como débil intérprete de los corazones, reúna solamente aquellos dictámenes mas decisivos, y que á la verdad encierran en sí todo lo que los demas contienen. El Mundo y el retiro, serán, cada uno por su parte respectiva, los panegiristas de la B. de Chantal, porque uno y otro han sido el obrador en donde se ha formado su santidad.

El Mundo vió los principios de esta. *Punto primero.*

El retiro vió como se consumó y perfeccionó. *Punto segundo.*

No digas que los tiempos antiguos fueron mejores que los presentes en que vivimos.

Señora: Este oráculo de la sagrada Escritura, parecerá á muchos que no conviene mas que á la Heroína christiana á quien yo pienso elogiar. Pero ¿será esto así? ¡Ah! La voz pública me escusa la dichosa aplicacion que yo podria hacer de aquellas expresiones á alguna otra además. ¿Qué consuelo para la Iglesia el de una reyna augusta, que hace brillar sobre el trono todas las virtudes que la Religion consagra en sus fastos! ¿Qué gloria para nuestro siglo! Pero basta merecer los elogios para rehusarlos: á nosotros no nos es permitido celebrar una piedad semejante mas que con el

Q2

si-

silencio y la admiracion, sin embargo de que hasta la irreligion misma la venera, y por desgracia no la sabrá jamás imitar. AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

El ser santo en el Mundo, no es obra de una virtud comun. El mérito de los primeros christianos, consistió en el de vencer al Mundo en medio de él. Prudentes en medio de los peligros y caritativos en el centro de la sensibilidad, nos representaron á los pueblos de la edificativa Iglesia Justino, Clemente de Alexandria y Tertuliano. Del mismo modo debo yo representar á la *B. de Chantal*. Viendo los peligros del Mundo, supo esta preciosa criatura vencerlos con su prudencia. Se la presentaban á la vista los desgraciados, é imponia á su caridad la obligacion de socorrerlos. Vea triunfar á la iniquidad, y, por medio del resplandor de su piedad, la confundia. Alabemos y adoremos, pues, á la divina Providencia, que en estos últimos siglos hizo revivir en nuestra Heroe los santos de los primeros tiempos de la Iglesia.

Todos son peligros en el Mundo, y así la inocencia que se mantiene ilesa en él, es una especie de prodigio. El primero de estos peligros es el de la educacion. En efecto ¡quán pocas veces se ve en el Mundo aquella en que solo recibe la juventud unos principios de sabiduria, de modestia y de Religion! Las primeras lecciones del Mundo son muchas veces exemplos de seduccion.

En

En la *B. de Chantal* no tenemos que temer estos peligros. Baxo el cuidado de un padre, que era el honor de la magistratura, vió la Borgosa crecer á esta tierna planta. Sobre el sepulcro de una madre piadosa, es sobre el que la jóven *Fremot* aprendió desde luego á conocer al Mundo y á menospreciarle. Desde una corta edad se advirtió ya su dulzura, admirando su modestia, moviendo su generosidad y edificando su fervor. En esta nueva *Esther* se encuentran mil qualidades apreciables y sin ningun defecto.

Pero hay por desgracia algunas ocasiones en que los principios de la educacion se olvidan muy fácilmente, y en que el deleyte, mas poderoso aún que la razon, sorprende á la prudencia, no da lugar á la reflexion y triunfa del corazon creyendo destruirle. Instruida, pues, por la vigilancia de un padre christiano habia ignorado el peligro: por la imprudencia de una hermana ménos precavida empezó á conocerle; pero este conocimiento, no la sirvió de otra cosa que para huir de él y vencerle. Insinuóse en su espíritu y le ganó, procurando pasar desde esta conquista á la del corazon para corromperle. Se la representaba el juego como una obligacion indispensable, y la disipacion como un mero entretenimiento. Mas ¿pudo seducirla el placer? No: por eso emprendieron la censura de su piedad. A la útil y piadosa leccion, la hicieron que substituyese la lectura profana y peligrosa; esperando de este modo un suceso otro tanto mayor en quanto con mayor destreza

za y sutileza se procura esparcir en estas obras el veneno. Hasta este extremo llegarás tú, encanto seductor: *usque huc venies* (1): pero tus débiles esfuerzos chocarán contra un corazón firme é inmutable. Los peligros vienen á ser triunfos para los santos.

Y ¿podrá tentarla el error á aquella á quien el placer y el deleyte no ha podido corromper? Mil veces dio contra ella, y otras tantas fué ahuyentado: aun en medio de la heregia de Calvino, que infestaba á la Francia, siempre estaba inmutable nuestra Heroína. Olvidemos, pues, aquellos tiempos de discordia, de venganza y de furor, en los que encendió el fuego de la guerra por todas partes, habia amenazado igualmente á la Religion que al estado; aquellos tiempos, en que se vieron por el suelo los altares, destruidos y arruinados los templos, y en los que los ministros de Jesu-Christo llegaron á ser las víctimas de su zelo; menospreciada la autoridad de los reyes, su trono poco seguro, y, en una palabra, armada la Francia contra la Francia misma. Despues de las guerras mas sangrientas, habia subido al trono Henrique IV. aquel guerrero atrevido y aquel principe amable, discípulo al principio de la heregia, dócil despues á la verdad, y conquistador, por fin, de su propio reyno; pero á pesar de los esfuerzos, de las astucias, y de los atentados de la heregia, no pudo entronizarse con aquel monarca. Ni tiene que lisonjearse de que rey-

(1) Job 38. v. 11.

nará en el corazón de quien empúñe el cetro de la Francia. La Providencia, siempre atenta, vela sobre la religion de nuestros reyes. Los sucesores de San Luis, no lo son para defender la heregia, sino para combatirla. En vez de asestar contra la Religion, no saben hacer otra cosa que practicarla, protegerla, estenderla, vivir, y, si es menester, morir por ella.

Pero aunque apartado el error del trono, no estaba destruido. A pesar del zelo y de la política habia sabido manejar sus negocios. Por el célebre edicto de Nantes habia concedido Henrique el Grande á los novadores privilegios, gracias, derechos y honores, no tanto para favorecer al Calvinismo, quanto para ganarle y atraérsele ácia sí. Entre Samaria y Jerusalén habia conseguido ciertas alianzas, con un comercio útil y ventajoso. El abrazar el error siempre se tenia por delito; pero este permanecia impúne; y sostenido el interés por medio de esta especie de indulgencia ó impunidad, no producía otra cosa que muchas apostasias y pocas conversiones. En toda la Francia tenia la heregia sus discípulos, sus zeladores, sus apologistas, sus conquistadores y sus víctimas.

Presentóse la tentacion á la B. de Chantal; pero ella habia recibido desde su infancia los principios de una fe cierta y segura. Conoció el veneno del error, la falsedad de sus dogmas, la ilusion de su reforma, la fantasma de su penitencia y la hipocresía de su conducta. Pero ¿qué digo yó? Apenas conoció la excelencia

cia de su fe, quando se determinó á defenderla. En una nifia se admiraba ya un apóstol. ¡Con qué noble vivacidad emprendió ella á un indiscreto partidario de la heregía; y con qué fuerza le hizo ver, que la Religion que él seguia no era la del verdadero Dios, y que el error impune en este Mundo, sería severamente castigado en el otro!

Será capaz, á vista de lo dicho, de mantener con zelo la verdad y ofrecerla sus sacrificios? Vosotros lo vais á juzgar. Las naturalezas, los gustos y los sentimientos, parecia que dichosamente se simpatizaban, y que requerian bien presto su consolidacion delante de los altares. ¡Al pie de los altares! ¿Qué es lo que yo he dicho? ¿Unirá la suerte á un discípulo de Calvino con aquella que ha abjurado esta secta con un aborrecimiento inmortal? No. Todo cede al amor de la Religion; y por un maravilloso rompimiento y desenlace, da ella á entender, que sacrificaría mil fortunas por no exponer su fe. El que no siga la misma Religion nunca formará con ella un mismo corazon.

Hasta aquí no he hecho mas que referir los combates y las victorias de la virtuosa Susana; ya es tiempo de que hagamos ver la conducta y los sentimientos de la prudente Judith. Vuestra reflexion se debe detener en aquel afortunado dia en que el cielo unió el recomendable nombre de *Fremios* al ilustre de *Chantal-Rabutin*. Yo no me cansaré en hacer ver por una parte los honores de la magistratura, y por otra la gloria de las armas.

Por

Por aquella infinitas ilustraciones, y el modo de reunir las mas honroso aún que ellas mismas. Por ésta una noble antigüedad de títulos merecidos al favor del príncipe, á la estimacion y asombro de la milicia, de la corte y de todo el reyno. Quiero mas bien representarnos el edificativo espectáculo de dos esposos unidos por el sentimiento, no tan solo del placer que les habia de causar su contento, sino por el que les habia de redundar del servicio y agrado de su Dios.

Como miembro de la milicia, no tardó el esposo en ir á buscar su gloria en medio de los combates. La esposa fiel, puso todo su cuidado para adquirirla, pidiendo á Dios por él y por ella misma. ¿Qué sucedió al ver que su marido como uno de los empleados en la corte iba á servir cerca de la persona del príncipe, adonde la obligacion le llamaba? El que esta muger solicitára encerrarse con su familia, como su obligacion se lo pedia. ¿Se pone el esposo á las puertas de la muerte? Pues su amada y fiel compañera desconsolada, cree acabar con él los dias de su vida. Sus cuidados, sus lágrimas y todas sus acciones manifiestan sus sentimientos, siendo estos al mismo tiempo conformes con la Religion. Como una esposa amada y digna de serlo, era al mismo tiempo madre tierna y respetable: Señora cuidadosa y condescendiente tambien, añadiendo á los exemplos de prudencia los de la caridad.

El ser feliz en el Mundo, parece que es suficiente para no interesarse en la suerte de los des-

desgraciados. En medio del resplandor del luxo, ignoran casi los ídolos de la fortuna que haya hombres que son víctimas de la miseria. Tal vez la mayor desgracia de los ricos, consiste en hacer servir para su misma perdicion las riquezas que podrían emplear en su salvacion eterna.

Jamás incurrió la *B. de Chantal* en estos crímenes. Yo descubro en su corazon todos los sentimientos de la caridad, y su conducta me ofrece una multitud de prodigios. ¿Esperará acaso á que la miseria venga humildemente á exponerla sus necesidades? No: porque ella sabe remediarla con anticipacion. ¿Se enfadará con su importunidad? ¡Ah! Ella siente no encontrar mas infelices para derramar mas beneficios. Su fe la descubre en la persona de los pobres la del mismo Jesu-Christo. Penetrada de estos sentimientos, no solamente participa de sus penas y se las dulcifica, sino que añade á su ternura y generosidad una especie de respeto y veneracion que edifica. Hasta la dulzura y bondad con que muchas veces obligaba á los ingratos, se la afeaban y criticaban. ¡Pero ah! respondia ella. La limosna, no tanto consiste en lo que se da, quanto en el modo con que se suministra. Y ¿qué sucedia quando la reprehendian del modo tan humilde con que daba á conocer la miseria, desentendiéndose de la grande distancia que habia de ella á la de los pobres? Que conoceis poco, respondia á semejante especie de críticos, á esos pobres á quienes menospreciáis. Aunque son inferiores á nosotros por su nacimiento y bien-

bienes terrenõs, tambien nos exceden muchas veces por sus virtudes.

Pero la caridad redobla sus nobles esfuerzos en los tiempos mas calamitosos. Las grandes guerras siempre ocasionan grande miseria. En Francia era esta casi general al principio del siglo diez y siete. Los horrores de la hambre se hacian sentir casi por todas partes. Los ricos estaban muy alcanzados y los pobres perecian. ¡Ah! ¡Y cuántos pobres en aquellos dias de afliccion y de calamidad, á quienes, por decirlo así, habia respetado la muerte en los combates, la buscaron ellos mismos en medio de una cruel desesperacion!

Aunque la tierra ingrata no corresponda con su fruto al trabajo de los hombres ¿os parece que la *B. de Chantal* se desentenderá de sus necesidades? No: cada dia mas viva su caridad, mas activa y mas liberal, se estiende con una santa prodigalidad. ¿Qué desgracia é infelicidad es la que desconocen sus continuos cuidados (1)? *Manum suam aperuit inopi.* Los pobres vergonzantes son descubiertos y socorridos, y los enfermos recogidos y aliviados. Su caridad basta para atender á todas partes; y quando agotadas sus riquezas parecia que no la quedaba ningun recurso, descubrió uno, que fué el de cercenar, no el luxo, porque jamás le conoció, sino el simple necesario alimento de ella misma. Se juzgaba feliz careciendo de todo con tal que á los pobres nada les faltase. Pero la lástima era de que aun

(1) Prov. 31. v. 20.

este último recurso no bastaba. Continuaba el hambre y los pobres se aumentaban. Su caridad es la que únicamente la queda: no haya miedo de que la falte con que socorrerlos. ¿No tiene ya bienes que repartir? Pues ella conseguirá milagros. Estos son la recompensa de su liberalidad, y los que prestaron á su caridad una nueva confianza y nuevo heroísmo.

Su historia nos refiere hechos tan singulares, que tal vez no agradaría á vuestra delicada comprehension el que yo les volviese á repetir. Hay asuntos que mas bien piden sombras que colores, y que el describirosles sería ofrecerlos el horrible espectáculo de un cuerpo lleno de llagas, un esqueleto horrible, un animado cadáver, un tronco infestado y corrompido, y un hombre, en fin, cuyo pestilencial aliento exhala por todas partes hedores de muerte. Me parece que al oír esto estais ya poseidas del horror. La humanidad exige, que nos desentendamos de semejantes asuntos, aunque es verdad que lo que esta repugna es deseado y buscado por la caridad. La fuerte é incomparable *Chantal* venció todas estas repugnancias. En vano se resistía la naturaleza, porque la animaba la gracia. Un hombre, que era el ódio y menosprecio de todos, llamó su cuidado y su atencion. Al paso que otros rehusan abrazar esta penoso y peligroso ministerio, empleaba ella todas quantas obligaciones exige la caridad en curarle sus llagas y aplicarle á ellas sus labios. El colmo de su felicidad hubiera sido el de morir víctima de la caridad que la animaba.

¡Que

¡Que no pudiera yo nombrar aquí aquella innumerable multitud de pobres á quienes constantemente asistió y sirvió! Pero ya sale del medio de su sepulcro una voz mucho mas elocuente que la mia, por la que vemos, que el reconocimiento transmitido á la posteridad erigió en Borgofia, en Poitou, en Saboya y en el Borbonés, un eterno trofeo á la inmensa caridad de esta nueva Tabitha.

Entre todos estos testimonios que publican su gloria, ninguno me parece como el que dáis vosotras: vosotras digo, á quienes la miseria presente obligaría ir á buscar en medio del error los recursos que no habiais podido encontrar en el seno de la Iglesia. En la dura precision de sacrificar la Religion ó la vida, habría quien abrazase con gusto una apostasia criminal, como le fuese útil, y le sacase de los horrores de la indigencia. No faltó, pues, en Génova, á quien parece que la heregia ofreciese con mucha seguridad estos socorros. Teniendo grande interés en atraerse partidarios, afecta siempre una inagotable caridad. Mas ¡qué golpe de la Providencia! El infiel Israelita iba á sacrificar á Baal. Llegalo á entender la *B. de Chantal*, y acude inmediatamente al socorro de aquel desgraciado que se iba á perder. Por medio de un solo beneficio, alivió su miseria, afirmó su fe y procuró su salvacion. La caridad sabe disfrazarse de todos modos para ganar los corazones. Tal es el santo uso que hace de sus riquezas. Quien sabe manejarse de este modo en la prosperidad ninguna desgracia debe temer.

Pe-

Pero ¿qué miras tan diversas son las que nuevamente llaman mi atención? Yo veo que á los prodigios de la caridad se siguen los de la piedad tambien. Vivian los dos esposos con la union mas perfecta y feliz. Mas ¿qué acontecimiento imprevisto es el que rompe estos vinculos tan preciosos y respetables! ¡O Dios mio! yo adoro vuestras determinaciones. Baxo el yugo de un esposo fiel y timorato, no era la *B. de Chantal* mas que puramente virtuosa; pero ella debe ser perfecta, y el primer sacrificio que el cielo la pide para esto es el de la vida de su mismo marido. Murió, en fin, en la primavera de su edad aquel hombre digno de vivir mucho tiempo para instruir al Mundo con sus exemplos. Murió, digo, aquel hombre ilustre por su cuna, y aun mucho mas por sus sentimientos: querido del príncipe y mas apreciable aun á los ojos de Dios: vasallo zeloso, guerrero intrépido, cortesano piadoso, padre tierno, buen señor, único esposo, y, en fin, christiano perfecto. Pero ¿de qué suerte murió? Un pariente, un amigo le asalta en una inocente diversion. Por causa de un menosprecio el mas singular, le hiere con un golpe inesperado y mortal: en una palabra, consigue hacerle caer á sus pies. En vano le asistieron con los necesarios socorros: ninguna esperanza daba de su salud: todo anunciaba una próxima é inevitable muerte. Venid, esposa fiel, venid en medio de vuestra tristeza á escuchar los últimos suspiros de un héroe christiano: Venid á admirar su sumision, á conocer sus intenciones y á ser participante de sus sentimientos.

mientos. Los decretos del Señor, decia él, son sumamente justos. Querido amigo, autor involuntario de mi muerte, no, no creas que mi amistad te ha de declarar tu accion por un verdadero crimen. Este golpe salió antes del cielo que de tu mano. Yo te perdono. Y tú, tierna esposa, continuó, no te vengues de mi muerte. Así lo ordena el cielo. Es menester morir, y al mismo tiempo amar. Al concluir estas palabras espiró.

Sus designios se cumplirán. No, no será con las lágrimas y sentimientos con los que esta desconsolada esposa honre la memoria de su marido: será sí, por medio de los sacrificios. El Señor me le dió, decia ella: *Dominus dedit*, y el Señor me le ha quitado. Yo siento toda la amargura de este golpe fatal; porque mi amor era verdadero, y mi dolor es legitimo. Pero en su muerte reconozco la obra de una mano superior (1). *Dominus abstulit*. Léjos de mí la vil intencion de una venganza indigna. El executar su voluntad, es la mejor prueba de lo que yo puedo hacer por él. Olvido el atentado; y no solo perdono, sino que amo al delinquente. Aun hace mas: medita el modo de dar las mas relevantes pruebas de su amor. De esta suerte se vengon los santos. He aquí los milagros de la verdadera piedad.

La que tenia la *B. de Chantal* era correspondiente á todos los tiempos y ocasiones. Sola, y con Dios solamente, veo que se niega al bullicio del Mundo, del que quisiera ser ol-

(1) Job 1. v. 21.

olvidada. Pero es madre y tiene muchas obligaciones que cumplir: la misma piedad que la hace solitaria, la hace tambien, digámoslo así, un apóstol. Me parece que la oigo decir á sus hijos, que la nobleza se debe distinguir por los sentimientos; y que el verdadero honor es la probidad, la conciencia y la Religión. Su piedad es siempre útil por mas recogida que esté: *Pietas ad omnia utilis* (1).

Piedad humilde, sumisa y respetuosa por cierto. Gobernada por un hombre célebre, se empeñó, como para ensayo de su docilidad, en algunas ideas inconsideradas é indiscretas. A pesar de sus luces, manifestó sus escrúpulos. No desconfiaba mas que de sí misma. Yo me la figuro, hermanos míos, agobiada con el peso de mil devociones pueriles, de mil oraciones supersticiosas y de mil penitencias excesivas: sufre, pero es obediente; y está misma obediencia la acarrea un mérito singular. Ya es tiempo, ó gran Dios, de recompensar esta humilde sumision de vuestra sabiduria. Dad á su piedad una conveniente guia y direccion. Para gobernar la conciencia de un nuevo pueblo, se necesita un nuevo Gerónimo. Pero ¿dónde le encontraremos? Existe y parecerá.

En aquel tiempo poseía un hombre la Iglesia, que unía en sí todos los talentos y virtudes. Entendimiento sublime y delicado: corazón sensible y compasivo: grande y delicado en sus proyectos: animoso en sus trabajos, y

(1) *Epist. I. ad Timoth. c. 4. v. 8.*

modesto en sus sucesos: uniforme en apariencias, severo realmente en su conducta, hábil en conciliarse los ánimos por medio de una fácil y natural piedad, y de todo el mérito de la perfeccion evangélica: panegirista y modelo del amor divino: guia segura, y vivo exemplo de la verdadera devocion: nuevo Moisés por su dulzura, y nuevo Esdras por su zelo; tan famoso como Jesué por sus combates, y tan temible como Judas Machabéo por sus victorias: Pontífice vigilante y exácto: predicador sólido y eloquente: escritor piadoso, controversista profundo, director iluminado y sabio legislador: rayo de la heregía, vencedor del vicio, oráculo de la corte, querido de los reyes y aplaudido de los soberanos Pontífices, útil al Mundo y esencial á la Iglesia: Angel tutelar de Saboya, admirado y deseado en Francia; y, en fin, conocido, respetado y amado en todo el mundo christiano: Francisco de Sales.

Tal es el precioso oráculo que destina el cielo á la B. de Cbantal. ¡Cuán rápidos progresos hará en el camino de la santidad! Pero no, no os figureis que es una santidad mas bien para admirada que para imitada. Francisco de Sales, pide en el Mundo una piedad que se pueda hermanar con sus deberes. No exige penitencias extraordinarias, sino una entera abnegacion de los sentidos: ni tampoco empresas brillantes, sino secretos sacrificios: no una soledad inaccesible, sino una soledad de corazón en medio del bullicio del Mundo. El sabe conducirla diestramente desde el me-

nosprecio de los placeres al de sí misma: desde el desinterés á la pobreza, desde la mortificación á la cruz, desde la tierna y afectuosa caridad al noble, generoso y perfecto amor de Dios, del menosprecio del Mundo y del deseo de la soledad, y desde esta á la constante resolución de vivir y morir en ella, y consagrarse á Dios.

Pero ¡qué obstáculos encontrará esta resolución! obstáculos de parte de San Francisco de Sales, con quien ella debía apoyar sus ideas. ¡Quántas pruebas hizo este de aquella firme vocacion que no sabia como mas bien afirmar! Mil veces tanteó por medio de nuevos sacrificios, y nuestra Heroína se sujetaba á todo, como que solo conocia la voluntad de Dios. Obstáculos de parte de su padre, que iba á caer en el sepulcro: con lágrimas en sus ojos la hacia escuchar la voz de la amistad y los vínculos de la sangre. Sensible, pero inmutable, daba ella á la naturaleza todo quanto la podia conceder; pero obligó, en fin, á conocer á su padre, que es necesario resistirse á las ideas de los hombres quando se siguen con seguridad las órdenes de Dios. Obstáculos de parte de sus hijos: un varon único y dos pequeñas vírgenes, la hacian ver ya su ternura, ya sus intereses: la suplican, la ruegan; pero no la pueden persuadir. Obstáculos de parte de un hermano (1), respetable por su carácter, prudente en sus consejos, é incapaz de condescender á las determinaciones que le pa-

(1) Arzobispo de Bourges.

parecen indiscretas, porque quisiera mas bien imposibilitarlas: insiste, pues, y manda; pero en vano. Habla ella, y le vence. Obstáculos de parte de sí misma: ¡Qué combates experimentaba su alma agitada! El Mundo, sus hijos, su padre, las cosas presentes y futuras, la magnitud de la empresa, la dificultad de la execucion, sus virtudes siempre pequeñas á su consideracion, todo se la representaba á su inquieto espíritu y á su delicada conciencia. ¿Duda? ¿Titubea?::: No: todo se cumplió como deseaba. Vencedora de todas las dificultades, se retiró á la soledad, al modo que los primeros christianos lo hacian, para acabar con la grande obra de su santificacion. Ya habeis visto las primicias de su santidad: ahora vereis la perfeccion. *Ne dicas, quòd priora tempora meliora fuere quàm nunc sunt.*

SEGUNDA PARTE.

San Justino nos ha representado á los primeros christianos recogidos dentro de sí mismos aun en medio de la disipacion; sumisos hasta en la independencía; siempre contentos en las aflicciones, y sin dexar nunca de ser humildes en la obra de su salvacion.

¿Es este, señoras, el retrato de los primeros christianos? ¿Es el de la *B. de Chantal* unida á la vida religiosa? Su recogimiento subsiste en medio de sus trabajos: hasta en la autoridad exercita la obediencia: de sus tribulaciones saca inagotables beneficios, y por los prodigios de su humildad, eleva el resplan-

plandor de su gloria. *Ne dicas, quod priora tempora meliora fuere quam nunc sunt.*

El proyecto que habia formado va , pues, á realizarse. Un nuevo órden se va á conocer en la Iglesia , y la ilustre de *Chantal* debe ser la primera que abra aquel santo camino por donde han de ir muy en breve otras muchas á santificarse. Pero ¿qué es lo que veo? La madre y el hijo:: ¡qué espectáculo! Bañado este jóven con sus lágrimas , ruega á la madre con ternura , y la representa con respeto. Emplea todo quanto el amor sincero tiene de mas vivo y penetrante. Una madre siempre siente , á pesar de la virtud , que es madre. Ama á su hijo ; pero sabe resistir á sus ruegos con firmeza. ¿Quántos artificios inventará el amor engañado en sus esperanzas? *Per calcatum perge patrem* , decia San Gerónimo : Para seguir la voz de Dios habeis de despreciar hasta el cuerpo mismo de vuestro padre. Para executar los designios del Altísimo , es necesario que nuestra Heroína menosprecie , hasta con sus pies , á su mismo hijo. Aquel jóven precioso , era ingenioso para descubrir los medios de vencer á su madre , y la apretaba entre sus brazos , pareciéndole que la habia de trastornar así sus ideas. Soy muy débil , la decia , para deteneros con la fuerza , pero por decontado seré la primera víctima que inoleis. ¡Qué expresiones , qué esfuerzos tan poderosos y hechiceros para una madre ! Sus lágrimas detenidas por mucho tiempo , no pudieron ménos de brotar en esta ocasion ; pero al fin no descendió con su hijo. Mas fuerte la gracia que

que la naturaleza , triunfó de ella en todos sus combates. La barrera fatal que la detenia , se rompió. El sacrificio se perfeccionó. La victoria fué completa. Los designios de la Providencia se cumplieron. Ya se descubre la cuna y el principio de la Orden de la Visitacion.

Dexemos por el discurso de un año enervizada á la *B. de Chantal* en hacer las mas exquisitas pruebas para estudiar el espíritu de San Francisco de Sales. Dexemos á un lado tambien aquellos afortunados dias en los que por sus instrucciones se vió formado un pueblo de heroínas christianas , que eran la esperanza de su meditada Congregacion. Yo me adelanto á seguir á esta sabia Fundadora en sus rápidos y multiplicados vuelos. Mas ¿cómo he de representaros la historia de sus fundaciones? ¿A dónde la he de buscar si se halla por todas partes? Anneci , Leon , Maulins , Grenoble , Bourges , París , Dijon y Nevers , son los respectivos lugares de sus trabajos , y en todos los que la acompañaron prodigios de zelo y de virtud. Aquí por medio de su prudencia , atraía ácia su órden poderosos protectores : Al Cardenal de Marquemont , su admirador , le adquirió por amigo. Allí sus saludables avisos mudan los vicios en virtudes ; y la principal obra de su cuidado es la reforma de un célebre monasterio. Yo no quiero fatigar vuestra atencion con los tropiezos que á cada instante se presentaban á sus pasos , y los felices sucesos que coronaban su zelo. Per aquí ¡quántos calumniadores audaces de su

conducta! ¡quántos enemigos envidiosos de su gloria! Por allí ¡quántos Monasterios que debían su ereccion á sus cuidados! ¡quántos templos consagrados por su zelo! Apenas acababa una empresa quando empezaba otra. Aunque de distinto género y por diverso rumbo, es un San Francisco de Sales. Ella imita sus trabajos, sus peregrinaciones y sus fatigas. Francisco de Sales por la destruccion de la heregia: la *B. de Chantal* por la propagacion de su Orden. Aquel por defender la fe: ésta por ilustrarla. Aquel por extirpar los enemigos de la Iglesia: ésta por formarla criaturas obedientes. Francisco de Sales erigió trofeos á la verdad: la *B. de Chantal* ganó contra el Mundo sus conquistas. El uno, á la voz de la obediencia, corre de lugar en lugar atravesando mil peligros: la otra, va de ciudad en ciudad sin socorros y sin recursos. Francisco de Sales, hacia respetar la Religion en la corte de los reyes. La *B. de Chantal*, llevaba el espíritu de la primitiva Iglesia á Francia, Lorena y Saboya. Ambos sostenian la fe en sus trabajos y la predicaban en sus exemplos.

Aun en medio de tantos trabajos participaban, sin embargo, otras muchas ocupaciones del zelo de la *B. de Chantal*. A sus cuidados se debe el que los discípulos de Vicente de Paulo llevasen á Geneva las luces de la verdad. Reunió su establecimiento, y por lo mismo debe participar de sus sucesos. Quantas victorias consigan ellos contra el error, deberán ser en algun modo las suyas propias. Pero el objeto principal de su zelo, es el de la

la ereccion de su Orden. Habia echado los primeros fundamentos, y era preciso que mantuviese su espíritu. De aquí procedian aquellas heroicidades que se sucedian sin interrupcion. Muchas veces atravesó la Francia: aquí para empezar una fundacion; allí para acabarla: aquí para establecer leyes; allí para hacerlas observar: aquí para inspirar las virtudes; allí para moderarlas: siempre dispuesta en utilidad de su Orden, y por la gloria de la Religion.

A vista de lo dicho ¿no os parece entender el elogio de un Paulo, ó de un Vicente Ferrer? Mas no: yo hablo de una nueva Teresa, pues que, á imitacion suya, permanecia siempre en la oracion y en el fervor; fundadora zelosa como ella, y humilde Religiosa. Aquella compuso obras sabias: ésta dictó avisos sólidos. Las obras de una y otra se distinguen por lo ingeniosas, y por los sentimientos de piedad que respiran. Teresa obra por consejo de Francisco de Borja, Juan de la Cruz y Pedro de Alcántara: La *B. de Chantal* obra por direccion de Francisco de Sales, de Vicente de Paulo, y de Lingendes. La una vió extenderse á sus discípulas y ser la admiracion de la Iglesia; y la otra tiene la gloria de que muchos Monasterios la reconocian por su fundadora y modelo. Teresa aun en medio de sus trabajos, estaba siempre abrasada en el fuego del divino amor; y la *B. de Chantal* llevaba por todas partes el sagrado fuego que la devoraba. La Reformadora del Carmelo, sale del retiro por los intereses de la Religion:

á todas partes la acompañaba el recogimiento: la Fundadora de la Visitacion, obligada á peregrinar por el Mundo, no pierde nada de su retiro y soledad. Ambas estuvieron siempre alerta sobre sí mismas: la oracion era su estudio, y la penitencia sus delicias. Teresa hizo el dificultoso voto de aspirar siempre á la perfeccion; pero aunque su corazon se lo dictaba, no la permitian sus fuerzas el cumplirlo: por decontado tuvo todo el mérito del deseo (1). La *B. de Chantal* hizo el mismo voto, dándola el cielo fuerzas para cumplirle, y teniendo la gloria de ejecutarle. Ambas fueron el honor de su sexó, la gloria de la Iglesia y el prodigio de su siglo. Todo el Mundo felicita á la España por haber producido á Santa Teresa; pero tambien debe llenar de parabienes á la Francia por haberle dado á la *B. de Chantal*; y con ella una Santa siempre recogida en medio de los mas inmensos trabajos, y siempre obediente tambien en medio de la autoridad mas absoluta.

Los derechos que esta concede, no son bastantes para eximirse de la obediencia. El mas eloquente predicador de la regla es el exemplo. Esto era lo que enseñaba á nuestra Heroína el santo obispo de Geneva. Mas ¿qué discípulo llenó jamas tan cumplidamente las intenciones de su maestro? Traed, señoras, á vuestra memoria las acciones de vuestra bien-aven-

(1) Los Directores espirituales de Santa Teresa la relevaron del cumplimiento de este voto por causa de su poca salud.

aventurada madre, y vereis que su conducta es la imagen mas fiel de vuestras obligaciones. *Inspice, & fac secundum exemplar* (1).

Quando á vuestra presencia se pronuncia el elogio de San Agustin ó de San Francisco de Sales, y oís con admiracion alabar sus obras, sus combates y sus victorias, os gusta ver que delante de ellos gime y se consterna el error, y que la Iglesia y la Religion se estienden y están defendidas mediante su zelo; pero puede tal vez que el heroísmo de sus virtudes no os toque tan de cerca como el de vuestra Fundadora, por ser de diferente sexó y estado que el vuestro.

Por lo que mira á esta dichosa Madre no sucede así. El elogio de sus virtudes os debe interesar otro tanto mas, en quanto podeis hacerlas revivir en vosotras mismas. *Inspice, & fac*. Las obligaciones que ella desempeñó, son las que vosotras debeis cumplir; con la diferencia esencial, de que la fidelidad á la obediencia es un prodigio singular en una fundadora, ó en una superiora qualquiera. El instante mismo en que se recogió al retiro, es la época en que principió su autoridad. Superiora al mismo tiempo que religiosa, es el alma de este gran cuerpo, que cada dia toma mayor aumento. Pero sobre todo, es de él su viva regla. Sus exemplos, dieron sin duda la idea de vuestras constituciones. Y sino ¿qual otro es, en efecto, el espíritu de vuestra Orden?

Es

(1) Exod. 25. v. 40.

Es menester, pues, ser enteramente del próximo sin dexar de ser de Dios. Cerrarse entre un cúmulo de ocupaciones uniformes, y que por consiguiente pidan la mas heróyca santidad. Ser dulce y afable para las demas, y severa consigo misma. Instruir á la juventud con zelo, y sobrellevar á la vejez con caridad. Pasar alternativamente de la oracion á los trabajos, y de estos á aquella: hacer de mil corazones uno solo: acomodar su espíritu al de las demas; y sujetar tambien su genio al de las otras. A pesar de los privilegios que concede la superioridad, conviene no conocer otro que el de ser mas exáctas con ménos reglas; no ser imperiosas en el mandar y hacer á un mismo tiempo que se ame y respete la autoridad. Es necesario llevar su cruz y contentarse con ella; apreciar las mas singulares virtudes por todos los medios posibles, y llevar siempre sus deseos mas allá de sus sacrificios; en fin, es indispensable imitar la tierna, activa y eficaz caridad de María Santísima, y acudir como ella al servicio de los enfermos y al socorro de Isabel. Tal es, señoras, el espíritu de la Visitacion.

Pero yo me engaño, christianos. Vosotros habeis creído que yo estaba trazando el plan de esta Orden tan célebre por su fervor, por su utilidad y por sus sucesos, y estaba refiriendo fielmente las acciones de la *B. de Chantal*. Ved aquí la prueba decisiva de ello.

Al exercicio de una laboriosa caridad, es al que especialmente destinó San Francisco de Sales su Congregacion. Y ¿participará la *B. de*

de *Chantal* de aquellos oscuros exercicios que emplean á la humildad, y que en medio de los mas brillantes encargos que puede confiarla su Orden, se atraen la admiracion del Mundo, y merecen los elogios de la Iglesia? Sí: desde luego la veo interrumpir el curso de sus resplandecientes trabajos para ponerse al frente de los mas viles y peligrosos. ¡Ah christianos oyentes! El probar que uno es superior solo por medio del heroísmo de su caridad, sumision y paciencia, es hacer ver á la verdad, que es digno de tal predominio.

Pero ¿qué palabra se me ha escapado al explicar la paciencia de la *B. de Chantal*? A los Santos les tanea, digámoslo así, y les experimenta Dios y el Mundo. Este para perderles, y aquel para coronarles. Pero los Santos siempre han sabido sacar fruto de sus tribulaciones. En los contratiempos es quando se exceden á sí mismos. La santidad que se arregla en los sucesos, se consume y perfecciona en las desgracias.

Todas estas parece que se juntaban para agobiar á nuestra Heroína. Pero ella las sabia sufrir sin quejarse jamas. Mirad sino su constancia quando, contra la malignidad del falso zelo, sostuvo en París la cuna y el principio de su Congregacion, asestando sus tiros contra los horrores de la miseria en un tiempo en que el fuego mas terrible hacia en esta ciudad los mayores estragos, y en que se veía fugitiva la amistad, y la caridad apagada; el sentimiento sin actividad, y, si me es permitido hablar así, sin voces la misma naturaleza:

za: en un tiempo, en fin, en que la extrema pobreza consumia á aquellos á quienes habia dexado libres la muerte. Entónces fué quando se fixó en París, y quando su zelo, mayor aún que el peligro, triunfo del error, desafiándole; de la miseria, sufriendola; y de la muerte, menospreciándola. Un corazon que es todo de Dios, ninguna cosa teme en el Mundo. ¡O Señor! Penetrad ese corazon con los mas vivos sentimientos, que siempre le encontraréis fiel y digno de vos. *Proba me, Deus, & scito cor meum* (1).

El Presidente Fremiot, su padre, á quien amaba como á sí misma, cayó y espiró casi á su presencia: nuestra Heroína regó con sus lágrimas el sepulcro de aquel respetable magistrado; pero apenas habia acabado de sufrir este sentimiento, quando el Baron de Chantal, su suegro, la causó otro no mas pequeño. Apenas tuvo la noticia de que se hallaba en peligro de morir quando espiró. Manifestó ella con lágrimas el sentimiento que la habia causado esta muerte, pero mucho mas quando la avisaron de que fuese á recoger los últimos suspiros de su hija, digna de tal madre. ¿Acaso será este el término de sus desgracias? ¡Ah! Casi al mismo tiempo arrebató la muerte al conde de Toulangeon, su yerno, al comendador de Silleri, su amigo, y al Arzobispo de Bourges su hermano.

Solo su hijo único era el que la consolaba. El era el ornamento de la corte. La noble-

(1) Psal. 138. v. 23.

bleza de sus sentimientos correspondia á la grandeza de su cuna. Su valor esperaba únicamente una ocasion favorable en que distinguirse. Presentóse esta, por fin, porque la Rochela se habia hecho la fortaleza del Calvinismo. Desde lo alto de sus soberbios y casi inaccesibles muros, se esforzaba la presuntuosa y fiera heregia para amenazar á la Iglesia y al Estado. Quando esta infeliz secta no puede atraer á los principes ácia sí, se levanta contra ellos.

A vista de esto, ¡qué terror! Se declara la guerra y se ponen las tropas en movimiento. El jóven de Chantal marchó á las órdenes del Mariscal de Toiras: su tierna madre suplicaba al cielo que favoreciese las armas de este querido Isaac. Ya os podréis presumir de que los mas importantes encargos fueron confiados á su prudencia y valor. Pero ¡ah! bien pronto veréis que despues de los prodigios de valor, fué sepultado Chantal entre los trofeos de su zelo; víctima, en fin, y mártir de la verdad.

Y ¿será insensible el corazon de la B. de Chantal á tantas desgracias? No: sus lágrimas manifestaron desde luego los vínculos de la sangre y de la amistad que la unian con aquel héroe; pero no tardó la Religion en escusarla de ellos. Dió lugar al sentimiento, porque conoció que no se oponia á los designios de la Providencia. Por parte de la virtud ganó lo que perdió por la del Mundo.

Mas lo que pone el colmo á sus desgracias es una pérdida muy esencial á la Religion, y mas

mas interesante aún para la *B. de Chantal* y su Orden. Despues de haber confundido á la heregía, restablecido la piedad y perfeccionado su instituto, murió San Francisco de Sales. Aquí, señoras, me es preciso confundir los sentimientos, las lágrimas, el respeto, el zelo y el reconocimiento de vuestra bienaventurada Madre. Tanta complicacion de ideas se me presentan al considerar aquel caso. Si la muerte de San Francisco de Sales la mueve, la recordacion de sus exemplos la consolida. Ya murió, exclamaba ella, aquel nuevo Agustin por sus escritos, y aquel nuevo Ambrosio por su dulzura; pero si no es ya nuestro padre en este Mundo, es á lo ménos nuestro protector en el otro. Si no vive para guiarnos con sus exemplos, para eso le vemos inmortal en sus grandes obras y escritos.

Obras útiles y preciosas, que debe la Iglesia al zelo de la *B. de Chantal*. Yo, señoras, estoy encargado en este dia de manifestaros el reconocimiento de la Iglesia: nunca olvidará ésta lo que debe á vuestra bienaventurada fundadora. Ella debe participar, sin duda, de los sucesos que por todas partes han motivado á la misma Iglesia las obras de San Francisco de Sales. En haberlas recogido ha acumulado triunfos á la piedad, conquistado á la gracia, lecciones al Mundo, apóstoles á la Iglesia, esposas á Jesu-Christo y santos al cielo. Su zelo fué eficaz para atraer los corazones ácia aquel de quien había recibido su instruccion, no olvidándose tampoco de contribuir para autorizar su culto. Se impuso la obli-

ga-

gacion de perpetuar su espíritu. Aquel espíritu, digo, de penitencia en medio de los mas grandes reveses y contratiempos, y aquel espíritu de modestia entre los mas asombrosos sucesos.

Los rápidos progresos de su Orden hicieron estender su reputacion por las estremidades de la tierra. Los que no conocen mas que su fama deberian adelantar su instruccion hasta su misma persona, y conocerian con evidencia, que lo que se dice de su santidad es aún mucho ménos que su santidad misma (1): *Vicisti famam virtutibus*. La sabiduria de su gobierno, la multiplicidad de sus trabajos, la constancia de sus sucesos y el resplandor de sus milagros, chocan, admiran y arrebatan. Ella cuenta sabios por admiradores, príncipes por amigos, y santos por panegiristas: ¡Qué honores no la dispensan el Duque de Saboya, la Duquesa de Lorena y la de Montemorenci! ¡Qué testimonios no la dieron Richelieu y Mazarin! Solo la eleccion que hizo de ella San Francisco de Sales para ayudarle en sus trabajos, equivale al mas eloqüente elogio. Y tú, ó Vicente de Paulo, honra del sacerdocio, oráculo de la corte, padre de los pobres y terror de la heregía: tú mismo, ¿no te atreves á asegurar á todo el Mundo, que ninguna virtud de quantas conoces pueden compararse con la de la *B. de Chantal*? Tu modestia ciertamente te impedía conocer, que podias prestar por tí mismo el asunto de un paralelo. ¡Que

no

(1) 2. Paral. 9. v. 6.

no tenga yo , señoras, la eloqüencia del Cardenal de Berula para expresar los elogios que da á vuestra dichosa madre! El ingenio brillante y sólido de aquel grande hombre , admira en ella una superioridad de talentos que es solo suya. A estos honoríficos testimonios debeis añadir el de un hombre que en algun modo se mira como el restaurador de la predicacion en Francia ; de un hombre , que no se sabe si era mayor por la magestad de su eloqüencia , que por la sabiduría de su direccion. Lingendes digo : ¡Qué idea tan magnífica nos da , tanto de sus sacrificios , quanto de sus sentimientos aquel hombre tan sabio en el conocimiento del corazon humano , y con especialidad en el de la *B. de Chantal*, que tanto habia profundizado !

Antes de su muerte reunia vuestra bienaventurada Fundadora en favor de su santidad todos los votos y atenciones de quantos la conocian. Esto fué justamente lo que con especialidad sucedió en la Francia , como que habia sido la piedra del toque de sus trabajos : en su Orden , formada á imitacion de su espíritu ; y en la corte misma , en donde todas aplaudian sus sucesos y virtudes.

Ana de Austria , aquella reyna tan hábil en el conocimiento del interior ageno , y protectora del mérito , como que ella no carecia de él : aquella reyna , cuya política y zeló han servido igualmente á la Religion que al Estado en los tiempos de mayor borrasca : Ana de Austria , digo , quiso conceder á la *B. de Chantal* todos los honores debidos á la santidad. La

lla-

Hama á la corte. ¡Oh, y cuánto cuesta á la modestia de los Santos el producirse! Al paso que todo el Universo aplaude su mérito , son ellos los que solamente le ignoan.

Pero dexemos esto y obedezcamos , como es menester , á las soberanas órdenes. Preséntase en la corte la Fundadora de la Visitacion , y con ella se dexaron ver todas las virtudes : la modestia que admira : la piedad que mueve ; y el desinterés que encanta. La santidad siempre gana en ser conocida. Se admira á aquella que hasta allí se habia estimado. La *B. de Chantal*, dexó á la corte la memoria de sus exemplos , y solo llevó la gloria de haberse atraído todos los respetos y el mérito de habérselos todos concedido. Así piensa la humildad.

Si yo intentára manifestar esta en toda su extension en la *B. de Chantal* ¿qué campo tan dilatado me quedaria aún que recorrer? Pero me parece que la veo imponerme silencio sobre esta principal parte de su elogio , como si dixera , ¿por qué has de pintar unas acciones y sentimientos que no han tenido mas mérito delante de Dios que el haberlos yo sabido ocultar al conocimiento y á las indagaciones del Mundo?

Esto que parece decirme desde lo alto del cielo , lo decia en otro tiempo sobre la tierra : escusad , decia ella á sus discípulas admiradas del mas profundo respeto : escusad esos títulos que no me pertenecen. Yo no soy vuestra fundadora. Despues de Dios á Francisco de Sales es á quien debemos el establecimien-

Tom. I.

S

to

to de nuestra Congregacion. Yo no he hecho mas que executar sus órdenes; y siento mucho el no haberlo hecho como me correspondia. La verdadera virtud, siempre se juzga con mil defectos, y jamas confiesa sus ventajas. ¿Quiéren, pues, elegirla por Generala de su Orden? Pues solo ella es contra sí misma, y su humildad basta para hacer mudar la eleccion. Muchos monasterios deseaban tener la dicha de poder obedecer sus órdenes y mandatos. Su vejez, decia, no la permitía ya sino la precisa atencion para ver siempre reynar en la Visitacion la union y hermandad de los espiritus y de los corazones. Esta paz será solamente la que garantizará su perpetuidad. La caridad era el distintivo de su espíritu: la humildad, el de su santidad; y la obediencia la que daba á conocer que sabia obedecer á las demas y vencerse á sí misma.

Así es, señoras, que vuestra gloriosa madre os instruye aún, en medio de que personalmente no puede continuar su gobierno. Ella os instruirá siempre por medio de sus exemplos. El compendio mas útil de las reglas que os ha dexado escritas, es la pintura de su conducta. Su vida puede servir de constituciones á falta de ellas.

En fin, colmada de gloria, espira, y, con los sentimientos mas profundos de humildad, sale de esta vida para entrar en la futura. Pero no por eso nos debemos de desconsolar. Su espíritu y su corazon todavia están vivos y permanentes. Cada una de vuestras casas merecia seguramente la posesion de tan inestimable

ble corazon, porque cada una de ellas es verdaderamente su fiel imágen. El zelo dispuó por mucho tiempo la posesion de tan precioso tesoro, al mismo paso que el reconocimiento le hubiera querido ver dividido en muchas partes. Una sola casa es quien le posee: yo la felicito por semejante fortuna. Todas las demas poseen con ella misma su espíritu. Ved ahí lo que hace mas singular la mansion de su gloria, adonde la dirigimos con confianza nuestras súplicas para que con el Altísimo interceda por todos nosotros y nos conceda aquel espíritu de que estuvo poseida en el Mundo.

¡O dichosa Bienaventurada! ornamento de la Francia y gloria de la Iglesia. Tú eres la que en estos últimos tiempos nos das una prueba incontrastable, de que no se funda en vanas y arbitrarias suposiciones el culto de los santos. Si la heregía y la incredulidad nos califican de supersticiosos, solo vuestro exemplo es bastante para demostrarlas, que únicamente la virtud examinada con escrupulosidad, disputada por mucho tiempo, y triunfante, en fin, es á quien erige la Iglesia sus altares, y altares que aún mas bien están en los corazones que en los templos.

Ya hacia mas de un siglo que os veneraba la Francia con admiracion, y aun no la era permitido, digámoslo así, el invocaros; pero no tardó la Iglesia en pronunciar á favor de vuestro culto, concediéndole de este modo su autoridad una nueva brillantez; defendiendo solemnemente vuestra fe, y destruyendo todas las preocupaciones. Los maravillosos elos

gios del soberano Pontífice, de aquel Pontífice digno de serlo por la superioridad de sus talentos y la sabiduría de su zelo, anuncian al mundo católico, que vuestras virtudes y santidad hicieron revivir en nuestros dias el espíritu de los primeros christianos. *Ne dicas, quod priora tempora meliora fuere, quam nunc sunt.* El Mundo y el retiro, ó dichosa Bienaventurada, siempre os advirtieron prudente, caritativa, piadosa, sumisa, penitente, zelosa, humilde y santa. Ese es vuestro mérito y vuestra gloria. Conseguid para nosotros esas mismas virtudes tan singulares y necesarias para que logremos en la gloria vuestro mismo premio y corona. Amen.



PANEGÍRICO DE SAN PEDRO,

Príncipe de los Apóstoles:

PRONUNCIADO

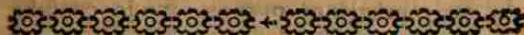
En la Iglesia Parroquial de Clamart.

Et tu aliquandò conversus, confirma fratres tuos. Y tú, una vez que te has convertido, confirma á tus hermanos. *Luc. c. 22. v. 32.*

Con esta sola profecía creo desentrañar de una vez la caridad de *S. Pedro*, su penitencia, su autoridad, su ciencia, su zelo, sus trabajos y sus sucesos.

Y tú, una vez dichosamente convertido. *Et tu aliquandò conversus.* ¡Ah! Pues que ¿el príncipe de los apóstoles, el primero de los pastores de la Iglesia, tuvo acaso dias oscuros y eclipsados? Si. Las tinieblas precedieron á la luz. Negó á Jesu-Christo ántes de consagrarle sus escritos, su ministerio y su vida.

gios del soberano Pontífice, de aquel Pontífice digno de serlo por la superioridad de sus talentos y la sabiduría de su zelo, anuncian al mundo católico, que vuestras virtudes y santidad hicieron revivir en nuestros dias el espíritu de los primeros christianos. *Ne dicas, quod priora tempora meliora fuere, quam nunc sunt.* El Mundo y el retiro, ó dichosa Bienaventurada, siempre os advirtieron prudente, caritativa, piadosa, sumisa, penitente, zelosa, humilde y santa. Ese es vuestro mérito y vuestra gloria. Conseguid para nosotros esas mismas virtudes tan singulares y necesarias para que logremos en la gloria vuestro mismo premio y corona. Amen.



PANEGÍRICO DE SAN PEDRO,

Príncipe de los Apóstoles:

PRONUNCIADO

En la Iglesia Parroquial de Clamart.

Et tu aliquandò conversus, confirma fratres tuos. Y tú, una vez que te has convertido, confirma á tus hermanos. *Luc. c. 22. v. 32.*

Con esta sola profecía creo desentrañar de una vez la caridad de *S. Pedro*, su penitencia, su autoridad, su ciencia, su zelo, sus trabajos y sus sucesos.

Y tú, una vez dichosamente convertido. *Et tu aliquandò conversus.* ¡Ah! Pues que ¿el príncipe de los apóstoles, el primero de los pastores de la Iglesia, tuvo acaso dias oscuros y eclipsados? Si. Las tinieblas precedieron á la luz. Negó á Jesu-Christo ántes de consagrarle sus escritos, su ministerio y su vida.

Así es, christianos oyentes: yo lo confieso; pero tambien debo añadir con San Leon: ¡dichosa tal caída que produjo un asombro de penitencia! Los servicios tan grandes que hizo *San Pedro* á la Iglesia, no dexan casi memoria de su infidelidad. Quanto mas tímida fué su voz para confesar en otro tiempo la divinidad de Jesu-Christo, otro tanto mas atrevida y firme se manifestó despues para anunciarla, defenderla y perpetuarla. *Et tu aliquando conversus, confirma fratres tuos.*

Pedro es la cabeza de la Iglesia, uno de los fundadores de la Religion, el intérprete de la verdad, el mártir de la fé, el oráculo, la guia y el modelo de los primeros christianos. *Confirma fratres tuos.*

El oráculo, porque los instruye con su doctrina. *Punto primero.*

La guia, porque les dirige con su autoridad. *Punto segundo.*

El modelo, porque les anima con sus exemplos. *Punto tercero.* AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

Yo empiezo el elogio de *San Pedro* por el de su doctrina: doctrina aprendida en la escuela de Jesu-Christo, propuesta en sus escritos, y enseñada durante el curso de su vida apostólica.

Al principio de su carrera nunca parecen los hombres lo que pueden llegar á ser. Qualquiera rio caudaloso, no es muchas veces mas que un pequeño arroyuelo en su origen. No

re-

representaré yo á *San Pedro* nacido con aquellas felices disposiciones que desde luego descubren la hermosura y la sublimidad del ingenio. La divina Providencia quiso que se presentase al Mundo, rudo y de obscura condicion. Un ejercicio vil fué el que llenó sus primeras ocupaciones. Como hombre sin talentos ni educacion, se ocupaba en las riberras del mar de Tiberiades en el ejercicio de pescador que habian tenido sus padres. Un trabajo mercenario y poco útil limitaba sus deseos, quando apareció Jesu-Christo en la Judéa, poderoso en obras y palabras, lleno de gracia y de verdad, árbitro dueño de los entendimientos, vencedor de la naturaleza, hombre por su caridad, y Dios por su poder. Alcanzó á ver á *Pedro* que, desde una pequeña navecilla, confiaba á la corriente de las aguas una red, que era su único recurso y la sola riqueza que tenia. Le llamó, y le mandó le siguiese. *Sequere me.* Desde este instante le vemos ya con nuevos empleos y distintas ideas. Y aquel que apenas tenia la mas leve nocion de las tradiciones judáicas, fué á instruirse en la ciencia del Evangelio.

Yo le veo seguir los pasos de Jesu-Christo, escuchar sus lecciones, estudiar su doctrina, asociarse á su ministerio y ser testigo de sus milagros. ¡Qué privilegio! ¡qué escuela! *Capharnaüm*, Jerusalem, el Tabor, el Jardin de las Olijas y el Calvario, presentan, cada uno por su parte, nuevas luces y prodigios á sus reflexiones. El autor del Evangelio le descubre á cerca de esto la necesidad, los princi-

S 4

pios,

pios, las máximas y el fin á que todo se dirige. Le manifiesta su nacimiento y sus persecuciones; sus progresos y sus triunfos. Desde aquel tiempo empezó ya *Pedro* á instruirse en los profundos misterios, de los cuales habia de llegar á ser el órgano, intérprete y mártir. La eterna generacion del Verbo, el nacimiento del Mesías, el cumplimiento de las profecías, el sufrimiento, la muerte, la resurreccion del Dios-hombre y la redencion del género humano, eran otros tantos conocimientos útiles que adquiria. Pero no eran estos solos, porque en una parte presenciaba los sangrientos ultrajes que Jesu-Christo sufría: en otra era admirador de la gloria que le rodeaba: aquí, atento á los preceptos que establecía, nada se le escapaba á su eficaz deseo para aprender la doctrina de aquel persuasivo Profeta, que era al mismo tiempo su maestro y su Dios. Sino poseía siempre la energía de sus pensamientos, por lo ménos sabía ya, que el amor de Dios encerraba en sí la Ley y los Profetas: que el del próximo es un nuevo precepto semejante al primero: que no basta perdonar á sus enemigos, sino que es menester amarles: que la vigilancia nos defiende contra la tentacion: que el sufrir y el padecer nos encamina á la gloria; y que vivir en pecado es exponerse al peligro de morir en él. Sabía ya:: O por mejor decir: ¿qué cosa hay que no supiese? Quantas verdades enseñó Jesu-Christo á sus discípulos, las recogió *San Pedro* para trasmitirlas á los pueblos de la recién nacida Iglesia. Despues de haberlas aprendido él, se
las

las enseñó á los demás. El discípulo de la Religion viene á hacerse su panegirista. Pero ¡qué panegirista!

Quando leo las dos Epístolas de *San Pedro*, me admiro de las verdades sublimes que encierran, y digo entre mí: ¿Son estas de aquel hombre sin penetracion y sin inteligencia? ¿Qué luces! ¡qué fuego! ¡qué ingenio! ¡O gran Dios, y como sabeis, aun en medio de la ignorancia, hacer salir la luz de la obscuridad! Tú animas la nada. Sin otros talentos que los de la fe, instruyó nuestro Apóstol á todos los hombres y á todos los tiempos. Para dar á sus ideas toda la energía posible, era preciso que nos valiéramos de sus propias expresiones. ¡Qué fuerza tenian aquellas con que solia decir, que las verdades que enseñaba las habia aprendido del mismo Jesu-Christo! Yo, he sido, añadía, testigo y expectador de sus grandezas. *Speculatores facti illius magnitudines* (1). Y he oido, que la voz del cielo publicaba su gloria. *Audivimus.*

¿Quién, pues, mejor que él puede esparcir la claridad entre las obscuras sombras de la fe, supuesto que aquella luz la tomó de la fuerza de la luz misma? Que hable, y recibirá la Iglesia con respeto sus oráculos. Así lo hizo aquel Apóstol (2). Ingenioso para hacer ver las promesas de los Profetas y los acontecimientos del Evangelio, pintaba con oportunidad la dichosa hermandad y relacion que
tie-

(1) II. Petr. c. I. v. 16. v. 18.

(2) I. Petr. I. v. 10.

tienen entre sí dos alianzas. De esta perfecta union nace el quadro mas ventajoso de la Religion christiana, y la favorable ocasion de felicitar á sus hijos por el singular privilegio de su vocacion. Vosotros participais, les decia, de la naturaleza divina. *Divinæ consortes participes naturæ* (1). Esa es vuestra gloria; pero ella no debe ser para vosotros un título vano y estéril; porque tambien os impone ciertas obligaciones.

San Pedro hacia que á los elogios se siguiesen las instrucciones. Estas eran principalmente sobre la necesidad que habia de extinguir los abusos y crímenes esparcidos entre los adoradores de los ídolos. Los hombres que tienen relaciones esenciales con la divinidad, deben detestar la corrupcion de la concupiscencia mundana. Instrucciones tambien sobre la obligacion de seguir los pasos de Jesu-Christo. Los discípulos deben imitar á su maestro. Instrucciones sobre las perfecciones que exige el Christianismo. El christiano debe ser un hombre adornado con todas las virtudes. No temais, hermanos mios, que abuse de vuestra paciencia por medio de una relacion prolixa y circunstanciada de las diversas instrucciones y documentos que daba á los primeros fieles. Todo ello lo podeis ver por vosotros mismos, recorriendo los inmortales escritos de su doctrina. En ellos observaréis, con quanto zelo y vivacidad exhorta á los pueblos confiados á sus cuidados y fatigas á cerca del amor á la paz

y

(1) II. Petr. c. I. v. 4.

y á la concordia. *Omnes unanimes*. En otras partes por lo respectivo á los exercicios de una tierna compasion. *Compatientes* (1). En otras por lo que mira á las obras de una liberal caridad. *Misericordes*. En ellos veréis con quanta atencion les encamina á la prudencia para evitar el peligro. *Prudentes*. A la vigilancia para prevenirle y aliviarse de él. *Vigilate*. A la oracion para vencerle. *In orationibus*. Y á vista de todos estos documentos, ¡qué ideas no se os representarán en vuestra imaginacion! En todas sus obras descubriréis los artificios y rodeos de que se vale el desesperado y sangriento enemigo para perder á aquellos á quienes vino Jesu-Christo á salvar. Como leon rugiente sigue nuestros pasos y estudia el modo de sorprendernos: ningun momento se le escapa en que dexa de tendernos sus redes, siempre peligrosas, y muchas veces imperceptibles. *Circuit leo quærens, quem devoret* (2).

Allí aprendéréis que la caridad cubre, por decirlo así, á una multitud de pecados: que Dios aborrece á los soberbios, y ama á los humildes; y que no le es permitido al christiano avergonzarse al decir que lo es en qualquier tiempo que sea. *Non erubescat*: que le está prohibido volver mal por mal; y obligado á pagar las injurias con beneficios. *Pro maledicto benedicentes*.

Y ¿qué sucede quando pasa *San Pedro* desde las instrucciones generales á las particulares?

(1) I. Petr. c. 3. v. 8.

(2) I. Petr. c. 5. v. 8.

res? En todas se advierte la misma fuerza y prudencia. De él es de quien aprenden los pastores de la Iglesia el arte ignorado hasta entonces de conducir al rebaño de Jesu-Christo. *Pascite gregem Dei* (1). El arte de mostrarse pastor zeloso, padre tierno y amigo desinteresado: el arte de exceder á los otros por sus virtudes mas bien que por su estado. *Forma facti gregis* (2). De él es de quien aprenden los vasallos la invariable obligacion de respetar en sus reyes la imágen visible de la divinidad. Vosotros, dice, debeis estarles sujetos: *Subiiti stote*: el usurparles su autoridad, es un atentado y una verdadera rebelion. Aunque los reyes persigan á la Iglesia, y aunque sean los tiranos, la ruina y los monstruos de la tierra, son al fin vuestros dueños y señores, y vosotros sus vasallos; y siempre que sus preceptos no se opongan á los de la Religion, ni á los de la Iglesia, debeis respetarles, obedecerles y guardarles fidelidad. *Etiám discolis*. Pero el mas delicado encargo que se confió al ministerio de *San Pedro* fué el de fortificar á la Iglesia contra los ataques de la novedad profana. ¡Novedades en la Iglesia recién nacida! ¿Qué es lo que digo, hermanos míos? ¿Acaso no hacia bastante la Religion en combatir contra los tiranos y los suplicios que ellos la levantaban? ¿Era menester tambien que se defendiese contra el error y sus prestigios? ¡Ah! escrito está, que la fe no debe pre-

(1) I. Petr. 5. v. 2.

(2) I. Petr. 2. v. 19. v. 13. 14. 15. 17.

valecer sino á costa de mil tempestades y contradicciones. Una borrasca estaba para amenazarla. Nuestro Apóstol la animó con anticipacion. ¿Quántos medios empleó para interesar en su defensa al zelo de la Iglesia toda? Se levantarán, decia, contra ella los maestros del error y del engaño. *Erunt magistri mendaces* (1). Los hombres perversos y malvados desconocerán al Dios que les ha rescatado con su sangre. Estos son como fuentes sin agua. *Fontes sine aquâ*. Son como nubes que llevan consigo la tempestad. *Nebula turbidibus exagitata* (2). Huid, huid de esos hombres seductores. Ellos son los que abusan de la autoridad mas respetable para insinuar sus ilusiones y engañar á la credulidad de los hombres, arrastrándoles consigo mismos á un abismo comun y eterno. Tal es la doctrina de *S. Pedro* en sus escritos. El la enseñará tambien en todo el discurso de su apostolado.

Fixémonos ya sobre aquel tiempo en que destinados los Apóstoles á la conquista del Universo dividieron entre sí las diferentes porciones que le componian. El Apostolado de *San Pedro* empieza desde el nacimiento de la Iglesia. Tus primeros triunfos, ó Religion santa, nos dan á conocer sus primeros trabajos. La historia de tu establecimiento es la de sus sucesos. Yo me admiro, decia San Juan Chrisóstomo, á vista de estos rápidos y milagrosos sucesos. *Memini tui, Petre, et obstu-*

(1) II. Petr. c. 2. v. 1. v. 2. v. 3. v. 14.

(2) II. Petr. c. 2. v. 17.

pesco (1). Lo mismo era levantar Pedro su voz, que hacerse infinitas conversiones y obrarse no pocos milagros. Pero ¿cómo es posible seguirle en su rápida carrera? Apenas se le veía en una ciudad, provincia ó reyno, quando todas igualmente dóciles, creían ya y abrazaban la Religión christiana. La multitud de sus sucesos, me admira otro tanto mas, quanta era la rapidez con que se verificaban. *Memini tui, Petre, & obtupesco.*

Apénas se extendió sobre los apóstoles el espíritu de Dios, quando puesto á su frente, instruí ya, exhortaba y confundía. Era un trueno, cuyos primeros relámpagos hacian temblar á Jerusalén y á toda la Judéa. Jesu-Christo, decia él, ha muerto sobre la Cruz; pero ha resucitado (2). Su victoria patentiza su divinidad. Vosotros le habeis hecho morir con vuestros pecados. No os detengais ahora en adorarle, porque ese es vuestro recurso. A vista de estas palabras, se despertaba la atencion, se aumentaba el concurso de gentes, se manifestaba la persuasión, y se dexaba ver con brillantez el arrepentimiento. Ocho mil conquistas, hechas en otras tantas almas, dispusieron á San Pedro para sucesos mas prodigiosos.

Yo quisiera, hermanos míos, poder llevar vuestra consideracion por los diversos parages por donde peregrinó, llevádoles la luz de la verdad y la mudanza de las costumbres. En ellos

(1) *Joann. Christ. apud metart.*

(2) *Act. Ap. c. 10. v. 39. 40. 41.*

ellos veríais castigados á Ananías y Saphira: á Cornelida derribando sus ídolos: á Tabita vuelta á la vida; y á Antiochia hecha el centro de la Iglesia: ¡quántos maravillosos acontecimientos eran menester manifestar y descubrir en un elogio que fuese ménos fecundo de ellos que el presente! En este se amontonan, reproducen y confunden los rasgos admirables. Los apóstoles le consultan, y él es quien los preside en su primer concilio. Por sus cuidados van á predicar los ministros Evangélicos hasta del otro lado de los mares. Si: solo su sombra da oído á los sordos, habla á los mudos y vida á los muertos; los discípulos de este Apóstol, hacen que suceda en todo el Mundo la luz á las tinieblas, la verdad al error y la fe á la supersticion. Con la inmensidad de su ministerio, abrazaba todo el Universo, el qual, digámoslo así, le encontraba en Roma aquel santo Apóstol.

Roma que daba leyes á todas las naciones, y á quien todas ellas habian dado Dioses: Roma, que en los templos mismos en donde su orgullo habia colocado las banderas de los vencidos pueblos, habia erigido altares á sus ídolos: Roma, mas famosa, tal vez, por sus ilusiones, que por sus victorias; y que despues de haber divinizado á sus señores, consagró hasta sus mismos crímenes: Roma, centro de los talentos y de las supersticiones: asilo de las ciencias y de los errores: escuela de la filosofia y de la incredulidad, en donde se juntaba con la memoria de las conquistas la licencia de las costumbres; con el genio militar el

el gusto á la luxuria : donde reynaba el luxo con exceso á pesar de la sabiduría del gobierno : donde el Mundo subyugado , parecia haber recibido sus cadenas y prisiones en cambio de los vicios que tenia , y dexaba depositados en ella. Roma , que ninguna otra cosa apreciaba mas en su culto que la libertad de variarle á medida de sus intereses , y de suprimirle , ó hacerle observar , á gusto de sus pasiones : Roma , en fin , ansiosa por dominar á todos los imperios , y aun mucho mas por dominar á todas las Religiones.

¿Cuál es , pregunta San Juan Chrisóstomo , qual es aquel conquistador que se adelanta ácia la capital del Universo para conquistarla y fixar en ella su império y su trono? Ningunas legiones formidables lleva tras de sí. El es solo para oponerse á sus enemigos ; pero sin embargo , tiene armas tan poderosas que no pueden vencerlas por infinitos que sean. Llevado con alas de caridad , y con el resplandor de los milagros , se presentó en Roma. Roma le escucha : Pero ¿qué es lo que oye? Que los ídolos son unos vanos simulacros , y que su culto es una supersticion. Predicaba la sumision al orgullo , la penitencia á la liviandad , la humildad á los grandes , la caridad á los ricos y los misterios á los filósofos. A su voz se estremece el infierno , los ídolos se derriban , los vicios huyen , las pasiones se ahogan , la verdad se descubre y la virtud reyna. La capital del mundo idólatra , llegó á ser la capital del mundo christiano.

En vano os armáis , poderosos alucinados,
en

en vano os armáis contra la obra de *San Pedro*. Vuestro furor le atrae nuevas victorias. La mas resplandeciente de las que hizo , fué la de Simon el Mágico (1). Mas ¿quién es este que acabo de nombrar? ¿Quién? Un hombre sin carácter , singular en sus discursos , fanfarron en sus escritos , presuntuoso en sus empresas , y diestro en tomar de los christianos algunas respetables ideas para convertir las en blasfemias. Este fué el que se declaró por el Dios trino en personas , que debe ser para todos los hombres el objeto de su fe. A vista de este nuevo legislador se oscurecía el mérito de las mejores obras , la necesidad de la penitencia , y el crimen de la idolatría. Todas las religiones eran permitidas. Tan licencioso en sus costumbres como en su doctrina , hacia que el escándalo siguiese sus huellas. Su debilidad y flaqueza venía á ser el único recurso de su agotado ingenio , y con aquella suavidad y desenvoltura que permitia , parecia garantir la autoridad de su mision.

Solo estaba reservado para *San Pedro* detener la seducción por medio de verdaderos milagros , y confundir el error con la verdad. Emprende , pues , el Apóstol al defensor de la mentira , y le desafia con el fin de vencerle. Aceptó la lid el impostor. Alabóse de un horroroso crimen. ¡Engañosa esperanza! Hace *Pedro* oracion , derriba el monstruo , y su caída llega á ser el término de su audacia. En él vé

Tom. I.

(1) El Abate Mr. Houtteville , Discurso histórico y crítico.

perecer la Religion christiana á su primer enemigo. No porque dexé discipulos los teme la Iglesia. La época de sus primeros esfuerzos, es casi la misma en que ella los arruina.

Estos son, hermanos míos, los sucesos de nuestro Apóstol, de su zelo, de sus milagros y de su doctrina. Pero ¡qué doctrina! Siempre la propia: siempre la misma que aprendió en la escuela de Jesu-Christo, y enseñó en sus Epístolas. La Cabeza de la Iglesia no varía en sus sentimientos. ¡Cabeza de la Iglesia! Esta idea solamente da á entender el poder de *San Pedro*. Si instruye á los pueblos con su doctrina, tambien les dirige con su autoridad. *Confirma.*

SEGUNDA PARTE.

La autoridad de *San Pedro* es una autoridad dimanada de Jesu-Christo. No tuvo otro principio. Una autoridad esparcida por toda la superficie de la tierra; forma su extension; y una autoridad permanente en todos los siglos, constituye su duracion. Yo no confundiré lo que es preciso distinguir; esto es; lo espiritual y lo temporal; la Iglesia y su Cabeza; las decisiones infalibles con las pretensiones disputables. Procuraré borrar las preocupaciones y estableceré la fe.

Vencedor Jesu-Christo de la muerte, y estando para subir al trono de su Padre, confió á sus Apóstoles la conversion del Mundo. Estos habian de fundar la Iglesia y extenderla. Toda la tierra había de oír su voz. La mar debe-

bería baxar sus olas, para conducirles á los climas, en donde apenas el sol comunicaba su luz. Al verles pensarian muchos, que el Mundo estrechaba sus limites para extender sus triunfos.

Pero los Apóstoles necesitaban su Cabeza, y la Iglesia su primer Pastor. ¿Sobre quién recaerá la eleccion de Jesu-Christo? Sobre *San Pedro*. En efecto; *Pedro* fué hecho el Supremo Pontífice y el Pastor de los Pastores. Jesu-Christo es el que habla. Escuchemos sus oráculos.

Tú eres *Pedro*, le dice, y sobre esta piedra estableceré mi Iglesia (1). Palabras terminantes. Tú eres *Pedro*. *Tu es Petrus*. Los Conquistadores del Mundo tomarán á vista de los pueblos unos nombres pomposos que eternizarán sus famosos hechos y conquistas. El que á tí te distinguirá, será un nombre tan humilde como glorioso: Simon, hijo de Juan. Tú eres *Pedro*. *Tu es Petrus*. ¡*Pedro!* nombre misterioso: nombre de poder, de autoridad, de gloria, de triunfo y de inmortal respeto. ¡*Pedro!* imagen de Jesu-Christo sobre la tierra, depositario de sus rayos y amenazas, órgano de sus oráculos, ministro de sus gracias y conservador de su doctrina, pastor de su rebaño y padre de su pueblo. *Tu es Petrus*.

¡*Pedro!* Sobre tí echará la Iglesia sus fundamentos. A tí deberá ella su estabilidad y firmeza (2). *Super banc petram edificabo Ecclesiam meam.*

T 2

(1) Matth. 16. v. 18.

(2) Matth. 16. v. 18.

meam. Yo te doy mi poder. Tú usarás de él en mi nombre. Le ejercitarás con tal autoridad, que todos conozcan las facultades que tienes. A tí solo es á quien concedo este derecho indivisible. No es menester mas que un pastor para un rebaño, un padre para una familia, un general para un ejército, un rey para un reyno. La Iglesia no necesita mas que un soberano, y un padre, que ha de ser comun á todos los fieles.

Yo, añade Jesu-Christo, te entregaré las llaves del Reyno de los Cielos (1). *Dabo tibi claves Regni Cælorum.* La llave del poder para juntar los concilios, presidirles, confirmar sus decretos, sus decisiones y sus anatemas. Poder para establecer leyes, que, quando la Iglesia universal las recibe y consagra con su uso, exigen la sumision de los fieles. Poder para interpretar los sagrados libros, segun el espíritu de los Cánones, y la aprobacion y consentimiento de los legitimos Pastores. Poder para distribuir los tesoros de la Iglesia, conceder indulgencias, y remitir y perdonar los pecados. *Quodcumque solveris super terram, erit solutum & in cælis* (2).

Apacienta mis ovejas. *Pasce oves meas.* A tu cuidado y solicitud las dexo. Tú las dirigirás por sendas seguras. Quando se descarrien por estraviados caminos, las llamarás y volverás á juntar. Los demas apóstoles te ayudarán á llevar el trabajo, pero tú los goberna-

(1) Matth. 16. v. 19.

(2) Ibid.

narás y mandarás (1). *Pasces agnos.* Tú tendrás sobre ellos la primacia. Y respetarán tu preeminencia y superioridad. Así habla Jesu-Christo. De este mismo Señor es de quien recibió *San Pedro* su autoridad. No como aquellos hereges llenos de vanidad y presuncion que usurparon á la Iglesia una sacrílega autoridad, porque á estos, como Apóstoles sin mision, les desconoce el Cielo, y la Iglesia fulmina contra ellos sus excomuniones. En su audacia únicamente consiste su poder.

Pero ¿qual es el de *San Pedro* en la Iglesia? El de una autoridad sobre todas las almas rescatadas con la preciosa sangre de Jesu-Christo.

Yo respeto vuestro poder, ó reyes y soberanos de la tierra. Le respeto; pero no agrada á nuestro Dios el que me valga de vuestras coronas y de vuestros imperios para dar títulos honrosos, y manifestar los derechos de *San Pedro*. No, no le hace Jesu-Christo participar con vosotros de ese dominio temporal que exercéis en nombre del Todo Poderoso, cuya magestad representais. Las facultades y prerogativas de nuestro Apóstol son muy diferentes que las vuestras. Vosotros reynais sobre la persona de vuestros vasallos: él reyna sobre sus almas. Vosotros les concedéis las gracias de la tierra: él les concede las del cielo. Vosotros representais la justicia de Dios; porque como dueños y señores castigais el crimen: él representa la misericordia de Dios;

T 3

por

(1) Joann. c. 21. v. 15. 16.

porque como padre absuelve á los pecadores. Vuestro poder está establecido en el orden de la naturaleza: el suyo está establecido en el orden de la fe. Vosotros teneis el imperio del Mundo: él la autoridad de la Iglesia: autoridada, cuyo principio dimana de Jesu-Christo, y cuyos límites se extienden por toda la tierra.

Con los principios de San Agustin, distingue el Christianismo á la Iglesia católica de entre todas las sectas que se separan de ella. Por lo mismo, no se parece en nada el dominio de *San Pedro* al que exercen los reyes de la tierra. La autoridad de estos solo se extiende sobre sus dominios. En saliendo de ellos, tanto son los estados, quantos son los señores. Nosotros debemos ser fieles á los príncipes de quienes somos vasallos: un juramento indisoluble nos ha impuesto esta constante obligacion. Pero no somos responsables de la misma fidelidad á los otros soberanos de la tierra. Cada uno tiene respectivamente su trono, su imperio y sus vasallos. Para que la autoridad de un príncipe fuese sin límites, era menester que concediéramos un monarca dueño del Universo entero.

San Pedro sí que exerce sobre este una autoridad espiritual. Todas las almas redimidas con la sangre de Jesu-Christo están baxo el resorte de su poder. ¿Qué parage del Mundo se hallará que no esté cubierto con la sangre de Jesu-Christo? Por todas partes donde el Evangelio tiene discípulos y espera conquistas la Religion, por todas manda y gobierna

nues-

nuestro Apóstol. Su autoridad no tiene otros límites que los del Christianismo. Nóbrense un solo lugar de la tierra en donde no haya ganado y conservado almas para Jesu-Christo. En los límites que acabamos de prefixar se encierra su autoridad. Aquellos rebeldes á quienes separa la heregia de su obediencia, no detienen el legitimo curso de su dominacion. Ella se exercita en todas las quatro partes del Mundo, *San Pedro* asegura á Roma con su autoridad lo que la faltaba en el brillo de su mayor esplendor. ¡Dichosa Roma! exclama San Leon, ¡y cuántas prerogativas te concede la Cátedra de *San Pedro*! Por ella llegas á ser la primera ciudad del Mundo. *Caput orbis affecta*. Tu espiritual poder se extiende aun mucho mas allá de donde jamás se extendió tu nacimiento temporal. *Latius præsidet Religione divinâ, quam dominatione terrenâ* (1). Tus victorias en los tiempos de aquellas famosas guerras, te sometieron ménos imperios que los que te ha sujetado el Christianismo en el tiempo de una profunda paz. *Minus est, quod tibi bellicus labor subdidit, quam quod tibi pax christiana subjecit*.

No tienen la misma ventaja las desgraciadas ciudades á quienes el cisma y la heregia han arrancado con crueldad del seno de la Iglesia. En diferentes partes del Mundo, decia San Agustin (2), reynan diversas sectas.

Los

(1) Leo mag. 1. Serm. in Natal. Apost. Petr. & Pauli.

(2) Aug. Serm. 16. c. 8. n. 18.

Los Donatistas profetizan en Africa: En el Oriente se ve dogmatizar á los Eunomienses. Pero ni el Africa tiene Eunomienses, ni el Oriente Donatistas. En lo restante del Universo, están condenadas y menospreciadas estas diferentes sectas, y su vacilante Iglesia es justamente mirada como un navío que está para naufragar. La autoridad de *San Pedro*, no se encierra, pues, en estos estrechos límites. Yo advierto extendida por todas partes la verdadera Iglesia. En todas ellas conserva y mantiene su nombre. Aun los mismos hereges no pueden disputarla su general dominio. Al mismo tiempo que la combaten, la confiesan. Siempre se están contradiciendo entre sí mismos, porque su obstinacion no les dexa obedecer á la autoridad que tiene, ni, á pesar de la misma obstinacion, dexan de reconocerla. Los mas terribles enemigos de la Iglesia, en el mero hecho de publicar su catolicismo, hacen patente su vergüenza, su crimen y su destruccion. Rinden al poder de nuestro Apóstol los justos homenages que se merece, sin embargo de que afectan desentenderse de ellos. Este poder está extendido por toda la tierra: tan dilatado es. En ningun siglo decae: tal es su duracion.

Quando prometió Jesu-Christo á *San Pedro* las llaves del reyno de los cielos, no se limitaba esta oferta á él solo. En el sepulcro donde están depositadas sus cenizas, se conserva aquella espada celestial que le fué encomendada. A todos aquellos que le sucedieron en su Cátedra, se les confió tambien igualmente.

te. Por medio de su persona, manda *San Pedro* en todos los siglos y tiempos. Los herejeros de su silla, lo son de su poder. Si enseñan á los fieles, es en su nombre en nombre de quien lo hacen. Si dictan leyes, las dictan en su nombre. Y si abren los tesoros de la Iglesia, es porque como legítimos sucesores suyos han recibido de Jesu-Christo el derecho imprescriptible de abrirlos ó cerrarlos.

Pedro es el que habla por boca de los soberanos Pontífices. Este es el sentir de los concilios de Nicéa, de Efeso, de Calcedonia, de Constantinopla, de Trento, y, en fin, el de todos los concilios. Siempre mirarán como juntas cismáticas á todas aquellas que no estén convocadas baxo de la autoridad de *San Pedro*, y confirmadas por él mismo. Este es el punto decisivo que las marca con el sello de la Iglesia, y las da en el Mundo católico, con asistencia del Espíritu Santo, el carácter de infalibilidad.

¿Y á la doctrina de los concilios, añadiré yo la de los santos Papres? Todas las heregías principian inculcando la subordinacion á la Silla Apostólica, que, como dice San Cypriano, es en lo que estriba su error. Inmediatamente procuran combatirla, y de aquí proviene su ceguedad. Concluye su desvarío con abandonarla, y de este modo se fabrican su desgracia. Todo el Mundo confunde su audacia por medio de su sumision. Y ¿á quién acude San Gerónimo para determinar los puntos controvertidos que hacen discordar á Melezo, Vital y Paulino? A la autoridad de *San*
Pe-

Pedro. Si alguno de estos tres profetas, dice, está unido á su Cátedra, ese es, sin duda, mi héroe y mi vencedor. Yo soy discípulo suyo. *Si quis Catedræ Petri jungitur, meus est.* Del mismo modo que siente San Jerónimo, piensan San Agustín, San Próspero, San Anselmo y San Bernardo. Este santo, pues, que se atreva á llevar hasta encima del trono de *San Pedro* los sabios consejos de un zelo apostólico (1): San Bernardo, que veía al parecer con mucho sentimiento en el Papa Eugenio el fausto de un príncipe, la opulencia de un soberano, y su dominacion temporal sobre los pueblos. ¿Cuánto engrandece, y qué elogios tan magníficos hace del dominio espiritual de aquel Pontífice sobre las almas? Tú eres, le dice, el honor del sacerdocio, el Pontífice de los Pontífices, y el heredero de los Apóstoles. Siempre representarán en la Iglesia los sucesores de estos el poder de Jesu-Christo.

¿Se apartó la Iglesia de Francia de esta doctrina? No por cierto: siempre reconoció igual y subsistente la autoridad de *San Pedro* en la Silla Apostólica. Nunca, nunca saldrá vencedor, aunque se junte todo el poder del infierno, contra el trono de *San Pedro* y de la Iglesia. Esta nave puede ser combatida por la tempestad, pero no sumergida. Para perpetuarla, perpetuará Dios sus maravillas. Se destruirán los imperios, y éste siempre permanecerá. *Postea inferi non prævalebunt adversus eam* (2). Se

(1) Bern. lib. 4. de Consid.

(2) Matth. 16. v. 18.

Se formarán las heregias y serán destruidas. La inseparable gloria de la Cátedra de *San Pedro*, será la de confundir el orgullo de todas las sectas. *Non prævalebunt.*

Una pequeña y particular Iglesia puede perecer: mas la Iglesia universal siempre será el centro de la fe y la regla de la santidad. Los hereges se deleytarán con esparcir fogosas declamaciones contra las costumbres de algunos soberanos Pontífices; pero estas de ningún modo disminuyen su autoridad. Hablo de su autoridad legítima. Tal vez habrá habido alguno entre los sucesores de *San Pedro* á quien este no aprobese su modo de proceder con los soberanos temporales. Concedamos al error ese pretendido triunfo. Pero, ¿por qué estando tan cuidadosos para obscurecer la brillantez de la Silla Apostólica, no quieren someterse á los Pontífices dignos de todo respeto, como son Gregorio el Grande, Leon I., Pio V. y otros? Si era menester atender á las virtudes para garantir y salvar la autoridad de *Pedro*, reparémos en la vida de los Santos que le han sucedido. Pero ya veo que esta es una disputa que, mas bien que no la razon y la virtud, decide el poder.

La conducta de *San Pedro*, es muy digna del alto lugar que ocupa en la Iglesia. A la doctrina de la autoridad junta los exemplos. *Confirma.*

TERCERA PARTE.

El instruir al Mundo por su doctrina y gober-

bernarle por su autoridad, es la gloria de *San Pedro*. El edificarle y animarle por sus exemplos, le constituye su mérito. Exemplos de fe, de amor y de constancia.

El mérito de la fe, es el primer mérito de los christianos. A la Cabeza de la Iglesia era á quien correspondia dar al Mundo los mas admirables exemplos de esta virtud.

La fe de *Pedro* era una fe pública; y si no ¿qué mayor prueba de esta verdad, quando en medio de los discípulos que formaba, quiso Jesu-Christo asegurarse de su creencia? Les pregunta el Señor: *Interrogabat* (1). ¿Quién es, en sentir de todos, el hijo del hombre? ¿Y qué respondieron los Apóstoles á esta pregunta tan interesante? Los unos decian, que reconocian por hijo de Dios á Juan Bautista: otros disputaban á este un título tan glorioso para honrar con él á Elias; y otros Profetas, en fin, tenian igualmente sus partidarios, y dexaban la verdad en opiniones (2). Entre estos diversos pareceres ¿qual es vuestro dictámen, les decia Jesu-Christo? ¿qué vengo yo á ser para vosotros? Hablad: ¿Quién se encargará del cuidado de responder? *Pedro*. Nada se detiene este santo Apóstol: nada duda. El advierte el modo de pensar que todos tienen. Vos sois, exclama, el Christo Hijo de Dios vivo. *Tu es Christus Filius Dei vivi* (3). ¡Gloriosa confesion! Reparad y vereis, herma-

(1) Matth. 16. v. 13. & seq.

(2) Matth. 16. v. 13. & seq.

(3) Ibid.

manos mios, como es este el primer testimonio que públicamente se dió de la divinidad de Jesu-Christo. Pero ¿por quién? Por *San Pedro*. ¿En qué tiempo? En un tiempo en que se contradecia la doctrina de Jesu-Christo, en que sus milagros eran disputados, y su ministerio encontraba muchos enemigos y pocos discípulos. Y ¿á nombre de quién, pregunta S. Juan, hablaba *Pedro*? A nombre de todos los Apóstoles. *Petrus ex personâ omnium profitetur* (1). El es el intérprete de todos los corazones. Sus respuestas son una ley decisiva para todos los discípulos de Jesu-Christo. Su fe, fué ya desde aquel punto la fé de la Iglesia.

Fé victoriosa de los escándalos, que hicieron caer á otros discípulos en la sinagoga de Capharnaum. Anuncia Jesu-Christo el beneficio eterno con que debia enriquecer á la Iglesia por la institucion de la Eucaristia. Mi carne, dixo, será vuestro alimento (2). Al oír estas expresiones, se apoderó la admiracion de los espíritus, empezó á murmurar de ellas la incredulidad, y hasta la misma fé dudaba de ello. Los discípulos infieles abandonaron al mejor de los maestros. Movido Jesu-Christo á vista de esto, preguntó á los demas que le habian quedado, ¿si le querian tambien dexar escandalizados de su doctrina? ¡Ah Señor, replicó al instante *San Pedro*! Y ¿qué maestro habiamos de tomar nosotros? ¿Quién nos habia de librar de la desgracia de vuestra pérdida?

(1) Hieron. lib. 3. *Comment. in Matth. c. 16.*

(2) Joann. 6.

da? Vuestras palabras son palabras de vida eterna. La incredulidad de los demás, jamás servirá de obstáculo á la docilidad de nuestra fé.

Fé llena de confianza. Por mas que á la vista de *Pedro* le manifeste la mar enfurecida un evidente peligro: por mas que se enfurezcan los vientos contrarios: por mas que bramen las aguas de la mar: aunque se eleven hasta las nubes las irritadas olas, y aunque ruja la tempestad, ninguna cosa le atemoriza, ni le hará dudar de la proteccion de Jesu-Christo. Haced, Señor, le dice, lo que queráis, que yo no me separaré de Vos. Caminaré sobre las aguas (1). Ellas respetarán vuestras órdenes. Vos las podéis mandar, respecto de que mandais á la muerte. Asi como lo dixo, lo hizo. Su confianza llegó á ser la nave donde se embarcó. Las olas le llevaban sobre sí. Parecia que se humillaban á sus pies, y que las aguas se hacian firmes y consistentes para ser los testigos de su fé y recompensarle por ella.

Fé capaz de esfuerzos mas generosos. Ellos representaban á su memoria aquellos dias en que el Salvador del Mundo debia presentarse á la Judéa, como un hombre de dolor anunciado por los Profetas. Ya habia predicho Jesu-Christo las empresas de sus enemigos, y la debilidad de sus discípulos. ¡Ah! responde *San Pedro*! Aun quando todos vuestros discípulos os abandonen, no me olvidaré yo jamás de

(1) Matth. 14.

de Vos. Yo moriré con Vos si es necesario. Os estimo mas que á mi misma vida. *Et si omnes scandalizati fuerint in te, et non ego* (1). ¡Qué fé! ¡qué generosidad! ¡qué amor!

San Pedro habia nacido con un corazon dispuesto á amar. Corazon ciertamente sensible, que en las ofensas hechas á su Dios se creía él mismo ofendido. Corazon intrépido, que no teme en sí mismo los peligros que teme por su maestro. Corazon digno de un Apóstol y del primero de todos ellos, que siente no haber mas que un Mundo que conquistar á Jesu-Christo, y solo una vida que sacrificar por él. Pero dexémos que el amor de *San Pedro* se exprese por sí mismo. La Iglesia nos lo representará: mas ¿de qué modo?

Desde luego nos le pinta baxo la imágen de un penitente, pero de un penitente sincero, movido y penetrado; de un penitente, en quien el amor suple la debilidad y flaqueza. Pero ¿si me atreveré yo á decirlo? Sí, christianos oyentes. Sin un amor excesivo nunca hubiera sido *Pedro* criminal: él amaba á Jesu-Christo. Atendia ménos á la gracia que á su zelo. La presuncion le hizo temerario. Por una ciega confianza dexó de ser justo. Parecia que desafiaba al cielo, y éste le castigó. Se creía invencible y fué vencido. Habia prometido demasiado, y despues fué perjuro.

Yo adoro, ó Dios mio, la impenetrabilidad de vuestros altos juicios en la humilde caída de *San Pedro*. Pero admiro la ternura de vues-

(1) Matth. cap. 26. v. 33.

vuestra misericordia en la prontitud con que volvió en sí, y en su sincero arrepentimiento. Apenas habia pecado quando le manifestó Jesu-Christo su tristeza y su bondad. ¡Qué señal esta! ¡Qué golpe tan penetrante! Reflexiona Pedro, y da á entender con sus lágrimas el arrepentimiento: *Elevit amare*. El amor le representaba toda la fealdad de su delito. El amor le dictó los mas vivos sentimientos. El amor le hizo tributar á su Dios todos los justos homenajes que habia usurpado el temor á su gloria. Al paso que se estremecia al pensar que habia de morir con Jesu-Christo, deseaba con vivas ansias morir por él. La grandeza de sus sacrificios, nunca igualará á la extension de sus deseos.

Ya habian estos y su amor resplandecido ántes, quando sobre el Thabor habia sido con Jesu-Christo expectador de su gloria. ¡Cuán felices son, Señor, decia él, todos los mortales que se hallan donde Vos! El amor le hizo hallar en Jesu-Christo todo lo que no habia encontrado en el Mundo; esto es, la quietud del espíritu, el contento del corazón, la felicidad de la vida y un cielo anticipado. *Domine, bonum est non hic esse* (1).

Ya se habia entregado su corazón á los mismos sentimientos, quando estando en el huerto de Gethsemani, llegó un ingrato discípulo á la frente de algunos hombres entregados á la iniquidad, y siendo traidor á Jesu-Christo, le delató y entregó á ellos. En los

(1) Matth. 17. v. 4.

primeros impulsos de su arrebató, no habia consultado Pedro, mas que á su amor. Este le habia hecho armar con una invencible y venajosa espada. Habiendo descargado un golpe con ella á uno de aquellos temerarios, cayó casi espirando á sus pies, bañado en su propia sangre. En el mismo instante en que se cometi6 el delito, se vió descargar el golpe de su castigo. El vivo y penetrante amor es, en sus sentimientos, muy pronto en las venganzas.

Pero el mas ardiente amor, es tambien el amor mas humilde. Tres veces preguntó á San Pedro Jesu-Christo, y otras tantas parece que dudó, no obstante de las muchas protejas que habia hecho al Señor. Pedro, ¿amame? *Petra amas me?* ¿Me amas mas que los otros discípulos? *Diligis me plus his?* A la misma pregunta, dió la propia respuesta: Respuesta firme, pero llena de humildad. ¡O Dios mio! Tú conoces los mas interiores secretos de los corazones. Estás viendo el mio y sabes que te amo. *Domine, tu scis, quia amo te* (1).

A no ser tan humilde, bien pudiera haber dado á Jesu-Christo mil demostraciones palpables de su amor. Tú me has visto, pudiera haberle respondido, corre ácia tu sepulcro, ensalzar tu victoria, anunciarla á tus discípulos, asegurar su fé, y ser el primero que predicó tu gloria. Mis ojos te lo testifican con sus lágrimas, mi corazón te hace ver con sus sentimientos la eficacia de mi amor; ¿y aun me preguntas si te amo? ¡Ah, que esta duda es

Tom. I.

(1) Joann. 21. v. 17.

muy

(1)

muy sensible á mi ternura! Pero no: no sabe *Pedro* valerse de sus acciones, de sus virtudes, ni de sus sacrificios. Todo esto se puede decir que era contrario á sus sentimientos. Tú conoces, ó Dios mio, decía él, tú conoces mejor que yo este corazón, desentrañad sus afectos. Yo puedo engañarme; pero tú no. *Domine, tu scis, quia amo te.*

Unos sentimientos semejantes precisamente habían de ser siempre duraderos. La constancia de *Pedro* igualaba á su amor.

La constancia es la virtud de los héroes. Ella es igualmente la que los eleva sobre los sucesos y sobre las desgracias. Las cadenas, dice San Juan Chrisóstomo (1), dan mayor brillantez al heroísmo que las victorias mismas. La prisión es el trono de un Apóstol. El mérito entregado á la embriaguez de la prosperidad, se consume entre el horror de los suplicios.

Las cadenas, las prisiones y los suplicios, no son requisitos que han faltado al mérito de *San Pedro*. Roma oyó á los Apóstoles censurar su culto y dar contra sus ídolos. Altérase su política iniqueta, y llena de temblor, lleva hasta el trono de los césares sus quejas y sus furtores. *Pedro* es el primero á quien ella culpa. Y ésta es la primera víctima que se alaba haber sacrificado á la obscurecida gloria de sus simulacros.

Con una mano tímida y débil sostenia Claudio entónces las tiendas del império Romano.

Me-

(1) Joann. Chrisost. in Laud. D. Paul.

Menospreciado y digno de serlo por sus infinitas injusticias, sus arrogantes favores y sus sangrientas crueldades, habia exáltado los ánimos y hecho á todos desobedientes. Aun quando el Universo no hubiera experimentado de él otra desgracia que la de haber conducido á Neron al império, hubiera sido suficiente para hacer aborrecible en todos los siglos su memoria.

Las miras del pueblo, y las murmuraciones del Senado contra *San Pedro*, chocaron al príncipe y le hicieron tomar partido. Un bárbaro edicto fué lo primero que dimanó del trono, en vista del qual salió nuestro Apóstol desterrado de Roma. Los hombres pueden quanto quieren sobre la libertad de un Apóstol; pero nada valen ni influyen en quanto á su zelo.

El de *Pedro*, pues, solo se libertó del primer peligro para sufrir nuevamente otros mayores. Desde Roma se le vió pasar á Jerusalem, á afirmar el império de la Iglesia, y disponer Apóstoles para el Universo. Pero ¡quá suerte tan desgraciada le esperaba en la ingrata Jerusalem!

En esta ciudad reynaba Herodes Agripa, príncipe mas grande por su autoridad, que por su carácter. Esclavo baxo el império de Tiberio, y libre en el de Calígula, habia subido al trono de Judéa mas bien por la proteccion que por el mérito. Era de un genio débil á quien por lo mismo ganaba de su parte la adulacion; y siempre dispuesto para aprovecharse de las ocasiones de hacer ver al

pueblo mas ligero , su facilidad y veletería. Para este desgraciado príncipe estaba reservado el indigno mérito de ser el primero que sumergiese á la Iglesia recién nacida en las mas tristes alteraciones y desasosiego. Dóciles sus guardas á sus precipitadas órdenes , se atrevieron á poner sobre *San Pedro* sus sacrilegas manos. Le prendieron. Pero ¡qué compasión! Toda la Iglesia parecia estar gimiendo con él entre las prisiones , donde siempre se mantuvo firme , intrépido é invencible. Su prision se habia hecho una cátedra de verdad , desde donde atacaba al judaismo , y enseñaba la Retigion. Al paso que los fieles levantaban sus inocentes gritos hasta el cielo para implorar su libertad , se estaba dando *Pedro* mil enhorabuenas por haber merecido sufrir por Jesu-Christo.

Pero ¡qué mano tan poderosa la que viene á romper sus cadenas! ¡qué espíritu celestial fué el que milagrosamente le franqueó aquellas impenetrables barreras que se oponian á su libertad! ¡O Angeles del cielo! Vosotros que velais sobre los intereses de la Iglesia y sobre la salvacion de su Pastor::: Encaminadle , encaminadle á un puerto de seguridad : que huyan léjos de él las borrascas y tempestades: que el ardoroso fuego de las persecuciones le respete á proporcion de lo poco que las teme. ¡Inútiles esfuerzos! Si *Pedro* encontró prisiones en Jerusalem : Roma le prepara una cruz para su muerte. Al discípulo le cupo el mismo suplicio que habia hecho padecer y espirar al maestro. ¡Dichosa fortuna! ¡gloriosa suer-

suerte! ¡De nada se valdrá para no merecerla! El anunciar la verdad , dice San Juan Chri-
sóstomo (1) , no era suficiente para su zelo , porque ademas se propuso combatir el vicio. La corte mas licenciosa abria un dilatado campo á sus trabajos apostólicos. Empezó á dar contra sus vicios ; y desde luego se advirtió , que aquellos mismos objetos que habian excitado en el príncipe las pasiones , se negaban ya á condescender con ellas. Esto era demasiado para un príncipe como Neron que se habia familiarizado con todos los crímenes , y á quien un nuevo delito le parecia ser una nueva gloria.

Neron , imitador de Augusto al principio de su reynado , sabiendo merecer los elogios y rehusarles , recibir sabios consejos y aprovecharse de ellos ; mudó , por desgracia , enteramente de rumbo , y se entregó á los mas vergonzosos desórdenes , manchando la magestad del trono por las infames muertes de un hermano , de una esposa y de una madre. Monstruo de inhumanidad , que en los coléricos accesos de su furor se atrevia á decir , que desearia que el género humano no tuviese sino una cabeza para de este modo tener el bárbaro placer de cortarla. Autor solo del incendio en que iniquamente pensaba sepultar á Roma por el gusto de verla perecer , y tener la fantástica gloria de volverla á levantar con los despojos de sus mismas ruinas ; y bastante injusto para imputar á los christianos el

(1) Chriost. in Laud. DD. Petr. & Paul.

el afrentoso crimen, que solo él habia podido concebir. ¡Ah! El hizo correr la sangre de los mártires, despues de haber vertido la mas pura de la que habia en Roma, siendo él mismo victima de su desesperacion, y logrando el menosprecio del império, y las exécraciones de todo el Universo.

Sentenció por fin Neron. Y como *Pedro* se habia atrevido á desagradarle, era preciso que muriese. Con él acabaria tambien San Pablo los dias de su vida; porque como héroe christiano, habia censurado igualmente los vicios de la corte, y se habia hecho odioso al príncipe. Unidos *San Pedro* y San Pablo durante su vida, no era regular que se separasen en la muerte. El mismo zelo, debia tener la propia recompensa. Ambos á dos, como dice San Leon (1), se distinguieron por una vocacion igual. Ambos se fatigaron con trabajos semejantes y parecidos; y ambos habian de acabar con un mismo sacrificio. El suplicio habia de ser diferente; pero ellos mostrarian la misma constancia. Un acero homicida habia de degollar á la segunda cabeza del mundo christiano; pero la primera habia de espirar sobre la cruz. Ambos establecieron la Religion por medio de sus sucesos; y ambos la honrarán con su martirio.

Así acabó su brillante carrera aquel príncipe de los Apóstoles, que fué destinado por Jesu Christo para confirmar en la fé á sus herma-

(1) *Leo, Mag. Serm. 1. de Nativit. Apost. Petr. & Paul.*

manos. *Confirma fratres tuos.* ¡Qué bien de empeñó su encargo! Su doctrina, su autoridad y sus exemplos, son de ello pruebas iumortales. Llenemos nuestras obligaciones, queridos hermanos míos. La doctrina de *San Pedro* pide toda nuestra atencion: estudiémosla. Su autoridad exige nuestra sumision: respetémosla. Sus exemplos merecen nuestra imitacion: hagámosles revivir. Cautive la fé de *Pedro* nuestra inteligencia: reyne su caridad en nuestros corazones y dirijanos su constancia: de modo, que nos conduzca siempre por la práctica de unas constantes virtudes á la corona que posee en la bienaventuranza.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

®

TA-

T A B L A
DE LOS PANEGÍRICOS
 que contiene este Tomo.

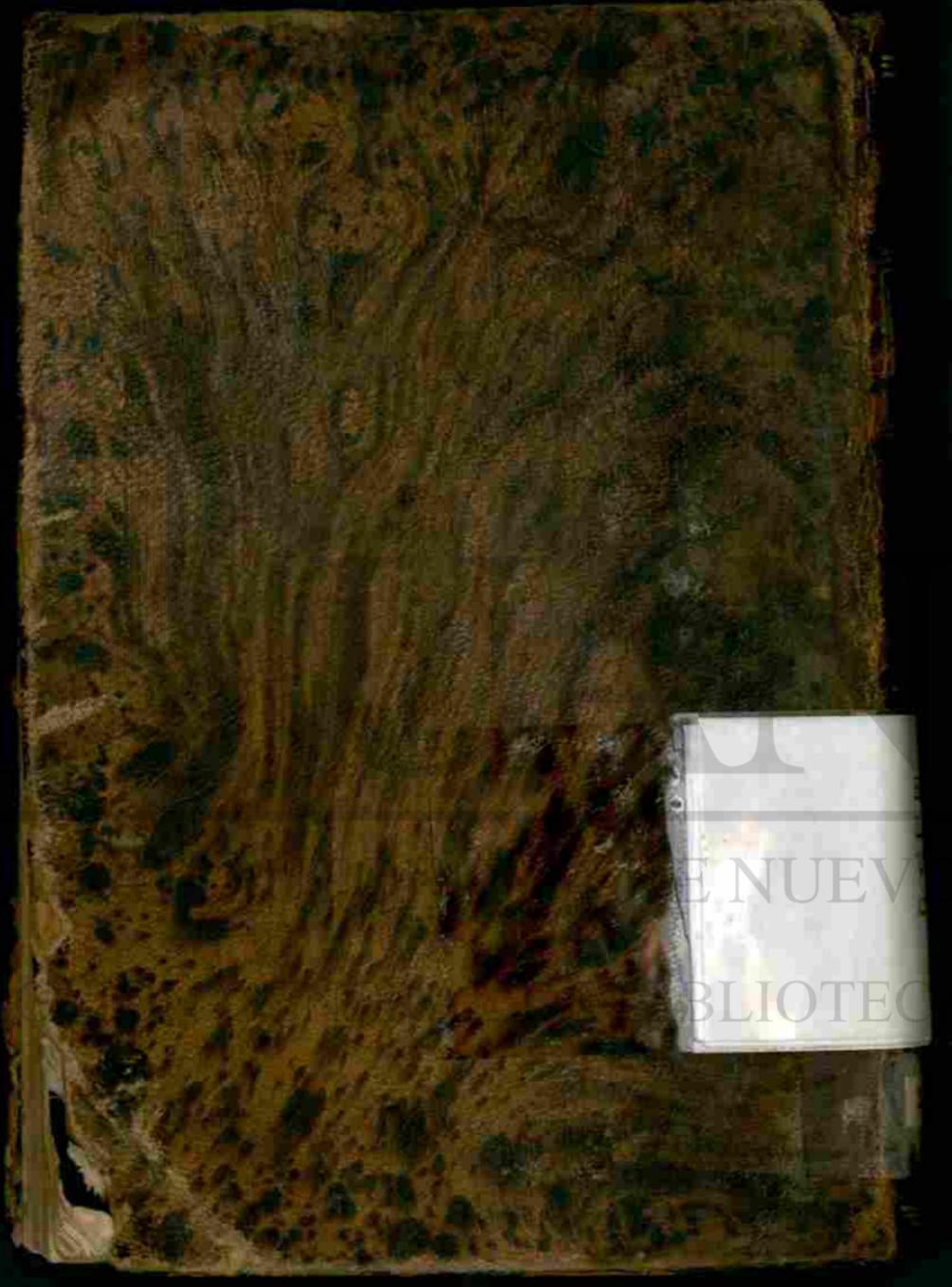
<i>Panegirico de San Juan Nepomuceno.....</i>	Pág. 7.
<i>De San Luis , Rey de Francia.....</i>	48.
<i>De San Bernardo.....</i>	89.
<i>De Santo Tomas de Aquino.....</i>	132.
<i>De San Juan Bautista.....</i>	178.
<i>De San Buenaventura.....</i>	198.
<i>De la B. Juana Francisca Fremiot de Chantal.....</i>	241.
<i>De San Pedro , Principe de los Apóstoles.....</i>	277.

FIN DE LA TABLA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS






E NUEV
BLIOTEC